

Alejandro E. Parada

El dédalo y su ovillo



Ensayos sobre la palpitante
cultura impresa en la Argentina



ALEJANDRO E. PARADA Doctor de la Universidad de Buenos Aires (Área: Bibliotecología y Documentación). Secretario académico e investigador del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Profesor Adjunto de "Historia del Libro y de las Bibliotecas" (Departamento de Bibliotecología y Ciencia de la Información – FFyL-UBA). Docente de posgrado en esa casa de estudios y en la "Maestría en Conservación y Restauración del Patrimonio Artístico y Bibliográfico" (Universidad Nacional de San Martín). Secretario de Redacción de la revista *Información, cultura y sociedad* (INIBI-FFyL). Director, codirector e integrante de varios proyectos UBACYT finalizados y en curso. Director de la Biblioteca "Jorge Luis Borges" de la Academia Argentina de Letras. Ha publicado, entre un centenar de contribuciones, los libros siguientes: *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia* (1998), *De la biblioteca particular a la biblioteca pública* (2002), *Bibliografía cervantina editada en la Argentina* (2005), *El orden y la memoria en la Librería de Dupontail Hermanos: un catálogo porteño de 1829* (2005), *Cuando los lectores nos susurran* (2007), *Los libros en la época del Salón Literario* (2008), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y *Martín Fierro en Azul: catálogo de la colección martinfierrista de Bartolomé J. Ronco* (2012). Colaborador en la obra colectiva "Nueva Historia de la Nación Argentina" (Academia Nacional de la Historia), con el capítulo *El libro y sus ámbitos* (2003).

El dédalo y su ovillo



ALEJANDRO E. PARADA

Alejandro E. Parada

El
dédalo
y su
ovillo



Ensayos sobre la palpitante
cultura impresa en la Argentina

*Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires*

Buenos Aires
2012



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano

Hugo Trincherro

Vicedecana

Leonor Acuña

Secretaria Académica

Graciela Morgade

Secretaria de Supervisión Administrativa

Marcela P. Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y

Bienestar Estudiantil

Alejandro Valitutti

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretaria de Investigación y Posgrado

Claudio Guevara

Secretaria de Posgrado

Pablo Ciccolella

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones

Ruben Mario Calmels

Subsecretario de Publicaciones

Matías Cordo

Consejo Editor

Amanda Toubes

Lidia Nacuzzi

Susana Cella

Myriam Feldfeber

Silvia Delfino

Diego Villarroel

Germán Delgado

Sergio Gustavo Castello

Impresión realizada con el subsidio otorgado por UBACYT al proyecto F157.

Diseño interior: Graciela M. Giunti

Diseño de tapa: Lautaro Parada

© Editorial Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas • INIBI

Puán 480, 4to. piso, oficina 8. Tel: 54-11-4432-0606, int. 133

(C1406CQJ) Buenos Aires • Argentina

Correo electrónico: inibi@filo.uba.ar

http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi_nuevo/home.html

ISBN 978-987-1785-58-2

Queda hecho el depósito que establece la ley N° 11.723

Parada, Alejandro E.

El dédalo y su ovillo: ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina. – Buenos Aires : Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.

323 p. ; 20x14 cm. (Cuadernos de Bibliotecología; 23)

ISBN 978-987-1785-58-2

Historia del Libro y de las Bibliotecas - Historia de la Lectura - Historia de la Cultura - Bibliotecología - Argentina. I. Título II. Serie CDD 002

• PRÓLOGO

El lado oscuro de la luna, de Susana Romanos de Tiratel (p. 7)

• INTRODUCCIÓN

El dédalo y su orvillo. Hoja de ruta
para las bibliotecas y los bibliotecarios (p. 15)

• PRIMERA PARTE

Nuevas improntas y gestualidades en el universo
de las bibliotecas (p. 29)

1 • *El libro antiguo y lo conjetural*.

Aproximaciones con vocación latinoamericana (p. 31)

2 • *Una relectura del encuentro entre la Historia del Libro
y la Historia de la Lectura*. Reflexiones desde y hacia
la Bibliotecología (p. 61)

3 • *Microhistoria bibliotecaria* (p. 101)

• SEGUNDA PARTE

De la biblioteca tradicional a la biblioteca revolucionaria (p. 129)

4 • *Biblioteca y Revolución. Otras resignificaciones en los inicios de la Biblioteca Pública en la Argentina* (p. 131)

5 • *La Revolución, el bicentenario y la Biblioteca Pública.*

La construcción de los lectores de hoy por la Revolución de Mayo (p. 171)

• TERCERA PARTE

El secreto de los “reglamentos bibliotecarios” (p. 189)

6 • *En busca de los reglamentos perdidos* (p. 191)

• CUARTA PARTE

Los lectores muestran sus prácticas bajo la mirada bibliotecaria (p. 227)

7 • *Representaciones y prácticas de la lectura en “El Diario de la juventud de Mitre”* (p. 229)

8 • *Cuando ellas dicen presente. Las mujeres y sus imágenes de la lectura y la escritura en la revista “Fray Mocho” (1912-1918)* (p. 253)

• **Origen de los textos** (p. 321)

PRÓLOGO



El lado oscuro de la luna

A VECES ES difícil presentar un libro cuando su autor ha escrito una introducción precisa y cuidadosa. En esos casos, y este es uno de ellos, el prologuista se pregunta con todo derecho ¿qué se puede agregar a lo expresado con tanta propiedad por el autor?

De este modo me interrogo hoy frente al libro Alejandro E. Parada, luego de unos días de haberlo leído y dejado decantar, macerar y madurar en mi cerebro ¿Cómo enriquecer o ampliar su explicación con respecto al propósito de esta colección de ensayos, su estructura y la trama organizadora de sus partes y capítulos sin redundar y superponerme a lo

ya presentado por el autor? Quizás, la solución estribe en, simplemente, contarles a los futuros lectores qué ejes, qué ideas-fuerza me han interpelado a lo largo de esta, mi lectura secuencial del texto. Ejes e ideas-fuerza que no impliquen la uniformidad para todos los que aborden el texto o parte de él; y esa es, justamente, la gloria infinita y elusiva del acto de leer: nadie nunca leerá lo mismo que el otro ni leerá igual cada vez que acometa el asalto a un texto, sea este fragmentado o completo, en silencio solitario o en bullicioso acompañamiento. He ahí el magma que nos acompaña desde tiempos inmemoriales a los organizadores de libros, a los productores de listas ordenadas y minuciosas (valiosas en sí mismas y per se), a los cómplices casi invisibles de sabios, locos, creadores, idealistas, poetas, delincuentes, mesías, enamorados, angustiados, mercachifles..., en fin, de todos los que alguna vez escribieron y publicaron un texto, en nuestra lengua o en otra, con nuestro alfabeto o sin él pero que sintieron una de las necesidades más humanas: comunicarse con otros superando el tiempo y el espacio.

¿Cuál sería entonces el primer rasgo que deseo destacar? La certeza que me acompaña, desde que se inició mi relación intelectual más reciente con Parada, de la presencia de muchas fertilizaciones cruzadas, ricas, productivas y desafiantes, producidas en la convergencia de diversas y, por qué no, a veces divergentes miradas matizadas por la previa formación académica de cada investigador, en una indetenible confluencia en lo que se ha dado en denominar Nueva Historia Cultural. Pero, también, al lado de esta provechosa interdiscipliniedad, destacada en forma permanente por el autor de la obra, encontramos su militancia por reivindicar,

promover y centrar el enfoque sobre el mundo de la cultura impresa desde la Bibliotecología afirmando el derecho y la capacidad de los bibliotecarios para preguntarse, hincarle el diente y resolver muchos problemas que se nos vienen planteando desde siempre. De este modo, a lo largo de la evolución madurativa del pensamiento del autor, al reflexionar sobre esta permanente ida y vuelta entre los muchos enfoques y el propio y distintivo, dentro de un marco teórico preciso, Parada rescata, al menos, tres cuestiones centrales que atraviesan la formación y el trabajo bibliotecario: la social, la política y la histórica.

Respecto del primer tema apela a un viejo artículo fundacional de Margaret E. Egan y Jesse H. Shera (1952) que nos ubica en la relación inseparable entre organización social y comunicación, relación visible tanto en la comunicación oral como en la comunicación registrada en distintos soportes que le permitieron a la humanidad expandir sus límites espaciales y temporales. Tomado en todas sus partes, este sistema de comunicación social ha sido un instrumento idóneo para el logro de las metas sociales de la humanidad. Sin embargo, destacaban estos autores hace 60 años, hasta ese momento solo se había estudiado a la comunicación en relación con la situación particular donde funcionaba, sin considerar otros enfoques posibles, más fructíferos para entender los mecanismos individuales de interacción comunicacional. De este modo, al menos hacia la época del artículo citado, existían pocos intentos para aislar a la comunicación e investigarla como un proceso pasible de ser tratado en un estudio independiente o para ver ese proceso en relación con el patrón total de la dinámica social. Una de las consecuencias

derivadas de esa situación fueron los enfoques casi exclusivos sobre los fenómenos masivos de comunicación, de poca utilidad para el sistema bibliotecológico-bibliográfico, porque uno de los rasgos preponderantes de dicho sistema es el de constituirse en un medio para localizar un registro gráfico, que se corresponda con el contenido deseado por un posible receptor futuro. Su dinámica es inversa a la de la comunicación masiva, porque el acto surge de la volición del receptor. La meta de este proceso es la adquisición de información específica, necesaria en una situación particular, y puede ser suficiente que solo la adquiera una persona. Es el tipo de comunicación que prestan con más facilidad las bibliotecas y los servicios bibliográficos y para la cual se ha planificado toda su estructura. El hecho de que no se haya ahondado ni estudiado en profundidad la comunicación iniciada por el receptor, ha llevado a una distorsión real en la interpretación de las funciones bibliotecarias y bibliográficas (Egan y Shera, 1952). Y yo me permito agregar, también en las propias percepciones de los actores involucrados en el proceso y en los marcos de referencia para resolver conflictos y situaciones donde el compromiso político juega un papel fundamental.

En otros escritos del autor, además de los contenidos en este libro, Parada se ha preocupado en insistir que los bibliotecarios —quieran o no, les guste o les repela—están inmersos en procesos políticos y son partícipes, por acción u omisión, en los cambios profundos que esas políticas, mediatizadas por las tecnologías de la comunicación y de la información, han producido en la vida de los receptores: lectores, usuarios, ciudadanos... y también en el propio desempeño profesional de los bibliotecarios, que no son materia inerte

sino herramientas activas de una posible transformación, a escala antes impensada, de los modelos de apropiación del conocimiento en nuestras sociedades.

Por otra parte, no debería llamarnos la atención, en un libro que dedica sus ensayos a la Historia de la Lectura, del Libro y de las Bibliotecas, que su autor interpele a los bibliotecólogos sobre la necesidad de historiar y de esbozar planes para paliar tanta ignorancia respecto de esos temas en la Argentina. Sin embargo, lo que más me ha hecho reflexionar, es el certero diagnóstico que visualiza gran parte de la decadencia actual en la formación bibliotecaria, en la ausencia de una sólida formación histórica que dé cuenta del qué, del cómo, del cuándo y del por qué, como sustento nutricional subyacente en todo lo que emprendemos profesionalmente. Comparto la intencionalidad del autor cuando en su *Introducción* expresa "... ensayos que tratan de incursionar en el universo poco conocido, pero no por ello menos presente, de las diversas y heterogéneas dimensiones que comunican a los bibliotecarios con los lectores." Y que, agrego por mi parte, han sido soslayadas, ignoradas y, muchas veces, menospreciadas, en el área de la Bibliotecología en los años postreros del siglo pasado, cuando la faceta técnica, pragmática e ingenua, de la mano de la implantación acrítica de ciertos procesos de informatización en las bibliotecas, barrió con la reflexión teórica, con la investigación histórica y con la profundización de los aspectos más humanos involucrados en la relación de las personas con el mundo de la información, de la cultura, de la construcción subjetiva del conocimiento y del placer de apropiarse de los universos creativos de "los inventores de fábulas" (García Márquez, 1982). El meollo de la cuestión

es que una disciplina sin historia no puede teorizar con fundamento sobre su práctica pero, además, lo más preocupante es que, al sepultar el pasado, se pierde identidad, carácter y densidad disciplinaria. Se habilita pues —al habitar un área del conocimiento y del ejercicio profesional con escasos fundamentos históricos y teóricos— un lugar donde cualquiera con otra formación puede ingresar, opinar, reinventar lo inventado y, sobre todo renombrarlo, sabiendo que contará con el beneplácito de un colectivo de pensamiento que no solo les permitirá hacerlo, sino que, además, lo celebrará.

Mucho se ha reflexionado y escrito sobre la estrecha relación entre teoría y praxis, sobre un vínculo de reciprocidad ineludible, de retroalimentación constante, tanto para quien investiga como para quien ejerce una disciplina. Parada en esta colección de ensayos va pautando, en forma muy inteligente y perspicaz, los niveles más abstractos de reflexión teórica alrededor de lo que el autor denomina la Nueva Historia del Libro y de las Bibliotecas, con la explicitación minuciosa y ejemplar, en el sentido de presentar el entramado donde se entretajan el marco teórico, los métodos y las fuentes más productivas para desentrañar y otorgar nuevos significados a esa historia en nuestro país.

Otro eje de esta obra que me escoció de un modo muy particular, sensación algo inesperada porque, en general, la primera reacción humana ante la duda y la conjetura es el desconcierto. Sin embargo, lo que primó en primer término fue preguntarme: este buen autor ¿por qué pregunta tanto y afirma con cautela, cuál es la razón de tanta conjetura? El desafío constante a sus lectores fue la respuesta que primero se me ocurrió y, también, la honestidad intelectual que se

muestra en ese poner todas las cartas sobre la mesa, las buenas, también las que no lo son tanto, junto con las regulares y las francamente malas. Ese ir y venir tratando de desentrañar el cúmulo de elusiones que rodean al íntimo y subjetivo acto de leer, de buscar qué leer, el modo en que lo hacemos, dónde, rodeados por quiénes. Partir para regresar en una espiral de urdimbres que, a veces, aparentan contradecirse, pero que se van instilando y que, en forma pausada y constante, abren nuevos derroteros de reflexión. Esta trama laberíntica de marchas y contramarchas escapa, por su propia esencia, al pensamiento lineal, categórico y, en ocasiones, monolítico a los que nos tenían acostumbrados los manuales tradicionales sobre esta temática. Rizar el rizo, mostrar con generosidad intelectual la trastienda de los procesos cognitivos que van llevando de la teoría a las fuentes para regresar, sin premuras, a la más pura elucubración. Legar un sinnúmero de ideas para que otros retomen los interrogantes y los contesten a su modo o para que, simplemente, aporten otra mirada, un enfoque diferente que nos impulse a seguir preguntando, averiguando, contestando convierte a esta serie de ensayos en una obra sobre la que el lector volverá una y otra vez.

En una entrevista televisiva Carlos Fuentes dijo algo que me dejó pensando: leer libros es elitista, por grandes que sean las tiradas de nuestras obras, siempre son menos que pocas ante la masa de miles de millones de lectores potenciales que habitan nuestro planeta. Es verdad, pero leer este libro me otorgó la ilusión, al menos por unos días, de viajar con una sonda espacial al centro del lado oscuro de la luna y ubicarme en uno de sus cráteres, Daedalus, llevado de la mano de un estudioso que no solo presenta el laberinto sino que, además,

cual moderna Ariadna, nos hace vislumbrar la punta del ovillo que está, no en manos ajenas sino en las nuestras. Devanemos pues la madeja y vivifiquemos nuestros conocimientos. Hoy tenemos el privilegio de leer este libro, tratemos de extender ese privilegio a quienes aun no lo tienen, asumamos el compromiso de saber más acerca de nuestros lectores, de nuestras bibliotecas y, sobre todo, de nosotros mismos.

SUSANA ROMANOS DE TIRATEL

Profesora consulta titular

Universidad de Buenos Aires

• Referencias bibliográficas

EGAN, MARGARET E. Y JESSE H. SHERA. 1952. Foundations of a Theory of Bibliography. En *Library Quarterly*. Vol. 22, no. 2, 125-137.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. 1982. *La soledad de América Latina: [discurso de aceptación del premio Nobel]*. Disponible en <<http://www.ciudadseva.com/textos/otros/ggmnobel.htm>> [Consulta: 14 mayo 2012].

INTRODUCCIÓN

•

El dédalo y su ovillo

Hoja de ruta para las bibliotecas
y los bibliotecarios

ESTE LIBRO INTENTA analizar las relaciones de la cultura impresa con uno de sus más significativos animadores: los bibliotecarios. El auge de la Nueva Historia Cultural¹ ha puesto en escena a una gran cantidad de disciplinas e investigadores: historiadores, sociólogos, críticos literarios, antropólogos, etnógrafos, historiadores del arte, filósofos, lingüistas, editores e impresores, y una gran variedad de gestores e intermediarios entre el libro y la lectura, tanto en los circuitos intelectuales, como en los ámbitos del ocio y en aquellos pautados por la circulación comercial. Hoy día resulta insoluble determinar las interrelaciones entre las geografías impresas y las mediaciones visuales.

En estos temas, en líneas generales, la pregunta que señala una de las incertidumbres modernas más relevantes en nuestra cotidianidad es la siguiente: ¿aún permanece un quehacer independiente de los mundos y submundos tipográficos y virtuales? Nos referimos a los lugares donde la lectura se mixtura en acciones e imágenes inimaginables hasta no hace mucho tiempo. En este marco, las aproximaciones culturales de diferentes especialistas tienen como objetivo rescatar a los lectores de otras épocas, para identificar así sus relaciones con los textos y las representaciones que generan las palabras en sus emociones y sensibilidades; a tal grado, como es sabido, que la figura del autor ha entrado en una crisis existencial o, al menos, en una reconfiguración de su discurso como un relato unitario, pues el libro, en estas últimas décadas, emerge

¹ Hunt, Lynn Avery, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press.

desde la alteridad a partir de una construcción coral integrada por varios participantes².

No obstante, aquello que resulta revelador, es la poca trascendencia que ha tenido la Bibliotecología en la instrumentación de estos estudios, donde el libro, como artefacto social, se presenta en un abanico de posibilidades polimórficas para el ámbito de la cultura impresa. Esta situación se transforma en una instancia problemática y compleja, ya que los bibliotecarios están en condiciones inmejorables para dilucidar las formas de uso y las respuestas de los lectores en un territorio privilegiado: las bibliotecas. Sin duda, la mayoría de las carreras de Bibliotecología y Ciencia de la Información toman en cuenta parte de esta realidad. A modo de ejemplo ilustrativo, los estudios de usuarios constituyen una respuesta parcial a esta temática. Sin embargo, las modalidades en las cuales se estudian los usuarios y la forma tradicional en la cual se enseña la Historia del Libro, han alejado a la Bibliotecología de los estudios de los lectores tal como los entiende la Nueva Historia Cultural.

Esto se debe a que la Bibliotecología, en especial, se mueve en un marco de racionalidad sistemática y en un contexto de normalización técnica que resultan indispensables en el momento de organizar la extraordinaria variedad de documentos y soportes de información.

El carácter casi inasible de los lectores exige, ante todo, de la ayuda de las metodologías interpretativas, antes (aunque también apelan a ellas) que de los procedimientos cuantitativos. Robert Darnton ha escrito una frase que bien puede amedrentar a los

² Foucault, Michel. 2010. *¿Qué es un autor?* Buenos Aires: El Cuenco de Plata; Córdoba: Ediciones Literarias.

bibliotecarios: “el funcionamiento mental es tan impenetrable en las selvas como en las bibliotecas”³. Una sentencia estremecedora por el carácter selvático y feraz que implica un gran acervo de obras, pero que señala que en esas instituciones residen, en forma de encrucijada, los ubicuos itinerarios de los lectores.

Los bibliotecarios, en este rol de organizadores y difusores del libro (sea manuscrito, impreso o virtual), en cierta medida, enlazan sus vidas al universo antropológico de las lecturas de sus lectores. En una obra reciente —cuyo título inspira el de nuestro libro—, *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, de Carlo Ginzburg⁴, el autor señala que los inquisidores fueron los primeros antropólogos en estructurar y construir sus cuestionamientos a los presuntos violadores de la ortodoxia sostenida por la Iglesia. En la geografía ilimitada de una biblioteca, ante la vista “cuasi inquisidora” de los bibliotecarios, surge el repertorio de conductas y usos etnográficos que los usuarios/lectores imprimen a los libros.

Las formas y modalidades con las cuales se apropian de los discursos son, indudablemente, un indicio donde se entrecruza una gran variedad de significados que articulan al mundo tipográfico como una dialéctica entre el lector y sus textos. El acontecer bibliotecario puede convertirse en un lugar misterioso, con hechizos propios e inesperados, para los historiadores de la lectura. Y, realmente, los que poseen

³ Darnton, Robert. 1998 [1984]. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la Historia de la Cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 12.

⁴ Ginzburg, Carlo. 2010 [2006]. El inquisidor como antropólogo. En su *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 395-411.

una situación inmejorable para observar este conjunto de respuestas y prácticas son los bibliotecarios; es decir, aquellos que identifican, clasifican, organizan, gestionan, y ponen en las manos de los usuarios las obras que solo se despliegan ante el acto de la lectura.

La Bibliotecología inmersa en las propuestas de la Nueva Historia Cultural, y en el marco de las Ciencias Sociales y las Humanidades, puede aportar mucho acerca del fascinante pero huido mundo de los lectores. Es más, está en condiciones de agregar no solo sus imágenes sociológicas, literarias, lingüísticas o estrictamente históricas, sino de sumar sus experiencias profesionales en el momento de trabajar con las personas que abren estos objetos corpóreos destinados a ser leídos y que, a su vez, en una ida y vuelta, en tanto materialidades discursivas, impactarán en las sensibilidades de quienes los leen.

Estos ensayos tratan de incursionar en el universo poco conocido, pero no por ello menos presente, de las diversas y heterogéneas dimensiones que comunican a los bibliotecarios con los lectores. No nos referimos a las normas de catalogación, los sistemas de clasificación y las gestiones propias que se implementan para prestar servicios eficientes a los usuarios. Este conjunto de capacitaciones técnicas es algo que debe darse por descontado en toda formación académica relacionada con los servicios indispensables que deben brindar las bibliotecas.

En este libro se investigan “otras dimensiones” poco familiares a las rutinas bibliotecarias. No obstante, estos ámbitos extraños por su singularidad y definidos por sus connotaciones solapadas, palpitan y perviven en la cotidianidad de toda

estructura bibliotecológica. El desafío radica en dotarlos de una impronta de visibilidad para que se identifiquen como objetos de estudio.

Así, pues, la primera parte de la obra ofrece una reflexión sobre el impacto que ha tenido la Historia del Libro y de las Bibliotecas a partir del auge de los nuevos estudios culturales.

En el primer ensayo se aborda el problema de definir, en la modernidad y en el posmodernismo, el concepto conjetural de lo que significa (o puede significar) el libro antiguo, pues los nuevos escenarios virtuales han reconfigurado, desde diversas ópticas y aportes disímiles, el sintagma que delimita al “libro antiguo”. En este marco, dentro de una visión estrictamente ceñida a la teoría bibliotecaria, se apela a la instrumentación del nombre *faceta* acuñado por el bibliotecario hindú R. S. Ranganathan.

En el ensayo segundo se esboza un tema de especial interés: el encuentro/confluencia entre la Historia del Libro y de las Bibliotecas con el ímpetu de la Historia de la Lectura. No se trata de un tema menor, ya que la historia de los lectores amenaza con desbordar a otras disciplinas que ya estaban sólidamente estructuradas en el mundo académico. Un debate sobre esta conjunción, pues, se torna indispensable.

Prosiguiendo con las nuevas imágenes impresas, el ensayo tercero señala cómo un tema característico de la historiografía actual, la Microhistoria, puede adaptarse y construir nuevas realidades inexistentes (pero presentes) en las bibliotecas. La Microhistoria bibliotecaria opera sobre una serie de apropiaciones lectoras que han sido dejadas de lado por su condición subalterna. Además, recupera un conjunto de registros que habitualmente eran descartados por su condición

de efímeros propiciando, de este modo, la relectura de lo que se considera, en realidad, una fructífera discusión sobre lo que es un documento⁵. En este caso en particular, se toma como modelo la Microhistoria italiana, pues sus aportes son los que mejor se adaptan a la realidad bibliotecaria de la Argentina.

En la segunda parte se desarrolla un tema que siempre han evitado los bibliotecarios: las relaciones entre las acciones políticas y las bibliotecas. En el ensayo cuarto se analiza el nacimiento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires como una política cultural de la Revolución de Mayo. Doscientos años después, al festejar el Bicentenario de ese movimiento revolucionario, es posible diseñar el marco teórico de las bibliotecas públicas argentinas y latinoamericanas desde una identidad similar a la Biblioteca Pública creada en 1810 (ensayo quinto).

En la tercera parte se abordan algunos secretos textuales característicos de las bibliotecas⁶. Las gestiones bibliotecarias tienen instrumentos que normalizan sus usos lectores: los reglamentos. Tradicionalmente constituyen un conjunto de normativas que reglamentan los modos de acceder a los libros. Sin embargo, estos instrumentos se diseñan como fieles representaciones de su época; es decir, como las pautas con las que se instruye y se pretende educar a los lectores en su forma de acceder a los textos impresos. Muchos de los artículos que forman parte de estos reglamentos ilustran sobre la

⁵ Buckland, Michael K. 1997. What is a *Document*? En *Journal of the American Society for Information Science and Technology*. Vol. 48, no. 9, 804-809.

⁶ Aunque los ensayos abordan temas puntuales independientes, muchos de ellos –como los textos 4, 5 y 6– tienen continuidades e ideas recurrentes que se articulan y retoman desde diversos puntos de vista bibliotecarios.

Historia del Libro y, especialmente, sobre los modelos en los cuales se han inspirado dichas normativas. De igual modo que se identifican ciertos motivos literarios retomados en obras de épocas diferentes, en la estructuración imaginaria de las bibliotecas se repiten algunos tópicos recurrentes. En el ensayo sexto se trata de rescatar esos paradigmas velados que se ocultan en los reglamentos y que, en ocasiones, se relacionan con procesos de larga duración y con concepciones rectoras, tales como el modelo de la Biblioteca de Alejandría, las continuidades por el uso público de los libros e, incluso, las modernas legislaciones de depósito legal para controlar la producción bibliográfica de un territorio específico.

Finalmente, en la última parte de esta recopilación, tal vez la más subjetiva y ceñida a la historia de las emociones y sensibilidades, se abordan las prácticas de la lectura y las “formas de escribir” en la esfera íntima (tal el caso del *Diario de la juventud de Mitre*, ensayo séptimo) y en la esfera grupal de género (Cuando *ellas* dicen presente, ensayo octavo). Se trata de una experiencia con una doble vertiente bibliotecaria. En el caso de Bartolomé Mitre, el propósito ha sido captar sus formas de retener los discursos manuscritos y tipográficos por medio de la escritura, a través de un cuaderno de lectura que, luego de un amplio recorrido, se concretó en una de las mayores bibliotecas particulares del último tercio del siglo XIX en la Argentina. Sin embargo, nuestro interés particular se centra en desentrañar los vínculos y entrelazamientos que unen a Mitre como coleccionista, bibliógrafo y bibliotecario, con sus frustraciones vocacionales; esto es, con sus deseos de dedicación plena a la poesía. El análisis, en este caso, de sus afanes lectores juveniles por procurarse en Montevideo

todo tipo de obras, indicaba no solo sus lecturas, sino sus deseos más íntimos por unir sus apetencias vocacionales con la “construcción” de una gran biblioteca personal que justificara y sustentara sus deseos incumplidos de poeta.

Las polivalentes situaciones de las mujeres en el acto de leer y escribir en la revista *Fray Mocho*, brindan a los bibliotecarios una inmejorable oportunidad para ensayar, en el campo histórico, una de las técnicas bibliotecológicas más empleadas en las bibliotecas: el inventario taxonómico y topográfico de las extraordinarias imágenes de género que se representan en dicha revista. De modo tal que un típico proceder de los usos bibliotecarios (los modelos clasificatorios) puede trabajar solidariamente con las herramientas que propone la historiografía cultural.

Comprendo el riesgo (o acaso la osadía) que se corre al tratar de vincular los quehaceres bibliotecológicos con la Nueva Historia Cultural ya que, de hecho, para muchos profesionales resultan irreconciliables, o bien se puede objetar la falta de contundencia de los testimonios empleados. La Bibliotecología se encuentra fuertemente estructurada por sus habilidades técnicas e informáticas. La intencionalidad de estos ensayos requiere, por cierto, reflexionar sobre los límites que nos embargan. En muchas oportunidades, para que una disciplina abandone sus rígidos compartimentos, es oportuno recurrir a aspectos creativos que hasta la fecha no habían sido tomados en cuenta. Es imperioso meditar, entonces, dentro del mencionado contexto, en que los avances culturales, aunque heterodoxos para muchos profesionales de la información, se manifiestan como elementos renovadores de un saber, en este caso particular, de la Bibliotecología.

Por otra parte, lo que se plantea carece de novedad. La Literatura, la Sociología, la Antropología, los Estudios de Género, la Historia del Arte, la Lingüística, y otros tantos saberes, han sido atravesados por los estudios culturales, sin sufrir por ello menoscabo alguno; por el contrario, se han visto beneficiados con un renovador enriquecimiento. La pregunta es obvia: ¿por qué la Bibliotecología moderna no puede usufructuar de estos beneficios? De implementarlos, sin duda, conocería mejor la respuesta de los lectores en el ámbito de las bibliotecas; identificaría, también, las emergencias y necesidades bibliográficas en torno a las prácticas de los usuarios; y, en un aspecto casi inesperado y maravilloso, se establecería un creativo diálogo entre los bibliotecarios y su público lector.

Además, se podría avanzar en tópicos tan importantes como el impacto que fomentan los textos en el estudio de las emociones y de las sensibilidades. No es, pues, una tarea sencilla este encuentro; empero, constituye una empresa apasionante que vale la pena llevarse a cabo. Para ello los bibliotecarios deberán no solo involucrarse con los métodos cuantitativos sino, ante todo, imbuirse de las metodologías interpretativas, aquello que Carlo Ginzburg denominó como “el método indiciario”.⁷

Es necesario, entonces, pasar el tamiz bibliotecario/cultural a través de los usos que hacen los usuarios de los fondos

⁷ Ginzburg, Carlo. 2004. Huellas: raíces de un paradigma indiciario. En su *Tentativas*. Rosario: Prohistoria Ediciones. p. 69-113; Ginzburg, Carlo. 2008 [1986]. Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales. En su *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*. 2a. ed. Barcelona: Gedisa. p. 185-239; Ginzburg, Carlo. 2010. Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. En su *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 351-394.

de las bibliotecas. En consecuencia, se debe ir más allá de los formalismos profesionales para aspirar a otros conocimientos bibliotecológicos. Los lectores, en definitiva, son modelos para armar a partir de la identificación de sus respuestas ante la vasta geografía tipográfica que los incluye y les otorga una voz propia⁸.

Por otra parte, ante la crítica eventual de instrumentar una defensa de los procedimientos modernos de la Historia Cultural en detrimento de la Bibliotecología, no debemos olvidar que, salvando las distancias temporales, los pilares de toda educación bibliotecaria se fundamentan, implícitamente, dentro de un vasto sistema político y social; conceptos que, hace ya varias décadas, fueron ampliamente desarrollados por Jesse H. Shera⁹.

Por lo tanto, la novedad de estudiar los fenómenos que acontecen en las bibliotecas desde otros ángulos interdisciplinarios y centrados en una epistemología amplia de la información y el conocimiento, no son ajenos ni excluyentes de la Bibliotecología¹⁰. El universo de las bibliotecas es, pues, un episteme con múltiples correspondencias y, en particular, ante el advenimiento de la informática, un territorio donde

⁸ Parada, Alejandro E. 2003. Los usuarios como “modelos abiertos para armar”: una mirada desde las representaciones de las prácticas de lectura. En *Información, cultura y sociedad*. No. 9: 3-8.

⁹ Shera, Jesse Hauk. 1972. *The Foundations of Education for Librarianship*. New York: Becker and Hayes. [Traducción al español: Los fundamentos de la educación bibliotecológica. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 1990].

¹⁰ Budd, John M. 1994. Academic Libraries and Knowledge: a Social Epistemology Framework. En *The Journal of Academic Librarianship*. Vol. 30, no. 5, 361-367.

los aspectos teóricos y filosóficos mutan constantemente¹¹. Una zona con áreas polisemánticas donde emergen nuevas investigaciones en el momento de instrumentar los servicios; un *locus* cuya visibilidad no debe admitir transacciones de ningún tipo, salvo aquellas que construyen al lector desde aristas inesperadas; en fin, un organismo biológico donde las habilidades de leer y escribir se entrecruzan para generar instancias impensadas.

Este libro, pues, intenta beneficiarse con los recientes aportes historiográficos para aplicarlos a una disciplina eminentemente técnica, práctica y operativa como lo es la Bibliotecología. A pesar de que el corpus de los ensayos se dirige a un público general con intereses académicos, su intencionalidad final son, indudablemente, los bibliotecarios que se encuentran bregando en el cosmos de la información registrada sobre todo tipo de soportes.

El ecosistema de las bibliotecas se ha convertido en un dédalo cuya comprensión se torna cada vez más difícil debido a su inconmensurable complejidad de situaciones inesperadas que giran, en una constelación que tiende a la fragmentación, alrededor de la cultura impresa y el advenimiento de las dimensiones virtuales. Sin embargo, acaso sin saberlo, el bibliotecario puede recurrir al muy conocido mito griego de Teseo, el Minotuario y Ariadna con su ovillo liberador en la búsqueda de una salida al laberinto, y ser así él mismo

¹¹ Hjørland, B. 1998. Theory and Metatheory of Information Science: a New Interpretation: En *Journal of Documentation*. Vol. 54, 606-621; Hjørland, B. 2000. Library and Information Science: practice, theory, and philosophical basis. En *Information Processing and Management*. Vol. 36, 501-531.

la personificación del sedal que le permita escapar de esta encrucijada para alcanzar un conocimiento más pleno de los libros y de sus lectores¹².

AGRADECIMIENTOS

Merecen mi mayor gratitud Susana Romanos de Tiratel, quien sustentó esta obra en todos sus aspectos, desde su edición hasta las significativas sugerencias en el momento de leer el original; Graciela M. Giunti, cuya dedicación y alien-to han sido indispensables para la realización de este libro; Lautaro Parada, fiel y filial encargado del diseño gráfico del texto; y, sin duda, los usuarios que concurren a nuestras bibliotecas, quienes en su cálida cotidianidad nos enseñan, una y otra vez, el fascinante mundo de la lectura y sus vínculos con los bibliotecarios.

¹² Algunos de los textos de este libro se elaboraron en el marco del proyecto UBACYT F157 (Directora: Susana Romanos de Tiratel) y otros ensayos en el proyecto UBACYT 20020100200004 (01/K004), titulado Historia de la edición y de la lectura desde los espacios públicos e institucionales. La participación de la ciudadanía en el ámbito de la cultura impresa en la Argentina (Director: Alejandro E. Parada).

PRIMERA PARTE



Nuevas imponentas y gestualidades
en el universo de las bibliotecas

1 • El libro antiguo y lo conjetural

Aproximaciones con vocación latinoamericana

• Introducción

EL LIBRO ANTIGUO posee aspectos enigmáticos. Intentar abordar su mundo no es otra cosa que adentrarse en un universo muy particular signado, a cada paso, por la multiplicidad de las interpretaciones. Porque, si bien todos sabemos lo que representa el “libro antiguo”, no podríamos dar una respuesta última y certera sobre esta expresión. Además, aunque se conoce lo que es un libro antiguo, al especificarlo, lo haríamos en forma distinta. Esta intrincada situación, pues, es una de sus principales características. Nos referimos a la complejidad de acceder a una visión unilateral al aproximarnos a este tema, ya que, en esencia, la pluralidad de significado hace a la construcción ontológica y material del concepto “libro antiguo”.

Nuestra intencionalidad no se centra, en esta oportunidad, en establecer una definición del libro antiguo: una propuesta necesaria, pero que excede el esfuerzo individual y demanda un trabajo grupal y multidisciplinario. Por el contrario, ante la pregunta ¿qué es un libro antiguo?, se intentará reflexionar sobre las dimensiones teóricas y conjeturales de ese tópico.

Dentro del marco de esta contribución, es oportuno mencionar dos aspectos fundamentales: la ingobernable y heterogénea bibliografía en lengua española y extranjera que trata

sobre la materia y, por otro lado, la experiencia personal ante el fenómeno de estos elencos bibliográficos. En cuanto a la literatura existente, tanto académica como comercial, el presente texto es su deudor en muchas de las dimensiones del libro antiguo que, finalmente, se han optado por desarrollar. Se torna imposible, en la actualidad, presentar una serie de expresiones novedosas en un campo que nació con los anticuarios, aun antes de la historiografía moderna. Con referencia a lo personal, el discurso se articula, íntimamente, con la experiencia del autor ante el legado de libros antiguos de la Academia Argentina de Letras. Hablo de una presencia franca, sencilla, profesional, propia de la vida cotidiana y de la manipulación de esas obras que encubren y despliegan sus murmullos a quienes saben palparlas y se abisman en su lectura.

Así, pues, lo conjetural en torno a este punto es lo que nos interesa como base imprescindible para acercarnos, en un futuro no muy lejano, a una identificación más precisa de lo que representa el libro antiguo en América Latina. Pero, además, se apunta, en esta instancia, a las “naciones conjeturales” en la biblioteca y en la trama de nuestro oficio de bibliotecarios y su imbricación con estos objetos.

Para llevar a cabo esta tarea, es necesario establecer las características o las dimensiones que se manifiestan en ese tipo de colecciones. Quizás sería más apropiado, en términos bibliotecológicos puros, hablar de la *faceta personalidad* establecida por S. R. Ranganathan [1892-1972] (1967). Esto es, profundizar las claves de clasificación que distinguen al objeto de estudio que denominamos “libro antiguo”. De este modo, al partir de Ranganathan que, sin duda, retoma

el tema de las categorías y del “epojé” de Husserl (1949), es posible identificar varias de las particularidades fenomenológicas del libro antiguo como “una intuición pura de las esencias, es decir, de lo dado desde el punto de vista esencial y no fáctico” (Ferrater Mora, 2, 1979: 1578).

• *El libro antiguo y sus facetas conjeturales*

La primera dimensión que se impone en ese mundo polifacético y permeable es la *faceta lingüística o terminológica*, pues no constituye una tarea nada menor saber el nombre de las cosas y las palabras que presionan sobre ellas (Foucault, 1985). Al aproximarnos a la denominación signada por el nombre y las sustantivaciones, es decir, a aquello que otorga identidad propia, se observa que, para designar al libro antiguo, hay una gran variedad de vocablos o, al menos, una multiplicidad de significados que giran en una constelación discursiva irreducible. Un listado provisional de estos sintagmas de identidad puede ser el siguiente: *fondos antiguos y raros, obras raras y valiosas, libros de reserva, Sala de Reservados o Tesoro, libros curiosos, obras antiguas y modernas, libros usados, libros de viejo*, etc.

Aquí se plantea, sin duda, un debate con final incierto, ya que, al enumerar estos conceptos, emerge, con toda su fuerza, una pregunta ya citada: ¿qué es, entonces, un libro antiguo? ¿Cómo acontece su existencia inmersa en la dificultad de asirlo terminológicamente? En esta trama, es importante desmalezar y discutir algunos de esos términos; no para buscar un común acuerdo, pues, como hemos comentado, cada

individuo vinculado al libro antiguo posee su propia construcción, sino para intentar determinar sus características y sus fronteras móviles.

Podríamos plantearnos varias incógnitas: ¿un libro antiguo es raro?, ¿las obras valiosas son, necesariamente, antiguas?, ¿la rareza es una condición imprescindible para esos planteles?, ¿la Sala de Reservados o Tesoro es un ámbito exclusivo de estas obras?, ¿existe una relación entre los títulos curiosos y los fondos antiguos?, ¿los libros de viejo o usados se articulan, en algún momento, con la esfera del libro antiguo?, y otras muchas que exceden este ensayo.

El punto en cuestión se posiciona en determinar si un impreso es antiguo solo por su requisito de antigüedad; es decir, si el fundamento de larga duración es lo único que influye en la representación de dichas piezas en las bibliotecas. Y si no es así, ¿es posible que coadyuve un conglomerado de conceptos para la configuración de su significado? Por ejemplo, retomemos la pregunta siguiente: ¿un libro antiguo es raro? Una vieja edición siempre tiende a desaparecer del mercado y, en pocas décadas, puede llegar a ser inhallable en las librerías. Sin embargo, esta característica no es determinante, pues, si esa obra se encuentra en numerosas bibliotecas y, además, ha sido digitalizada, “la rareza impresa” puede no incidir ni agregar valor a la antigüedad. Por lo tanto, la expresión “obras raras” es un concepto laxo e indeterminado que se vincula al libro antiguo, pero no lo define en su peculiaridad. En este contexto, un libro antiguo ¿participa de “lo raro” o no lo hace? La imposición de la rareza suele ser destacada, pero no determinante. Por supuesto, si un título participa de estas dos características, la puesta en escena de lo antiguo adquiere

más valor agregado, tanto desde el punto de vista bibliotecario como del comercio librero.

Una situación similar sucede en las secciones especiales de muchas bibliotecas que adoptan para sus fondos antiguos el encabezamiento de “obras raras y valiosas”, ya que, otro aspecto de la rareza no está vinculado con lo antiguo y sí con aquello que tiene valor. Una edición moderna de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, que edita cien ejemplares de circulación privada y con una impronta artística, es una obra rara y valiosa pero, inequívocamente, no antigua. En este caso, el aspecto “valioso” no hace a la condición de lo antiguo, aunque la mayoría de los libros antiguos son valiosos. Nuevamente, un vocablo, en este caso “valioso”, califica al impreso antiguo, pero no es fundamental para su esencia singular.

Las “obras curiosas” también suelen convivir en la proximidad de los acervos antiguos. Tomemos un ejemplo al azar, pues el aspecto curioso es tan amplio en cuanto a las intervenciones intelectuales y corpóreas que puede sufrir una obra, que resulta imposible circunscribirlo. En la ciudad de Azul, en la Casa y Museo Bartolomé J. Ronco (Provincia de Buenos Aires), que depende de la Biblioteca Popular de esa localidad, se encuentra un ejemplar de *Martín Fierro* editado en 1930 por la Asociación Amigos del Arte (*Martín Fierro y Azul*, 2010; Parada, 2012). Como saben muchos peritos y profesionales se trata de una “valiosa” tirada que, por añadidura, ya es “rara” y, a medida que pasan los años podemos degustarla por su creciente antigüedad. No obstante, este libro, raro, valioso y con algo de antiguo, se destaca por su curiosidad, pues Bartolomé J. Ronco empleó este bello ejemplar como libro de visitas (llamado también “de puño en alto”) de

ilustres personalidades que concurrían a su casa. De modo tal que en él se encuentran decenas de firmas y dedicatorias manuscritas de grandes escritores y artistas: Rafael Alberti, Jorge Luis Borges, etc. Lo curioso de un ejemplar, entonces, en muchas oportunidades, no está en conjunción con lo antiguo. Pareciera, a veces, que la curiosidad de un ejemplar es una intervención *a posteriori*, algo así como una práctica especial de su propietario-lector. Sin embargo, lo llamativo de una edición, además, se establece en el momento de instrumentar un libro con características distintivas únicas, donde la gestación tipográfica y su diseño cobran una importancia determinante. En este caso, también, la antigüedad es ajena al universo de lo extraordinario o curioso.

Otro concepto emparentado con el libro antiguo es la expresión “libros usados o de viejo”. Aunque se refiere al ámbito librero y no al bibliotecario, es un lugar donde recurren los responsables de adquirir los libros destinados a una biblioteca para el feliz hallazgo de una pieza añosa. Esto es, de un objeto bibliográfico con vocación material de integrar los fondos especiales. Los bibliotecarios conocen, a ciencia cierta, el filón de antigüedades impresas en esta cantera del libro antiguo: la caja de Pandora del ámbito de los libros usados, de ocasión, o de viejo. Aquí es necesario puntualizar que no nos hallamos, fundamentalmente, ante un acontecimiento de similitud terminológica, sino más bien ante una extensión lingüística de lo que puede abarcar la multifacética idea de libro antiguo.

Este último tópico introduce una temática de real interés: el coleccionismo de libros, representado por la figura del anticuario y la del bibliófilo. El afán de coleccionar libros viejos

se remonta hasta la Antigüedad. Los soberanos Ptolomeos rastreaban, muchas veces con metodologías espurias, grandes cantidades de viejos rollos de papiro en busca de la copia original con menos errores (Casson, 2003; Milkau, 1952-1955; Parsons, 1952 y Pfeiffer, 1968). Y el Renacimiento presentó a muchos eruditos las mejores ocasiones para hacerse de bibliotecas que, a la larga, sentaron las bases de la Bibliofilia moderna (Hessel, 1955). El tema no es menor, pues el “libro de viejo” lleva consigo la impronta de ser considerado un objeto de arte (nuevamente la materialidad, pero ahora, desde el punto de vista estético) (Herrera, 2005). No debemos olvidar, entonces, que cuando hablamos del libro antiguo, es necesario escuchar los susurros del coleccionismo y la ampliación impresa hacia la esfera de los objetos de arte.

Estas son solo algunas muestras tipológicas tomadas al azar. Ciertamente, restan otros aspectos filológicos sobre la *faceta lingüístico-terminológica* que inciden en la configuración de lo que entendemos por libro antiguo. La pauta común a todas ellas está presente en el hecho de que no podemos hablar de fondos antiguos como una entidad morando en su unicidad. La otredad, lo heterogéneo, lo heteróclito, lo multifacético, lo polivalente es lo que ayuda a implementar su discernimiento. En este sentido, al crear el ecosistema “libro antiguo”, fomentamos la pertenencia de un conjunto de impresos que quedarían fuera de todo orden si no apeláramos a esa vívida y vibrante ambigüedad. La definición, o lo que se entiende por fondos antiguos, debe manifestar, para ser fiel a lo que denota, este juego de ambivalencias cruzadas que subyace en el epicentro de su acontecer.

¿Acaso las voces siguientes: “Sala de reservados”, “Tesoro”, “Colecciones especiales”, o el encabezamiento empleado por la Library of Congress (“Early Works to 1800”) y por el Programa Nacional de Bibliografía Colonial de la Biblioteca Nacional de la Argentina, que establece la temática de “libros editados antes del 1800”, no son, en definitiva, una manera de subsanar e incluir la ubicua realidad que se expresa en la dispersión lingüística de estos elencos de obras?

Sin embargo, el libro antiguo se afina en otras dimensiones más sutiles. Nos referimos a la *faceta temporal-espacial*. ¿Existe una filosofía o una metafísica de los fondos antiguos? ¿Cuándo un libro pasa a ser, precisamente, antiguo? En esta instancia, es posible plantear la dialéctica que se expresa entre “libros antiguos y modernos”; una dialéctica cuyos límites son difusos y cambiantes, porque, inequívocamente, un libro antiguo fue una vez un libro moderno. Entonces, se plantea el corolario siguiente: ¿cuándo perdió su condición de modernidad? Es más, ¿se convierte en un viejo impreso, porque al igual que los seres vivos, está condicionado por su temporo-espacialidad? Estos presupuestos kantianos tienen una presencia innegable en la vida de la cultura tipográfica.

Es factible, pues, reflexionar sobre cuáles son los criterios temporales y espaciales con que los bibliotecarios intervienen en esas colecciones. ¿Por qué utilizamos la palabra “intervienen”? Porque al manipular, ya sea en los procesos técnicos como en ulteriores operaciones, los bibliotecarios podemos modificar esa delicada napa temporal-espacial inherente a esos ejemplares y propia de ellos.

Su *tempus* debe ser respetado a ultranza, ya que no es lo mismo, como todos sabemos, un libro del siglo XVI que otro

editado a fines del XVIII. La temporalidad del libro antiguo es una cápsula de tiempo que se nos ha arrojado desde el pasado. Es una incursión furtiva que golpea contra nuestra existencia. Cuando intentamos abrir este emplazamiento autosuficiente del tiempo y decodificarlo, se “despliega” la imposición tipográfica de lo pretérito. La imagen de “desplegar”, en este marco específico, es de vital importancia para la reconfiguración (“el volver a armar”) de estas obras singulares desde el presente.

La pátina que envuelve a esos títulos, distintivamente, en temporalidad, está pautada por otro elemento insoslayable: lo transitorio, porque el libro antiguo, al estar sometido al pasado, se incluye en una característica propia de la Historia embebida en transitoriedad (LaCapra, 2006).

Además, el desarrollo conjunto de la Historiografía con este tipo de colecciones introduce una nueva dimensión: la *faceta documental*. De este modo, la acción de desplegar conlleva la apertura de las facultades indispensables para interpretar las formas, usos y prácticas que se depositaron, casi estratigráficamente, en los diversos sedimentos que dan identidad a esos fondos. El “despliegue” se transforma, aquí y ahora, en “materia documental” e involucra al libro antiguo en la discusión sobre qué es un documento (Buckland, 1997).

El pensar en los fondos antiguos como fuentes documentales no solo implica la trascendencia del pasado. Hay, también, un foco inmanente que fuga en prospectiva, pues, ¿es solo el pasado el hacedor de esta clase de obras? Ya habíamos observado la engañosa dialéctica que se manifiesta en la expresión “libros antiguos y modernos”, al preguntar cuándo pierde la modernidad un libro y se reubica en la categoría de

lo pretérito. En esta encrucijada, es necesario abrir un paréntesis intuitivo para reflexionar sobre la incidencia del futuro en la construcción del libro antiguo, ya que “lo que vendrá” determinará si un artefacto de la cultura impresa es antiguo o no lo es.

Por otra parte, la preservación y la conservación son procedimientos que, en definitiva, instalan en “instancias de futuro” a los fondos antiguos y especiales. Así, el pasado y el futuro, eyectados o precipitados en la plataforma de nuestro presente son, en cierta medida, constructores del libro antiguo. Sin embargo, ignoramos la dinámica y —¿por qué no?— el significado encubierto de estas interpolaciones del tiempo. No podríamos descartar la carga especial, casi de “otro tiempo” que, en términos de biología evolutiva, se denomina *heterocronía*, como propia y peculiar del libro antiguo. Estos impresos especiales, quizás, posean un oxímoron distintivo: su “anacronismo actual”. Hay algo de intimidante en esas palabras, pero quien haya abierto un incunable sabe descifrar el hechizo de esta expresión.

El espacio, por añadidura, rescata una nueva dimensión: la *faceta geográfica o toponímica* del libro antiguo. Este aspecto es excluyente y, en consecuencia, connotativo con el lugar de impresión. En el conjunto universal de los fondos de esta clase, depositados en las grandes bibliotecas nacionales e institucionales, indudablemente, existen facetas que son comunes a todos ellos. No obstante, la especificidad del lugar escapa a una normativa global. La obviedad de esta noción es clara y rotunda: ¿es igual el libro antiguo francés o el italiano al libro antiguo argentino, paraguayo o brasileño? (en este caso, por supuesto, no nos referimos a la larga trayectoria

temporal y geográfica, por ejemplo, del libro mexicano ni del peruano).

El libro europeo se encuentra adherido a un largo proceso de varios siglos que ha sido moldeado por el espacio geográfico. El lugar, en su límite espacial, califica y determina al libro antiguo. La faceta toponímica es la encargada de enumerar y dar los nombres que fundan a una obra en un sitio específico. Los bibliotecarios y los investigadores deben hallar los atributos particulares que hacen que el libro antiguo argentino sea lo que es y no otra cosa. Al intentar definir nuestros fondos nacionales antiguos, resulta escasa la datación de “ejemplares anteriores a 1800”. En este marco, se abre una controversia, pues el juicio de antigüedad para un título editado en nuestra geografía requeriría de una fecha más extensa. Un impreso tirado en 1910 es, para muchos países de América Latina, casi en forma taxativa, un ejemplar viejo. En una pequeña ciudad del interior donde la tipografía apareció a fines del siglo XIX o comienzos del XX, la producción local del primer lustro puede muy bien resultar antigua.

Por lo tanto, tal como hemos observado, la especificidad del lugar de edición no puede establecerse a través de una sola regla. En este caso, la faceta toponímica debe estudiarse en el marco de una doble lectura. En un primer momento, someter al libro antiguo a una aproximación “macrotipográfica”, esto es, al concepto global de “lo antiguo” desde la visión europea; en una segunda etapa, según las necesidades geográficas del desarrollo de la imprenta en cada contexto, realizar un análisis “microtipográfico” de estas obras a partir de su determinación de lugar. No se trata de una competencia

o de fomentar un tipo de lectura en desmedro de la otra, lo realmente importante es poseer una conciencia bibliográfica de que ambas existen y que se complementan mutuamente, más allá de toda imposición. El bibliógrafo material, en este caso, debe intentar trascender esa propiedad instaurada y constreñida en la formalidad, para rescatar la enriquecedora magnitud de lo que significa el libro antiguo, en su amplio y oscilante movimiento, según los distintos períodos de la historia geográfica de la imprenta y la edición de cada país o región (Ares, 2010).

En el comienzo de este ensayo se mencionó que dichos planteles se expresan con el ímpetu estético de los objetos de arte. Es por ello que, dejando al margen la estética en sí misma, es necesario recordar y tener presente que estas obras están cercadas por la valoración monetaria, es decir, por la *faceta económica*. El costo de un ejemplar añoso es aún más acuciante que el del libro moderno. Aquí hace irrupción, de nuevo, el librero anticuario y las grandes casas de subastas internacionales, como las de Nueva York o Londres, que toman a estos objetos desde la mirada del mercado y no, precisamente, con la anuencia bibliotecaria (Carter, 2004; Mendoza Díaz-Maroto, 2009; *El mercado del libro antiguo español*, 1999; Palau y Dulcet, 1948-1977; *Tasación*, 2002 y Vaucaire, 1979). No debemos caer en la ingenuidad de olvidar esta dimensión que codifica al libro antiguo desde los extramuros de la biblioteca. Es una faceta que se presenta, con toda su crudeza económica, en el momento de adquirir una obra antigua específica, esto es, aquel libro que, por desgracia, no ingresó al Tesoro o la Sala de Reservados gracias a un legado o donación.

El concepto de tasación implica un valor agregado al libro antiguo y, por lo tanto, un desmedido acrecentamiento de su costo que, inequívocamente, linda con la representación de plusvalía en detrimento de los valores intelectuales e históricos de dichos impresos. Aunque no puede prescindirse de la idea de “plusvalía impresa”, pues estas obras se manifiestan en forma rotunda desde su perfil económico, es indispensable moderar y limitar su uso. Una forma de atenuar su veta comercial es por intermedio, tal como se observará más adelante, de un minucioso desarrollo de los libros antiguos como bienes patrimoniales.

La constante puesta en valor de este tipo de materiales bibliográficos es una tarea que no puede ser dejada, exclusivamente, en manos de los anticuarios, quienes definen estas obras según la oferta y la demanda que ellos mismos establecen en el mercado librero. Los bibliotecarios, los verdaderos profesionales del libro y de la lectura, deberían estudiar con mayor detenimiento la compleja ecuación que implica el libro antiguo como mercancía.

La dimensión económica involucra otra práctica que se ejerce sobre este tipo de colecciones, nos referimos a la *faceta política*. ¿La riqueza y el incremento de los fondos antiguos en una biblioteca son fortuitos? ¿Están librados al azar o constituyen actos cargados de intencionalidad? Los grandes acervos bibliográficos nacionales, tales como los de la British Library, la Library of Congress y la Bibliothèque Nationale de Francia se consolidaron a través de una serie de actos propios de la esfera política; estas decisiones se sustentan en una gran avidez por conseguir la mayor cantidad de obras antiguas, tanto por compra como por donación; e incluso,

en algunas ocasiones, trasuntan avatares poco cristalinos en el momento de adquirir un ejemplar, como en el caso de los botines bibliográficos provenientes de una guerra o una incursión colonial (Báez, 2005). Poseer libros antiguos, para que una biblioteca se destaque por la calidad y la magnitud de esos acervos, es una forma oculta de ejercer el poder.

Las formas que dan turgencia al poder son ilimitadas. Desde la gestación de la colección de tabletas de arcilla por Asurbanipal en Nínive y la abrumadora presencia de los rollos griegos en la Biblioteca de Alejandría, hasta las megabibliotecas nacionales de la actualidad, el afán de dominio universal de la cultura escrita e impresa y, en consecuencia, de los libros antiguos, es una presión que se construye por medio de los poderes (Baratin y Jacob, 1996; Bourdieu, 2000 y Petrucci, 1999). Asimismo, la presencia del poder se manifiesta y sustenta, en la modernidad, en la búsqueda afanosa de prestigio a la que inclinan, naturalmente, dichos repositorios de tendencia universal. Supremacía en los acervos antiguos, autoridad en la vastedad y riqueza de esos elencos, se corresponden, en forma indudable, con el renombre y la notoriedad de las instituciones que los albergan.

¿Y cómo se relaciona el libro antiguo con los ciudadanos? La respuesta es consustancial con la *faceta social*. Todo libro existe porque tiene la posibilidad latente de ser leído, al menos, en una oportunidad. Esa probabilidad es su razón de ser, en tanto que se nos representa como una máquina de leer (Escarpit, 1965). En los fondos antiguos se manifiesta una endeblez que, a veces, conspira ante este anhelo material de ser leído y poseído: el problema del acceso público a estas colecciones especiales. Su lectura siempre es condicionada y su consulta se encuentra restringida a investigadores y eruditos.

Su llegada al público suele ser a través de exposiciones conmemorativas y muestras especiales.

La pregunta que deberíamos hacernos desde nuestra profesión es la que se menciona a continuación: ¿cómo se puede construir ciudadanía a través de los libros antiguos? Las respuestas de los bibliotecarios ante ese dilema constituyen un verdadero desafío. Se necesitará de una gran osadía y de una significativa dosis de imaginación para superar esta realidad, porque la faceta social de estos elencos, en su relación con los ciudadanos, tiende a ser restrictiva.

En la actualidad, a pesar de la complejidad que implica su consulta material, se cuenta con poderosos instrumentos para la difusión ciudadana de los fondos antiguos, tal el caso de las masivas digitalizaciones de dichos legados. La planificación de estas herramientas por intermedio de “una política pública de digitalización” constituye, sin duda, el fundamento indispensable para regular el libro antiguo como patrimonio de la memoria de una nación. No se debe subestimar este punto, ya que el acceso del conjunto de los ciudadanos, sin restricciones algunas (salvo las que imponen su preservación y conservación), a la totalidad de la producción impresa de un pueblo, exige el rescate y la conciencia de los libros antiguos como “la narración histórica-tipográfica” de un país, es decir, la territorialidad morfológica y cultural de una población con su propia identidad y su propia construcción historiográfica.

Para continuar con el tema, es insoslayable mencionar la *faceta estrictamente profesional y técnica*. Esta dimensión y sus prácticas son bien conocidas por los bibliotecarios y sería redundante detenerse en ellas en el contexto de este ensayo. A

modo de ejemplo ilustrativo, citaremos las actividades profesionales siguientes: la catalogación y clasificación (procesos técnicos especiales), la capacitación del personal, la preservación y conservación, la digitalización, entre otras muchas.

Pero la *faceta profesional y técnica* se manifiesta especialmente en la reconstrucción del objeto impreso a través de la lectura que le impone la Bibliografía material; sin la reconfiguración moderna de las materialidades bibliográficas es imposible concebir el libro antiguo en sus instancias de artefactos destinados a la manipulación y, por ende, a su correcta identificación y descripción (Baldacchini, 2001; Balsamo, 1998 [1984]; Besterman, 1950; Bibliographic Standards Committee, 2007; Bowers, 2001; Checa Cremades, 2011; Gaskell, 1999 [1972]; McKerrow, 1998; Marsá Vila, 1999; Martín Abad, 2004; Pedraza, Clemente y Reyes Gómez, 2010; Reyes Gómez, 2000, 2010a y 2010b; Simón Díaz, 2000). La presencia del mundo concreto pautado por “lo material”, que ha tenido, en los últimos años, un importante desarrollo en España, tampoco es ajena a la realidad latinoamericana, cuyos estudios se han incrementado últimamente (García Aguilar, 2011; Garone Gravier, 2009; Garone Gravier y Pérez Salas, 2012).

A todo esto, es necesario señalar la importancia que han adquirido las investigaciones y las prácticas vinculadas con el estudio de las encuadernaciones y los papeles decorados antiguos (Carpallo Bautista, 2009; Carpallo Bautista y Vélez Celemín, 2010; Checa Cremades, 2003) y, especialmente, el notable auge de la preservación, conservación y restauración de estos fondos (Antón Melero, 1995; Bello Urgellès y

Borrell Crehuet, 2002; Foot, 2004; Hazen, 1997 y Szirmai, 1998).

Una mención colateral merece, sin duda, el problema topográfico. El lugar físico donde se decide depositar las colecciones especiales suele tener ribetes dramáticos, ya sea porque no se previó una sala adecuada, o porque ingresaron en la biblioteca como un legado que establece, en una de sus cláusulas, la prohibición de separar las obras antiguas de las modernas. Este tópico abre la instancia, tan problemática para la mayoría de las bibliotecas, del donante que condiciona el destino topográfico de las obras. De tal forma que el legatario intenta extender su norma de configuración física sobre los intereses gregarios de los lectores. En este punto, aun las relaciones diplomáticas mejor concebidas pueden fracasar y traer, como consecuencia, la pérdida de un plantel bibliográfico de características excepcionales. Los bibliotecarios tampoco debemos olvidar este duro aforismo: el lugar físico de los libros antiguos es una fuente de querellas y de sorpresas.

Finalmente, luego de estas aproximaciones conjeturales en torno a los elencos reservados, resulta ineludible la mención a la disciplina que los toma como objeto de estudio e investigación: la *faceta de la Historia del Libro, de las Bibliotecas y de la Lectura*. Si bien la Bibliografía material define las características más significativas del libro antiguo, es importante subrayar que en los últimos veinte años se han desarrollado una variedad de estudios que rescatan la importancia de otros agentes que inciden en su articulación. Nos referimos a la irrupción del universo de los lectores y de los editores. La Historia de la Lectura actual, de hecho,

implica una reconfiguración, desde un ángulo estrictamente no material, de los acervos antiguos y modernos (Cavallo y Chartier, 1998 [1997]; Chartier, 1993, 1996 y 1999; Littau, 2008 [2006]; Manguel, 1999 y Petrucci, 1999). A esto deben agregarse, especialmente, las numerosas contribuciones que rescatan el polifacético y cambiante universo de la Historia de la Edición y su incidencia en la elaboración tipográfica de los elencos antiguos (Infantes, López y Botrel, 2003; Martin y Chartier, 1982-1986; Martínez Martín, 2001) y, sobre todo, los aportes provenientes de lo que se ha dado en denominar “la sociología de los textos” (McKenzie, 1991). Además, aún resta analizar el entramado de relaciones que existen entre los impresos antiguos, la escritura y las nuevas teorías sobre la oralidad (Havelock, 2008 y Ong, 1993 [1982]).

Tal como se ha señalado en el desarrollo de este ensayo, la dimensión documental y el anclaje histórico de estas colecciones constituyen los aspectos que facilitan su análisis y tratamiento desde un punto de vista inserto en la Historiografía moderna. Los fondos antiguos son representaciones corpóreas que poseen huellas del estado de la Historia del Libro y de la Lectura en un período específico. Mediante el empleo de un método cualitativo o “indiciario” (Ginzburg, 2004 y 2010) es posible reconstruir la historia de la imprenta y la vida cotidiana de los talleres de impresión que los editaron. El libro antiguo es una realidad tipográfica abierta al mundo que ya fue, pero que, no obstante, está aquí presente entre nosotros para ser leído a contrapelo. ¿Cómo nos aproximáramos a esa cotidianidad palpante que impregna los fondos antiguos desde la Historia de la Cultura Material? (Pounds, 1999). La relectura de estas textualidades, con

volumen y peso propio, establece un discurso que debe ser descifrado por los investigadores. En los viejos elencos bibliográficos están implícitos los modos de leer, las maneras de escribir, las imágenes que representan la lectura, los propietarios que tuvieron los libros en sus manos y que dejaron grabados en ellos sus *exlibris* y sus formas de encuadernarlos, las firmas de posesión particular y las dedicatorias e, incluso, gracias a las notas de *marginalia*, las formas de apropiarse de los textos (Jackson, 2001 y Stoddard, 1985).

Pero en ellos residen elementos aún más complejos que esperan ser desentrañados y esclarecidos, pues guardan para quienes quieran develarlo nada menos que *la historia de las sensibilidades y las emociones de los lectores*. Además, estas obras nos hablan sobre el conocimiento humano y el modo de clasificarlo en categorías desde el inicio de la imprenta (Burke, 2002 y 2007). Esto significa, inequívocamente, que en esas salas reservadas se esboza una cultura impresa de la evolución de la filosofía del conocimiento y de los modos cognitivos de acceder al saber de cada época.

Otra dimensión insoslayable que involucra a la totalidad de estos legados excepcionales, es la *faceta del libro antiguo como patrimonio bibliográfico y cultural*. Estos acervos son bienes patrimoniales con valores históricos y sociales que hacen a la construcción identitaria de un país o de una zona geográfica en particular. Requieren, pues, de una legislación actualizada que establezca un conjunto de normativas para su protección, ya que, en última instancia, constituyen artefactos culturales que no pueden enajenarse (González-Varas Ibañez, 1999). Desde el punto de vista jurídico pertenecen a

la esfera que los identifica como bienes documentales (Alegre Ávila, 1994 y García Aguilar, 2011: 45-56).

El valor patrimonial de estos planteles, entonces, se debe fundamentar en una serie de leyes y reglamentos que legislen sobre su uso, acceso, protección y conservación. Normas jurídicas que deben tener en cuenta no solo su accesibilidad y preservación sino, además, su control de venta en el exterior y su confiscación aduanera en el ámbito del contrabando de esos bienes. Su valor patrimonial único se manifiesta, en forma irrevocable, en su condición de objetos culturales pertenecientes al ámbito público del Estado. Las asociaciones de bibliotecarios y otras entidades, tanto estatales como particulares, que velan por la conservación de estos bienes, deben trabajar por la concienciación de los sectores dirigentes y políticos acerca de la urgencia de esta demanda, pues si bien en América Latina se han hecho importantes avances en materia legislativa, aún resta mucho por hacerse.

Los fondos antiguos presentan innumerables situaciones que escapan a toda tipología. Una taxonomía es un diseño de lo inesperado. En este caso, podríamos citar una propiedad errática y escurridiza, señalada por el azar y la eventualidad fortuita: la *faceta de la dispersión paradójica*. Los viejos ejemplares, como muchas publicaciones periódicas, tomando con cierta libertad la Ley de Bradford (1985), tienden a la dispersión espacio-temporal. Los libros antiguos se esparcen, en un principio, en los estantes de los coleccionistas particulares y luego, o al mismo tiempo, se depositan en los anaqueles de los anticuarios. Este circuito puede tener varias idas y vueltas cíclicas entre comerciantes y propietarios. Sin embargo, en muchos casos, se presenta una tercera vertiente: esas obras

terminan su largo derrotero en las grandes bibliotecas nacionales o institucionales. Se establece, pues, un vínculo paradójal que desarticula los fondos antiguos en su diseminación y, *a posteriori*, tiende a reunirlos en un nuevo entramado.

Esa dinámica de lo impensado debe ser tenida en cuenta por las gestiones de los que dirigen y administran las bibliotecas depositarias de estos legados, pues los libros antiguos, según esta paradoja aleatoria, luego de una amplia dispersión pueden tender o aspirar a un agrupamiento. Del mismo modo que una gran cantidad de obras de arte se deposita en los museos, los elencos bibliográficos del pasado encuentran su lugar último en determinadas bibliotecas. Este planteo no es ocioso, ya que debería llevarnos a meditar acerca de las íntimas imbricaciones y reciprocidades que existen entre las prácticas archivísticas y museológicas, y los usos bibliotecológicos. Si las colecciones especiales participan del atributo que las relaciona con los objetos de arte, ¿por qué no pueden ser tratadas en las bibliotecas como piezas destinadas a la creatividad de la exhibición de un museo moderno?

El tema anterior es, sin equívocos, trascendente. Los novedosos procedimientos que instrumentan los museólogos en la actualidad, bien podrían ser aprovechados por los bibliotecarios para disminuir la brecha social que existe entre los lectores comunes y los fondos antiguos. Esas técnicas permitirían aproximar a los ciudadanos de a pie, en forma interactiva e insospechada y con todos los recaudos de preservación necesarios, a las maravillas de dichos acervos, para que estos no sean solo patrimonio de una elite formada por investigadores y eruditos.

• *Conclusiones provisionales*

Así pues, hemos señalado once dimensiones o facetas en el plano conjetural: la lingüística o terminológica, la temporal-espacial, la documental, la geográfica o toponímica, la económica, la política y su relación con el poder, la dimensión social, la profesional y técnica, la vinculada con la Historia del Libro, las Bibliotecas y la Lectura, la de patrimonio bibliográfico, y la que se expresa en la dispersión paradójica.

Asimismo, se han puntualizado algunas particularidades que restan por desarrollarse, tales como la representación de los legados antiguos como obras de arte y, por lo tanto, propias del coleccionismo (Bibliofilia); los lazos, cada vez más importantes, que relacionan a dichos elencos con la moderna Archivología y Museología; y, además, la trascendencia de estas obras dentro de un marco axiológico, pues sus “valores” son una compleja urdimbre entre lo material, lo cognitivo y lo intelectual. Todas ellas son las “hacedoras” de ese concepto, amplio y desmesurado, que llamamos *fondos antiguos*. Por supuesto, existen muchas más y, sin duda, dichas dimensiones son preliminares y están abiertas a una generosa refutación.

El libro antiguo es un enigma. Nuestra primera referencia a Ranganathan era una metáfora sobre la dificultad de su resolución. La intencionalidad de estas páginas se ha centrado en manifestar que el primer paso para resolver una dificultad es, justamente, ser conscientes de su complejidad. Al decir y nombrar a un conjunto de obras bajo el rótulo de “libros antiguos”, nos abismamos en un universo plural, no unívoco. Por eso, antes de establecer su definición, tal como hemos

observado, es imperioso rastrear las características *polisemánticas y retóricas* de su “personalidad”, en tanto texto material que traza su profunda huella indeleble en las bibliotecas.

No en vano, frente a estas perspectivas redefinidas, no en el espacio del relativismo sino desde la esfera de “lo ambiguo”, como prerequisite creador de un nuevo conocimiento, se ha optado por un discurso sostenido por conjeturas. Creemos, en esta área de lo dudable, que aún es poco lo que sabemos sobre la organización y el comportamiento vital de esta clase de elencos bibliográficos.

Su presencia física, lingüística, cognitiva y sensible genera en nosotros, los bibliotecarios y los bibliógrafos, un conjunto de respuestas que, como se ha consignado, excede el campo profesional y técnico. La extraordinaria vivacidad de estas colecciones contrasta, no sin cierta ironía, con el vocablo “antiguo” que, más bien, rememora un lugar donde la vida ya ha pasado y solo permanece el objeto que la personificó. Quienes hayan tenido la felicidad —una dicha que convive con el desborde del entusiasmo— de tener estas obras en sus manos saben que su lozanía y, nos arriesgamos a decir “modernidad”, es infinitamente mayor que muchos títulos editados hace una década. Se debe insistir en un punto clave: para comprender esta “vida tipográfica” encubierta en esos fondos es necesario reflexionar sobre las facetas mencionadas u otras que, hipotéticamente, se presenten en el futuro.

No hay más remedio, entonces, que ir más allá de la expresión genérica “libro antiguo”. Y tratar, como sostenía Benjamin, en un hermoso ensayo sobre la bibliomanía (1986), no solo de entablar una relación profunda con las cosas, sino intentar, de alguna forma, de habitar en ellas. Posiblemente,

como bibliotecarios e investigadores, este sea nuestro destino privilegiado: la aspiración y la necesidad de morar en los libros antiguos para establecer en ellos nuestra propia residencia.

• Referencias bibliográficas

- ALEGRE ÁVILA, JUAN MANUEL. 1994. *Evolución y régimen jurídico del patrimonio histórico: la configuración dogmática de la propiedad histórica en la Ley 16/1985, de 25 de junio, del Patrimonio Histórico Español*. Madrid: Ministerio de Cultura, Secretaría Técnica.
- ANTÓN MELERO, PABLO. 1995. *Introducción a la restauración artesanal de libros, grabados y manuscritos*. Madrid: Ollero & Ramos.
- ARES, FABIO EDUARDO. 2010. *Expósitos: la tipografía en Buenos Aires (1780-1824)*. Buenos Aires: Dirección de Patrimonio e Instituto Histórico.
- BÁEZ, FERNANDO. 2005. *Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BALDACCHINI, LORENZO. 2001. *Il libro antico*. Nuova ed. aggiornata. Roma: Carocci.
- BALSAMO, LUIGI. 1998 [1984]. *La bibliografía: historia de una tradición*. Gijón: Trea.
- BARATIN, MARC Y CHRISTIAN JACOB. 1996. *Le pouvoir des bibliothèques: la mémoire des livres en Occident*. Paris: Albin Michel.
- BELLO URGELLÈS, CARMÉ Y ÀNGELS BORRELL CREHUET. 2002. *El patrimonio bibliográfico y documental: claves para su conservación preventiva*. Gijón: Ediciones Trea.

- BENJAMIN, WALTER. 1986. Desembalo mi biblioteca (Discurso sobre la bibliomanía). En *Punto de vista*. Año 9, no. 26, 23-27.
- BESTERMAN, THEODORE. 1950. *Les débuts de la bibliographie méthodique*. 3e. éd. revue. Paris: La Palme.
- Bibliographic Standards Committee, Rare Books and Manuscripts Section, Association of College and Research Libraries in collaboration with the Cataloging Policy and Support Office of the Library of Congress. 2007. *Descriptive Cataloging of Rare Materials (Books)*. Washington, D.C.: Cataloging Distribution Service.
- BOURDIEU, PIERRE. 2000. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- BOWERS, FREDSON. 2001. *Principios de descripción bibliográfica*. Madrid: Arco/Libros.
- BRADFORD, S. C. 1985. Sources of Information on Specific Subjects. En *Journal of Information Science*. Vol. 10, no. 4, 173-180.
- BUCKLAND, MICHAEL K. 1997. What is a *Document*? En *Journal of the American Society for Information Science and Technology*. Vol. 48, no. 9, 804-809.
- BURKE, PETER. 2002. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.
- BURKE, PETER. 2007. *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CARPALLO BAUTISTA, ANTONIO. 2009. *Las encuadernaciones artísticas de la Catedral de Toledo*. Toledo: Sociedad Don Quijote de Conmemoraciones Culturales de Castilla-la Mancha: Instituto Teológico San Ildefonso.
- CARPALLO BAUTISTA, ANTONIO Y ANTONIO VÉLEZ CELIMÍN. 2010. *Los papeles decorados en las encuadernaciones del Archivo y Biblioteca de la Catedral de Toledo*. Toledo: Cabildo Primado: Instituto Teológico San Ildefonso.
- CARTER, JOHN. 2004. *ABC for Book Collectors*. 8th. ed. New Castle, Delaware: Oak Knoll Press; London: British Library.
- CASSON, LIONEL. 2003. *Las bibliotecas del mundo antiguo*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- CAVALLO, GUGLIELMO Y ROGER CHARTIER, dirs. 1998 [1997]. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.

- CHARTIER, ROGER. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- CHARTIER, ROGER. 1996. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 1999. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHECA CREMADES, JOSÉ LUIS. 2003. *Los estilos de encuadernación: (Siglo III d. J.C. – siglo XIX)*. Madrid: Ollero & Ramos.
- CHECA CREMADES, JOSÉ LUIS. 2011. *El libro antiguo: materia bibliográfica y objeto de deseo*. 2a. ed. corr., aum. e ilustrada. Madrid: Praha, imp.
- ESCARPIT, ROBERT. 1965. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza.
- FERRATER MORA, JOSÉ. 1979. *Diccionario de Filosofía*. Madrid: Alianza. 4 v.
- FOOT, MIRJAM M., ed. 2004. *Eloquent Witnesses: Bookbindings and their History*. London: Bibliographical Society; British Library; New Castle, Del.: Oak Knoll Press.
- FOUCAULT, MICHEL. 1985. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- GARCÍA AGUILAR, IDALIA. 2011. *Secretos del estante: elementos para la descripción bibliográfica del libro antiguo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- GARONE GRAVIER, MARINA. 2009. *Breve introducción al estudio de la tipografía en el libro antiguo: panorama histórico y nociones básicas para su conocimiento*. México: Asociación Mexicana de Bibliotecas e Instituciones con Fondos Antiguos.
- GARONE GRAVIER, MARINA Y MARÍA ESTHER PÉREZ SALAS C., comps. 2012. *Las muestras tipográficas y el estudio de la cultura impresa*. México: Ediciones del Ermitaño.
- GASKELL, PHILIP. 1999. [1972]. *Nueva introducción a la bibliografía material*. Prólogo y revisión técnica de José Martínez de Sousa. Gijón: Ediciones Trea.
- GINZBURG, CARLO. 2004. *Tentativas*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

- GINZBURG, CARLO. 2010. *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, IGNACIO. 1999. *Conservación de bienes culturales: teoría, historia, principios y normas*. Madrid: Cátedra.
- HAVELOCK, ERIC A. 2008. *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- HAZEN, DAN. 1997. Desenvolvimento, gerenciamento e preservação de coleções [en línea]. *Planejamento de preservação e gerenciamento de programas*. Rio de Janeiro: Projeto conservação preventiva em bibliotecas e arquivos, Arquivo Nacional, 1997. [2a. edición, 2001]. <http://www.abracor.com.br/novosite/txt_tecnicos/CPBA/CPBA%2033%20a%2036%20Planejamento%20e%20Gerenciamento.pdf> [Consulta: marzo 2012].
- HERRERA, JOSÉ LUIS. 2005. El libro antiguo como objeto de arte y la digitalización. En *Razón y Palabra*. No. 45. <<http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n45/jherrera.html>> [Consulta: 12 febrero 2011].
- HESSEL, ALFRED. 1955. *A History of Libraries*. New Brunswick, N.J.: The Scarecrow Press.
- HUSSERL, EDMUND. 1949. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- INFANTES, VÍCTOR; FRANÇOIS LÓPEZ Y JEAN-FRANÇOIS BOTREL, dirs. 2003. *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- JACKSON, H. J. 2001. *Marginalia: Readers Writing in Books*. New Haven: Yale University Press.
- LACAPRA, DOMINICK. 2006. *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LITTAU, KARIN. 2008. [2006]. *Teorías de la lectura: libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.
- McKENZIE, D. F. 1991. *La bibliographie et la sociologie des textes*. Préface de Roger Chartier. Paris: Éditions du Cercle de la Librairie. [Versión al español: McKenzie, D. F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal].

- MCKERROW, RONALD B. 1998. *Introducción a la Bibliografía material*. Madrid: Arco/Libros.
- MANGUEL, ALBERTO. 1999. *Una historia de la lectura*. Santa Fe de Bogotá: Norma.
- MARSÁ VILA, MARÍA. 1999. *El fondo antiguo en la biblioteca*. Gijón: Trea.
- MARTIN, HENRI-JEAN Y ROGER CHARTIER, dirs. 1982-1986. *Histoire de l'édition française*. Paris: Promodis. 4 v.
- MARTÍN ABAD, JULIÁN. 2004. *Los impresos antiguos*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Martín Fierro y Azul: el bicentenario en las pampas. El legado bibliográfico de Bartolomé J. Ronco (1881-1952). Catálogo de la exposición*. 2010. Exposición enmarcada en la programación oficial de los actos conmemorativos de la Agenda Federal del Bicentenario de la Revolución de Mayo. Curaduría: Alejandro E. Parada. Redacción y revisión del "Catálogo": Alejandro E. Parada y Enrique C. Rodríguez. Curaduría Museográfica: Coordinación General: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires: Alicia de las Nieves Sarno et al. [2a.ed.]. Azul: Biblioteca Popular de Azul y Asociación Española de Socorros Mutuos de Azul.
- MARTÍNEZ MARTÍN, JESÚS A., dir. 2001. *Historia de la edición en España (1836-1936)*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- MENDOZA DÍAZ-MAROTO, FRANCISCO. 2009. *El mercado del libro antiguo en España visto por un bibliófilo*. Madrid: Arco/Libros.
- El mercado del libro antiguo español: una guía de precios*. 1999. [Editores: Julio Ollero, Susana Bardón, con la colab. de Ana Barrera]. Madrid: Ollero & Ramos.
- MILKAU, FRITZ. 1952-1955. *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*. Wiesbaden: Otto Harrassowitz. 4 v.
- ONG, WALTER J. 1993 [1982]. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PALAU Y DULCET, ANTONIO. 1948-1977. *Manual del librero hispano-americano: bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos: con el valor comercial de los impresos descritos*. 2a. ed., corr. y aum. Barcelona: Librería Palau.

- PARADA, ALEJANDRO E. 2012. *Martín Fierro en Azul: catálogo de la colección martinfierrista de Bartolomé J. Ronco*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- PARSONS, EDWARD ALEXANDER. 1952. *The Alexandrian Library. Glory of Hellenic World: its Rise, Antiquities, and Destructions*. Amsterdam-London-New York: The Elsevier Press.
- PEDRAZA, MANUEL J.; YOLANDA CLEMENTE Y FERMÍN DE LOS REYES GÓMEZ. 2010. *El libro antiguo*. Madrid: Síntesis.
- PETRUCCI, A. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- PFEIFFER, RUDOLFUS. 1968. *History of Classical Scholarship: from the Beginnings to the end of the Hellenistic Age*. Oxford: Clarendon Press.
- POUNDS, NORMAN J. G. 1999. *La vida cotidiana: historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica.
- RANGANATHAN, S. R. 1967. *Prolegomena to Library Classification*. New York: Asia Publishing House.
- REYES GÓMEZ, FERMÍN DE LOS. 2000. *El libro en España y América: legislación y censura (siglos XV-XVIII)*. Madrid: Arco/Libros. 2 v.
- REYES GÓMEZ, FERMÍN DE LOS. 2010a. *Manual de Bibliografía*. Madrid: Castalia.
- REYES GÓMEZ, FERMÍN DE LOS. 2010b. La estructura formal del libro antiguo español. En *Paratesto*. 7, 9–59.
- SIMÓN DÍAZ, JOSÉ. 2000. *El libro español antiguo: análisis de su estructura*. 2a. ed. Madrid: Ollero & Ramos.
- STODDARD, ROGER E. 1985. *Marks in Books: Illustrated and Explained*. Cambridge, Mass.: Houghton Library, Harvard University.
- SZIRMAI, J. 1998. The Archeology of Bookbinding and Book Restoration. En *New Bookbinder*. 18, 67–79.
- Tasación, valoración y comercio del libro antiguo: (Textos y materiales)*, Jaca, 2-6 de septiembre de 2002. Edición a cargo de Manuel José Pedraza Gracia. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- VAUCAIRE, MICHEL. 1979. *Le livre: valeur de placement. Suivi de: L'autographe: valeur de placement* / Patrice Hennessy. 3 ed. Paris: Guy Le Prat.

2 • Una relectura del encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura

Reflexiones desde y hacia la Bibliotecología

• Introducción

NUNCA ES UNA tarea estéril ni vacua el empleo de la duda para intentar construir el marco teórico de una especialidad. Lo disciplinar existe y perdura porque su teoría, móvil y siempre mutable, se sustenta en su propia instrumentación. Todos sabemos, aunque los bibliotecarios poseen una marcada vocación por la creación de sistemas taxonómicos de excesiva racionalidad, el carácter limitado y parcial del conocimiento histórico. Sin embargo, la limitación y la parcialidad, elementos inherentes a la búsqueda de la posible verdad, de ninguna manera constituyen un obstáculo en la implementación del saber. Es más, su presencia nos hace más humanos en el momento de relacionarlos con los textos y sus sensibilidades solapadas.

Entonces, no es ocioso para un bibliotecario o un aspirante a serlo preguntarse, en el plano de un ritual casi ontológico, ¿qué es la Historia del Libro?, ¿para qué se estudia?, ¿para qué sirve? Por supuesto, como la realidad histórica es tan inagotable como equívoca, y la participación del historiador tan inasible como recóndita la intencionalidad que esconden los documentos, esta interrogación inicial es una

tarea signada por la imposibilidad y el desasosiego (Marrou, 1985). Pero esa desmesura del desasosiego es más aparente que real. Ya que en sí misma constituye el punto de partida que culminará en un conjunto de respuestas provisionales y efímeras. De ahí, sin duda, la constante necesidad de responder, porque en ello casi se juega una elección de vida, sobre la identidad fundadora de nuestra actividad profesional.

En esta primera instancia, es oportuno comenzar con una cuestión en apariencia simple: ¿por qué la importancia actual de la Historia del Libro? Roger Chartier responde a esta cuestión en forma precisa: debido a la presencia, a la “resistencia”, de la dimensión textual en los nuevos medios de comunicación, sean impresos o virtuales (Cue, 1999: 19).

No es nuestro objetivo trazar un panorama de la historia de la Historia del Libro, esto es, una especie de relato de segundo grado. Empero, aun en un área de debate, se puede sostener que esta disciplina, junto con la Bibliografía, son las materias que brindaron el mayor aporte a la construcción de la moderna Bibliotecología. Si esta tiene un pasado, este pasado se identifica plenamente con la Historia del Libro y la Bibliografía (Balsamo, 1998 [1984] y Gaskell, 1999 [1972]). Los amantes de la cultura antigua, tal el ejemplo de Justus Lipsius (1907 [1607]), se abocaron al estudio, más o menos profundo, de las grandes bibliotecas del pasado; y los bibliógrafos (ya lo hacían antes de que existiera la imprenta), se esmeraron por registrar y enlistar la nueva producción impresa que se sumaba y acoplaba a la civilización manuscrita, como lo atestigua la famosa *Bibliotheca universalis*, de Konrad Gesner, editada en Zurich en el año 1545 (Sabor, 1979: 136). De modo que los historiadores y los bibliógrafos

fueron los primeros en pensar el universo de las palabras registradas desde otra óptica. Este modo histórico de observar la realidad del libro y de las bibliotecas en secuencias continuas, por un lado; y por otro, el ejercicio de controlar la identificación material del mundo de la edición condicionaron, fuertemente, el nacimiento de nuestra profesión. Cuando Gabriel Naudé (por supuesto, hay ejemplos anteriores) escribió lo que se puede considerar como el primer tratado del arte bibliotecario, su citado y poco leído *Advis pour dresser une bibliothèque* (Naudé, 1963 [1627]), estaba ya influido por estas dos vertientes: el pensamiento histórico y la necesidad del orden de los libros.

Esta situación, sin duda de vanguardia creadora en el momento de fundar nuestra profesión, se mantuvo incólume y estancada durante siglos. Limitándonos solo a nuestro objeto de estudio, el relato historiográfico sobre el libro y las bibliotecas fue un discurso de “hechos”, de índole fáctica, cuyo clímax se manifestó rotundamente cuando el positivismo pretendió que el método de las Ciencias Naturales explicara el comportamiento de las Ciencias Sociales. La historia de los libros y de las bibliotecas era un conjunto de datos que debían desarrollarse según su importancia “comprobada” en el acontecer de los hechos. Todo aquello que no respondía a la constelación fáctica, como los sentimientos, los gestos, las emociones, no eran dignos de ser historiados por su inexistencia testimonial, es decir, por su falta de documentación concreta.

Pero esta sesgada concepción tuvo consecuencias aún mayores. La Historia del Libro y de las Bibliotecas era, precisamente, exponer la evolución y la producción del libro en los

diversos períodos históricos. En el caso de las bibliotecas, se proponía el discurso cronológico sobre “los acontecimientos importantes” (incremento de la colección, formas de organizar los libros, administración y cuidado de las obras, etc.) que hacían al desarrollo o a la supervivencia de cada biblioteca. Esta Historia del Libro casi lineal, que no tomaba en cuenta la ambivalencia cultural y sociológica de todo artefacto hecho por el hombre, incluso desplazó a la Historia de las Bibliotecas a un segundo plano, ya que la Historia del Libro se convirtió en una macro disciplina que incluyó a aquella.

Recién a mediados del siglo xx sucedieron tres hechos que, a la postre, terminarían por cambiar esta dirección. En primer término, la aparición de los estudios cuantitativos y seriados del libro en Francia, donde la estadística, en procesos de larga duración, aportó guarismos o tendencias hasta la fecha no tenidos en cuenta en la Historia del Libro. Luego, la publicación de una obra que incorporaba los aspectos sociales, económicos y comerciales del libro, *L'apparition du livre*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin (1958). Finalmente, el florecimiento de la Historia Social a partir de una revista cuyo marco teórico fue fundacional: la escuela de los *Annales*, esto es, la “nueva historia”, que se agrupó en la publicación *Annales: économies, sociétés, civilisations*. Esta concepción historiográfica que impulsó la denominada *histoire totale* constituyó, en última instancia, una reacción al modelo de historia propuesto por Leopold von Ranke, quien sostenía que los sucesos políticos eran el objeto de la Historia. Por el contrario, la escuela de los *Annales*, en cierto sentido amplio, extiende su campo histórico a todas las actividades que llevan a cabo los hombres en una sociedad determinada,

deja a un lado la narración de los acontecimientos en aras del análisis de las estructuras, instala su mirada en el acontecer de los “sectores populares” (“los de abajo”), cambia el paradigma de los documentos originales en los cuales se basaba la historia tradicional (por ejemplo, incorpora los testimonios orales y visuales), duda de la tarea omnipresente del historiador, cuestionando así el principio de objetividad, y centra su interés en el universo de la investigación interdisciplinaria (Burke, 1993: 11-19 y Parada, 2009: 30).

Pero no es necesario detenernos en demasía en estos conceptos y caer en una redundancia de amplia difusión académica, pues Roger Chartier ha esbozado este tópico, en detalle y profundidad, en su clásica contribución “De la Historia del Libro a la Historia de la Lectura” (Chartier, 1993: 13-40). Aquí lo que nos interesa tampoco se centra en una novedad, sino en dos aspectos que deben ser resaltados para aquellos que se inician en estos estudios. En primer término, la Historia del Libro no había tenido en cuenta el hecho de que la construcción de un libro implica un cambio de articulación en el discurso de la obra. Es decir, que la materialidad que sustenta el soporte del libro como artefacto (selección tipográfica, disposición e imposición de los textos, configuración de la página, entre otros muchos aspectos) constituye una reconfiguración y alteración que influye en la esencia misma de la lectura (McKenzie, 2005 y Warner, 2001). Esta puesta en escena de la corporeidad de una obra es otra forma de leer detrás de la lectura. El segundo elemento a tener en cuenta, y acaso uno de los más innovadores, es la aparición del lector como materia de análisis. Esta figura estaba ausente en la

Historia del Libro, a pesar de que sin él la cultura manuscrita e impresa hubiera sido un páramo sin sentido.

Al surgir los lectores también aparecieron nuevas y complejas realidades. ¿Cómo rastrear e identificar las improntas o los indicios de lectura que nos han dejado los lectores? Porque leer connota una abstracción y una vivencia existencial del individuo de difícil aprehensión. Los documentos que fijan las emociones vivenciales de la lectura son, sin duda, escasos, pero no imposibles de hallar y someter a análisis cualitativos. No son, en general, pruebas contundentes y fehacientes de lo que puede sentir, interpretar e imaginar una persona absorta en la seducción de las imágenes que suscita una obra impresa, definida muy acertadamente por Robert Escarpit “como una máquina de leer” (Escarpit, 1968: 15). El libro es eso y mucho más, ya que también constituye una maquinaria que produce lectores, una especie de hacedora de disímiles lectores a partir de una sola partitura textual.

¿Cómo conquistar, pues, esta indeterminación que es el centro mismo del leer? Para ello se han implementado distintas metodologías. Roger Chartier ha presentado, a partir de la Historia de las Mentalidades, una aproximación al estudio de las representaciones y de las prácticas culturales (Chartier, 1999). Robert Darnton, en cambio, se ha preocupado por rastrear “las respuestas de los lectores” en documentos que la historia tradicional no había tenido en cuenta y, en particular, por construir, a través de ellos, un contundente relato interpretativo con raíces en distintas disciplinas de las Ciencias Sociales (Darnton, 1993 y 1998 [1984]) y, por supuesto, en reflexionar sobre *¿Qué es la historia del libro?* (Darnton, 2010a [1990] y 2010b). Carlo Ginzburg, por otra

parte, posicionado en procedimientos del psicoanálisis freudiano, ha instrumentado “el método indiciario” para indagar, casi antropológicamente, las huellas de los lectores en la Microhistoria (Ginzburg, 1999 [1976], 2004 y 2010 [2006]). Y los innovadores enfoques sociológicos de Armando Petrucci, que contribuyeron a crear una nueva Paleografía, han permitido establecer las sorprendentes relaciones que existen entre el poder y las habilidades para escribir y leer (Petrucci, 1999 y 2003).

Estos aires de cambio revolucionario en un área tan conservadora como lo ha sido tradicionalmente la Historia del Libro señalan, precisamente, su lozanía y capacidad de renovación. Estamos ante una materia cuya crisis es de índole reparadora e inclusiva. La primera respuesta que se puede intentar ante la pregunta: ¿para qué la Historia del Libro?, sin duda, se centra en su capacidad de incluir a los lectores entre sus diversos objetos de estudio. En un sentido filosófico digno de un sistema lindante con las construcciones hegelianas, la Historia de la Lectura es una aparente “continuidad” de la Historia del Libro y de las Bibliotecas. Su razón de ser y su identidad se manifiestan en el universo manuscrito e impreso y, por una razón lógica, debe insertarse, al menos en tanto no sea una materia con identidad propia, dentro del ámbito de la Historia del Libro.

Pero aquí se abren otros debates que es oportuno abordar. No debemos contrariarnos por estos “estados dubitativos”, ya que, como en la mayoría de los estudios humanos, su conocimiento se halla impregnado de conjeturas. Lo fascinante de las Humanidades y las Ciencias Sociales subyace en su falta de certeza y en su vocación utópica por arribar a una

“verdad” siempre de cariz provisional. La matriz de trabajo es la duda y con ella, o por su intermedio, intentar explicaciones racionales que posean cierta coherencia con el pasado y su comprensión. O aún más, en esa búsqueda de la Verdad (siempre una quimera), reformularnos los fundamentos de una hermenéutica filosófica sumergida en nuestra ambivalencia ontológica (Gadamer, 1984).

• *Encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura*

Por lo tanto, podríamos hacer otra interrogación: ¿la Historia del Libro es una materia que necesariamente debe estar dentro del programa académico de la Bibliotecología / Ciencia de la Información? En los inicios de este ensayo se había planteado, ex profeso, la importancia decisiva que ella tuvo, conjuntamente con la Bibliografía, en la construcción de la profesión bibliotecaria. Esto no fue presentado en forma ociosa o caprichosa ya que, a comienzos de la última década del siglo xx, cuando el neoliberalismo atacó la esencia de servicio social y comunitario de las bibliotecas en aras de obtener una rentabilidad económica de estas instituciones, se levantaron muchas voces que negaron y expulsaron a la Historia del Libro de los planes de estudio bibliotecarios (Harrison, 1994), acusándola de inutilidad y de ser una rémora para “el fin de la historia” en el cual estábamos inmersos (Fukuyama, 1992). Varios bibliotecarios, entre ellos Michael H. Harris, se vieron en la necesidad de alertar sobre el peligro autodestructivo que implicaba esta posición “ahistoricista”

(Harris y Hannah, 1992). Entendiendo este término en su forma brutal y rotunda: la negación de la memoria de la humanidad. Porque, en definitiva, el antihistoricismo encubre una posición autoritaria y el extrañamiento de lo humano de su anclaje con el pasado.

Sin embargo, esto fue una fiebre de verano. El “descubrimiento” del lector, ahora en un primer plano, ocasionó, pese a todos los falsos augurios contrarios, un extraordinario resurgimiento de la Historia del Libro y de las Bibliotecas. Muchos historiadores que pocos años atrás observaban su definitiva desaparición con autosuficiencia negligente, no tuvieron otra alternativa que abandonar su estupor contrario a la Historia y aceptar que el pasado se enlaza, inequívocamente, con el vasto territorio que la Historia traza con su profundo surco en el presente.

Este nuevo cambio de dirección se fortaleció con otras demandas más urgentes que hasta el momento no habían tenido incidencia: la crisis del reinado del autor y el auge de la Historia Cultural. El término “New Cultural History”, título del libro colectivo compilado por Lynn Avery Hunt (1989), demostró las numerosas vertientes en este campo de estudio. Un lugar donde el análisis cualitativo desplazaba o enriquecía a los proyectos exclusivamente cuantitativos, donde se entrecruzaban disciplinas tales como la Lingüística, la Crítica literaria, la Sociología, la Antropología, la Microhistoria, la vida cotidiana, el marxismo y la “historia de los desclasados”, la Psicología, la Bibliografía, y la teoría de las representaciones de los individuos. Asimismo, se acentuó un antiguo tema que había inquietado a numerosos críticos literarios y filósofos de la segunda mitad del siglo

xx: el problema acerca de la paternidad de la autoría de una obra. ¿Quién o quiénes, en definitiva, construyen el universo textual de un libro? La reflexión sobre la autoría agrupó a distintas corrientes de pensamiento (New Criticism, Bibliografía Analítica, Sociología de los Textos, Teoría de la Recepción), así como los aportes de Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Jans Robert Jauss, Paul Ricoeur, Tzvetan Todorov. De modo que, en no mucho tiempo, surgió la idea (acaso más igualitaria, pero no por ello menos inquietante) del libro como un artefacto coral y orquestal. Un libro, pues, es una estructura material donde se encuentran las voluntades creadoras de muchos; por lo tanto, una obra es una tarea compartida entre el autor, la corporeidad física donde se “posiciona” el texto, los universos interpretativos y las prácticas de los lectores, y aquellos que “hacen” a la construcción y a la distribución de la cultura impresa (tipógrafos, editores, libreros, bibliotecarios, etc.) (Parada, 2009: 33-34).

Las modalidades y las operaciones de escribir la Historia del Libro, indudablemente, sintieron esta fuerte sacudida historiográfica y, en consecuencia, surgió una gran cantidad de obras cuyas hipótesis de trabajo trataban de capturar aspectos de la edición y de los lectores que hasta la fecha no habían sido asumidos. Es imposible, en el presente ensayo, enlistar el derrotero de los títulos más importantes, ya que suman en su totalidad una bibliografía excesiva. Sin embargo, resulta de interés citar tres de ellos, pues su relativa proximidad en el tiempo, no solo manifiesta la evolución de estos estudios sino que, además, constituye una prueba del largo proceso de búsqueda que derivó del interés, en el universo del libro, hacia el conocimiento de los lectores y sus mundos.

Nos referimos a la *Histoire de l'édition française*, dirigida por Henri-Jean Martin y Roger Chartier (1983-1986); a la *Historia de la lectura en el mundo occidental*, coordinada por Guglielmo Cavallo y el propio Chartier (1998); y a la *Historia de la edición y de la lectura en España, 1475-1914*, bajo la dirección de Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel (2003). Lo interesante de estas contribuciones fundamentales se afirma en el hecho de que el objeto de estudio constituye —además de los procesos editoriales y del fenómeno de la lectura— el intento de identificar y comprender los usos impresos y los lectores desde un punto de vista que, en gran parte, es heredero de la civilización manuscrita.

Pero esta situación no hace más que puntualizar la complejidad en la cual se encuentra hoy inmersa la Historia del Libro, otrora una asignatura enumerativa, ya que la Historia de la Lectura ha sido para ella una especie de “Big Bang” que ha expandido sus estudios en manera insospechada. Dicha expansión temática, pautada por los estudios de la edición y de los lectores, entre otros muchos, puede sufrir derivaciones aún más complejas. Ya no se titubea en afirmar, tal como lo hemos observado en Chartier, que esta materia trocará su añoso nombre por el más moderno y pujante, precisamente, de *Historia de la Lectura*. Así, en este final no esperado por muchos investigadores, la Historia del Libro termina subsumida y, por qué no, conquistada por aquella.

¿Esto es posible? ¿Se avanza hacia una absorción total de este tipo? ¿El cambio en el cual nos encontramos involucrados implica, en forma taxativa, una mutación de tal magnitud que es necesario pensar en una nueva disciplina? Ante todo, una aclaración de índole conceptual, ya que, al menos

en este panorama, hay una apreciación sin retroceso: los lectores están aquí para quedarse, para demandar sus derechos y gestualidades tantas veces postergadas, porque bajo ellos ya no solo imperan las improntas de los poderosos, de las elites ilustradas y de las autoridades que ejercen el poder, sino que palpita el murmullo del pueblo y los reclamos de la ciudadanía.

Empero, el mérito de la Historia del Libro tradicional es haber asumido el impacto de esta presencia dentro de sus áreas de investigación sin dejar a un lado, debido a un rico patrimonio sustentado en una larga herencia cultural, la sostenida concienciación de que, sin la historia de los lectores, no puede concebirse su propia existencia. En cierta medida, y aunque parezca paradójico, cuando la Historia del Libro vegetaba la decadente somnolencia de las descripciones fácticas y cuantitativas, y motivaba la reacción y emergencia del mundo oculto de los lectores, tuvo la capacidad de aprovechar esta oportunidad para vigorizar y animar su propio campo que estaba caracterizado por la monotonía de sus contribuciones. Por otra parte, y este punto es capital, se plantea una nueva cuestión: ¿la Historia de la Lectura, entonces, dónde podría incluirse si no fuera en el universo académico de la Historia del Libro?

En este contexto, la pregunta sobre la posibilidad de la Historia de la Lectura como un sector del conocimiento independiente dentro de las Humanidades y las Ciencias Sociales, y que, por añadidura, tienda a superar la Historia del Libro, constituye una discusión aún por zanjarse. Ante todo, es oportuno identificar los requisitos epistemológicos indispensables para que un área de estudio pretenda ser reconocida como una especialidad definida. Son muchas las

variables a tener en cuenta en este caso (Romanos de Tiratel, 2002: 104-105). En líneas generales, en una selección sesgada, pero no exenta de utilidad, es factible pretender que una disciplina manifieste “su razón de ser” a través de un campo de trabajo circunscrito a sus intereses curriculares, que posea una terminología de uso e identidad propias, que desarrolle su propia metodología de investigación, y que reflexione sobre su “quehacer” basándose en un cuerpo teórico.

En este particular, ¿qué sucede con la Historia de la Lectura? Su campo de estudio, si bien abocado al universo de los lectores, se presenta como un lugar disperso y heterogéneo, de complejo asedio y de fronteras móviles. Ya que el interrogante ¿qué es un autor?, tiene su correlato inevitable en otra incertidumbre no menos contundente: ¿qué es un lector? Porque la lectura no se manifiesta exclusivamente en el acto de leer. Esto es, no se agota en la reflexión de su proceso de abstracción o, en el caso contrario, en la materialidad de sus significados según los soportes y las decisiones editoriales que “ponen en escena” el juego de las textualidades discursivas.

La lectura es implícitamente polivalente y sus modos inefables, tal vez, escapan a toda comprensión. ¿Es posible especificar el grado de emotividad, de sensibilidad, de repercusión física, de gestualidad que puede ocasionar el acto de leer? Roland Barthes no duda en sostener que en ella también reside un acto fisiológico (Barthes, 1987 y Littau, 2008). De modo que el objeto de estudio denominado lector es, en sí mismo, un acertijo, una entidad desbordante cuyos límites son, precisamente, “lo ilimitado”. Esta inmensa peculiaridad de la Historia de la Lectura es, en particular, el objeto de su

estudio. Una materia signada por lo inmensurable y por la vastedad de sus temas en el momento de la investigación.

No obstante, la condición del lector como “tópico huido” no es un obstáculo para su análisis e interpretación. Los lectores, en mayor o menor grado, dejan distintos documentos o, en palabras de Ginzburg, *indicios o huellas*, en las cuales es posible recuperar, al menos en parte, sus prácticas o hábitos. Lo importante es destacar que todavía la Historia de la Lectura se encuentra en *un proceso de delimitar, con mayor exactitud, su geografía de estudio*, debido al carácter elusivo de la lectura.

Acaso, en esta instancia, no sería temerario sostener que dicha ausencia de precisión es una característica inherente a su propia idiosincrasia curricular. Así, tal como se nos presenta la diversidad de sus abordajes, pretender un campo definido para la Historia de la Lectura sea, en el mejor de los casos, una utopía y, en el peor, un arrastre del positivismo en su clamorosa persistencia por definir y medir los fenómenos humanos con la vara cuantificable de las ciencias.

Todo esto nos lleva a una conclusión, que quizás pueda ser provisional y eventual, al menos por ahora, de que esta temática puede aspirar a crecer y a desarrollarse como una disciplina sin un objeto de estudio definido. Por lo tanto, en este punto, no sería audaz sostener que la Historia de la Lectura es una disciplina en construcción, o un proceso en “estado de variación” antes de nombrarse como tal. Dentro de la contemporánea Sociología y Filosofía de la Historia la fragmentación de intereses y “zonas” de aplicación no resulta una novedad (Frisby, 1992) y, de hecho, la Historia de la

Lectura no escapa a las aproximaciones fragmentadas o fractales de la realidad moderna (Chartier, 2008: 23 y 2010).

La terminología, por otra parte, es un problema candente para los historiadores del lector. Los términos empleados se caracterizan por su relativa falta de precisión. Resulta estéril definir, con cierta certidumbre, los significados concretos de vocablos tales como “prácticas”, “representaciones”, “apropiaciones”, y otros similares. Son palabras que tienen su raigambre en la Historia de las Mentalidades, e hicieron eclosión a partir de los ensayos de Roger Chartier. El complejo giro lingüístico de la Historia de la Lectura se encuentra parcialmente cercado por su empleo indiscriminado. En más de una ocasión, Robert Darnton ha criticado, al parecer con fundamento, la imprecisión de esos conceptos. Esto se debe a la “idea” o concepción que cada investigador tiene de ellos cuando pasan a la esfera de la escritura, lo que se patentiza en la falta de consenso común en el momento de utilizarlos (Chartier, 2008: 47). La carencia de una terminología definida en la Historia de la Lectura demuestra o, más bien, llama la atención sobre el relativismo que pueden ocultar sus interpretaciones.

En cuanto al orden del método científico, las producciones sobre las vicisitudes de los lectores no se diferencian de las metodologías de investigación habituales en las Humanidades y en las Ciencias Sociales. Sin ninguna atenuación, se apela al método histórico, al comparativo, al cuantitativo, al cualitativo, a las entrevistas de la Historia Oral, a la ecdótica y la crítica literaria, etc. Así pues, existe una gran variedad de procedimientos en la Historia de la Lectura para arribar a la demostración de las hipótesis propuestas. Empero, por

su ambigüedad de tópicos y por el carácter escurridizo de sus objetos de análisis, tiende (como necesidad perentoria de supervivencia) a usar *el método interpretativo*. Nos referimos al ya citado “método indiciario” de Carlo Ginzburg, cuyo desarrollo se basa en “la pista o huella” que permitirá llegar a una “verdad razonable y coherente” para explicar un problema mediante la deducción personal y cualitativa. Como se observa, también en esta instancia está presente el relativismo.

Finalmente, ¿qué sucede con su corpus teórico? Es decir, ¿la Historia de la Lectura se encuentra articulada en la teoría? ¿Existe la reflexión metódica sobre aquello que resulta esencial para su existencia y su mismidad ontológica fuera de sus aplicaciones “prácticas”? En realidad, salvo ciertos intentos de Chartier en aras de elaborar las bases mínimas de este corpus con el aporte del concepto de las “representaciones culturales” (un término próximo, pero a la vez distinto, de la “antropología simbólica” y de “la interpretación de las culturas” de Clifford Geertz [1990]), el resultado todavía es exiguo. Quizás lo que más se aproxima a una formulación teórica sea la revisión introductoria de Lynn Avery Hunt en su *The New Historical Culture* (1989). No obstante, hay que insistir en que el trabajo de Hunt es el “estado de la cuestión” de un momento de la historiografía en las Ciencias Sociales y que, sin lugar a dudas, se basa en la praxis para luego llegar a una serie asistemática de conclusiones teóricas.

Pero la ausencia de teoría, en realidad, manifiesta un aspecto peculiar de la Historia de la Lectura. Aunque parezca una situación ajena a sus propósitos, esta disciplina se afianza en la búsqueda de los sujetos lectores. Individuos y ciudadanos que en forma vedada o encubierta, inequívocamente,

operan, manipulan y dejan sus indicios materiales sobre los variados soportes de lectura. De modo que lo corpóreo del libro como artefacto para leer es, por contundencia, una manipulación física. Lo enriquecedor en la Historia de la Lectura es que su práctica constituye su propio bagaje o equipamiento de teoría. En esta instancia, acaso solo nos resta reconocer (no justificar) la dialéctica creadora que se instala entre la esfera teórica y sus fenómenos materiales.

La relación entre praxis y aspectos teóricos puede resolverse, quizás en un futuro muy lejano, en una Filosofía de la Historia de la Lectura. En este caso específico, resulta imposible o, al menos, poco probable, la articulación de un pensamiento filosófico en un campo cuya mayor característica es “lo elusivo”. Pero lo ambivalente forma parte, tomemos por ejemplo la duda cartesiana, de una dimensión del pensamiento filosófico. Nuevamente nos hallamos, por lo menos cierto aspecto, en una especie de espejismo contrario, en el cual se presenta un caldo de cultivo para posibilitar la empresa de construir un intento filosófico de esta disciplina.

Sin embargo, se debe volver al ámbito de la Bibliotecología / Ciencia de la Información para rescatar la instrumentación de una epistemología de la Historia de la Lectura. Porque parte de la intención de esta contribución es recuperar la mirada del bibliotecario en la Historia de la Lectura, ya que hasta ahora solo hemos escuchado a los historiadores, a los sociólogos, a los antropólogos, a los críticos literarios, a los lingüistas y a los filósofos.

¿Y cuál es la mirada de los bibliotecarios? ¿O acaso los bibliotecarios nada tienen que ver con los lectores? El deber ser de los bibliotecarios es luchar por sus derechos cotidianos

de diálogo e intimidad con los lectores. Nadie más próximo a los lectores que ellos. Seamos francos, ¿qué comparte e intercambia, en la vida cotidiana, un antropólogo o un filósofo de aquello que anhelan los lectores, por ejemplo, en esa zona de extraterritorialidad lectora que es una biblioteca?

Es aquí donde nuestra profesión, al tomar el concepto de “epistemología social”, propuesto por Margaret E. Egan y Jesse H. Shera en el área de la Bibliografía a mediados del siglo xx (1952), y retomado recientemente por John M. Budd (2004), tiene la oportunidad de brindar un sostén teórico y filosófico a los estudios sobre los lectores y sus prácticas. Una apoyatura en la cual la Historia de la Lectura podría convertirse en una instancia real para generar conocimiento a partir de los registros tipográficos como artefactos culturales. En esta ocasión, la Historia de la Lectura, al igual que la Bibliotecología, al manipular documentos que contienen “información registrada”, está en condiciones de producir nuevos conocimientos que representan a la sociedad y al acontecer político del hombre. Tal vez por esta vía, que se plasma en detectar los aspectos de “epistemología social” comunes a ambas disciplinas, se podría manifestar un escenario de integración, un lugar de yuxtaposición y de encuentro, donde el empleo de términos tan ambivalentes como “representaciones culturales” o “apropiaciones lectoras” se centre en el análisis de identificar el proceso de producción de ese “conocimiento público” (Bloor, 1991; Mackenzie y Wajcman, 2002; Ziman, 1968) y social a que debe aspirar todo campo de estudio con una verdadera vocación científica. La Historia de la Lectura, aunque limitada por sus necesidades de interpretar cualitativamente los pocos documentos que los lectores dejan de sus

lecturas, no debe claudicar, precisamente, en la búsqueda de un saber ajustado a la coherencia racional de la realidad y al intento de comprenderla y explicarla, siempre bajo la mirada subjetiva del historiador (Marrou, 1985).

A esta altura se impone una breve recapitulación del presente ensayo. En líneas generales, se ha sostenido la importancia singular de la Bibliografía y de la Historia del Libro en la configuración de la Bibliotecología / Ciencia de la Información. Luego de analizar estas asignaturas como el basamento incipiente de nuestra profesión, se señaló que la Historia del Libro, durante un largo período, se instrumentó a través de un discurso fáctico y fuertemente descriptivo, cuyo epicentro fue el exclusivo análisis del libro, y que absorbió así a la Historia de las Bibliotecas. No obstante, cometió un error o una displicencia clave para su propia existencia como materia de estudio: dejó a un costado a los lectores, como si estos, por su aparente condición subalterna en la creación intelectual y material de una obra, no tuvieran las capacidades mínimas para ser historiados.

En un segundo momento, la irrupción de la Nueva Historia de la Cultura, hizo tambalear esta sólida estructura, con tal intensidad que el aporte de una gran variedad de disciplinas, provenientes de las Ciencias Sociales, encumbró a la Historia de la Lectura como una alternativa para sustituir a la Historia del Libro. La mencionada revolución de los lectores, entre otras causas, puede atribuirse a la concepción del libro como máquina de leer pero, además, como artefacto para generar lectores múltiples y diversos, dueños de experiencias intransferibles de uno a otro individuo.

A continuación, se manifestó que esta nueva disciplina debía, necesariamente, recurrir a la Historia del Libro debido a su proximidad de intereses y, en especial, para definir lo que se puede llamar un conflicto de crecimiento en pos de su identidad. Lo interesante es que la Historia de Libro puede asumir y compartir sus créditos con la Historia de la Lectura, por su condición de asignatura reparadora e inclusiva. Luego de abordar otros planteos, se trató de delinear los requerimientos indispensables que debe cumplir toda materia de estudio que aspire a poseer un estatus académico. Se llegó a la conclusión provisional de que la Historia de la Lectura es una disciplina en franca construcción, en cuanto a que aún se encuentra en la tarea de definir su propia terminología y en la de circunscribir con mayor exactitud su objeto de estudio. Finalmente se señaló su deuda en la gestación de un marco teórico y filosófico. Una deuda que también constituye una positiva crisis de construcción, ya que representa los elementos indispensables para tener una plena vocación racional que pueda alejar algunos de los riesgos del relativismo cultural.

• *Reflexiones sobre la Nueva Historia del Libro
y de las Bibliotecas*

Dentro de este contexto integrador, entonces, ya fuera del universo del lector, ¿cuáles son los elementos más distintivos de la Historia de la Lectura? A nuestro criterio, siempre en una postura preliminar y mudable, son *la interdisciplinaridad y la ampliación del campo documental*. Sin la concurrencia diagonal de la Historia Cultural, la Sociología, la Antropología, la Filosofía, la Literatura, la Bibliografía, la Lingüística y la

visión de la vida cotidiana y de los sectores postergados, la Historia de la Lectura no sería lo que hoy es. La Historia de la Lectura en su desarrollo como área de estudios, bien puede ser la historia de la parcelación y la interrelación de varios saberes, de ahí su condición multidisciplinar, es decir, una especie de elogio de la fragmentación cultural.

Este apasionante campo, por añadidura, ha contribuido a hallazgos inesperados: el rescate de documentos antes desdénados por los investigadores. Dicha ampliación del terreno documental ha permitido incursionar en numerosas fuentes inexploradas donde los lectores han dejado “las marcas” de sus prácticas lectoras.

Resulta de particular interés enumerar algunos de los documentos originales a los cuales se puede recurrir para contestar la pregunta que ya nos planteamos en este trabajo: ¿cómo rastrear e identificar las improntas o los indicios del acto de leer? ¿A qué documentación, casi inasible, se puede recurrir? Una breve lista tentativa y provisional es la siguiente: los avisos publicitarios de la prensa periódica, los registros de los usuarios en las bibliotecas (circulantes, públicas, populares, privadas, de préstamo, de instituciones oficiales y particulares, etc.), las “marcas y señales” (*marginalia*) en los comentarios de las lecturas dejados en los libros por los antiguos propietarios, los archivos aún inéditos de las editoriales y de las imprentas, los estudios de las representaciones lectoras en el vasto universo de las imágenes (pinturas, dibujos, grabados), el análisis de la “lectura y la escritura expuestas en las ciudades” (monumentos, avisos, afiches, panfletos, volantes, epitafios, grafitos), los repositorios documentales en los organismos públicos y particulares (academias, sociedades de

fomento, asociaciones barriales, entidades de difusión cultural), la evolución histórica de los hábitos de lectura en las bibliotecas vinculadas con la enseñanza (primarias, secundarias, universitarias), el estudio de las ediciones destinadas a los sectores masivos y de consumo, los catálogos comerciales de las librerías, tan solo por mencionar unos pocos ejemplos (Parada, 2009: 32).

De modo que este tópico de extensión documental, pautado por el trabajo en común y diferenciado de varias disciplinas y por el reconocimiento de una masa de documentos originales, debe verse como uno de los principales aportes de la Historia de la Lectura a los estudios sobre los ámbitos del libro.

No obstante, la Historia de la Lectura tiene otras aristas aún más interesantes y que tal vez puedan influir en forma beneficiosa en la Historia del Libro y de las Bibliotecas. Nos referimos, precisamente, al problema de la periodización de esta última materia. En forma clásica y formal, la Historia del Libro siempre recurrió a la exposición cronológica, aplicándose al estudio del libro desde sus orígenes hasta su posterior desarrollo luego de la invención de la imprenta. No se concebía, pues, otra forma de “narrar” su propia historia, que no fuera el discurso aceptado por las imposiciones de las cronologías historiográficas.

Pero la Historia de la Lectura permite otros enfoques más enriquecedores. Uno de ellos se centra en el cambio de las formas materiales de libro. Como el caso de la revolución en las formas de leer que implicó *el pasaje del rollo o volumen al códice*. Varios autores han señalado, muy oportunamente, que la imprenta no fue, en sus comienzos, una separación de

la producción manuscrita, sino más bien una continuidad de la “scribal culture” (Chartier, 1993: 25-26). Aunque otros, como Elizabeth Eisenstein (1994), no renuncian al carácter revolucionario de la imprenta. Lo cierto, es que el invento de Gutenberg no implicó una transformación en las formas de leer, sino una extraordinaria difusión y duplicación de la escritura impresa. El libro, en su estado corpóreo, durante un tiempo fue un “códice impreso”. Por el contrario, la Historia de la Lectura nos señala que la aparición del códice en la Roma imperial de comienzos del Cristianismo, implicó un giro total en las formas de relacionarse y de usar los textos. En este contexto, la periodización que establece “la revolución del antes y después de la imprenta” no sería tan trascendental, pues el proceso de desarrollo del libro y del acto de leer tendría su ápice revolucionario en el pasaje del rollo al códice. Desde el presente punto de vista, esta periodización que plantea la Historia de la Lectura sería más rica y fructífera que la tradicional de la Historia del Libro centrada, exclusivamente, en la imprenta.

La Historia de la Lectura también aporta otras dimensiones periódicas antes desdeñadas. Tal es el caso de la reflexión sobre una nueva periodización de la Historia del Libro a partir de “las esferas del poder” (Martin, 1999). Armando Petrucci ha estudiado particularmente esta instancia de dominio de la lectura y la escritura como un ejercicio del poder (Petrucci, 1999 y 2003). Es posible, en este marco, analizar el proceso histórico del libro, por ejemplo, dentro de la revolución que implicó la pérdida gradual de la tutela religiosa sobre el universo manuscrito e impreso, ante el surgimiento de la laicización en la esfera pública del libro.

Otros investigadores han planteado la posibilidad de detenerse en un momento particular del desarrollo cultural de las civilizaciones: la *transición de la lectura oralizada a la silenciosa* (Cavallo, 1995). Un momento tan particular y singular que implicó la mutación en las formas de transmitir los textos y sus modos de apropiación. A todo esto, cabe la pregunta siguiente, ¿nos hemos detenido a meditar sobre las distintas imbricaciones que existen entre la oralidad, la escritura y la lectura? (Ong, 1993).

Estos ejemplos esbozan nuevamente la complejidad fenomenológica y material de la Historia del Libro que, sin duda, no debe limitarse a un mero registro cronológico para luego trasladarlo a la Bibliotecología (Smith, 1968). La Historia de la Lectura, entonces, puede ser la puerta de entrada para rediseñar una nueva periodización de los estudios históricos del libro y de las bibliotecas. Una oportunidad para abandonar los formalismos de antiguas clasificaciones periódicas que, sin equívocos, han hecho de la Historia del Libro una materia ajena o, al menos, poco inclinada a la historia social del conocimiento y a la flexibilidad de pensamiento que implica la conciencia de una teoría comunitaria vinculada con el acontecer historiográfico (Burke, 2002 y 2007). Nos encontraríamos ante una historia del quehacer manuscrito e impreso de tonalidad “impensada” (Foucault, 1998: 318), donde los nuevos conceptos relacionados con la gestación de las civilizaciones (Elias, 1987), junto a lo que conlleva el acceso a un pensamiento sin estructuras preconcebidas y, por qué no, de cariz libertario (Feyerabend, 1986), incidirían en promover y alentar su indispensable e imprescindible relectura.

Durante el transcurrir de este texto se ha intentado exponer un conjunto de reflexiones de matices especulativos pero no por ello menos necesarios y vitales para nuestra profesión. Todavía resta el abordaje de aquello que se puede denominar como “lo utilitario”, pues la razón de la existencia de los bibliotecarios se plasma, en su más esencial expresión, en la praxis diaria que se ejerce en ese mundo paralelo y exultante de realidad que llamamos “biblioteca”.

De ahí que se impone retomar, en el contexto de una profesión señalada por su finalidad práctica, un último interrogante que ya se comentó en el inicio del ensayo: ¿para qué le sirve la Historia del Libro al bibliotecario? Esta pregunta es de larga data en nuestro campo de estudio y ha desvelado a muchos investigadores (Irwin, 1958; McMullen, 1952 y Shera, 1966). Sin embargo, se trata de una asignatura que se basa en el reconocimiento de la alteridad histórica de aquellos que nos precedieron en nuestras funciones. Se trata de la materia de estudio que instrumenta el reconocimiento de las tareas bibliotecarias en un proceso de larga duración y que abarca varios milenios, porque desde que surgió la escritura existieron los archivos, las bibliotecas y los bibliotecarios. Si mañana o en un futuro próximo se expulsara definitivamente a esta disciplina de todas las carreras de Bibliotecología, la pérdida profesional sería inconmensurable, ya que olvidaríamos cómo llegamos a ser lo que hoy somos. Nuestras prácticas caerían en la categoría de lo inmemorial y, lo que resultaría peor, en el surgimiento de una pléyade de técnicos de otros ámbitos que, en poco tiempo, establecerían los mandatos y las decisiones que nosotros no supimos defender e imponer como ideas propias.

La Historia del Libro no es solo un tributo a otros pares que nos precedieron en la existencia, o un ejercicio de contención desesperado del olvido. Además, nos ayuda a comprender cómo los bibliotecarios del pasado tuvieron que enfrentar, al igual que nosotros en la actualidad, las diversas innovaciones técnicas que, partiendo de la sociedad, traspasaron los umbrales de las bibliotecas para asentarse en ellas definitivamente. Detrás de la aparente retórica que para algunos puede resultar un vicio romántico de arrastre de las Humanidades, la Historia del Libro es de una contundencia práctica casi exasperante, ya que nos manifiesta, una y otra vez, las soluciones operativas que implementó cada generación de bibliotecarios para responder a los problemas de registro, de organización y de distribución de los documentos. La Historia del Libro, en esta nueva arista de pensamiento eminentemente útil, nos manifiesta que nuestro ejercicio no puede estar fuera del tiempo tecnológico en el cual se desarrolla. En este punto, el bibliotecario, conocedor a fondo de la larga memoria de su historia, está en una posición privilegiada para comprender el encuentro extraordinario entre la civilización impresa y la electrónica. La Historia del Libro siempre nos dice que las bibliotecas que fracasan son aquellas que se alejan de su época y que no asumen las innovaciones técnicas, pues estas son hijas fieles de su tiempo y no del juego insustancial que se libró en un pasado remoto. Ellas toman para sí, en un momento dado de la actualidad, la compleja totalidad palpitante de su pasado, construyendo de esta manera, con el bagaje de lo pretérito, el sustento que les garantizará el pensamiento crítico del presente.

Sin Historia es imposible que exista una actitud creadora de la vida en su constante aluvión de momentos que huyen hacia lo que fue. Siempre se debe sospechar del espejismo que fomentan algunos planes de estudio que dejan a un lado el pasado de la profesión en la formación de los futuros bibliotecarios por considerarlo inservible o banal. Esta posición, en definitiva, es una invitación a no-pensar, una oclusión rotunda y sin atenuantes de nuestra facultad de meditar seriamente nuestro acontecer como individuos que militamos en las Ciencias Sociales.

Uno de los problemas capitales de la Historia del Libro y de las Bibliotecas constituye, precisamente, “lo útil” que se presenta disfrazado de aparente vacuidad, pues es una signatura cuyo solapamiento entre la introspección pretérita, marcada por los procedimientos históricos, y el papel inapelable de la praxis profesional, suele llevarla a la encrucijada de caer en una constante necesidad de justificar su propia existencia y en la imperiosidad de proclamar, desde el llano, sus contenidos. Pero el dilema de la utilidad, en tanto itinerario e instrumento de reconocimiento social de un campo de estudio, también se encuentra en crisis en otros territorios fundacionales del pensamiento. Theodor W. Adorno, en su libro *Intervenciones*, ya había señalado “esta fatalidad” de la Filosofía que “ya no es cosa útil como técnica de dominio de la vida”, ni “un medio de formación cultural” (Adorno, 1969: 9-10).

La Historia del Libro no escapa a esta situación, aunque con una intensidad mucho menor, ya que debe debatirse en esa puja constante entre la demanda de formularse interrogantes y conceptualizaciones sobre su corpus teórico, y el discurso sobre las prácticas que llevan desde la materialidad

de los soportes hasta su organización para que sean un “objeto de lectura”. En este caso, no debemos amilanarnos ante la dialéctica de la “manipulación pragmática de las cosas” y la vuelta a las ideas de esos entes corpóreos. Acaso lo más interesante de esta asignatura se manifiesta en el reconocimiento de este juego de duplicidades. De todas maneras, y retomando a Adorno, lo importante de todo saber que pretende no quedar constreñido en el afán de dominio y sometimiento que impone el universo práctico a los objetos, es cultivar la crítica constante “como una tentativa impotente del pensamiento para permanecer dueño de sí mismo”, en un intento permanente de hallar un lugar donde respirar el aire fresco de un verdadero “refugio de la libertad” (Adorno, 1969: 15).

La ruptura de la linealidad en la concepción del tiempo es uno de los temas más importantes de la Historia y ha sido una oportunidad para la eclosión de diversas maneras de interpretar los nuevos imaginarios en cuanto a la ética y la posmodernidad que nos acosa. Una prueba son los trabajos de los pensadores más influyentes en este tópico, tales como Jacques Derrida, Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard, Frank Ankersmit, David Harlan, Richard Evans, tan solo por mencionar a algunos de ellos.

Esto puede llevar a ciertas paradojas no menos reales, como el hecho de la existencia de nuevas modalidades de “vivir en el tiempo pero fuera de la historia” (Jenkins, 2006). Esta característica de la modernidad, representada por una historia que construye su objeto de estudio desde otras miradas, también tiene su presencia en la Bibliotecología / Ciencia de la Información. Los bibliotecarios se han visto influidos por estos nuevos “usos” de la Historia. Un ejemplo es el

interesante aporte de Alistair Black quien, desde las entrañas de nuestra profesión y centrado en la influencia decisiva de la Ciencia de la Información como garantía en la transmisión de los conocimientos, plantea la necesidad de superar “el eclipse” de la *Library History* en pos de la gestación de un campo denominado *Information History* (Black, 1998 y 2006).

Como bien se puede observar, las crisis y las catarsis sucesivas en las cuales vive la Historia del Libro no se deben exclusivamente a la pujante irrupción de la Historia de la Lectura. El ambiente informático y el universo paralelo (casi sofocante) donde se cobija ese término tan general e impreciso llamado “información”, han coadyuvado a las relecturas sucesivas de esta asignatura, tanto desde fuera (la Historia Cultural) como desde dentro de la profesión (*Information History*). Llegados a este punto, lo seguro son las inseguridades recurrentes. El debate que debe zanjar la *Information History* es de otra índole y resulta de una limitación lingüística relacionada con el vocablo “*information*”. La información registrada no involucra, necesariamente, el acceso al conocimiento. En esta cuestión la duda permanece palpitante: ¿*Information History* implica un texto histórico que deja a un costado la posibilidad de incursionar en el conocimiento? ¿Podemos hablar de la “Historia de la Información” sin proyectarnos a la “Historia del Conocimiento”? Quizás, en este caso, nuestra disciplina paga un oneroso tributo a su falta de Filosofía de la Información.

Al margen de algunas diferencias formales, el aporte de Black es profundamente innovador y, por sobre todo, una prueba de nuestras capacidades para pensar la Historia del Libro y de las Bibliotecas desde las representaciones mismas de

la Bibliotecología, sin apelar a la ayuda reparadora de otras áreas con mayor prestigio académico, pues nadie puede dudar de que la Bibliotecología, en el mundo moderno, es la encargada de imponer un orden a los libros (también a los no-libros) y a las diferentes categorías discursivas que relacionan la información con los hombres.

Por otra parte, el concepto de información se ha extendido hasta tal punto en la Bibliotecología que sus tautologías son recurrentes. Incluso en términos como “alfabetización informativa” que ilustran, de hecho, la lucha social contra la brecha electrónica, se pierde la noción de que la inclusión digital debe pasar necesariamente por la “alfabetización del conocimiento” (Castells, 2001; Dijk, 2005 y Felicié Soto, 2006).

• *Conclusiones preliminares*

Luego de pasar revista a la compleja situación que surge en el ubérrimo encuentro entre la Historia del Libro, la Historia de las Bibliotecas, la Historia de la Bibliografía y la Historia de la Lectura, urge el esbozo de algunas conclusiones preliminares.

Ante todo, es necesario puntualizar que, detrás de las concordancias o contradicciones de esta confluencia, sin duda, las formas de acceder a la Historia del Libro serán distintas a las implementadas hasta el momento. Metafóricamente, no podemos ocultar el sol con las manos: estamos inmersos en el vórtice de un gran cambio, de cuya espiral absorbente no podremos sustraernos. Los agentes, materiales y subjetivos, que le dan entidad al libro y a las bibliotecas ya son otros

muy disímiles a los que conocimos en el ámbito tipográfico. El cambio se caracteriza por la multiplicidad de accesos y no por la exclusividad del libro. Soportes, materialidades, lectores, editores, autores, distribuidores, han socavado el “espléndido aislamiento” del libro. Incluso, tal como lo señala Steiner, las nuevas maneras de apropiarse de los textos cambiaron la idea de *tiempo* y de *inmortalidad* que conllevaba la elaboración y la lectura de una obra hacia el aspecto de la trascendencia (Steiner, 2000: 216-18). Esta temática nos lleva a abandonar, aunque sea circunstancialmente, una de las preguntas claves de la Filosofía en conjunción con la Crítica Literaria moderna: ¿qué es un autor? Para luego reemplazarla por otra más urgente que sugiere ¿qué es, en realidad o en no-realidad, un lector ante el umbral del libro? O en términos posmodernos, ¿qué es un discurso, impuesto en cualquier soporte, en el momento en que un lector pretende apoderarse de él?; es decir, ¿cómo y por qué arbitrio lo hace?

Esto implica que la enseñanza de dicho encuentro deberá tener en cuenta, entonces, la pluralidad de significados que subrayan la contemporánea convergencia entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura. Es oportuno señalar, además, que la conceptualización de dicha integración se funda en la discrepancia por fomentar, a partir de ella, un itinerario de divergencia, en aras de ganar la propia identidad al tomar la alteridad como un elemento de enriquecimiento. Hablamos, pues, de confluencias en cuya urdimbre se cruzan e integran la cultura escrita, la civilización impresa, la morfología de los objetos encargados de su difusión, la subjetividad del creador como autor, la presencia irreducible y, en perspectiva de la nueva textualidad electrónica, la intervención

de los editores en el momento de la imposición de las palabras, la presión tenaz y polimórfica de los mercados de capital y sus modas, y el campo insondable de las emociones de los lectores (Chartier, 2008).

Indudablemente o, sin ser tan contundentes, dentro de los márgenes de lo que podríamos tildar como las tendencias historiográficas modernas, nos hallamos ante una situación pautada por el efecto de la transición de los antiguos a los nuevos códigos de significación. La Historia de Libro, en este modelo, se encuentra bajo la impronta de las “resignificaciones”. En cierto sentido lato, *la Historia de la Lectura pretende ser una relectura en diagonal de la Historia del Libro*. Cuando el acto de leer, en igualdad con el autor como hacedor de la escritura, se encuentra en un marcado proceso de revisión y ya no hay duda de que “la lectura es un modo de acción” (Steiner, 1994: 31-33), es imposible dejar a un lado a la Historia de la Lectura como copartícipe insoslayable de la Historia del Libro.

Entretanto, mientras se produce esta especie de articulación dinámica entre ambas disciplinas (acoplamiento y reconfiguración cuyo resultado final ignoramos), sería más oportuno no afirmar enfáticamente que nos hallamos ante el pasaje de la Historia del Libro a la Historia de la Lectura. Podríamos echar mano al lenguaje (un lenguaje deliberado o impuesto que ejerce su imperio en los hombres y en el nombre de las cosas) y tratar de abolir la preposición “a”, que en este caso particular connota el pasaje de un campo ya pasivo a otro dominante (la Historia de los lectores) y optar por la preposición “con”, de intencionalidad inclusiva, cuya evocación está conjuntamente y en compañía de otros. De modo

tal que estaríamos en condiciones de hablar de una *Historia del Libro con la Historia de la Lectura*.

Pero si esta denominación no nos satisface, podríamos apelar a la comprensión histórica de que todo proceso de transición representa la interrelación entre el cambio y la tradición. Sería de gran utilidad y, por qué no, de honestidad académica, llamar a esta “napa o estrato de transición”, en la cual hoy nos encontramos, con la designación provisoria de *Nueva Historia del Libro*. Una denominación que carece del aliento divino de lo original, pero que se fundamenta en la complejidad de los lenguajes históricos que, como se ha señalado, reunió Hunt (1989) para definir el título de su libro: *The New Cultural History*. Ciertamente, una aproximación modesta y poco novedosa, pero que conlleva el beneficio de representar una situación aún no saldada ni definitiva entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura. Un lugar donde todas las nuevas significaciones estén presentes en los avatares posmodernos del libro, los lectores, y las migraciones textuales en sus diversas morfologías.

La cuestión se centra en una estrategia aglutinante: conciliar la tradición con el cambio. Pero no una conciliación estéril donde los grupos de poder tratan de imponer su dominación uniforme y sus sistemas cerrados, sino el aliento por identificar los conceptos que Pierre Bourdieu definió como *habitus*, espacio social y campo. Es decir, palpar esa búsqueda que nos llevará al nudo que articula las prácticas de los hombres en un lugar y en un espacio social de alta complejidad, creando así un modo distinto de ver la realidad y, en consecuencia, de incursionar en el estudio de la Historia Social de las Ciencias Sociales, de la cual forman parte la

Bibliotecología / Ciencia de la Información y la Historia del Libro (Martínez, 2007).

La Nueva Historia del Libro, en esta intrincada encrucijada, debería mudar muchas de sus antiguas prácticas y concepciones para sobrevivir como disciplina. Su feraz imbricación con la Historia de la Lectura, necesariamente, le aportará el pensamiento cualitativo y la incorporación de la sensibilidad de los lectores. Pero también tendrá la oportunidad de instrumentar “las distintas voces y los silencios ocultos” que hasta ahora no han sido develados por aquellos que detentan el discurso tradicional en la historia de los libros. Tomar la conocida expresión de Walter Benjamin y así, con fruición creativa, pasar “el cepillo a contrapelo” a esos textos cargados de tradición. De modo que la garlopa recupere la escoria de las virtudes de *otros hablantes y decires*, para liberar a los documentos de la “barbarie” aceptada en su proceso de transmisión (Benjamin, 2011: 79-80). Donde el nuevo historiador del libro debe descubrir críticamente las conexiones “olvidadas” entre el pasado y el presente, para capturar, al modo de un cazador primigenio, fuera de la historia heredada como la formalmente correcta, las palabras de los pasados abolidos y vencidos, en un intento de redimir los hechos y los hombres desclasados. Hacer, pues, de este acto de deconstrucción consciente, el intento de una nueva construcción abierta e inédita.

En este intento o programa de trabajo de la Nueva Historia del Libro que, sin duda, consiste en “apostar a su trascendencia” como campo de estudio, es necesario también llevar a cabo una relectura de la Historia de la Cultura. Su territorialidad ya consiste en una amplia geografía en constante

expansión vital, que amenaza con ahogar otros modos de hacer la Historia. Ya se ha citado la cuestión del relativismo cultural, que no es menos autista en la actualidad como en su época lo fueron el positivismo, el historicismo y el marxismo de manual escolar o vulgar. Quizá ha llegado el momento de que el aporte de la Historia de la Lectura a la Nueva Historia del Libro rescate y valore los usos de la Historia Política y de la Historia de las Instituciones. La búsqueda de ese equilibrio perdido, basado en la revaloración de la Historia Política desde la esfera de la lectura, será fundamental para la mejor comprensión de esa relación, indefinible e inevitable, que se establece entre el texto y el lector. Un vínculo, por encima de todo, de características entrañables entre “el placer del texto” y el goce inasible de la lectura (Barthes, 2008).

Tampoco debemos pensar que dicha revalorización de la dimensión política se basa en “aniquilar toda huella emocional” (Adorno, 1975: 138-9) porque, al final del sendero, siempre será oportuno volver a la fantasía como residencia de la creación, ya que ella, contrariamente a lo pensado, es la base que valida nuestra relación con los objetos y nuestra capacidad para emitir juicios y acceder al conocimiento en sí mismo.

• Referencias bibliográficas

- ADORNO, THEODOR W. 1969. ¿Para qué aún la Filosofía? En su *Intervenciones: nueve modelos de la crítica*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- ADORNO, THEODOR W. 1975. *Mínima moralía*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BALSAMO, LUIGI. 1998 [1984]. *La bibliografía: historia de una tradición*. Gijón: Trea.
- BARTHES, ROLAND. 1987. *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.
- BARTHES, ROLAND. 2008. *El placer del texto; seguido de Lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- BENJAMIN, WALTER. 2011. Tesis sobre la filosofía de la historia. En su *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones Godot. p. 75-96.
- BLACK, ALISTAIR. 1998. Information and Modernity: The History of Information and the Eclipse of Library History. En *Library History*. Vol. 14, 39-45.
- BLACK, ALISTAIR. 2006. Information History. En *Annual Review of Information Science and Technology*. Vol. 40, 441-473.
- BLOOR, DAVID. 1991. *Knowledge and Social Imagery*. 2th. ed. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- BUDD, JOHN M. 2004. Academic Libraries and Knowledge: A Social Epistemology Framework. En *The Journal of Academic Librarianship*. Vol. 30, no. 5, 361-367.
- BURKE, PETER, ed. 1993. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- BURKE, PETER. 2002. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Buenos Aires-Barcelona: Paidós.
- BURKE, PETER. 2007. *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CASTELLS, MANUEL. 2001. *La galaxia Internet: reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Barcelona: Plaza & Janés.

- CAVALLO, GUGLIELMO, dir. 1995. *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo: guía histórica y crítica*. Madrid: Alianza.
- CAVALLO, GUGLIELMO Y ROGER CHARTIER, dirs. 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- CHARTIER, ROGER. 1993. De la Historia del Libro a la Historia de la Lectura. En *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. p. 13-40.
- CHARTIER, ROGER. 1999. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 2008. *Escuchar a los muertos con los ojos*. Buenos Aires: Katz.
- CHARTIER, ROGER. 2010. “Las nuevas tecnologías se acercan al siglo XVI y XVII” [Entrevista con el historiador Roger Chartier, por Silvana Frieria]. En *Página/12: Cultura & Espectáculos*. Buenos Aires, domingo 13 de junio de 2010.
- CUE, ALBERTO, ed. 1999. *Cultura escrita, literatura e historia: coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, ROBERT. 1993. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed... [et. al.]. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- DARNTON, ROBERT. 1998 [1984]. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, ROBERT. 2010a [1990]. *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. [En particular, el capítulo VII. p. 117-146].
- DARNTON, ROBERT. 2010b. *Las razones del libro: futuro, presente y pasado*. Traducción de Roger García Lenberg. Madrid: Trama editorial. [En particular, la Parte III. “El Pasado”, capítulo II. p. 177-204].
- DIJK, J. A.G.M. VAN. c2005. *The Deepening Divide: Inequality in the Information*. Thousand Oaks, Calif.: Sage Pub.
- EGAN, MARGARET E. Y JESSE H. SHERA. 1952. Foundations for a Theory of Bibliography. En *Library Quarterly*. Vol. 44, 125-137.
- EISENSTEIN, ELIZABETH L. 1994. *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal Ediciones.

- ELIAS, NORBERT. 1987. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: F. C. E.
- ESCARPIT, ROBERT. 1968. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza.
- FEBVRE, LUCIEN Y HENRI-JEAN MARTIN. 1958. *L'apparition du livre*. Paris: Éditions Albin Michel. Versión en español: Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. 2005 [1962]. *La aparición del libro*. Traducción de Agustín Millares Carlo. 3a. ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- FELICIÉ SOTO, ADA MYRIAM. 2006. *Biblioteca pública, sociedad de la información y brecha digital*. Buenos Aires: Alfagrama.
- FEYERABEND, PAUL. 1986. *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- FOUCAULT, MICHEL. 1998. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. 26a. ed. México: Siglo Veintiuno Editores.
- FRISBY, DAVID. 1992. *Fragments de la modernidad: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid: Visor.
- FUKUYAMA, FRANCIS. 1992. *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press; Toronto: Maxwell Macmillan Canada; New York: Maxwell Macmillan International.
- GADAMER, HANS-GEORG. 1984. *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GASKELL, PHILIP. 1999 [1972]. *Nueva introducción a la bibliografía material*. Gijón: Trea.
- GEERTZ, CLIFFORD. 1990. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GINZBURG, CARLO. 1999 [1976]. *El queso y los gusanos*. 3a. ed. Barcelona: Muchnik.
- GINZBURG, CARLO. 2004. *Tentativas*. Rosario: Prohistoria ediciones.
- GINZBURG, CARLO. 2010. [2006]. *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina. [Véase especialmente el capítulo XIII: "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella". p. 351-394].
- HARRIS, MICHAEL H. Y STANLEY HANNAH. 1992. Why Do We Study the History of Libraries? A Meditation on Perils of Ahistoricism in

- the Information Era. En *Library and Information Science Research*. Vol. 14, no. 2, 123-130.
- HARRISON, K. C. 1994. Why Library History? En *Library Review*. Vol. 43, no. 8, 9-13.
- HUNT, LYNN AVERY, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press.
- INFANTES, VÍCTOR; FRANÇOIS LÓPEZ Y JEAN-FRANÇOIS BOTREL, dirs. 2003. *Historia de la edición y de la lectura en España, 1475-1914*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- IRWIN, RAYMOND. 1958. Does Library History Matter? En *Library Review*. Vol. 16, 510-513.
- JENKINS, KEITH. 2006. *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LIPSIUS, JUSTUS. 1907 [1607]. *A Brief Outline of the History of Libraries*. Translated from the second edition (Antwerp: The Plantin Press John Moretus, 1607). Chicago: A. C. McClurg.
- LITTAU, KARIN. 2008. *Teorías de la lectura: libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.
- MACKENZIE, DONALD Y JUDY WAJCMAN. 2002. *The Social Shaping of Technology*. Buckingham, Philadelphia: Open University Press.
- MARROU, HENRI-IRÉNÉE. 1985. *Del conocimiento histórico*. Buenos Aires: Per Abbat Editora.
- MARTIN, HENRI-JEAN. 1999. *Historia y poderes de lo escrito*. Gijón: Ediciones Trea.
- MARTIN, HENRI-JEAN Y ROGER CHARTIER. 1983-1986. *Histoire de l'édition française*. Paris: Promodis. 4 v.
- MARTÍNEZ, ANA TERESA. 2007. *Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica*. Buenos Aires: Manantial.
- McKENZIE, DON. F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.
- McMULLEN, HAYNES. 1952. Why Read and Write Library History? En *Wilson Library Bulletin*. Vol. 26, no. 5, 385-386.
- NAUDÉ, GABRIEL. 1963 [1627]. *Advis pour dresser une bibliothèque* (Paris: François Targa, 1627). Leipzig: VEB.

- ONG, WALTER J. 1993. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PETRUCCI, ARMANDO. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- PETRUCCI, ARMANDO. 2003. *La ciencia de la escritura: primera lección de Paleografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ROMANOS DE TIRATEL, SUSANA. 2002. Profesión e investigación ¿opuestos o complementarios? En *Palabra clave*, p. 99-112. (Edición especial: la Bibliotecología en los umbrales del siglo XXI. Actas de las Jornadas conmemorativas del 50.º aniversario de la Carrera de Bibliotecología. La Plata, 13 al 17 de septiembre de 1999).
- SABOR, JOSEFA E. 1979. *Manual de fuentes de información*. Prefacio de Roberto Juarroz. 3a. edición corregida y aumentada. Buenos Aires: Ediciones Marymar.
- SHERA, JESSE H. 1966. Without Reserve: What the Historian Has Been Missing. En *Wilson Library Bulletin*. Vol. 40, no. 7.
- SMITH, JOSEPHINE METCALFE. 1968. *A Chronology of Librarianship*. Metuchen, N.J.: The Scarecrow Press.
- STEINER, GEORGE. 1994. *Lenguaje y silencio. Ensayo sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona: Gedisa.
- STEINER, GEORGE. 2000. *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- WARNER, JULIAN. 2001. *Information, Knowledge, Text*. Lanham, Maryland, and London: The Scarecrow Press.
- ZIMAN, JOHN M. 1968. *Public Knowledge: An Essay Concerning the Social Dimension of Science*. Cambridge: Cambridge University Press.

3 • *Microhistoria bibliotecaria*

¿CÓMO SE PUEDE plantear la existencia de una “Microhistoria bibliotecaria”? ¿Es posible tomar las metodologías de la Microhistoria e intentar, al menos en parte, su instrumentación en la Historia de las Bibliotecas? Si esta implementación resulta factible, ¿cómo nos aproximaríamos a las Bibliotecas y sus prácticas lectoras, en tanto un quehacer capaz de ser contextualizado por el entramado de la Microhistoria? Por otra parte, una vez identificada esa materia de análisis desde una óptica más pequeña, ¿a qué fuentes testimoniales podríamos recurrir para interpretar “estos hechos menudos o subalternos” que hacen a la historia y a la gestión de las bibliotecas? Y si no es posible especificar y desarrollar una “Microhistoria bibliotecaria”, ¿estaríamos en condiciones de reflexionar sobre los procedimientos fácticos y discursivos que pueden ayudar a su realidad?

La presente contribución intenta dar una respuesta provisional y absolutamente rectificable sobre esta temática. Un tópico cuya posible existencia ha pasado con cierta inadvertencia en la Bibliotecología / Ciencia de la Información. Creemos que ha llegado la hora de formular algunas reflexiones sobre este punto, ya que uno de los mayores problemas que tienen los bibliotecarios es su vocación pragmática y utilitaria en la organización de los registros de información, en detrimento de las nuevas tendencias teóricas, epistemológicas e historiográficas que impactan en las ciencias modernas. En

este marco, pensar que las bibliotecas pueden tener una lectura desde el ángulo de la Microhistoria, inequívocamente, se transforma en algo vital y alentador en nuestra profesión, pues demostraría su constante y renovado vigor para adaptarse a los cambios que conllevan las construcciones de conocimiento y de ciudadanía actuales.

Desde ya, no se plantea nada nuevo ni desconocido en torno a la Microhistoria. Sobre esta disciplina y su conceptualización curricular existen los aportes, prácticamente definitivos, de Giovanni Levi y Carlo Ginzburg. Se trata, pues, de desarrollar varios de los conceptos de esos autores y analizar su posible “correspondencia o articulación” con las Bibliotecas y su Historia, especialmente en el caso de la Argentina y, por extensión, en algunos países de América Latina.

Ante todo, antes de plantear la factibilidad de estudiar en una escala mínima la Historia de las Bibliotecas es pertinente, sin duda, preguntarnos si esta última disciplina puede ser un objeto de estudio de la Microhistoria, es decir, ¿cuáles son los campos y sus límites de acceso que permiten un microanálisis y cuáles no lo son? Es necesario saber, entonces, como requisito previo de índole existencial, si el universo histórico bibliotecario puede manifestarse desde una mirada microhistórica. Giovanni Levi nos brinda, en su texto “Sobre Microhistoria”, una respuesta contundente:

Para la microhistoria, la reducción de escala es un procedimiento analítico aplicable en cualquier lugar, con independencia de las dimensiones del objeto analizado (Levi, 1996: 122).

La Microhistoria, tal como la presenta Levi, es una disciplina de inserción. Trabaja fuera de la exclusión y a favor de promover la amplitud de los tópicos estudiados. Es más, incorpora sus temas de trabajo bajo la presión de nuevas resignificaciones no tenidas en cuenta anteriormente o desdenadas por el historicismo clásico. Estas novedosas resignificaciones aspiran a cambiar la escala de observación tradicional (Levi, 1996). De modo tal que un área tan rica y compleja como la Historia de las Bibliotecas se transforma, de hecho y en forma irreductible, en un recurso extremadamente propicio para las nuevas aproximaciones que implementa la Microhistoria.

Sin lugar a dudas, ante esa expresión rotunda de Levi que expresa el concepto de “independencia de las dimensiones del objeto analizado” (esto es, la reducción de la escala cualquiera sea el tópico abordado) emerge el interrogante de por qué no se ha presentado en las bibliotecas argentinas y latinoamericanas la necesidad de implementar el modelo microhistórico. Porque, en líneas generales, tal como están desarrollados los estudios culturales hoy día, hubiera resultado más lógica la presencia de esta conciencia bibliotecaria sobre la Microhistoria que la laguna de su ausencia. Esta dimensión, de vital importancia para la comprensión del estado de nuestras bibliotecas, responde a una carencia de *historicidad profesional* de larga duración, tal como lo veremos más adelante.

Entretanto, una vez subsanado el punto en el cual, inequívocamente, la Historia de las Bibliotecas constituye un asunto que también (y por sobre todo) concierne a la Microhistoria, es fundamental partir de una definición de

esta pujante disciplina. Giovanni Levi, nuevamente, nos la brinda:

La microhistoria en cuanto práctica se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental (Levi, 1996: 122).

De esta definición se desprenden varios elementos fundamentales. La Microhistoria es, en primera instancia, una práctica, un método y un conjunto de procedimientos instrumentados por el historiador. Pero una metodología que incursiona en lo aparentemente mínimo o microscópico sin dejar de lado el contexto o juego dialéctico con “lo macro” de una temática determinada. No obstante, esta definición es aún mucho más profunda, pues plantea el “uso y la manipulación” intensiva (imposición de contacto) de los testimonios documentales.

Dentro de la misma dinámica Carlo Ginzburg, recientemente, esbozó el origen y el desarrollo de ese campo en su ensayo titulado “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella” (2010). Gracias a este trabajo, donde se reconoce a Levi como uno de los fundadores de la disciplina, es posible conocer los nombres de los que construyeron lo que podríamos denominar la protohistoria de la Microhistoria. En una apretada síntesis aparecen citados los siguientes: George R. Stewart, Luis González González, R. Cobb, Italo Calvino, E. Le Roy Ladurie, F. Furet, R. Chartier, S. Kracauer, Tolstoi, R. Serra, Fr. Ankersmit, y otros muchos (Ginzburg, 2010).

Sin embargo, lo realmente importante de las reflexiones tanto de Levi como de Ginzburg, no solo se centra en una

definición o en el rastreo lingüístico del término “Microhistoria” y su génesis a través de varios historiadores sino que ambos establecen, en una forma lúcida y contundente, las características esenciales de esta disciplina. Es por ello que resulta imperioso pasar revista a dichos aspectos pues, en líneas generales, forman parte del marco teórico que servirá como nexo entre la Microhistoria y la Historia de las Bibliotecas.

¿Cuáles son, entonces, estas características o propiedades que hacen a la Microhistoria? Ya hemos citado las que Levi considera fundamentales: la reducción de la escala en el momento de la observación, la interpretación microscópica y el estudio exhaustivo (en intensidad) de los materiales documentales. A estas deben agregarse los siguientes:

- el análisis de los procedimientos prácticos del investigador histórico (el estudio operativo de los métodos y procederes instrumentados),
- la implementación de lo que Clifford Geertz (2005) denomina “descripción densa” de las fuentes para encontrar nuevas interpretaciones no tenidas en cuenta o pasadas por alto,
- la incorporación del “relato” del historiador como parte integrante de la textualidad de su discurso expositivo (esto implica la inclusión de sus dudas, hipótesis e incertidumbres),
- la ruptura de la Historia como un *continuum* temporal y su posicionamiento en realidades no regulares (Benjamin, 2011b y Kracauer, 2008: 22),
- la dialéctica entre la historia social y política (el conjunto) y la Microhistoria,
- la comprensión de la realidad como ámbitos discontinuos y heterogéneos (no lineales),

- el rechazo al relativismo histórico o la posición antirrelativista,
- el estudio de los hombres y las pequeñas sociedades desde el anonimato,
- la necesidad de abordar la Microhistoria como un campo para ampliar el mundo cognitivo,
- el debate sobre los límites de la racionalidad,
- los pequeños indicios o huellas como paradigmas científicos,
- la definición particular del contexto,
- la reflexión sobre la recepción del relato del historiador en el lector (Ginzburg, 2010 y Levi, 1996).

Como se había planteado anteriormente, ¿es posible trasladar parte de estos conceptos, propios de la Microhistoria, a la Historia de las Bibliotecas? Y si es así, en un pensamiento más osado, ¿es plausible la existencia, aunque sea latente, de una “Microhistoria bibliotecaria”? ¿Es factible la aproximación a una definición netamente provisional, al menos en teoría, de esa disciplina en la Bibliotecología / Ciencia de la Información?

Ya habíamos observado la vocación inclusiva de la Microhistoria. Las bibliotecas son objetos de estudio donde las prácticas y procedimientos de la Microhistoria se pueden aplicar con especial y renovado vitalismo. Esto no se debe a la singularidad de una materia con larga tradición académica como lo es “La Historia del Libro y de las Bibliotecas”, presente en la mayoría de las escuelas universitarias de Bibliotecología. Tampoco debemos confiar en el traslado y la adopción, grosso modo, de los procedimientos de la Microhistoria a la esfera bibliotecaria, ya que estaríamos ante

una transmutación poco seria y profesional, de no mediar un espíritu comparativo de análisis y selección.

Este es un punto capital: el hecho de que los programas académicos profesionales incluyan una materia histórica, sin duda, no habilita un pasaje automático a los estudios históricos “con escala reducida”. Varios historiadores han objetado, con certeza, el riesgo de reposicionar un estudio realizado en una esfera micro a un ámbito macro. El problema no subyace en esta cuestión. Lo trascendental es recordar que la Bibliotecología / Ciencia de la Información forma parte de las Ciencias Sociales —este punto es imprescindible volver a decirlo— y, en consecuencia, en las últimas dos décadas, ha sufrido y vivido, como la mayoría de ese *corpus* disciplinar, una intensa revisión debido al auge de la Nueva Historia Cultural (Hunt, 1989). La Microhistoria, aunque en un tópico de amplio debate, emerge a partir de los estudios sociales y culturales. El interés por lo individual, por lo subalterno o postergado, por las pequeñas fragmentaciones, por los asuntos en apariencia mínimos, es una problemática que retoma intensivamente la Microhistoria como consecuencia de las nuevas tendencias de la Historia Cultural.

Por lo tanto, la moderna Historia de las Bibliotecas no debe estar ajena a esta reconfiguración historiográfica. La Microhistoria no incursiona en las bibliotecas y, por supuesto, desde su relato histórico, en un estado de pureza total y huérfana de interpretaciones. La Microhistoria ingresa en la Historia de las Bibliotecas en el marco de la Historia Social (Burke, 2007a) y, específicamente, de la Historia de la Cultura. Es decir, en la contextualización teórica y temática que han aportado numerosas áreas, tales como la Antropología,

la Sociología, la Crítica literaria, la Historia Social, la Psicología, entre otras.

Pero también hay que tener en cuenta otros aspectos que no pueden quedar de lado en el momento de desarrollar una “Microhistoria bibliotecaria”. Nos referimos, en especial, a la Historia Institucional y a la Historia de la Vida Cotidiana. La primera es fundamental como marco de referencia en el momento de analizar las organizaciones que hacen al conjunto de aspectos de la vida humana. La mayoría de las bibliotecas tienen un vínculo institucional, sea nacional, provincial, departamental, público o privado; por ende, el universo donde se desenvuelve la Microhistoria está fuertemente pautado por una visión macro de contexto dada por la Historia Institucional. Asimismo, es necesario volver a la Historia Política desde un punto de vista micro ya que, como se ha señalado, la Microhistoria opera en una profundidad de escala reducida. Requiere en sus prácticas y procedimientos, pues, de esta dinámica de “ida y vuelta” (implicación recíproca) desde un primer plano a uno más general (Ginzburg, 2010: 347 y Kracauer, 2010).

La Historia de la Vida Cotidiana es otra de las temáticas que, en forma similar a la Microhistoria, se expandió con el impulso de la Nueva Historia de la Cultura (Ariès y Duby, 1990-1992; Certeau, 2007 [1990]); Devoto y Madero, 1999). Este campo puede definirse, en forma muy amplia, como una de las tantas reacciones al largo dominio de la historia factual iniciada por Leopold von Ranke. Se presenta, entonces, como una textualidad del relato histórico que rescata, ante todo, las peripecias por la supervivencia humana tanto individual como colectiva, la historia de las relaciones

familiares, los espacios y las distribuciones urbanas, las poblaciones y sus quehaceres cotidianos, las clases sociales y su relación con las enfermedades, el lujo y la moda (reservados a unos pocos) y el incremento de la sociedad de consumo, entre muchos tópicos; nada menos que el otro rostro olvidado y oculto de la historia: el desarrollo y el seguimiento del hombre común. Pero, por sobre todo, involucra a la vida diaria en su relación con la Historia de la Cultura Material (Pounds, 1999). Las materialidades y, por extensión, los libros como bienes culturales y su trato cotidiano en el universo de las bibliotecas, se interrelacionan e imbrican con los procedimientos que hacen a la construcción de una “Microhistoria bibliotecaria”. Esta conceptualización resultará de gran ayuda en el momento de determinar las fuentes testimoniales con las cuales es factible llevar a cabo una Historia de las Bibliotecas con enunciaciones microanalíticas.

Un último elemento a tener en cuenta: la Historia Pública. Lo que la historiografía estadounidense denomina *Public History* constituye otro aspecto insoslayable en la aproximación de la Microhistoria al pensamiento bibliotecario, pues la Historia Pública sale de los ámbitos académicos para dirigir el conocimiento histórico a “una audiencia pública”. Esto es, “el empleo del método histórico fuera del aula” (Evans, 2000). Los historiadores públicos trabajan en archivos, museos, bibliotecas, instituciones y medios de comunicación en general, con el objetivo de presentar los temas históricos a un público no especializado. Los bibliotecarios deberían estar preparados para participar de la Historia Pública en forma activa, porque en ella subyace el vínculo que liga íntimamente a las operaciones históricas bibliotecarias con la esfera de la

vida cotidiana y su difusión en un público no académico. Se trata de llegar con la “Microhistoria bibliotecaria” allí donde no ha podido incursionar el academicismo universitario. Esta nueva resignificación, que proviene de las prácticas de la Microhistoria, rescata el “aspecto popular” que puede tomar esa disciplina.

Se ha puntualizado, con cierto detalle provisional y con sesgos que invitan a la discusión, los conceptos teóricos y prácticos de la Microhistoria, pero en una instancia que intenta abordar una nueva asignatura que se ha llamado “Microhistoria bibliotecaria”. Además, dentro de este *episteme* preliminar se señalaron varias disciplinas que actúan sobre la realidad histórica de las bibliotecas. La Microhistoria no es un ejercicio retórico a solas, una forma aislada en la búsqueda de una interpretación de sí misma, pues cuando desembarca en las bibliotecas lleva consigo, en forma inevitable, a la Historia Cultural, la Historia Institucional, la Historia de la Vida Cotidiana, la Historia Pública, tan solo por rescatar algunos ejemplos.

La pregunta que ahora se plantea, en forma imperiosa, es la siguiente: ¿cuáles son las fuentes documentales que poseen las bibliotecas para posicionarse en el umbral de una “Microhistoria bibliotecaria”? ¿Con qué procedimientos y modelos de investigación se puede abordar este trabajo?

No obstante, antes de brindar una respuesta a esas preguntas, como se ha esbozado al principio, es oportuno regresar a una encrucijada de compleja resolución: la carencia de una conducta histórica por parte de los profesionales en la Bibliotecología / Ciencia de la Información en la Argentina y América Latina, salvo algunas excepciones que no alteran

esta condición. Una actitud que, lamentablemente, se ha incrementado en la actualidad debido a que nuestro ejercicio en las bibliotecas exige una rápida y demandante “conducta informativa”, cuando colegas extranjeros, como contrapartida, ya están escribiendo acerca de conceptos tales como *Information History* (Black, 2006), o bien sobre *Digital History* (Seefeldt y Thomas, 2009).

Al mencionar la falta de una impronta histórica, el panorama no puede ser más desolador. Si bien la Historia de las Bibliotecas tuvo un momento productivo de interés en nuestro país durante el interregno de 1910 a 1980, en el período de “asentamiento fáctico y descriptivo” representado por “la publicación de una gran variedad de trabajos sobre la imprenta, el libro, el periodismo y las bibliotecas” (Parada, 2009), esa tendencia declinó en forma ostensible. La historia de las bibliotecas ha sido y es hoy día, salvo el notable intento de María Ángeles Sabor Riera con su *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX* (1974-1975), una asignatura sin cerrar entre nosotros.

Carecemos, ante todo, de una “Historia general de las bibliotecas en la Argentina”; una deuda pendiente pero no imposible de saldar. La coyuntura actual, en varios aspectos, puede resultar propicia. En el presente, gracias al auge de la Historia de la Lectura, numerosos investigadores y ensayistas provenientes de las Humanidades y las Ciencias Sociales han generado una masa importante de contribuciones relacionadas con la lectura y sus prácticas en el pasado. Uno de los lugares más privilegiados para el desarrollo de esta disciplina son, justamente, las bibliotecas. No solo por ser depositarias

de los libros como representaciones y materialidades lectoras, sino porque en ellas han quedado indicios, huellas y pruebas fundamentales para la Historia de la Lectura. Estos testimonios son generados por la gestión bibliotecaria y, en la mayoría de las ocasiones, ignorados por los estudiosos no profesionales.

La “Microhistoria bibliotecaria” aplicada a estos fondos documentales podría resultar un aporte ineludible para su propio fomento como una nueva área de estudio en los planes curriculares del futuro. Los bibliotecarios, a veces, no somos conscientes de la importancia histórica de los documentos que producimos. De tal modo, el desarrollo de una “Microhistoria bibliotecaria” podría constituirse en la base imprescindible para realizar, en un tiempo no muy lejano, una “Historia general de las bibliotecas y de la lectura en la Argentina” y en las naciones latinoamericanas que carecen de ella.

Ahora bien, en este contexto es donde podemos intentar responder al problema de las fuentes bibliotecarias. Esto conlleva una enumeración activa de dichos documentos. Se cita una “enumeración activa” porque es necesario dejar a un lado los modos tradicionales con que nos hemos acercado a esa masa documentaria para proceder, acaso de un modo inédito, a su relectura y resignificación como testimonios plausibles de ser manipulados por la Microhistoria. Se trata, entonces, de abordar y aprisionar una historia que, en esencia, en las palabras de Fernand Braudel, “se nos presenta, al igual que la vida misma, como un espectáculo fugaz, móvil, formado por una trama de problemas intrincadamente mezclados y que puede revestir, sucesivamente, multitud de aspectos

diversos y contradictorios” (Braudel: 1984 [1968]: 25). Nuestra realidad se centra en la cuestión siguiente: ¿cómo podemos abordar estas fuentes con un cambio de mentalidad?

A continuación se enlistan algunos de los documentos que sería necesario visitar desde otro ángulo y que están al alcance de la mano en nuestras bibliotecas: memorias anuales, informes internos, ficheros y bases de *desiderata*, circulación de los préstamos, adquisiciones y donaciones, encuestas, la Historia Oral, correspondencia, reglamentos, manuales de procedimientos, políticas de selección y descarte, gestión bibliotecaria, planeamiento, modos y usos de la catalogación y la clasificación, etc. Sin embargo, como la Microhistoria es fundamentalmente una práctica, la presencia de esta lista sin ejemplos metodológicos puntuales aún nada nos puede decir. Es necesario discutir la instancia de “cómo abordar” cada tópico.

Ante todo, siempre se impone la realidad: las bibliotecas deben velar por el mantenimiento de su archivo interno. Es común entre nosotros desarrollar una política celosa y estructurada de los libros dados de baja, o destinados a un depósito, o a un eventual canje. No sucede lo mismo con los documentos de gestión bibliotecaria interna. En el momento de eliminar esos testimonios debemos reflexionar, con una “conducta activa”, sobre la futura carga de “historicidad” que ellos encierran. No significa implementar una administración que acumule sin espíritu crítico y sin descarte; al contrario, se debe propiciar una selección con conciencia histórica. No deja de ser curioso o, tal vez alarmante, la falta de reparo que interrelaciona diagonalmente al archivo y a la biblioteca en el momento de investigar sobre la Historia de las Bibliotecas.

En sentido amplio, la “Microhistoria bibliotecaria” dependerá de la presencia o ausencia de un archivo interno.

Tomemos algunos ejemplos al azar de estos testimonios que permitan afianzar una mirada microhistórica en el ámbito de las bibliotecas. Las “memorias anuales” constituyen una fuente de primera mano para reconstruir ese complejo entrecruzamiento de la vida cotidiana y la gestión bibliotecaria. Muchas bibliotecas, ya sea por mandatos institucionales o por depender de entidades oficiales, han hecho y realizan su “memorización de tareas” en un período específico. Si deseamos reinterpretar las bibliotecas argentinas y latinoamericanas del pasado, resulta vital detectar estos indicios mínimos y trabajarlos en profundidad. Recientemente, gracias a testimonios muy similares, fue posible incursionar en “su densidad documental” para relatar los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (Parada, 2009).

Por otra parte, los registros antiguos del servicio de circulación pueden deparar elementos no tenidos en cuenta hasta la fecha. No se trata de llevar a cabo, exclusivamente, una estadística o un estudio bibliométrico con las obras solicitadas. Es oportuno desarrollar, en este punto, *un microanálisis cualitativo*. Un caso típico para instrumentar un estudio en escala reducida de los libros prestados es cotejar esos ejemplares que circularon en el pasado con las notas marginales que los lectores dejaron en ellos. De este modo, se podría intentar reconstruir una Microhistoria de las apropiaciones lectoras de los usuarios. El hecho es que el intento de descifrar las sensibilidades y emociones de los lectores mediante este acercamiento intensivo y microscópico a las expresiones manuscritas depositadas en los márgenes de los libros

(Jackson, 2001), también redundaría en un mayor conocimiento de la fisiología y el placer del texto y del acto de leer en los distintos tipos de bibliotecas (Barthes, 1987 y 2008).

La Historia Oral aún tiene mucho que brindarnos en el universo de la “Microhistoria bibliotecaria”. Si bien el auge de esta disciplina ya ha desembarcado hace mucho en las Ciencias Sociales (Havelock, 2008; Necochea Gracia y Pozzi, 2008; Prins, 1996 y Schwarzstein, 1991), la Bibliotecología / Ciencia de la Información no ha apelado a ella en gran medida. Nos referimos a una actividad con réditos aún desconocidos para una futura Historia de las Bibliotecas en nuestro país. La envergadura de los resultados no puede ser menor, ya que recopilar las narraciones orales de los bibliotecarios y los lectores que estuvieron involucrados en una biblioteca, en un período de larga duración, permitiría la resurrección del *microambiente reducido de una biblioteca* que, de otro modo, desaparecería (*La historia no escrita...*, 2007).

Además, estos estudios pueden aumentar su dosis de microanálisis en áreas prácticamente inexploradas, tal el caso de la historia de la catalogación y la clasificación en la Argentina (Barber, et al., 2003). Todavía carecemos de un estudio, en escala reducida, de algunas clasificaciones creadas en el país. Una muestra de ello, y que ha motivado algunos trabajos, es la elaborada por Juan Túmburus (1915). Pero nos referimos, especialmente, a ese microanálisis fino del cual se desprende que optar por ciertos sistemas y no por otros es una manera de recortar la realidad y establecer registros dominantes (Foucault, 1998). Porque la catalogación y la clasificación constituyen una lingüística pura relacionada con el poder y la diagramación impuesta a la sociedad por el lenguaje de

indización. Resignificar estos procesos desde la “Microhistoria bibliotecaria” aportaría una conceptualización de vital importancia para el desarrollo histórico del marco teórico bibliotecario.

El mismo género de situación se manifiesta con “la historia de los desclasados” (Sharpe, 1996), esto es, de aquellos grupos sociales cuya voz fue reducida a susurros o murmullos pero que perdura en los registros bibliotecarios. Como sucede en otras esferas donde los estudios en densidad tienen mucho que dar, el caso de las bibliotecas populares argentinas resulta paradigmático, ya que en ellas se gestó el modelo de “movilidad social” que caracterizó al país durante buena parte del siglo xx. Carecemos, en este orden, de trabajos específicos e intensivos que demuestren el papel de estas bibliotecas en la conformación de la clase media, en ese pasaje de “los de abajo” a sectores con mayor poder social y de adquisición de bienes materiales.

La nómina de microrrelecturas resulta casi interminable en el ámbito plural de las bibliotecas, donde se entrelazan, entre otros, los temas siguientes:

- los estudios de género (Scott, 1996) (presencia y participación del personal femenino bibliotecario, préstamos a mujeres, divisiones de las colecciones por el género, restricciones de consulta, etc.),
- el análisis de las bibliotecas particulares legadas a una institución (Parada, 2002) (las colecciones manifiestan diversas inclinaciones y hábitos lectores por parte de los legatarios),
- la diversidad y complejidad de los estudios de usuarios y sus emociones (Romanos de Tiratel, 2010) (las orientaciones his-

toriográficas sobre las prácticas de la lectura han producido nuevas articulaciones en esta área, sobre todo, en los aspectos cualitativos),

- la presencia de las Historia de las Imágenes (Burucúa, 1992 y Gaskell, 1996) proyectada en el espacio de las bibliotecas (la geografía espacial de una biblioteca varía en el tiempo a medida que mudan los “intercambios textuales” con los usuarios),
- la correspondencia con los lectores (demandas y solicitudes, reclamos y quejas, sugerencias y acuses de recibo, etc.),
- el archivo administrativo de la biblioteca,
- el microrrelato del “pasaje” de la biblioteca manual o artesanal a la electrónica o virtual,
- el análisis de los “Reglamentos” de las bibliotecas (Parada, 2009) (las normativas permiten estudiar, “en detalle profundo”, los servicios destinados a los usuarios desde el ángulo de representación de los bibliotecarios; es decir, “la construcción” ideal, normativa y restrictiva que se impone al uso de los recursos tipográficos y virtuales), etc.

Hemos visto, a lo largo del ensayo, que la Microhistoria se puede aplicar y desarrollar en la “superficie profunda” de la Historia de las Bibliotecas. En un segundo momento, ante el dilema de la existencia de las fuentes testimoniales disponibles para ejercer esta operación histórica, enumeramos la gran variedad y la riqueza de documentos que atesoran las bibliotecas, en particular, gracias al registro documentado de sus tareas de gestión y de sus servicios. Luego de pasar estas instancias y antes de elaborar una definición provisional de la “Microhistoria bibliotecaria” es necesario detenerse, aunque sea con brevedad, en los métodos de investigación que demanda esta disciplina.

Tal como lo propone Giovanni Levi y, en definitiva, la contundencia temática de la mayoría de los trabajos sobre Microhistoria, no existe un solo procedimiento teórico ni una metodología signada por la unicidad de procedimientos que sea factible de aplicarse en este campo. La Microhistoria se fundamenta en los diseños y estrategias eminentemente operativas y prácticas que suelen emplear la mayoría de las Ciencias Sociales (Festinger y Katz, 1993). Toma, y de esto depende el origen y la tradición historiográfica de cada historiador, elementos de la investigación cuantitativa o cualitativa, según lo requiera el tema estudiado. Puede partir de un sesgo cuantitativo para un punto específico y, a posteriori, instrumentar una detallada explicación cualitativa (Denzin y Lincoln, 2000). La interpretación, sin duda, juega el rol decisivo, tal como lo ha demostrado Carlo Ginzburg con el “paradigma indiciario” (2004) y la gestación de su libro *El queso y los gusanos* (1999 [1976]). Se podría afirmar que las “huellas” (vestigios) que menciona Ginzburg como el comienzo del “método indiciario”, más que una metodología propia, constituye una respuesta pragmática basada en un procedimiento de investigación; de ahí la importancia fundamental en la Microhistoria del “método” como práctica de trabajo. La Microhistoria, en este contexto hermenéutico, es un uso, una forma operacional de apropiarse de la realidad; por lo tanto, se funda estrictamente en una elección personal e inherente a cada investigador.

La estrecha asociación que interrelaciona a estos elementos introduce uno de los temas de mayor polémica en la historia actual: el relato historiográfico. El siglo xx ha marcado, a veces con tonalidades dramáticas, el enfrentamiento discursivo

entre el “acontecimiento y la narración”. La encrucijada se centra en escribir sobre los acontecimientos y, luego, sobre la historia de las estructuras (Braudel, 1981), o reconstruir el acontecer del pasado por intermedio de la textualidad del relato. Luego de la década de 1960, como lo observa Peter Burke, se implementaron varias respuestas para subsanar esta situación e incrementar el conocimiento histórico desde el punto de vista de una multiplicidad de aproximaciones. Una de las primeras soluciones que se presentaron, y que aún se encuentra en plena vigencia fue, precisamente, “la micronarración”, definida por el propio Burke como “la exposición de un relato sobre gente corriente en su escenario local” (Burke, 1996: 299).

Lo interesante de esta definición no subyace en su contenido, similar a otro enunciado también por Burke y que describe la Microhistoria como un “microscopio social” (Burke, 2007b), ya que ambos, inequívocamente, están asociados a los propuestos por Giovanni Levi y Carlo Ginzburg. El significado del vocablo “micronarración” vinculado con la Microhistoria, al parecer, recuerda una evocación o impulso retórico de este campo y debe buscarse en su identificación con una técnica o práctica de exposición. Surge, pues, una pregunta ineludible: ¿la Microhistoria es, en esencia, una micronarración? Su característica dominante, como hemos visto, no solo está dada por la reducción de la escala, el análisis microscópico y el estudio en intensidad de los testimonios, sino que además se sustenta en una forma narrativa singular y en la elección consciente de cada historiador en el momento de definir la tonalidad de su exposición. La Microhistoria constituye, básicamente, *una práctica narrativa*

en profundidad focal. El relato de la historia contemporánea y, en consecuencia, el discurso microhistórico, se posiciona en ese delicado y sutil equilibrio que implica “una perspicaz amalgama de erudición e imaginación, de pruebas y posibilidades” (Ginzburg, 2010: 465).

Un agregado más acerca de la relación entre el texto y aquellos que escriben sobre la Historia de las Bibliotecas y su Microhistoria: los bibliotecarios debemos aprender a sostener la escritura con el temple enérgico de la narración. El conflicto profesional posee un sesgo inevitable, ya que nuestra “razón de ser” se centra en el manejo profesional de la información. Pero esta es, al mismo tiempo, una limitación para nuestro oficio discursivo. La información siempre es un soporte que se adosa a la novedad y demanda una explicación. “En otras palabras —sostiene Benjamin (2011a: 151)— casi nada de lo que acontece beneficia a la narración, y casi todo a la información. Es que la mitad del arte de narrar radica precisamente en referir una historia libre de explicaciones”. El empleo de la información nos ha conducido a una suerte de textualidad ágrafa. Los narradores de la “Microhistoria bibliotecaria” necesitan recuperar (volver a aprisionar) los modos de narrar desde lo reflexivo y lo inesperado. Hacer, entonces, del pasado bibliotecario un relato crítico.

Con todas las limitaciones antes mencionadas, ¿cómo podríamos intentar definir la “Microhistoria bibliotecaria”? El posicionamiento lingüístico no consiste, por supuesto, en una migración masiva y en bloque de la caracterización de Levi acerca de lo que él entiende por Microhistoria, ya que la Historia de las Bibliotecas es una disciplina con sus propios y complejos ejes temáticos, enmarcados por la materialidad

impresa y por la virtualidad, en tanto tecnologías que organizan y diseminan los “artefactos de lectura”. Empero, la especificación terminológica de la “Microhistoria bibliotecaria” es una fiel heredera, con las adaptaciones necesarias del caso, de la definición original de Levi, como no podría ser de otro modo.

Más que una definición es un intento provisional de identidad o, mejor dicho, de auto representación profesional. ¿Hubiera sido preferible no hacerlo? Es probable. No obstante, los bibliotecarios suelen tener serias dificultades para abandonar la tradición. El tema de su profundo y heredado peso simbólico ha sido abordado por numerosos autores durante los últimos lustros. Walter Benjamin, desde el materialismo histórico, en su prosa hermética y casi aforística, cuestionó el lastre que puede implicar la presencia de la tradición como instrumento al servicio del historicismo, al sostener que “en cada época hay que tratar de arrancar de nuevo la tradición al conformismo que la quiere subyugar” (Benjamin, 2011b: 78-79). En el caso de los bibliotecarios la tradición juega un rol ambivalente, pues ese centro espeso de “lo tradicional” se trasmuta en un rechazo hacia los estudios históricos. En una profesión con un “instrumental del hacer” pautado por lo electrónico, pero con un pensamiento conservador hacia los aspectos epistemológicos, históricos, políticos y filosóficos, ¿qué papel puede desempeñar la “Microhistoria bibliotecaria”? Las respuestas son muchas y, por cierto, afortunadamente, ninguna definitiva. Pero es posible sostener que el cultivo de esta práctica puede ayudar a comprender la esencia y la singularidad de las bibliotecas en su articulación con sus lectores, en el contexto de los procesos históricos

sociales tanto individuales como grupales. En definitiva, un aporte de nuevo conocimiento crítico allí donde moraba un pensamiento sin cuestionar y adherido a la tradición.

El intento, desde este ángulo, bien puede valer la pena. Se formula entonces la siguiente propuesta:

La “Microhistoria bibliotecaria”, en tanto procedimiento y práctica aplicable a la Historia de las Bibliotecas, se fundamenta en el examen exhaustivo y nuclear de las fuentes documentales existentes y producidas por estas instituciones, mediante la reducción de la escala de su percepción y su posterior análisis plasmado en el registro narrativo propio de cada historiador.

La transitoriedad de esta explicación resulta palpable y rotunda. No se trata de una definición lógica y contundente, sino de una enumeración de las propiedades que puedan dar especificidad distintiva a la “Microhistoria bibliotecaria”. La reiteración, en esta oportunidad, es pertinente: no se asienta en una conceptualización cerrada. Todo lo contrario: se focaliza en lo temporal, en lo interino y en la precariedad de su génesis. Cuando hablamos de “microhistoria bibliotecaria” se hace alusión a un proyecto en forma de propuesta abierta, imprescindiblemente cuestionada por los aportes provenientes de las controversias y las discrepancias.

¿Hacia dónde apunta, pues, este intento preliminar de definición? Intenta señalar una desviación profesional común a muchos bibliotecarios. Solemos vernos a nosotros mismos inmersos “en la pura gestión bibliotecológica en sí” y no “fuera de ella en sí y en otros”. La “Microhistoria bibliotecaria” puede ayudarnos a observar la realidad desde márgenes cuyas fronteras móviles se articulan en la densidad de una gran

variedad de disciplinas. La graduación microscópica instalada en tópicos aún no abordados por la Historia de las Bibliotecas, bien puede llevarnos a instrumentar un cambio de escala en la manera moderna de concebir las prácticas bibliotecarias.

Si bien, tal como lo afirma Giovanni Levi, este campo de estudio “es un autorretrato, no un retrato de grupo” (Ginzburg, 2010: 391-392), la “Microhistoria bibliotecaria” posee un aliento gregario único y comunitario, un aspecto versátil que la vincula con correspondencias inesperadas. Su autorretrato puede reflejarse en el conjunto de lo grupal, pues los lectores fuerzan la focalización hacia la alteridad. ¿Entonces, la especificidad de “lo bibliotecario” es de tal magnitud y singularidad que es posible, en algunas ocasiones, poner entre paréntesis el autorretrato y subvertir el núcleo de la Microhistoria para tomar una fotografía de grupo? El planteo de esta duda nos hace desembocar, nuevamente, en uno de los problemas más ríspidos de la Microhistoria: las vinculaciones entre el micro y el macro mundo. ¿Es posible suturar la escisión entre ambos universos? La cuestión, en toda su magnitud, queda abierta e irresoluta: la Microhistoria todavía no ha podido resolverla.

Pero, en nuestro caso, esta apertura nos brinda la posibilidad de incursionar en nuevas temáticas, aunque sea con interrogantes en espera de respuesta: ¿la “Microhistoria bibliotecaria” y sus procedimientos no demandarían la necesidad de construir una “Microbibliotecología”? ¿Es factible pensar en una Historia de la “Microhistoria bibliotecaria” en la Argentina y en América Latina? ¿Cómo, por qué y para qué emprender una historia de este tipo? El intento y, por qué no, la osadía de dar respuesta a estas preguntas ampliaría

el universo, como hemos visto, de los sentimientos y de las emociones dentro y fuera de las bibliotecas. Si la audacia es mayor, tal vez nuestros modos de ser bibliotecarios mutarían a formas insospechadas pero más creativas.

La validez sobre la existencia de la “Microhistoria bibliotecaria” no es ociosa ni una actividad retórica ni estéril. Cuando Carlo Ginzburg estaba diseñando su ensayo “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, acaso sin saberlo (aunque la sospecha resulta falaz sabiendo de quien proviene), llevó a cabo una práctica digna de la Microhistoria en las bibliotecas. “Gracias a una pequeña investigación léxica retrospectiva” en el catálogo electrónico de la UCLA Research Library (Charles E. Young Research Library) —nos comenta— pudo rastrear e identificar las obras que contenían el vocablo “microhistoria” en distintas lenguas (Ginzburg, 2010: 351). De este modo, reconstruyó la génesis del vocablo desde una perspectiva histórica hasta el presente, gracias a las entradas recurrentes y virtuales de un catálogo en una biblioteca académica. Salvando ciertas distancias de forma, el procedimiento desembocó en las mismas conclusiones que tanto él como Giovanni Levi sostienen acerca de la microhistoria: observar en escala reducida una fuente documental para luego someterla a un análisis interpretativo, sin perder de vista la noción de conjunto y no caer en una especie de minimalismo relativista. El ejercicio realizado por Ginzburg, finalmente, resultó una especie de fundación de una práctica de “Microhistoria bibliotecaria”.

El poeta latino Ovidio escribió unas bellas palabras para quienes se apasionan con intensidad por las realidades en apariencia menudas: *Parva levis capiunt animos*. Esto es: “Los

pequeños detalles cautivan los espíritus sensibles” (Ovidio, I, 159). Una íntima sensibilidad que, sin duda, en un futuro muy próximo, podrá ser colmada por los microhistoriadores bibliotecarios.

• Referencias bibliográficas

ARIÈS, PHILIPPE Y GEORGES DUBY, dirs. 1990-1992. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus. 10 v.

BARBER, ELSA E.; NICOLÁS M. TRIPALDI Y SILVIA L. PISANO. 2003. Facts, Approaches, and Reflections on Classification in the History of Argentine Librarianship. En Joachim, Martin D., ed. *Historical Aspects of Cataloging and Classification*. New York: Haworth Information Press. p. 79-105.

BARTHES, ROLAND. 1987. Sobre la lectura. En su *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós. p. 39-49.

BARTHES, ROLAND. 2008. *El placer del texto; seguido de Lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

BENJAMIN, WALTER. 2011a. El narrador (1936). En su *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones Godot. p. 143-178.

BENJAMIN, WALTER. 2011b. Tesis sobre la Filosofía de la Historia. En su *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones Godot. p. 75-96.

- BLACK, ALISTAIR. 2006. Information History. En *Annual Review of Information Science and Technology*. Vol. 40, 441-473.
- BRAUDEL, FERNAND. 1981. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. 2a. ed. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BRAUDEL, FERNAND. 1984 [1968]. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza.
- BURKE, PETER. 1996. Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración. En su *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 287-305.
- BURKE, PETER. 2007a. *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BURKE, PETER. 2007b. El microscopio social. En su *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu. p. 64-70.
- BURUCÚA, JOSÉ EMILIO, intr. 1992. *Historia de las Imágenes e Historia de las Ideas. La escuela de Aby Warburg: A. Warburg, E. Gombrich, H. Frankfort, F. Yates, H. Ciocchini*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- CERTEAU, MICHEL DE. 2007 [1990]. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- DENZIN, NORMAN K. Y YVONNA S. LINCOLN, eds. 2000. *Handbook of Qualitative Research*. 2nd. ed. Thousand Oaks: Sage Publications.
- DEVOTO, FERNANDO Y MARTA MADERO, dirs. 1999. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus.
- EVANS, JENNIFER. 2000. What is Public History? <http://www.publichistory.org/what_is/definition.html> [Consulta: 12 marzo 2011].
- FESTINGER, LEON Y DANIEL KATZ. 1993. *Los métodos de investigación en las Ciencias Sociales*. México: Paidós.
- FOUCAULT, MICHEL. 1998. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. 26a. ed. México: Siglo Veintiuno Editores.
- GASKELL, IVAN. 1996. Historia de las imágenes. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 209-239.

- GEERTZ, CLIFFORD. 2005 [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GINZBURG, CARLO. 1999 [1976]. *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del Siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.
- GINZBURG, CARLO. 2004. Huellas: raíces de un paradigma indiciario. En su *Tentativas*. Rosario: Prohistoria Ediciones. p. 69-113.
- GINZBURG, CARLO. 2010. Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. En su *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 351-394.
- HAVELOCK, ERIC A. 2008. *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- La historia no escrita del INIBI: testimonios y entrevistas*. 2007. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- HUNT, LYNN AVERY, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press.
- JACKSON, H. J. 2001. *Marginalia: Readers Writing in Books*. New Haven, Conn.: Yale University.
- KRACAUER, SIEGFRIED. 2008 [1963]. *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa 1*. Barcelona: Gedisa.
- KRACAUER, SIEGFRIED. 2010. *Historia. Las últimas cosas de las últimas*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- LEVI, GIOVANNI. 1996. Sobre microhistoria. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 119-143.
- NECOECHEA GRACIA, GERARDO Y PABLO POZZI. 2008. *Cuéntame cómo fue: introducción a la Historia Oral*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- OVIDIO NASÓN, PUBLIO. 1929. *L'art d'aimer [Artis amatoria]*. Texte établi et traduit par Henri Bornecque. Paris: Les Belles Lettres.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2002. *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: 1779-1812*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; Errejotapé.

- PARADA, ALEJANDRO E. 2009. La Nueva Historia del Libro y las Bibliotecas en la Argentina. En su *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. p. 79-82.
- POUNDS, NORMAN J. G. 1999. *La vida cotidiana: historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica.
- PRINS, GWYN. 1996. Historia Oral. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 144-176.
- ROMANOS DE TIRATEL, SUSANA. 2010. Las emociones asociadas con la conducta informativa. En *Páginas de Guarda*. No. 10, 72-92.
- SABOR RIERA, MARÍA ÁNGELES. 1974-1975. *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*. Resistencia, Chaco: Universidad Nacional del Nordeste, Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria, Dirección de Bibliotecas.
- SCHWARZSTEIN, DORA, intr. 1991. *La Historia Oral: W. Moss, A. Portelli, R. Fraser y otros*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- SCOTT, JOAN. 1996. Historia de las mujeres. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 59-88.
- SEEFELDT, DOUGLAS Y WILLIAM G. THOMAS. 2009. What is Digital History? A Look at Some Exemplar Projects. Lincoln: University of Nebraska, Faculty Publications, Department of History. 7 p. <<http://digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1097&context=historyfacpub>> [Consulta: 12 marzo 2011].
- SHARPE, JIM. 1996. Historia desde abajo. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 38-58.
- TÚMBURUS, JUAN. 1915. *El bibliotecario práctico*. Buenos Aires: La Semana Médica.

SEGUNDA PARTE



De la biblioteca tradicional a la
biblioteca revolucionaria

4 • *Biblioteca y Revolución*

Otras resignificaciones en los inicios de la Biblioteca Pública en la Argentina

• *Biblioteca pública y tradición historiográfica*

LA DOCUMENTACIÓN EXISTENTE sobre la historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires si bien, en líneas generales, es abundante, aunque dispersa, múltiple y heterogénea (González, 2010 y Parada, 2009), poco o nada nos dice sobre muchos tópicos que en la actualidad interesan a los historiadores culturales. La historiografía tradicional de esta agencia social tuvo en la figura de Paul Groussac (1848-1929) un inicio alentador y hasta la fecha, sin duda, no superado. El mérito de Groussac al editar en 1893 la primera entrega del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, no solo se centraba en proyectar internacionalmente a esta institución al dotarla de una herramienta que representaba, difundía y organizaba el universo del conocimiento de su acervo bibliográfico, a la par de las grandes bibliotecas mundiales sino que, además, inauguraba en la Argentina, en la introducción a este repertorio dedicado a las Ciencias y las Artes, una nueva disciplina: la Historia de las Bibliotecas (Groussac, 1893).

No obstante la autoridad de esta personalidad señera de nuestros inicios bibliotecológicos, superado con holgura el siglo de su redacción, es necesario reflexionar sobre algunos aspectos de esta historia bibliotecaria inaugural. En primera

instancia, el texto de Groussac, inequívocamente, se encuentra inserto e impregnado por el pensamiento histórico de la época. Su modelo historiográfico tenía raíces en el “método histórico crítico” empleado por Barthold Georg Niebuhr (1776-1831) y, en especial, en la concepción empirista de los usos históricos desarrollada por Leopold von Ranke (1795-1886), donde la historia política y factual del pasado, basada en lo que se denominó *el historicismo*, influyó en la historiografía del siglo XIX y en los comienzos del XX. Dentro de este marco, lo que importaba era la búsqueda de una objetividad amparada en los hechos puntuales que jalonaban, en este caso, la historia de una biblioteca. El discurso institucional debía promover un relato similar al que utilizaba la “sociología” de ese entonces (el positivismo), pues la aspiración de las Ciencias Sociales residía en emular el método científico.

Tampoco debemos de olvidar que Groussac, como europeo radicado en un remoto país de América del Sur, estaba al tanto, debido a sus lecturas y viajes al exterior, de las últimas tendencias en materia de Historia. Es importante señalar este punto complejo de sus inclinaciones intelectuales, pues su prolongado ejercicio bibliotecario, en muchas instancias, fue superado por su vocación de acendrado historiador y brillante literato. Al leer, pues, su notable *Historia de la Biblioteca Nacional*, se presenta una pregunta de índole bibliotecológica insoslayable: ¿en qué punto el prosista y el historiador imponen su mundo al ámbito del bibliotecario? Un tema, en esencia, de muy difícil resolución. Sin embargo, una atenta lectura del discurso no solo manifiesta su herencia “historicista”, sino que además trasunta dos tópicos de real interés: su conciencia profesional como historiador (de ahí la práctica

fundada en la investigación archivística y metodológica para la producción del texto), y la instrumentación de una prosa cuyo cuidado se imbrica con lo literario. Finalmente, otro elemento que está presente en la intencionalidad global y final del autor: el nacionalismo bibliotecario. Es decir, rescatar para la Argentina su propia historia de la Biblioteca en el contexto de los grandes historiadores que abordaron la temática nacionalista del acontecer del pasado, como el caso paradigmático de Thomas Babington Macaulay (1800-1859) y Jules Michelet (1798-1874).

Llevar a cabo un análisis detallado de la textualidad histórica en la *Historia de la Biblioteca Nacional* de Groussac, excede el presente ensayo. Lo importante, en esta breve aproximación, es puntualizar algunos aspectos que hemos señalado: historicismo, preponderancia factual en la hermenéutica, usos y métodos del historiador profesional, cuidado y relevancia por la escritura literaria, y rescate de la Biblioteca en la construcción de la Nación.

Durante el transcurso del siglo xx, y a pesar de la aparición de nuevos modelos de interpretación histórica, el texto propuesto por Groussac se mantuvo incólume como referencia obligada. Muchos historiadores, a lo largo de esa centuria, realizaron aportes imprescindibles para comprender la evolución y el desarrollo de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en sus primeros años de gestión, pero todos ellos tomaron como marco ineludible a este estudio inicial.

Es oportuno, entonces, citar los nombres de algunos de estos investigadores, ya que difundieron y afianzaron los estudios sobre los orígenes de esta agencia pública en nuestro país. Ellos son: Hugo Acevedo (1992 y 1995), Francisco Actis (s.f.),

Ricardo R. Caillet-Bois (1963), José Oscar Frigerio (1986), Guillermo Furlong (1944 y 1968), Ludovico García de Loydi (1972 y 1973), A. L. Lucero (1910), Ana Inés Manzo (1960 y 1961), Gustavo Martínez Zuviría (1938), Juan Carlos Merlo (1993-1994), Alberto Palcos (1936), Agustín Piaggio (1912), Leonidas Rojas (1938), Raúl Guillermo Rosas von Ritterstein (2010), Aníbal O. Rottjer (1960), Horacio Salas (1997), Juan Manuel Sanguinetti (1951), Nicanor Sarmiento (1930), Vicente D. Sierra (1939), José Luis Trenti Rocamora (1997 y 1998), Juan Carlos Zuretti (1960), etcétera.

Aunque estos aportes son significativos, luego de la contribución de Groussac, las tres fuentes principales para esta temática son los trabajos de Ricardo Levene (1938), de José Torre Revello (1943) y de María Ángeles Sabor Riera (1974-1975). El libro de Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, se caracteriza por su riqueza documental en relación con la reproducción de piezas originales de la época. En cuanto al trabajo de Torre Revello, *Biblioteca Nacional de la República Argentina*, aporta una gran variedad de datos que por su precisión permiten completar las investigaciones anteriores. Empero, la historia mejor documentada de las primeras décadas de este establecimiento, es el capítulo “La Biblioteca Pública de Buenos Aires”, redactado por Sabor Riera en su libro *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*. Este texto, no obstante su breve extensión e intencionalidad de revisión y puesta al día de la bibliografía existente, supera en claridad a todos los restantes; incluso a los trabajos posteriores que, en forma global, se basan en sus conceptos.

Sin embargo, todas estas contribuciones se han caracterizado por dos particularidades bien definidas: a) en señalar los hechos más relevantes de la Biblioteca en sus comienzos; es decir, por el relato narrativo de una “historia político-institucional”; y b) en circunscribirse a un discurso marcadamente descriptivo.

• *Preguntas en búsqueda de respuestas*

La mayoría de esos estudios tenía una característica relevante en común: *eran investigaciones sin una perspectiva estrictamente bibliotecológica*. Ya que, en último término, fundamentados en una metodología historiográfica superada, constituían aproximaciones realizadas por historiadores o estudiosos vinculados a las Letras. La cuestión principal que se planteaba era, pues, la siguiente: ¿qué sucedería con este tópico si fuera sometido al análisis de la mirada del bibliotecario profesional? Una pregunta compleja y de difícil solución, pero cuyo abordaje encerraba la clave necesaria para comprender varios aspectos desconocidos de los orígenes de esta institución en la Argentina.

También surgía una serie de preguntas, sin aparente respuesta, estrechamente vinculadas entre sí, pero, no obstante, fundamentales para identificar las tendencias culturales de las prácticas históricas de ese período: ¿la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires fue una idea original de la Primera Junta o respondía a un proceso con profundas raíces hispánicas?; si la idea de inaugurar una biblioteca de este tipo era de antigua data, ¿cuál fue la novedad revolucionaria en el momento de su fundación?; como la biblioteca demandó una

organización racional de sus fondos, ¿era factible determinar los procesos de gestión bibliotecaria?; al identificar, entonces, su administración general del punto de vista bibliotecológico, ¿era posible además desentrañar su vida cotidiana institucional? (Devoto y Madero, 1999); si la complejidad exigida por estos “procesos técnicos” de los libros alcanzó un desarrollo significativo en nuestra primera biblioteca de uso público, ¿existió alguna construcción teórica del pensamiento bibliotecario?; ¿la gestión de esta institución fue una decisión exclusivamente de las autoridades gubernamentales o además estuvo signada por la participación y la representación de la sociedad civil?

Una serie de preguntas cuya respuesta requería de dos particularidades inexistentes hasta la fecha: el surgimiento de la Nueva Historia Cultural y, en especial, de la presencia de nuevos documentos no detectados todavía.

A partir de la escuela francesa iniciada en la revista *Annales: économies, sociétés, civilisations* (desde 1945), fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch, comenzó un largo proceso en la búsqueda de otro enfoque historiográfico distinto al político y militar. En realidad, esta tendencia se plasmó en una extraordinaria ampliación de las áreas de estudio y de sus metodologías: el desarrollo de la Sociología y la Demografía, la influencia de la Antropología, la incorporación de la Lingüística Estructural, la Estadística y los aspectos comparativos, el estudio de los sectores “populares” y la cotidianidad, entre otros temas, que apuntaban hacia una “historia total” del quehacer histórico del hombre. Heredera de esta tradición e influida por la “historia de las mentalidades”, la *New Cultural History* (Hunt, 1989) sintetizó y

trazó varios de los nuevos tópicos que marcarían las orientaciones de la Nueva Historia del Libro y de las Bibliotecas dentro de dos disciplinas aún en gestación: la Historia de la Cultura Impresa y la Historia de la Lectura. Los estudios de los registros culturales, sin desdeñar absolutamente el universo rankeano de los hechos, se hicieron a un lado y se abordaron la Teoría literaria, los métodos de las Ciencias Sociales, la articulación de los discursos, el mundo de las imágenes colectivas y anónimas, la Microhistoria, la teoría de la recepción, la presencia de los sectores subalternos, los nuevos enfoques filosóficos y epistemológicos, y el cambio de la historia de las ideas al análisis de la apropiación de los objetos culturales (Ariès y Duby, 1990-92; Braudel, 1984; Certeau, 2007; Eisenstein, 1994; Elias, 1987; Feyerabend, 1986; Foucault, 1987 y 1998; Frisby, 1992; Gadamer, 1984 y 1993; Geertz, 1990; Gombrich, 2004; Guha, 2002; Habermas, 1988; Heller, 2002; Jauss, 1992; Le Goff, 1995; Le Goff y Nora, 1978-80; Levi, 1990 y 1993; Ricoeur, 1999; Sharpe, 1993; Simmel, 2002; Warning, 1989). Un conjunto de autores, hoy imprescindibles, señaló el advenimiento de esta relectura y enriquecimiento del mundo impreso: Mi-jail Bajtin (1987), Fernando J. Bouza Álvarez (1997), Peter Burke (1993, 2001 y 2002), Guglielmo Cavallo (1998), Roger Chartier (1991, 1993, 1995, 1996, 1999, 2003 y 2006), Robert Darnton (1993, 1998, 2003 y 2006), Carlo Ginzburg (1999 y 2003), Anthony Grafton (1998), Robert Mandrou (1964), D. F. McKenzie (2005), Walter Ong (1993), Armando Petrucci (1999 y 2003), tan solo por mencionar a los más conocidos. El caso de Chartier es muy significativo, no solo en Europa sino también en América Latina, debido a la influencia

de su concepción de la Historia Cultural definida “entre la práctica y la representación” (1999).

Se planteaba, pues, dentro de este paradigma interpretativo propuesto por la Historia de la Civilización Impresa y de la Lectura, una nueva y trascendental pregunta: ¿era posible aplicar este modelo de los registros culturales, tanto bajo la óptica de su textualidad como de su materialidad, a la historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires entre 1810 y 1828?

• *Hacia una relectura de los inicios de la Biblioteca Pública en la Argentina*

Luego de detallar necesariamente, aunque pueda resultar tedioso y complejo, la urgencia de abordar un procedimiento moderno de interpretación historiográfica, se presentaba además otra limitación casi infranqueable: *la ausencia de archivos documentales para aplicar este paradigma de interpretación*. Una carencia de índole más aparente que real pues la documentación, ya sea en archivos o en diversas fuentes, como se observará, existía con relativa abundancia de detalles.

No obstante, antes de detectar y analizar estos repositorios originales, la revisión crítica de los materiales publicados hasta ahora permite identificar y dar respuesta a la primera interrogante que se ha planteado: ¿cuál fue la originalidad de la Junta de Mayo al crear esta agencia?

La respuesta no es fácil, ya que el uso público de los libros (o su intencionalidad manifiesta) tuvo una *larga tradición durante el período colonial*. Varios elementos coadyuvan a sostener esta realidad. Las obras no solo circulaban internamente

en los recintos de las órdenes religiosas (jesuitas, dominicos, mercedarios, etc.) sino que, en muchos casos, se prestaban a determinados individuos ante sus demandas lectoras; esto es, existía una circulación que se puede denominar informal fuera de las iglesias y los conventos (Rípodas Ardanaz, 1999). Un ejemplo de particular interés es, en especial, el reglamento que elaboraron en 1757 los jesuitas de la ciudad de Córdoba en la redacción de su catálogo o “index” del plantel de su importante biblioteca (Aspell y Page, 2000; *Catálogo*, 1943; *Index*, 2005 y Rípodas Ardanaz, 1999). Ya que estas ordenanzas confirmaban la asiduidad entre la circulación interna y la externa, al afirmar, sin eufemismos ni circunloquio alguno, que “si se prestan algunos libros fuera de la Casa, procurará el bibliotecario que sean recuperados a su tiempo y entre tanto anotará en algún registro, cuáles son esos libros y a quiénes los ha prestado”. A esto debe agregarse el rico y complejo intercambio de libros entre particulares, tal como lo confirman las existencias de inventarios *post mortem*, donde figuraban títulos ajenos a sus dueños e, incluso, se detallaba a quienes habían sido solicitados. El caso paradigmático en este tópico fue el “Cuaderno de libros que me han llevado prestados” de Facundo de Prieto y Pulido (Levene, 1950 y Parada, 2002) quien registró, minuciosamente, las obras que brindaba a sus conocidos, estableciendo así un circuito bibliográfico que se caracterizó por su sutileza en cuanto a las apropiaciones y representaciones impresas de sus miembros.

Empero, y dejando a un lado varios antecedentes originados en la administración virreinal —como el caso, tan solo para citar uno de interés particular, de la solicitud en 1767 del gobernador Bucareli al conde de Aranda para establecer

“bibliotecas francas” (Bravo, 1872 y Rípodas Ardanaz, 1999) con los fondos bibliográficos de los jesuitas— es necesario mencionar los tres precedentes más relevantes en el uso libre de libros: la biblioteca pública que funcionó en Santa Fe, al parecer desde 1774, de la que poco y nada se conoce, salvo que debía destinarse “para Biblioteca común” (*Documentos*, 1924: cxxii; Furlong, 1944: 65 y Rípodas Ardanaz, 1999: 249); los fondos bibliográficos que donó —“para que... con ellos... se forme y haga una librería pública que sirva para utilidad y decoro de la misma Santa Iglesia y fomento de las ciencias”— al testar en 1796 el obispo Manuel de Azamor y Ramírez (Rípodas Ardanaz, 1982: 117, 1994 y 1999: 249; Sanguinetti, 1951: 52), y que luego sirvieron de base para la colección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (Levene, 1938: 72); y ante todo, el establecimiento de una biblioteca pública en el Convento de la Merced de Buenos Aires en 1794, a partir de la donación en vida de la biblioteca particular del escribano de la Real Audiencia, el ya citado don Facundo de Prieto y Pulido (Levene, 1950; Parada, 2002 y Rípodas Ardanaz, 1999: 249).

A todo esto, debe agregarse un ambiente epocal que propició la secularización del uso de los libros, de las prácticas lectoras y del incremento de las bibliotecas privadas que, sin equívocos, influyeron en la configuración textual y discursiva de los primeros años de la Revolución de Mayo (Maeder, 2001; Maggio Ramírez, 2007; Martínez Gramuglia, 2010 y Peire, 2008).

Por lo tanto, la compleja y variada presencia de inquietudes que, utilizando una expresión muy laxa podríamos denominar *préstamo a favor de la apropiación pública*, demuestra su

larga continuidad estructural durante el período hispánico. La decisión, entonces, en este contexto de amplia duración, de fundar una Biblioteca Pública por la Primera Junta, *no es original*. La idea estaba en forma latente en la sociedad, en los sectores de elite, en las autoridades y, como se verá, en la sociedad de la época.

¿En qué radica la originalidad de la Revolución al crear una entidad de este tipo en septiembre de 1810? ¿Cuál fue, pues, la intencionalidad del famoso artículo “Educación” en la *Gaceta de Buenos Aires*, (*Gaceta*, 1910 y Moreno, 1896) cuya autoría se debe, muy probablemente a Mariano Moreno, aunque refleja el espíritu de todos los integrantes de esa Junta? La novedad revolucionaria radicaba en el ámbito de la *responsabilidad institucional* de la Biblioteca Pública. Hasta el momento, la tradición colocaba a estos establecimientos en la esfera religiosa. Es así como Azamor y Ramírez imaginó una “biblioteca pública catedralicia” o, en el caso de Prieto y Pulido, una “biblioteca pública conventual”. Los revolucionarios de Mayo fundaron una biblioteca de *gestión gubernamental*, es decir, en esa instancia histórica en particular, una creación regulada por un proto-Estado aún inexistente, un Gobierno Provisional, que veía a esa institución dentro de un marco de *política cultural revolucionaria*, en una estrecha y dinámica relación entre Biblioteca y Revolución

Aún quedaban pendientes dos cuestiones de vital importancia una vez realizado el primer intento de dar repuesta a los propósitos políticos de los hombres de Mayo en relación con la gestión de la Biblioteca Pública: ¿existió una administración interna en esta agencia civil, pautada por la gestión racional de los registros bibliográficos?; y de ser así,

desde nuestra modernidad, ¿era factible reconstruir su vida cotidiana, sus rutinas diarias, en ese agitado ir y venir de lectores y bibliotecarios en sus salas?

La respuesta a esas interrogantes, latentes pero todavía no individualizadas, se encontraba en el Archivo General de la Nación. En este repositorio, desperdigados en varias secciones, se hallan tres legajos que permiten un acercamiento puntual, aunque no completo, a los orígenes de su fundación. Los tres documentos pertinentes son los siguientes: a) el *Reglamento provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la Capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata*¹; b) el *Libro de cargo y data, o de cuenta corriente de los encargados de los gastos de la Biblioteca Pública formado por el Director de ella Dr. Dn. Luis José Chorroarín en el año 1812*²; y c) las *Razones de gastos* [de los años 1824 y 1826] llevadas por el director Manuel Moreno³.

Detallar el universo de emprendimientos y quehaceres múltiples que encierran estos originales es una tarea ardua. Sin embargo, vale la pena dar un breve resumen, a modo de muestra, de estas interesantes piezas, tanto por su riqueza como por la variedad de sus contenidos.

En primer término conviene trazar unas líneas globales sobre el *Reglamento* que regía la casa (Parada, 2002). Nos referimos a su flamante regulación inaugural y, por ende, al documento que establecía la *cosmovisión bibliotecaria* de aquello que se esperaba —como una puesta en escena— acerca de

¹ Archivo General de la Nación. Sala X. 22-2-4.

² Archivo General de la Nación. Sala III. 37-3-23.

³ Archivo General de la Nación. Sala X. 42-8-2.

una Biblioteca de esas características. Hemos empleado el término cosmovisión y, tal vez, el vocablo parezca excesivo. Pero una lectura detallada de estas breves ordenanzas nos otorga el marco, inesperado y sorprendente, de la reconstrucción administrativa del establecimiento. A pesar de haber sido redactadas en momentos de apuros y discusiones entre los dos hombres que participaron en su producción: Luis José Chorroarín y Bernardino Rivadavia.

Así, ya en vísperas de su apertura el 16 de marzo de 1812, emerge, con toda la riqueza de esos testimonios inéditos, la dimensión de *prácticas y representaciones bibliotecarias* que hicieron y dieron forma a los usos de los registros bibliográficos. El *Reglamento* posee su propia voz y discurso sonoro y, en forma solapada pero no renuente, se transforma en las primeras disposiciones bibliotecarias que esbozan esa conflictiva transición entre la tradición hispánica y el cambio que imprime toda Revolución. ¿Cuáles son, pues, a grandes rasgos, sus aspectos más significativos? Ante todo la riqueza de elementos de tonalidad casi profesional.

El personal estaba formado por los bibliotecarios, los dependientes, los concurrentes y el portero. Estas palabras, que identifican el sintagma laboral de la institución, nos insertan en la pertinencia lingüística en el momento de delimitar las funciones de sus miembros. Los bibliotecarios (director y subdirector) debían velar por el funcionamiento y por la contabilidad de la institución. Los dependientes eran los encargados de atender al público. Y los concurrentes (nuestros modernos lectores) se configuraban como los usuarios del primer tercio del siglo XIX. Pero lo importante del *Reglamento* es que trasunta la existencia de “cuadernos de índices”

(es decir, catálogos), los que se encontraban dispuestos en cada una de las salas temáticas que poseía la casa. En general, tal como sucedió en tiempos de Chorroarín, los “índices” los redactaban los bibliotecarios; no obstante, esta función, en algunos momentos, también fue llevada a cabo por un dependiente. El concurrente que entraba en el edificio ubicado en la llamada “Manzana de las luces” (Vilardi, 1939), debía pasar por la portería y allí, en el caso de traer sus propios materiales impresos, declarar su propiedad. Entraba en el vestíbulo, subía la escalera y, luego de haber consultado el índice, solicitaba al dependiente, mediante una papeleta, el libro de su elección. Si deseaba realizar “extractos” o resúmenes de lo que leía, la Biblioteca le proveía de plumas y arenilla; el papel, por su costo, estaba a cargo del lector. La consulta era exclusivamente en sala y una ordenanza esclarecía en forma perentoria lo siguiente: “no saldrá de la Biblioteca libro alguno por ningún pretexto ni motivo” (Art. 2º). También se exigía un impecable comportamiento moral según las costumbres de la época y el hurto era sancionado. Estaba prohibido doblar las hojas de los libros y, una vez terminada la estadía, si el concurrente quería continuar con su lectura al día siguiente, demandaba un “señalador”. Los dependientes, y no otros, estaban encargados de guardar en los estantes las obras al terminar la jornada.

Como se observará, existía un modesto pero muy correcto diseño de las labores bibliotecarias y de las funciones del personal. Había “catálogos” en forma de cuadernos, una clasificación topográfica por salas, un sistema de circulación interna que ya esbozaba la particular atención a la esfera del lector. Todos estos aspectos y características estaban, a grandes

rasgos, en un pie de igualdad con el desarrollo bibliotecológico tanto en América como en muchas bibliotecas de Europa. Hay algunos elementos que resultan vitales para la historia de las prácticas de la lectura en el ambiente público. Una de ellas es la concepción de la antigua *materialidad sacralizada del libro*: un objeto que debía manipularse pero con todo tipo de cuidados y prevenciones. Los volúmenes no solo eran caros, además, se vinculaban con una dimensión donde la apropiación lectora, sea del conocimiento o del ocio, albergaba algo de sagrado. O mejor, propio de la Ilustración, de un utilitarismo fundamental para propagar el “fomento de la instrucción pública”.

Había, entonces, una inclinación de salvaguarda pragmática de la lectura. En este entorno, los ciudadanos que leían en forma silente y en una sala gregaria y de todos, tenían también la posibilidad de “conferenciar o contravertir sobre algún punto... en los corredores o en alguna pieza fuera de la Biblioteca que les señale el Director” (Art. 4º.). Este punto es de vital importancia: la Biblioteca Pública en sus principios promovía la posibilidad del debate entre los lectores (tal vez una herencia de los salones literarios). Además, junto a este rasgo se presentaba otro, tan rico y sorprendente como el precedente. El *Reglamento* unía en una sola faz sin fisuras la imperiosa necesidad de vincular, en el aspecto de ligar textualmente, la escritura con la lectura. La Biblioteca, ya en esa época, era un sitio de producción de textos personales o, acaso, de intercambios colectivos.

Por lo tanto, gracias al *Reglamento*, esta agencia surge como un *fragmento cultural* controlado racionalmente por diversas técnicas bibliotecarias y, lo que no es menor, por la

configuración de su rol dentro de la geografía urbana. Una agencia inmersa en complejas esferas sociales y económicas (Augst y Wiegand, 2001; Black, 1996 y Shera, 1965) y, por añadidura, involucrada en los desafíos que demandaba la heterogeneidad incontrolable de la civilización impresa. Un modo racional de reglamentar, organizar y usar los materiales bibliográficos que, de hecho, implicaba el concepto de *idea* (término caro al Siglo de las Luces) y que hoy llamaríamos, algo osadamente, el imaginario de la Biblioteca frente a la imposición multiforme de la realidad.

Pero además, estas normativas nos manifiestan otras sorpresas no menos gratas. Hablamos de aquellos acontecimientos que se encuentran alejados del relato fáctico y político, y que hasta la fecha poco o nada conocíamos de su existencia en los principios de la historia de la Biblioteca Pública en la Argentina. Estos nuevos aportes los encontramos en los libros de gastos o memorias administrativas que debieron elevar los directores del establecimiento a la Contaduría General en el lapso de 1810 a 1828 (Parada, 2003-04, 2006 y 2009).

En aras de resumir su contenido y de dar un breve panorama de los tópicos que abarcan, es posible estudiar conjuntamente las dos fuentes que nos ilustran sobre la vida cotidiana en la Biblioteca: el *Libro de cargo y data* (1810-1812) y *las Razones de gastos* (1824 y 1826). La pregunta principal es la siguiente: ¿qué nos brindan estos manuscritos para rescatar y contar la rutina creadora de una Biblioteca Pública perdida en los confines del extremo sur americano?

Aunque parezca poco creíble esos cuadernos propios de la burocracia oficial poseen unos discursos tan vívidos y

elocuentes que no solo detallan los quehaceres allí realizados, sino que trascienden el ámbito circunstancial para esbozar el ejercicio aún *preprofesional del trabajo bibliotecario*. Una labor cercada por la más estrecha pobreza o por los avatares de las guerras de Independencia, pero que refleja las actividades allí desplegadas.

En consecuencia, con sus asientos prolijamente escritos y los monótonos murmullos numéricos de las entradas y salidas pecuniarias, ¿qué nos dicen, en definitiva, estas memorias contables? En más de un modo, en formas diversas, nos presentan a la Biblioteca como un organismo vivo, inmerso en un vértigo de situaciones en apariencia —solo en apariencia— sin trascendencia. Nuevamente, en esta ocasión, es necesario sintetizar el universo de las *materialidades de supervivencia* del establecimiento. Pues de eso se trata, en último término: de gestionar el modesto presupuesto destinado por el Gobierno. Uno de los rubros en el cual debió invertirse más dinero fue en el mantenimiento del edificio. La Biblioteca situada en la ochava de las actuales calles Moreno y Perú requirió de todo tipo de intervenciones para lograr un mínimo decoro edilicio. Entre las numerosas labores que se realizaron y que ocupan una gran cantidad de asientos en estos cuadernos, debe mencionarse el acondicionamiento de las salas, la compra de sillas y mesas, la iluminación, la colocación de vidrios, el arreglo de los techos que amenazaban ruina, la incorporación de nuevas habitaciones, el pago de los sueldos a los empleados, la obtención de pieles y tafiletes para forrar los numerosos volúmenes deteriorados, la compra de libros y de algunos periódicos, la administración de las contribuciones recibidas, entre otros.

Un tema recurrente fue el que podríamos llamar el *topos de la carpintería*. Uno de los dramas que tuvieron que enfrentar los primeros directores fue la falta y el elevado costo de los estantes. El problema topográfico de la ubicación física de los libros demandó importantes libramientos de dinero y, por consiguiente, también atrasó, a la par de la confección de los índices, la inauguración de la casa. Las urgencias, además, se sucedían vertiginosamente, ya que se necesitaron todo tipo de elementos para sustentar, por lo menos, los quehaceres de la vida: un reloj que pautara los horarios de la lectura y del trabajo, los polvos para salvar la tinta, estuches matemáticos, plumas, atriles, tinteros, resmas de papel para la escritura bibliotecaria interna, los redondeles que identificaban las signaturas de las obras, las escobas para eliminar el polvo de las aceras, los juegos de llaves para abrir y cerrar el edificio, la colocación de un farol para evitar la oscuridad en la escalera de acceso. De modo tal que este control impuesto por los hombres a los elementos nos enseña que la lectura siempre cohabita con corporeidades indispensables para su desempeño. Incluso fue necesario colocar una cuchilla en suelo, a la entrada de la Biblioteca, para eliminar el barro adherido a los zapatos y así no ensuciar las salas de lectura.

Los recursos faltaban y no fueron pocos los directores que donaron sus sueldos a fin de evitar el cierre de esta agencia. Dentro de la institución, para obtener mayores ingresos, se llevaron a cabo “pequeños emprendimientos” tal como la venta de materiales duplicados. Y cuando los libros tenían un gran deterioro que los tornaba inservibles las autoridades tuvieron que apelar a su venta como “cartuchos” para envolver paquetes. Los canales que relacionan a los bienes culturales

como objetos propios de la economía, son imbricados y sutiles; una prueba de ello fueron las necesidades presupuestarias que se debieron sortear en los inicios de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En una ocasión, por ejemplo, el director Manuel Moreno decidió la compra de una “cédula” para participar en la rifa de una biblioteca particular, un último ardid para incrementar el ingreso de volúmenes. El clima, por otra parte, requería de numerosas atenciones. En verano eran obligados los conocidos “humazos” para desinfectar los ambientes y, luego, en invierno, se debía planificar la compra y el acarreo de la leña para la sala de lectura. En una ocasión, al parecer por un principio de incendio, se debió contratar a varias personas para que lo extinguieran. Dentro de esta esfera enmarcada por la cotidianidad, donde los directores oficiaban como “hombres orquesta”, también debían de procurar, en especial para el personal o para los lectores que así lo demandaban, toallas, tinajas de agua y vasos... y hasta obtener una alfombra para alguna de las salas de la Biblioteca.

Gracias al *Libro de cargo y data* y a las *Razones de gastos* es posible, en consecuencia, reconstruir las prácticas y representaciones que se ejercieron en nuestra primera Biblioteca Pública. Los “trabajos y los días” bibliotecarios constituyeron, en el umbral casi mitológico de nuestra profesión, una empresa signada por los anhelos y las pasiones de los individuos que se comprometieron con su desarrollo. Esa totalidad de materialidades y esfuerzos humanos —directores, subdirectores, lectores, dependientes, porteros, estantes, libros, bienes inmuebles, materiales de escritura, reglamentos—, sin duda, tejieron un entramado de diferentes realidades yuxtapuestas. Un acontecimiento donde el ámbito manuscrito y el

tipográfico, conjuntamente con las estrategias lectoras para capturar los distintos discursos y los modos de organización bibliotecaria, crearon un horizonte pautado por la civilización impresa de esa época.

En el presente estado de nuestro objeto de estudio se impone entonces una pregunta que requiere su repuesta. Si por intermedio de esta relectura se ha detectado una dimensión poco conocida de los orígenes de la Biblioteca Pública en la Argentina, ¿es posible que haya existido el intento de construir una teoría del pensamiento bibliotecario? Y aunque parezca inverosímil y ajeno a nuestra historia bibliotecológica, debido a la lejanía en el tiempo, la respuesta contundente de su existencia es el trabajo del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda: *Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca Pública de esta Capital*, publicado en *El Grito del Sud*, periódico de tendencia morenista, en el año 1812 (Academia Nacional de la Historia, 1961; Aguirre y Tejeda, 1812 y Parada, 2002).

Aparentemente se trata de un trabajo cuya particularidad subyace en la extemporaneidad de su concepción. Esto significa que el grado de su novedad y originalidad bibliotecológica no volverá a repetirse hasta ya muy entrado el siglo XIX. Aunque su trazado textual se encuentra fundamentado en una gestación personal, no carece de importantes influencias extranjeras. Para comprender lo trascendental de su escritura es necesario señalar que los artículos incluidos en *El Grito del Sud*, diario bajo la influencia de Bernardo de Monteagudo, eran las voces y las ensoñaciones de la *utopía revolucionaria*. De modo tal que la *Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca Pública de esta Capital* se nutre de un frente utópico

específico: aquello que, tanto ideal como pragmáticamente, se esperaba de la fructífera relación entre Biblioteca y Revolución.

¿Cuáles son algunas de las iniciativas propuestas por Aguirre y Tejeda en esta notable pieza bibliotecaria? En primer término, el papel de esa agencia en su *vínculo político-cultural* para superar “el estrépito de las armas”, y generar la “ilustración pública” en toda América del Sud. En segunda instancia, la estrecha e insalvable articulación que debe existir entre *el desarrollo económico y la industria del papel en torno al libro*. El frente utópico de su texto constituye un anhelo que él resume en la expresión “América con la biblioteca”. No alcanza con una amplia producción de libros sustentada por numerosas imprentas en la ciudad de Buenos Aires. Es imperioso que esta fiebre de producción librera se explaye por todas las ciudades y rincones de América. De ahí el epígrafe que acompaña el título de su trabajo. Se trata de una frase del agrónomo latino Lucio Junio Moderato Columela, extraída de su *De re rustica*: “De nada sirve tener una cosa, sino se poseen los medios para conservarla” (*Neque enim satis est possidere velle, si collere [et] conservare non possis*). Esto es un llamado de atención a las autoridades que dirigen el movimiento revolucionario, una apelación cuyo clamor todavía se extiende hasta hoy y conmueve por su actualidad, ya que de nada sirve crear una biblioteca si el Gobierno no toma las medidas necesarias para sostenerla y promoverla.

La *Idea liberal económica* de Aguirre y Tejeda era federal por definición y americanista por vocación. Supo unir, en un modo que hoy nos asombra, con espíritu crítico e interdisciplinario, las Ciencias Políticas, la Economía, la Educación y la Sociedad en una institución: la Biblioteca Pública. Una

agencia social que, en la emotiva utopía revolucionaria, extendía su red invisible pero rotunda entre todos los ciudadanos del continente.

Este texto encubre varias lecturas solapadas. Aproximaciones lingüísticas y análisis del discurso (Goldman, 1988 y 1992; Goldman y Souto, 1997; Schwartzman, 2003); enfoques históricos en el marco de la configuración de las nuevas “identidades” que comenzaban a enfrentarse (Chiaromonte, 1989, 2004 y 2007; Garavaglia, 1999; Goldman, 1998; Halperin Donghi, 1961, 1972, 1978 y 1985; Sabato y Lettieri, 2003; Ternavasio, 2007); estudios de las prácticas de lectura a partir de los numerosos autores que menciona Aguirre y Tejada; abordajes desde el campo de la Bibliotecología (Chartier y Hébrard, 1994; Finó y Hourcade, 1952), la Historia de la Bibliotecas, y las Ciencias Sociales, entre otros muchos aspectos. En cierto sentido, es un entramado textual único, de una complejidad sustancial y que, inequívocamente, requerirá investigaciones de distintas disciplinas. Incluso su autor también se adelantó a temas que hoy se encuentran, en forma casi dramática y perentoria, en el seno de la civilización contemporánea. Tal el caso, por ejemplo, de su precursora conciencia por las políticas de conservación y preservación de los libros. Un documento, en efecto, que crea casi de la nada y en ese páramo sudamericano, una construcción teórica del pensamiento bibliotecario de la época. Una reflexión, por otra parte, también autóctona y nativa, propia de la realidad y del imaginario que le tocó vivir a su creador, y que la Nueva Historia Cultural debe rescatar en su riqueza retórica y polisémica.

Resta detenerse en una última interrogante: ¿cuál fue la participación ciudadana en la inauguración de la Biblioteca Pública? Todas las historias atinentes a la formación original de su colección rescatan, como un hecho incontrastable y aleccionador, las abundantes donaciones de libros y dinero que realizó una multitud de personas. Resultan conmovedoras, en este punto, tanto las páginas del *Libro de donaciones* de la Biblioteca como las listas y comunicaciones que se publicaron en la *Gaceta de Buenos Aires*. (*Gaceta*, 1910; [Primeras donaciones], 1944 y [Trelles], 1879). Pero no basta con enumerar los nombres y el posible estamento social de los legatarios o con asentar los títulos de las obras que ofrecieron.

En último término, aunque significativa, es una referencia de índole cuantitativa. Es trascendente, en este contexto, formular la pregunta desde otra óptica: ¿qué significó, cualitativamente (Denzi y Lincoln, 2000), esta activa efervescencia gregaria o comunitaria en la construcción instrumental de la Biblioteca? (Díaz y Míguez, 2011). Entre muchas interpretaciones posibles es fundamental reflexionar sobre la progresiva conquista del *espacio público urbano* por parte de los individuos (Chartier, 2003; Guerra y Lempérière, 1998; Hoberman y Socolow, 1993; Romero, 1976). Un acontecimiento que se había incrementado a partir del siglo XVIII. Detrás de los libros donados existe una lectura política: la necesidad de un ámbito colectivo para el uso del universo impreso no era, en particular, una decisión exclusiva de la Primera Junta, sino también un impulso vital que venía desde la sociedad civil. En sentido amplio, la participación ciudadana fue una especie de limitación (¿o acaso una cohabitación?) a la legación del poder que se había conferido a esa Junta. Surge así

un aspecto de especial interés en la historiografía moderna: el tema de la transferencia en la representación política (Lettieri, 1999 y Roldán, 2003). Por otra parte, nos hallamos, y este acontecimiento aún no ha sido estudiado, ante el primer movimiento popular en relación con una problemática cultural. La pertinencia del asunto involucra a los bibliotecarios y a los profesionales de la información, pues esta conmoción social se dio en torno a la Biblioteca Pública.

Tampoco nos encontramos ante un fenómeno aislado en el tiempo. Las iniciativas conjuntas de particulares y autoridades gubernamentales constituyen un proceso de antigua data en nuestro país. Domingo Faustino Sarmiento, al impulsar las bibliotecas populares, vinculó a los ciudadanos con el gobierno (*Boletín de las bibliotecas populares*, 1872) y, ya entrado el siglo xx, en la década de 1930, otros ciudadanos, ante la falta de este tipo de agencias, crearon las bibliotecas de las sociedades barriales y de fomento (Gutiérrez y Romero, 1995). Tal vez esta participación de la civilidad en los primeros años revolucionarios y, más adelante, su continuidad en el siglo xx, nos invite en el futuro a meditar en la posibilidad de diseñar una *Sociobibliotecología* en la Argentina.

• Conclusiones

Es difícil determinar, a ciencia cierta, el campo plural de significados, tanto conscientes como inconscientes, entre Biblioteca y Revolución. Entre otras cosas, en principio, porque aún resta por hallar una gran cantidad de documentos inéditos, similares a los que se han mencionado y que, sin duda, arrojarán una nueva visión a dicho vínculo. Empero,

en la frontera incierta de esta nueva relectura, es importante diseñar un conjunto de conclusiones preliminares. Algo similar a un esquema de trabajo provisional y móvil en cuanto a sus reflexiones finales. En ese entorno se pueden señalar, pensando en una especie de estudio estratigráfico siempre cambiante, una serie de horizontes o segmentos temáticos a analizar.

En primer lugar, se plantea un tópico ineludible: el horizonte de larga duración, desde el período hispánico hasta mayo de 1810, identificado con la fundación de una biblioteca de consulta pública en nuestro territorio. Este proyecto requiere de un serio análisis, pues la tendencia hacia la captura social de los libros fue una estructura dinámica, maleable y heteróclita pautada, en muchas ocasiones, por apropiaciones manuscritas e impresas de distinta problemática y discernimiento.

En segunda instancia, la importancia sorprendente de la presencia de un discurso teórico sobre la función, casi fenomenológica, de la Biblioteca en 1812. El artículo de Aguirre y Tejeda, por su propia condición de “inesperado”, es una contribución más anclada en el porvenir que en la realidad de entonces. Consiste en una producción textual proyectada hacia el futuro absoluto, ya que esboza “idealmente”, dentro de su vuelo conceptual, el horizonte de las realizaciones utópicas que se debe esperar de las bibliotecas como hijas y herederas de la Revolución.

La tercera dimensión a rescatar se enfoca precisamente en la sociedad y en los individuos que la conforman, ya inmersos en el desplazamiento hacia la conquista del territorio público de las ciudades. Nos referimos al horizonte de la participación ciudadana. No cabe duda de que, sin ella, acaso la

inauguración de esta agencia se hubiera extendido o languidecido en el tiempo. La fortaleza y la actividad de la sociedad civil y su limitación en legar el poder en forma absoluta a las nuevas autoridades, fue un movimiento popular de ciudadanía que debería llamar a una mayor reflexión.

Luego, el frente que se instala en las entrañas mismas de esa institución naciente: el horizonte de la gestión bibliotecaria. Esto es, la reconstrucción del mundo de las prácticas que hicieron posible la organización técnica y formal de la Biblioteca Pública. El “formalismo bibliotecológico” se reconoce en el itinerario que llevó a los primeros bibliotecarios a “hacerlo todo”, según la expresión de Luis José Chorroarín. Esa gestión de pura *facticidad* organizativa que podemos observar gracias a documentos como el *Libro de cargo y data* y a las *Razones de gastos*. Un ambiente de recursos y fuerzas controladas, propias del quehacer preprofesional, donde se establecieron los instrumentos y procedimientos técnicos para acceder en forma eficiente a los libros.

A continuación y relacionado con esto último, el horizonte de la legalidad, plasmado en el “reglamento provisional” de la Biblioteca. Es decir, los perfiles del orden y la memoria institucionalizados, por intermedio de una serie de ordenanzas que interactuaban entre los individuos, los impresos y las condiciones para manipularlos. Una ordenación imperiosamente reglada que distribuía los roles del personal en el establecimiento, de los concurrentes y, en particular, el irisado laberinto de las representaciones de la lectura y la escritura.

Por último, como telón de fondo de esa urdimbre de funciones y pensamientos, el horizonte de los menudos hechos rutinarios. El surgimiento de las tareas día a día, desde

tapizar una silla o cambiar un vidrio hasta decidir la compra de obras en el exterior o conseguir tinta para asentar los nuevos títulos en los “índices”. La aparición insoslayable, pues, de ese estamento microbibliotecario manifestado por la presión de la vida cotidiana y de los usos materiales en el momento de resolver los problemas de la civilización tipográfica. Un acontecer diario, a veces abrumador, en cuanto al desconcierto de las innumerables labores que se debían acometer con un menguado presupuesto. Donde la imaginación y las habilidades para obtener más “cuerpos” o volúmenes (rifas, venta de ejemplares duplicados, solicitud de donaciones, etc.) propiciaron las bases de una primitiva, aunque insuficiente, planificación de los recursos bibliotecarios. Hablamos entonces de algo que hasta ahora no nos decían otros textos sobre la Biblioteca: la tumultuosa y apasionante cotidianidad que se daba “puertas adentro” del establecimiento, signado por esa extraña y única relación que enlaza inefablemente, y que en ocasiones también esclaviza, a las cosas y a los hombres (Foucault, 1998 [1966]).

Este intento de llevar a cabo una relectura de la Historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires constituye, en particular, un esbozo aún marginal al tema propuesto según las nuevas orientaciones historiográficas. Como tal, es la imagen o representación que de esa agencia nos hacemos hoy, en el siglo XXI, a doscientos años de su creación en el epicentro convulsionado y ambivalente de una Revolución. Entre los numerosos tópicos que debemos dilucidar en lo sucesivo, es imprescindible, por lo menos, citar al más importante: ¿qué sabemos de los lectores y sus aprehensiones discursivas en el recinto de esta institución?, o ¿cuáles eran sus habilidades o

incapacidades de usos en la instancia de poseer las palabras? Un cosmos lector que todavía desconocemos y que tal vez permanezca velado para nosotros, o quizás el azar lo subsane al encontrar la documentación donde sea factible reinterpretar esas apropiaciones. Por esta razón se torna vital y fundamental recalcar, aunque con frustración y desconcierto, el hecho siguiente: nos faltan los lectores cuando se involucran materialmente con los artefactos culturales que llamamos libros.

Roland Barthes (1987), en un conocido ensayo titulado *Sobre la lectura* señaló una de las limitaciones de estas casas que guardan y difunden la civilización tipográfica: “la biblioteca es un espacio que se visita pero que no se habita”. Una limitación que no debe llamarnos la atención, pues no hay obra humana, y las bibliotecas lo son, que sea absolutamente bella y perfecta. La imperfección, en sentido de gestación contradictoria es, además, una forma de búsqueda de un modelo que intenta complementar a la perfección. Al releer la historia de los orígenes y desarrollo de nuestra primera colección de empleo público, hoy presente en la Biblioteca Nacional, es necesario detenerse en esta frase de Barthes. Ya que al pasar revista a lo expuesto se observa la activa presencia, entre otros aspectos, de un conjunto de procedimientos bibliotecológicos en formación, de una feraz y palpitante vida cotidiana, de una lúcida construcción teórica del pensamiento bibliotecario de la época, de una pujante existencia del poder de la sociedad civil cuando debió acompañar y presionar a las autoridades para inaugurar el edificio, todo ello en esa compleja dialéctica que encarnó el encuentro entre el fin del período colonial, la Biblioteca y la Revolución. De modo que en esta travesía histórica de relecturas sobre los inicios de la

Biblioteca Pública en la Argentina podemos afirmar, tal vez con audacia pero no con incertidumbre, que su fundación fue el intento revolucionario de crear un lugar donde vivir y palpar más que un simple sitio para visitar.

• Referencias bibliográficas

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. 1961. *El Grito del Sud (1812)*; reproducción facsimilar publicada con el auspicio y fondos de la Comisión Nacional Ejecutiva del 150.º aniversario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- ACEVEDO, HUGO. 1992. Biblioteca Nacional de Argentina. En *Boletín de la Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD)*. Tomo 42, no. 3-4, 13-35. [2a. ed. Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA), coords. José G. Moreno de Alba y Elsa M. Ramírez Leyva. 1995. *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*. México: UNAM, p. 3-24].
- ACTIS, FRANCISCO C. [s.f.]. *Algo de lo que hizo el clero por Mariano Moreno y la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Buenos Aires: Difusión.
- AGUIRRE Y TEJEDA, JUAN LUIS DE. 1812. “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta Capital”. Este artículo se publicó en *El Grito del Sud*, en las entregas siguientes: No. 7, martes 25 de agosto de 1812, p. 54-56; No. 8, martes 1º de septiembre de 1812, p. 57-61; No. 9, martes 8 de septiembre de 1812, p. 65-68; y No. 10, martes 15 de septiembre de 1812, p. 73-76.
- ARIÈS, PHILIPPE Y GEORGES DUBY, dirs. 1990-1992. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus. 10 v.
- ASPELL, MARCELA Y CARLOS A. PAGE, comps. 2000. *La Biblioteca Jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

- AUGST, THOMAS Y WAYNE WIEGAND, eds. 2001. The Libraries as Agencies of Culture: Print Culture History in Modern America. En *American Studies*. Vol. 42, no. 3, 5-210.
- BAJTIN, MIJAIL. 1987. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.
- BARTHES, ROLAND. 1987. Sobre la lectura. En su *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós. p. 39-49.
- BLACK, ALISTAIR. 1996. *A New History of the English Public Library: Social and Intellectual Context, 1850-1914*. London: Leicester University Press.
- Boletín de las Bibliotecas Populares*. 1872. Publicación periódica dirigida por la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares. No. 1: XII, XLII, LI-LIII.
- BOUZA ÁLVAREZ, FERNANDO J. 1997. *Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*. Madrid: Síntesis. [Especialmente el capítulo: "Lectura y bibliotecas". p. 109-132].
- BRAUDEL, FERNAND. 1984 [1968]. *La Historia y las Ciencias Sociales*. 7a. ed. Madrid: Alianza.
- BRAVO, FRANCISCO JAVIER. 1872. *Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el Reinado de Carlos III*. Madrid: Establ. tip. de J. M. Pérez.
- BURKE, PETER, ed. 1993. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- BURKE, PETER. 2001. *La cultura popular en la Europa Moderna*. Madrid: Alianza.
- BURKE, PETER. 2002 [2000]. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.
- CAILLET-BOIS, RICARDO R. 1963. Mariano Moreno y la fundación de la Biblioteca. En *Mayo: revista del Museo de la Casa de Gobierno*. Tomo 1, no. 3, 85-87.
- Catálogo de la librería jesuítica*. 1943. Introducción de Juan B. Echenique. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Biblioteca Mayor.
- CAVALLO, GUGLIELMO Y ROGER CHARTIER, dirs. 1998 [1997]. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.

- CERTEAU, MICHEL DE. 2000. *La invención de lo cotidiano: 1. Artes del hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- CHARTIER, ANNE-MARIE Y JEAN HÉBRARD. 1994. Discursos de los bibliotecarios. En su *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 1991. Las prácticas de lo escrito. En *Historia de la vida privada*. Dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby. Madrid: Taurus. Vol. 5. p. 113-161.
- CHARTIER, ROGER. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. MADRID: ALIANZA.
- CHARTIER, ROGER. 1995 [1984 y 1987]. *Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación*. México: Instituto Mora.
- CHARTIER, ROGER. 1996. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 1999. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 2003 [1991]. *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa. [Especialmente el capítulo: "Los libros, ¿hacen revoluciones?". p. 81-106].
- CHARTIER, ROGER. 2006. *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires: Katz.
- CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS. 1989. *La Ilustración en el Río de la Plata: cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*. Buenos Aires: Puntosur Editores.
- CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS. 2004. *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en los tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana.
- CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS. 2007 [1997]. *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Emecé.
- DARNTON, ROBERT. 1993. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.

- DARNTON, ROBERT. 1998 [1984]. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, ROBERT. 2003. *El coloquio de los lectores*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, ROBERT. 2006. [1979]. *El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México: Fondo de Cultura Económica; Librería.
- DENZIN, NORMAN K. E YVONNA S. LINCOLN, eds. 2000. *Handbook of Qualitative Research*. 2nd. ed. Thousand Oaks: Sage Publications.
- DEVOTO, FERNANDO Y MARTA MADERO, dirs. 1999. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus. 3 v.
- DÍAZ, JORGE Y GUSTAVO MÍGUEZ. 2011. El *Libro de Donaciones* de la Biblioteca Nacional Argentina. En *La Biblioteca*. No. 11, 516-527.
- Documentos para la Historia Argentina: tomo XVIII. Cultura. La enseñanza durante la época colonial (1771-1810)*. 1924. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas. Fuente citada en: Archivo General de la Nación. Gobierno Colonial. Temporalidades de Santa Fe. Legajo 1, expediente No. 15.
- EISENSTEIN, ELIZABETH L. 1994 [1983]. *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal.
- ELIAS, NORBERT. 1987. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: F.C.E.
- FEYERABEND, PAUL. 1986. *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- FINÓ, J. FRÉDÉRIC Y LUIS A. HOURCADE. 1952. Evolución de la Bibliotecología en la Argentina: 1757-1952. En *Universidad*, Santa Fe. No. 25, 265-301.
- FOUCAULT, MICHEL. 1987. *El orden del discurso*. 3a. ed. Madrid: Tusquets.
- FOUCAULT, MICHEL. 1998 [1966]. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las Ciencias Humanas*. México: Siglo XXI.
- FRIGERIO, JOSÉ OSCAR. 1986. Chorroarín, el fundador de la Biblioteca Nacional. En *Historia*. Año 6, no. 23, 75-99.
- FRISBY, DAVID. 1992. *Fragmentos de la modernidad: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid: Visor.

- FURLONG, GUILLERMO. 1944. *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*. Buenos Aires: Huarpes.
- FURLONG, GUILLERMO. 1968. En defensa de Luis José Chorroarín. En *Archivum*. Vol. 10, 49-62.
- Gaceta de Buenos Aires [Gazeta de Buenos Ayres] (1810-1821)*: reimpresión facsimilar. 1910. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana. Vol. 1. p. 384-386.
- GADAMER, HANS-GEORG. 1984. *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. 3a. ed. Salamanca: Sígueme.
- GADAMER, HANS-GEORG. 1993. *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- GARAVAGLIA, JUAN C. 1999. *Poder, conflicto y relaciones sociales: el Río de la Plata, XVIII-XIX*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- GARCÍA DE LOYDI, LUDOVICO. 1972. Cuándo y por quién fue fundada jurídicamente la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En *Investigaciones y ensayos*. No. 12, 557-570.
- GARCÍA DE LOYDI, LUDOVICO. 1973. *Una luz en la Manzana de las Luces: Chorroarín*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Cultura.
- GEERTZ, CLIFFORD. 1990. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GINZBURG, CARLO. 1999 [1976]. *El queso y los gusanos*. 3a. ed. Barcelona: Muchnik.
- GINZBURG, CARLO. 2003. [1989]. *Historia nocturna: las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Península.
- GOLDMAN, NOEMÍ Y N. SOUTO. 1997. De los usos a los conceptos de 'nación' y la formación del espacio político en el Río de la Plata (1810-1827). En *Secuencia*. N. ép., no. 37, 35-56.
- GOLDMAN, NOEMÍ, dir. 1998. *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GOLDMAN, NOEMÍ. 1988. *El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno*. Buenos Aires: Hachette.
- GOLDMAN, NOEMÍ. 1992. *Historia y lenguaje: los discursos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- GOMBRICH, ERNST H. 2004. [1969]. *Breve historia de la cultura*. Barcelona: Península.
- GONZÁLEZ, HORACIO. 2010. *Historia de la Biblioteca Nacional: estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- GRAFTON, ANTHONY. 1998. *Los orígenes trágicos de la erudición: breve tratado sobre la nota a pie de página*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GROUSSAC, PAUL. 1893. Prefacio. En *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores. Tomo primero. Ciencias y artes*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. p. V-XCIX. Otra edición: Groussac, Paul. 1967 [1893]. *Historia de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: [Biblioteca Nacional].
- GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER; ANNICK LEMPÉRIÈRE, et al. 1998. *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos; Fondo de Cultura Económica.
- GUHA, RANA HIT. 2002. *Las voces de la Historia: y otros estudios subalternos*. Prólogo de Joseph Fontana. Barcelona: Crítica.
- GUTIÉRREZ, LEANDRO H. Y LUIS ALBERTO ROMERO. 1995. *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HABERMAS, JÜRGEN. 1988. *La lógica de las Ciencias Sociales*. Madrid: Tecnos.
- HALPERIN DONGHI, TULLIO, comp. 1978. *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HALPERIN DONGHI, TULLIO. 1961. *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires: Eudeba.
- HALPERIN DONGHI, TULLIO. 1972. *Revolución y guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- HALPERIN DONGHI, TULLIO. 1985. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos: 1750-1850*. Madrid: Alianza.
- HELLER, ÁGNES. 2002 [1970]. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.

- HOBERMAN, LOUISA SCHELL Y SUSAN MIDGEN SOCOLOW, comps. 1993. *Ciudades y sociedad en latinoamérica colonial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HUNT, LYNN AVERY, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press.
- Index librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu: Anno 1757*. Edición crítica, filológica y bibliográfica. 2005. Estudio crítico: Alfredo Fraschini. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- JAUSS, HANS ROBERT. 1992. *Experiencia estética y hermenéutica literaria: ensayos en el campo de la experiencia estética*. 2a. ed. corr. y aum. Madrid: Taurus.
- LE GOFF, JACQUES Y P. NORA, comps. 1978-80. [1974]. *Hacer la Historia*. Barcelona: Laia. 3 v.
- LE GOFF, JACQUES. 1995 [1977]. *Pensar la Historia*. Barcelona: Altaya.
- LETTIERI, ALBERTO. 1999. *La República de la Opinión: política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Buenos Aires: Biblos.
- LEVENE, RICARDO. 1938. *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- LEVENE, RICARDO. 1950. Fundación de una biblioteca pública en el convento de la Merced de Buenos Aires, durante la época hispánica, en 1794. En *Humanidades*. Tomo 32, 27-51.
- LEVI, GIOVANNI. 1990. *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*. Madrid: Nerea.
- LEVI, GIOVANNI. 1993. Sobre microhistoria. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 119-143.
- LUCERO, AMADOR L. 1910. *Nuestras bibliotecas desde 1810*. Buenos Aires: Coni.
- MAEDER, ERNESTO J. A. 2001. Libros, bibliotecas, control de lecturas e imprentas rioplatenses en los siglos XVI al XVIII. En *Teología*. No. 1, 5-24.
- MAGGIO RAMÍREZ, MATÍAS. 2007. Un puro vegetal: representaciones de la lectura en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*

- (1802-1807). En Brunetti, Paulina; Matías Maggio Ramírez y María del Carmen Grillo. *Ensayos sobre la prensa. Primer concurso de investigación en periódicos argentinos en homenaje al Prof. Jorge B. Rivera*. p. 205-292
- MANDROU, ROBERT. 1964 [reed. 1975]. *De la culture populaire aux 17e. et 18e. siècles: la Bibliothèque Bleue de Troyes*. Paris: Stock.
- MANZO, ANA INÉS. 1960. Un bibliotecario prócer. En *Revista de Educación*. Nueva serie. Año 5, no. 5-6, 44-52.
- MANZO, ANA INÉS. 1961. Mayo y los orígenes de la Biblioteca Nacional. En *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. p. 161-185.
- MARTÍNEZ GRAMUGLIA, PABLO. 2010. A la búsqueda de lectores: *El Telégrafo Mercantil*. En *Question*. Vol. 1, no. 27 <<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/viewArticle/1000>> [Consulta: marzo 2012].
- MARTÍNEZ ZUVIRÍA, GUSTAVO. 1938. El verdadero fundador de la Biblioteca Nacional. En *Estudios*. Año 28, t. 59, no. 323, 419-442.
- McKENZIE, D. F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.
- MERLO, JUAN CARLOS. 1993-1994. Historia de la Biblioteca Nacional. En *Biblioteca*. Año 1, no. 1, 56-59; año 1, no. 2, 72-57; año 1, no. 3, 76-80 y año 1, no. 4, 74-77.
- MORENO, MARIANO. 1896. *Escritos de Mariano Moreno*. Prólogo de Norberto Piñero. Buenos Aires: Ateneo.
- ONG, WALTER J. 1993 [1982]. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PALCOS, ALBERTO. 1936. La cultura pública y los comienzos de la Biblioteca Nacional. En su *La visión de Rivadavia: ensayo sobre Rivadavia y su época hasta la caída del Triunvirato*. Buenos Aires: El Ateneo. p. 208-212.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2002. *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: 1779-1812*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; Errejotapé.

- PARADA, ALEJANDRO E. 2003-04. Gestión, vida cotidiana y prácticas bibliotecarias en la Biblioteca Pública de Buenos Aires: un estudio a partir de las “razones de gastos” de 1824 y 1826. En *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita*. No. 3-4, 225-257.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2006. Prácticas y representaciones bibliotecarias en la Biblioteca Pública de Buenos Aires: una lectura del libro de “cargo y data” (1810-1818). En *Información, cultura y sociedad*. No. 14, 29-56.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PEIRE, JAIME. 2008. Leer la revolución de Mayo: bibliotecas tardocoloniales en el Río de la Plata. En *Eadem Utraque Europa*. Año 4, no. 6, 109-155.
- PETRUCCI, ARMANDO. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- PETRUCCI, ARMANDO. 2003. *La ciencia de la escritura: primera lección paleográfica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PIAGGIO, AGUSTÍN. 1912. El clero y la Biblioteca Pública. En *su Influencia del clero en la Independencia Argentina (1810-1820)*. Barcelona: Gili. p. 175-198.
- [*Primeras donaciones de libros en la Biblioteca Pública de Buenos Aires: legados de particulares*]. 1944. En *Revista de la Biblioteca Nacional*. Vol. 10, no. 30, 493-504; vol. 11, no. 32, 495-503; etcétera.
- RICOEUR, PAUL. 1999. *Historia y narrativa*. Barcelona: Paidós; I. C. E. Univ. Autónoma de Barcelona.
- RÍPODAS ARDANAZ, DAISY. 1982. *El obispo Azamor y Ramírez: tradición cristiana y modernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- RÍPODAS ARDANAZ, DAISY. 1994. *La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez: 1788-1796*. Buenos Aires: PRHISCO-CONICET.
- RÍPODAS ARDANAZ, DAISY. 1999. Libros, bibliotecas y lecturas. En Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina: 3. Período español (1600-1810)*. Buenos Aires: Planeta. p. 247-279.

- ROJAS, LEONIDAS. 1938. Mariano Moreno y *La parábola de Natham*. En *La Prensa*. Buenos Aires, 17 de julio.
- ROLDÁN, DARÍO. 2003. La cuestión de la representación en el origen de la política moderna: una perspectiva comparada (1770-1830). En Sabato, Hilda y Alberto Lettieri, comps. *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 25-43.
- ROMERO, JOSÉ LUIS. 1976. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- ROSAS VON RITTERSTEIN, RAÚL GUILLERMO. 2010. El canónigo Luis José de Chorroarín y la Biblioteca Nacional Argentina. <<http://www.euskonews.com/0538zbk/kosmo53801es.html>> [Consulta: julio 2011].
- ROTTJER, ANÍBAL O. 1960. ¿Quién fundó la Biblioteca Nacional? En *Esquiú*. Noviembre.
- SABATO, HILDA Y ALBERTO LETTIERI, comps. 2003. *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SABOR RIERA, MARÍA ÁNGELES. 1974-1975. La Biblioteca Pública de Buenos Aires. En su *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria, Dirección de Bibliotecas. Vol. 1. p. 26-50.
- SALAS, HORACIO. 1997. De libros y bibliotecas. En *Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: M. Zago. p. 27-87.
- SANGUINETTI, MANUEL JUAN. 1951. *Chorroarín: el prócer olvidado*. Buenos Aires: Stella.
- SARMIENTO, NICANOR. 1930. *Historia del libro y de las bibliotecas argentinas*. Buenos Aires: Impr. L. Veggia.
- SCHVARTZMAN, JULIO, dir. 2003. *La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emecé.
- SHARPE, JIM. 1993. Historia desde abajo. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 38-58.

- SHERA, JESSE H. 1965. *Foundations of the Public Library: the Origins of Public Library Movement in New England, 1629-1855*. Chicago: The Shoe String Press.
- SIERRA, VICENTE D. 1939. *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio crítico del libro del mismo título del Dr. Ricardo Levene*. Buenos Aires: [El autor].
- SIMMEL, GEORG. 2002. Sobre la filosofía de la cultura. En su *Sobre la aventura: ensayos filosóficos*. Epílogo de Jürgen Habermas. Barcelona: Península. p. 317-422.
- TERNAVASIO, MARCELA. 2007. *Gobernar la Revolución: poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- TORRE REVELLO, JOSÉ. 1943. Biblioteca Nacional de la República Argentina. En *Revista de la Asociación Cultural de Bibliotécnicos*. Año 2, no. 5, 9-24. [Originalmente este trabajo se publicó en 1938, en la *Revista de Historia de América*, México. Año 1, no. 2, 69-92].
- [TRELLES, MANUEL RICARDO]. 1879. La Biblioteca de Buenos Aires. En *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Tomo. 1, 458-510.
- TRENTI ROCAMORA, JOSÉ LUIS. 1997. El negro de la Biblioteca. En *Nuestras Letras: publicación independiente sobre la Biblioteca Nacional*". No. 1. [También en: Trenti Rocamora, José Luis. 2000. *Qué hacer con mi libro*. 5a. ed. Buenos Aires: Dunken. p. 69-73].
- TRENTI ROCAMORA, JOSÉ LUIS. 1998. Primeros libros comprados por la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. En *Revista Argentina de Bibliotecología*. Vol. 1, 57-64.
- VILARDI, JULIÁN A. 1939. *La Manzana de las Luces y el Colegio Nacional de Buenos Aires*. Buenos Aires: Academia Literaria del Plata.
- WARNING, RAINER, ed. 1989. *Estética de la recepción*. Madrid: Visor.
- ZURETTI, JUAN CARLOS. 1960. Fundación de la Biblioteca Pública y acción de presbítero Chorroarín. En *Archivum*. Tomo 4, no. 1, 87-105.

5 • *La Revolución, el bicentenario y la Biblioteca Pública*

La construcción de los lectores de hoy
por la Revolución de Mayo

LA CONMEMORACIÓN DEL bicentenario de la Revolución de Mayo constituye un acontecimiento inmejorable y necesario para realizar un balance sobre las funciones de la Biblioteca Pública en la Argentina y en América Latina. Sobre todo, a partir de un hecho que no escapa a ningún bibliotecario, ya que el primer acto de índole cultural que lleva a cabo la Junta revolucionaria es, justamente, la fundación de una Biblioteca Pública, por intermedio de un artículo publicado en la *Gaceta de Buenos Aires* el 13 de septiembre de 1810, bajo el encabezamiento de “Educación” y cuya autoría se atribuye a Mariano Moreno, su primer “protector”.

Pero ante esta realidad se presenta una pregunta: ¿conocemos los bibliotecarios argentinos la envergadura y el aspecto trascendental de este hecho? Es habitual, siguiendo los mandatos de la historiografía política clásica y “rankeana”, que solo nos detengamos en mencionar dicho acontecimiento como una referencia factual, sin ahondar en sus profundas implicancias y consecuencias. Debemos, en este punto, encarar el problema de lleno y con franqueza. La creación de la Biblioteca Pública fue un suceso *político y revolucionario*, dos conceptos temidos y eludidos por los profesionales de hoy;

pues hemos sido formados, en forma contraria a nuestros inicios, en una especie de asepsia política. A tal punto que la imagen de un buen bibliotecario es aquella que lo representa como apolítico y alejado de todo tipo de cambio revolucionario.

Es oportuno detenernos un momento en este tópico para reflexionar sobre los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en 1810. En un estudio reciente señalábamos algunas de las características fundamentales en la inauguración de esa agencia social (Parada, 2009); asimismo, es oportuno resumir algunas ideas del ensayo anterior —“Biblioteca y Revolución”— con el objetivo de comprender la vigencia bibliotecaria en la construcción de los lectores a partir de la Revolución de Mayo. Resulta excesivo, en esta ocasión, plantear en detalle esas particularidades. No obstante, en este aspecto subyace el tema central del presente texto y que, específicamente, se puede enfocar en la pregunta siguiente: ¿existe un vínculo o una relación, enmarcada en un proceso histórico de larga duración, entre los objetivos de la Biblioteca Pública gestada por la Junta de Mayo y la actual, luego de una instancia pautada por el transcurrir de doscientos años? En fin, y ya con una intencionalidad más ambiciosa, ¿puede aportarnos un nuevo horizonte de pensamiento crítico una biblioteca fundada hace dos siglos?

Una vez planteada la materia, ¿qué podemos rescatar de los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, que no fuera el relato habitual y fáctico que de ella conocemos? Es decir, ¿qué encontramos detrás de la rugosidad de los hechos y qué nos aporta esa rugosidad oculta? Son muchas, indudablemente, las nuevas articulaciones bibliotecarias que se evidencian durante la primera década de la Revolución

de Mayo. Pero podríamos resumirlas en tres manifestaciones insoslayables: el surgimiento de la biblioteca pública como un instrumento del Gobierno para la instrucción de los ciudadanos, la utilización de esta institución como un elemento político y revolucionario, y la participación de la ciudadanía en su gestación y desarrollo.

¿Qué significa la fundación de la biblioteca pública como un instrumento del gobierno? Significa que la instrumentación de esta agencia ya no pertenecía a la esfera religiosa o a la iniciativa de un particular, sino que pasaba a ser una empresa consustanciada con el acontecer gubernamental o, más específicamente en ese período histórico, con la noción de un protoestado que se hace cargo de su desarrollo. Hasta ese momento, la formación de bibliotecas con orientación pública había estado bajo el ala protectora de la Iglesia Católica, tal el caso de la malograda donación del obispo Manuel de Azamor y Ramírez al testar en 1796 con el objetivo de formar una “librería pública” en la Catedral de Buenos Aires. O bien, por la exitosa decisión de un particular, en 1794, don Facundo de Prieto y Pulido, al donar su biblioteca personal para fundar una colección de uso público y de carácter conventual en el Convento de la Merced. Este “giro gubernamental” constituye una característica innovadora y propia de la modernidad, pues, dejando de lado la palabra Estado, ya que es un concepto que aparecerá posteriormente en el siglo XIX, sienta las bases para que la Biblioteca Pública sea una entidad cuya responsabilidad es propia del Gobierno y de la planificación de sus artefactos culturales y educativos.

Pero el Gobierno, en ese contexto histórico específico, no solo pensaba a la Biblioteca Pública bajo su exclusiva dirección

para beneficio de los individuos en su formación “ilustrada”, como si fuera un mandato heredado del Iluminismo, sino que, además, existían otros fines: los objetivos políticos y revolucionarios. La biblioteca era un lugar propicio para ejercer y difundir los fines políticos de la Revolución. Mariano Moreno en la *Gaceta de Buenos Aires* y Manuel Belgrano en el *Correo de Comercio* habían señalado el poder del libro y de la educación como agentes para articular la instrucción del pueblo. En consecuencia, el desarrollo de un movimiento periodístico intelectual propició la aparición de un pensamiento ilustrado de carácter laico. Gracias a esta instancia, representada por criollos como Lavardén, Belgrano, Vieytes, Maziel, etc., y por españoles como Pedro Antonio Cerviño, Félix de Azara, y Francisco Antonio Cabello y Mesa, fue posible construir un modo alternativo de reflexionar sobre la realidad americana y rioplatense que formará parte del pensamiento de la elite criolla que llevó a cabo la Revolución de Mayo (Chiaromonte, 2007 y Peire, 2008). De modo que los gestos políticos y revolucionarios estaban en la cuna misma de nuestros inicios bibliotecarios. Sin duda, para esos hombres de comienzos del siglo XIX que participaron en las jornadas de Mayo, les sería absurda la idea de pensar una institución de este tipo fuera de las Ciencias Políticas, o extraña a un fenómeno de cambio revolucionario. El problema, pues, radica en estudiar en qué momento y bajo cuáles circunstancias los bibliotecarios argentinos decidimos dejar fuera de nuestras bibliotecas al universo que vincula a esas agencias con las redes ideológicas. Es una historia pendiente y que, necesariamente, algún profesional debería investigar en un futuro no muy lejano.

Restan dos aspectos fundamentales relacionados con la Biblioteca Pública creada por la Revolución. En primer término, y acaso su lección más trascendental, la participación decisiva de la ciudadanía en su apertura en marzo de 1812. Todos sabemos que la Junta debió recurrir a todos los recursos para formar su acervo bibliográfico; medios y actitudes propios de un período de agitación revolucionaria. No obstante, las donaciones de libros y la entrega de dinero por particulares para la adquisición de obras fueron uno de los acontecimientos más trascendentales de su gestación. Resulta conmovedor seguir estos legados a través de la prensa periódica de la época. Nos referimos a un conjunto de ciudadanos que no esperaron que la Junta hiciera todo por su propia iniciativa. Por el contrario, nos encontramos ante individuos conscientes de que la legación de su representación en el Gobierno no implicaba renunciar a sus actividades políticas, culturales y revolucionarias. La apertura de la Biblioteca Pública debe verse en la rica imbricación de estas dos fuerzas: los intereses del Gobierno y las necesidades de autorepresentación de los ciudadanos. Esta nueva imagen de la Biblioteca Pública “desde abajo hacia arriba”, hacia las autoridades, nos manifiesta que su inauguración constituye el primer proceso de índole popular en la construcción de una agencia cultural.

Hemos observado, en un breve panorama, ya parcialmente escrito en el ensayo anterior, sobre la existencia de ciertas ideas relacionadas con la inauguración de la Biblioteca Pública de Buenos Aires que han sido ajenas a la mayoría de los bibliotecarios del siglo xx en nuestro país. Ideas que comenzaron con la Revolución de Mayo y que, luego, fueron

dejadas a un lado por múltiples razones que no vienen al caso, pero que se encuentran estrictamente vinculadas con la decadencia y el vaciamiento de las ideologías que proponen las estructuras globales de los tiempos modernos (Fukuyama, 1992). Estos conceptos nos manifiestan, al menos en nuestro territorio, que esa agencia nació imbuida de ideas políticas, revolucionarias y con una notable participación de la ciudadanía. De modo que el eje fundacional de la Biblioteca Pública en el contexto de las revoluciones por la Independencia, se fundamentó en una tríada conceptual indisoluble: accionar político, pensamiento revolucionario, y movilización de los ciudadanos.

Al comienzo de la presente exposición habíamos hecho algunas preguntas de carácter trascendental para abordar esta temática. Dentro de un amplio marco de reflexiones nos interesa, en particular, establecer en qué medida nuestra concepción actual sobre la Biblioteca Pública se puede enriquecer a partir de los orígenes de esa agencia en la Argentina. En especial, aunque parezca extraño pero no imposible, construir un pequeño horizonte teórico que sea una continuación de esos inicios y que, en definitiva, contribuya a incrementar nuestro conocimiento crítico del pensamiento bibliotecario. En cierta forma, gracias a esos olvidados orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, casi como telón de fondo del último acto del antiguo Virreinato del Río de la Plata, podemos representarnos las dimensiones teóricas de lo que debería ser una Biblioteca Pública en nuestro país y, por extensión, en América Latina, en las primeras dos décadas del siglo XXI. No nos privemos en el bicentenario que estamos festejando, de este salto algo audaz pero no irresponsable ni

fuera de lugar, de visitar a una de las más nobles y democráticas de las instituciones bibliotecarias. Es fundamental, desde el hoy que apremia, ligar en una sola urdimbre su destino de ayer con nuestro acontecer.

En primer término, como todo artefacto cultural construido por la complejidad creadora del hombre, la Biblioteca Pública carece de una definición única y final. Ni siquiera sabemos si es una agencia, una institución, una entidad, un establecimiento, un edificio estatal, etcétera. Este problema, la definición ontológica de la Biblioteca Pública (Rendón Rojas, 1997), es un asunto discursivo, algo propio de la elaboración del lenguaje en su articulación con los elementos de la civilización impresa y electrónica. Aunque parezca una limitación, ese desajuste en la identidad terminológica, construye la “indefinibilidad misteriosa” de un proceso plural y distinto. En su último y más secreto núcleo se apela a la ambivalencia para señalar, no una limitación léxica, sino el acto donde deben conjugarse la *pluralidad* y la *diversidad*. Si la Biblioteca Pública tuviera una definición taxativa, ya no sería una Biblioteca Pública. Lo ambivalente y el no forzar un “pensamiento lineal” sobre ella es, entonces, el aspecto distintivo e inefable que le da su propia razón de ser. Estas nociones de pluralidad y diversidad eran inmanentes a los ideales de Mayo. Su creación por parte de la Junta se sustentaba en un imaginario de inclusión, donde la variedad de los libros significaba la orquestación de pensamientos contrarios, de criterios reflexivos basados en la ambivalencia y no en las verdades reveladas.

En segunda instancia, es imprescindible abordar el recorrido histórico de aquello que entendemos por Biblioteca

Pública. Ya en 1966, Josefa E. Sabor había reparado en la imperiosa necesidad de revisar el “concepto y las funciones” de nuestras bibliotecas (Sabor, 1966). Sin embargo, la propia Revolución al crear esta entidad, cambió y reformuló dichos “conceptos y funciones”. A modo de ejemplo ilustrativo, a pocos meses de su inauguración, el Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda (1812), escribió la *Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca de esta Capital*, uno de los primeros artículos de Bibliotecología en nuestro continente. En este trabajo, acuñó la expresión siguiente: “América con la biblioteca”. Una concepción avanzada a tal grado que le era imposible imaginar un nuevo continente sin bibliotecas de este tipo, uno de los ideales de todos los revolucionarios americanos de esa época. Por lo tanto, la mutación de los intereses y objetivos de esta institución, en aras de adaptarse a las nuevas realidades, que hoy implica a la naturaleza electrónica entre otras cosas, estaba diseñada en la estructura funcional de nuestra primera biblioteca comunitaria.

Por otra parte, debemos admitir, como lo sostiene John M. Budd (2004) que, inequívocamente, es un mito la famosa neutralidad del bibliotecario y, por extensión, de las bibliotecas en su accionar de servicio desinteresado. En ellas subyacen las posiciones ideológicas, los lineamientos sociales, los perfiles económicos. El pensamiento de un universo social (las bibliotecas lo son) como ausente de las Ciencias Políticas es, sencillamente, equívoco y, por añadidura, un aliento solapado para no-pensar, ya que en este encuadramiento se torna indispensable sentar las bases de una “bibliotecología política” (Meneses Tello, 2008). En sí, constituye la invitación más pobre para minimizar la capacidad crítica que nutre a esas

instituciones¹. ¿La Biblioteca Pública, entonces, requiere de un pensamiento ideológico? También, aunque motive críticas, esto es una falacia, pues la Biblioteca Pública en sí misma constituye una representación ideológica de los artefactos culturales.

Las bibliotecas públicas son sistemas complejos donde su propia dinámica sistémica (Molina Campos, 1995), en ciertas ocasiones visibles y en otras solapadas, las convierten en entidades factibles y concretas que, en una expresión acuñada por Margaret Egan y Jesse W. Shera (1952), pueden articularse desde la “epistemología social”. Es decir, “como el componente integral de un sistema de producción, distribución, y de utilización intelectual de productos” (Egan y Shera, 1952: 133-134), en un feraz intercambio entre lo individual y lo colectivo. Esta conceptualización determinada por la dialéctica entre el conocimiento del individuo y el grupal (sin incursionar en la peculiaridad filosófica del saber como algo real y verdadero) tiende a resolverse o, mejor, a desarrollarse, en el área sociológica (Shera, 1970). De modo tal que el cosmos de la Biblioteca Pública, debido a su heterogeneidad de fuentes teóricas y de prácticas de cultura, es polimórfico, ubicuo y orquestal, algo más próximo a un ser biológico que a la quietud burocrática de una “institución” y, por ello, con la

¹ Otras muestras de estos recientes enfoques alrededor de “lo político”, en relación con la Bibliotecología, son las siguientes publicaciones: *Progressive Librarian* <<http://libr.org/pl/>>; *Política y Biblioteca* <<http://www.politica-y-biblioteca.com.ar/>>; etc. En ocasiones, incluso se plantea la posibilidad de que el bibliotecario público sea un agente activo en la formación de lectores para el cambio social. La presencia de las nuevas tendencias también se ha materializado en jornadas o congresos específicos: “Primer Foro Social de Información, Documentación y Bibliotecas: Programas de acción alternativa desde Latinoamérica para la sociedad del conocimiento (Buenos Aires, 26, 27 y 28 de agosto de 2004)”.

facultad de generar una mutación social constante en la vida diaria (Heller, 2002 [1970]). En sentido lato, esta moderna mirada bibliotecaria también estaba presente en la Biblioteca Pública de Buenos Aires, ya que los bibliotecarios poseían una intencionalidad política y, en definitiva, ya era un universo sistémico con una intencionalidad sociológica.

Sin embargo, las bibliotecas —y la creada en 1810 no es una excepción— tienen un objetivo pocas veces declarado: el destino inexorable de ayudar a la felicidad humana. Nos referimos a ese mandato axiológico que dota de dicha a la vida de los seres humanos. La finalidad de estas instituciones, aunque pueda parecer algo ajeno al capitalismo pragmático y globalizador, es generar un *horizonte de utopía*, de dimensión sagrada por todo aquello que dignifica a los hombres en sus producciones y recreaciones lectoras. El mandato, pues, que heredamos hace doscientos años, permanece incólume: una biblioteca pública es un lugar de festejo, es un *locus* existencial que hace a lo gozoso y al placer de ser otros y mejores por intermedio del acto de leer.

También debemos recordar que la Biblioteca Pública y, por ende, sus usuarios, están vinculados a la esfera de las representaciones culturales (Chartier, 1999), tanto manuscritas, impresas como virtuales. Pero esta configuración antropológica del mundo no se basa (Geertz, 1990), con exclusividad, en el cuerpo material de los registros. Se fundamenta, además, en los dispositivos que hacen a su puesta en realidad, esto es, a la imagen “subjetivizada” que tenemos de ellos. Estos dispositivos se resuelven en un concepto casi teatral, ya que el armado y la presentación de los artefactos producidos por la cultura, en última instancia, constituyen una escenificación

de la sociedad. La Biblioteca Pública, en este marco, sería la reproducción especular del contexto social de esa realidad que le da sustento, pero también su contraimagen, ya que en ella depositamos las exigencias de nuestros deseos de lo que debería ser y no es. Esta aparente contradicción (deseos incumplidos y realidades yuxtapuestas) hacen de la Biblioteca Pública el escenario del mundo. En ella el tiempo cambia de curso y se transforma en otra dimensión, en un sitio donde se conjuga el pasado, el presente y el futuro en un solo cauce tumultuoso y continuo. La mezcla temporal hace y condiciona a esta entidad de todos y le brinda su inteligibilidad a los discursos textuales. En estos párrafos debemos detenernos, para luego meditar un hecho puntual: ¿acaso la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires no fue una escenificación de la Revolución?; y en esa dramaturgia, ¿acaso no estaban palpitando las distintas imágenes y representaciones que cada individuo, en forma subjetiva, poseía de lo que era y debería ser una biblioteca? Nos referimos, específicamente, a los integrantes de la Junta y a los ciudadanos que donaron libros y bienes pecuniarios. Las bibliotecas exigen de nosotros un proceso de adentrarse desde lo emocional, para así achicar las distancias con el mundo.

Hay concepciones inmutables que no deben cambiar, ya que su cambio implica una traición. Nuestra primera agencia de uso público de los libros no fue una firma comercial cuyas ganancias debían ser contantes y sonantes. La Biblioteca Pública no es un negocio ni una empresa de gestión mercantil: es una entidad que, como hemos visto, mora en sí, y su virtud se enlaza con el pensamiento filosófico. Lo sustancial, aquello que hace de ella algo noble que merece ser vivido, constituye,

precisamente, su falta de utilidad. Si hay algo por lo cual un bibliotecario debe luchar es por esta mera existencia de la biblioteca en sí misma. Por supuesto, esta ausencia de empleo pragmático es una ironía metafórica, ya que la carencia instrumental es el vacío necesario para albergar a la totalidad del conocimiento. Las bibliotecas públicas, en ese trascender de constante superación, como el conjunto de todos los tipos de bibliotecas, deben alentar el *crecimiento incondicional y rebelde del conocimiento*.

Retomando un conocido lema de Borges, la Biblioteca Pública es en esencia “un aleph”: en ella, como hemos visto, todo concurre y discurre, todo sucede y se multiplica hasta la infinitud; en ella el universo queda pequeño dentro de los espejos que lo transforman, a la vez, en otros sinnúmeros mundos. No obstante, en el momento de limitar racionalmente esta alegoría de la exuberante presencia de los productos textuales, es fundamental retomar el concepto de la “génesis de los hechos científicos” para circunscribir la atmósfera de esta entidad. Nada mejor que recurrir a la hipótesis inaugural, que además influyó en Thomas S. Kuhn (1996 [1962]), sobre el “colectivo de pensamiento” planteado por Ludwik Fleck e intentar su traslado a la Biblioteca Pública y, de este modo, identificar el “estilo de pensamiento” que configura y le da su sustancia propia a esa institución. Y nuevamente se presenta ese lazo invisible que une a nuestras bibliotecas en el bicentenario. Ya que los aportes de Fleck nos permitirían, entre otras cosas, estudiar las formas de transmisión “del estilo de pensamiento” que ha hecho de la Biblioteca Pública en la Argentina lo que es en la actualidad, donde la perspectiva

(nuevamente) histórica y sociológica aún tienen mucho que decir (Fleck, 1986).

La Biblioteca Pública no solo se vincula con lo fenomenológico y lo epistemológico; en esta entidad también se precipita y manifiesta el afán de dominio en todas sus formas. Nos referimos al ejercicio taxativo de detentar la toma de decisiones a través de la escritura en su íntima relación con el poder (Martin, 1999). Esta imbricación, entre el alfabetismo creciente (y a la vez decreciente) y la sociedad (Petrucchi, 1999), plantea el tan mentado asunto de la delegación del mando de los ciudadanos a los gobernantes. Y aquí se presenta una nueva pregunta cuya resolución aún es una incógnita: ¿quiénes deben dirigir las bibliotecas públicas, en América Latina y en nuestro país, las autoridades políticas (emanadas del circuito gubernamental) o las personas? O dicho de otro modo: ¿se debe impulsar a aquellos que responden a una centralización del Estado o, caso contrario, alentar las autarquías de las colectividades ciudadanas? En este caso, quienes duden que en el epicentro de estas agencias se halla una de las formas inequívocas de ejercer el poder, no tienen más que leer las cartas e instrucciones que le remitió la Junta de Mayo al presbítero Luis José Chorroarín cuando estaba encargado de organizar la biblioteca (Levene, 1938) o incursionar, también, en la lectura del *Reglamento provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la Capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata* (1812), donde las relaciones entre los bibliotecarios, los dependientes y los “concurrentes” (lectores) se encuentran fuertemente ceñidas por vínculos de dominio en el momento de establecer las

ordenanzas de cómo los usuarios deben apropiarse de los textos (Parada, 2009: 158-187).

Pero el devenir de la Biblioteca Pública posee otros destinos imponderables que no alcanzan con lo expuesto hasta este momento. El notable poeta y bibliotecario Roberto Juarroz sostenía que es necesario ir “con toda la información, más allá de la información” (1978: 1-6). Estas palabras deben extenderse a nuestro objeto de estudio, pues es fundamental “ir con la Biblioteca Pública, más allá de la Biblioteca Pública”.

¿Qué quiere decir esta frase? Expresa el deseo explícito de que no hay otra realidad más que arriesgarse “a pensar lo impensado” (Foucault, 1998: 318). Esto es, que en el ámbito de la Biblioteca Pública, en la Argentina y en América Latina, hay mucho todavía por hacer y que lo impensado puede ser la piedra de toque para cambiar lo ya pensado. Por ejemplo, ¿qué sucedería si nos aventuramos a reflexionar, sumergidos en un universo paralelo, en una Biblioteca Pública todavía no-pensada? Probablemente podríamos hacernos una imagen de ella desde otra estructura del entendimiento, no fundada en la antinomia entre lo verdadero y lo falso. Quizá, los elementos finales a tener en cuenta, ya en el límite fundacional de esta institución, son las categorías del pensamiento dadas por *el sentido y el valor* (Deleuze, 1998). Un pensamiento no centrado en la verdad a secas, sino en las tumultuosas y, las más de las veces, contradictorias fuerzas que conquistan el sitio donde se despliega la información y la facultad de conocer. Entonces la frase de Juarroz significa también que los bibliotecarios inmersos en nuestras bibliotecas públicas debemos hacer lo imposible por pensar, pero por “pensar de otro modo”. En este rumbo, tampoco sería ocioso

el planteo de esbozar a esta institución como un umbral o un instrumento hermenéutico de la Verdad para acceder a la plenitud de la experiencia estética, en su carácter no de objeto sino de acontecimiento ontológico (Gadamer, 1984).

A lo largo de la exposición se ha tratado de evocar los elementos teóricos presentes en la Biblioteca Pública de Buenos Aires y que, a veces en una forma difusa y otras en forma rotunda, perduran en aquello que hoy entendemos como una institución de este tipo; lo que más sorprende es su entrañable vigencia y el matiz de modernidad que, desde el punto de vista bibliotecario, la abraza con sus pares del siglo XXI. Quizás el problema principal subyace en la falta de comprensión que hemos tenido para identificar estas sutiles y evanescentes correspondencias. Al fin y al cabo, todo lo que deseamos ver en nuestras bibliotecas públicas (muchas trabajan con ahínco por su concreción, sobre todo en el interior de nuestro país), y que ya hemos señalado, está latente en ellas, tales como los lugares de la pluralidad y la diversidad, de fomento de la educación, de debate ideológico, de actividad ciudadana, de epistemología y antropología social, de horizontes de utopía, de representaciones culturales tanto individuales como colectivas, de subjetivación atemporal y emocional de los lectores, de centros indiscutibles de poder, de formas de vida para llegar a la felicidad e intentar lo impensado, entre muchos otros tópicos.

Los principios bibliotecarios de la Revolución de Mayo se agrupan en una tríada fuertemente articulada: *pensamiento revolucionario, manifestación política e intervención ciudadana*. Tres concepciones que hicieron de nuestra Bibliotecología incipiente algo único y, tal vez, irrepetible. Eran presupuestos

que iban en pos de la construcción de los lectores desde otros ámbitos: en el epicentro mismo de la libertad lectora y la turbulencia ideológica de los cambios que se avecinaban. La encrucijada en la cual nos hallamos consiste en dirimir si se los retoma y se los transforma en los principios rectores del quehacer bibliotecario contemporáneo. Si así acontece, existe la posibilidad de encontrarnos ante los umbrales de un nuevo impulso revolucionario. No es necesario engañarse ni ocultar los astros debajo de las piedras: la Biblioteca Pública fundada por la Junta en 1810 vive y alienta en los estantes públicos. Pero el poder de su resurrección, en definitiva, depende de la decisión de abolir los doscientos años que de ella nos separan y de ir hacia su encuentro.

• Referencias bibliográficas

- AGUIRRE Y TEJEDA, JUAN LUIS DE. 1812. "Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta Capital". Este artículo se publicó en *El Grito del Sud*, en las entregas siguientes: No. 7, martes 25 de agosto de 1812, p. 54-56; No. 8, martes 1º de septiembre de 1812, p. 57-61; No. 9, martes 8 de septiembre de 1812, p. 65-68; y No. 10, martes 15 de septiembre de 1812, p. 73-76.
- BUDD, JOHN M. 2004. Academic Libraries and Knowledge: A Social Epistemology Framework. En *The Journal of Academic Librarianship*. Vol. 30, no. 5, 361-367.

- CHARTIER, ROGER. 1999. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS. 2007 [1997]. *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Emecé.
- DELEUZE, GILLES. 1998. *Nietzsche y la filosofía*. 5a. ed. Barcelona: Anagrama.
- EGAN, MARGARET E. Y JESSE H. SHERA. 1952. Foundations for a Theory of Bibliography. En *Library Quarterly*. Vol. 44, 125-137.
- FLECK, LUDWIK. 1986. *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- FOUCAULT, MICHEL. 1998. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. 26a. ed. México: Siglo Veintiuno Editores.
- FUKUYAMA, FRANCIS. 1992. *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press; Toronto: Maxwell Macmillan Canada; New York: Maxwell Macmillan International.
- GADAMER, HANS-GEORG. 1984. *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GEERTZ, CLIFFORD. 1990. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- HELLER, ÁGNES. 2002 [1970]. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- JUARROZ, ROBERTO. 1978. Prefacio. En Sabor, Josefa E. *Manual de fuentes de información*. 3a. ed. corr. y aumen. Buenos Aires: Ediciones Marymar.
- KUHN, THOMAS S. 1996 [1962] *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires, México: Fondo de Cultura Económica.
- LEVENE, RICARDO. 1938. *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- MARTIN, HENRI-JEAN. 1999. *Historia y poderes de lo escrito*. Gijón: Ediciones Trea.

- MENESES TELLO, FELIPE. 2008. Bibliotecas y democracia: el caso de la biblioteca pública en la construcción de una ciudadanía activa. En *Anales de Documentación*. No. 11, 93-127.
- MOLINA CAMPOS, ENRIQUE. 1995. *Teoría de la Biblioteconomía*. Edición póstuma a cargo de Rafael Olivares. Granada: Universidad de Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PEIRE, JAIME. 2008. Leer la Revolución de Mayo: Bibliotecas tardo-coloniales en el Río de la Plata. En *Eadem Utraque Europa*. Año 4, no. 6, 109-155.
- PETRUCCI, ARMANDO. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- RENDÓN ROJAS, MIGUEL ÁNGEL. 1997. *Bases teóricas y filosóficas de la Bibliotecología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- SABOR, JOSEFA E. 1966. Revisión del concepto de las funciones bibliotecarias en América Latina. En *Boletín de la Unesco para las Bibliotecas*. Vol. 20, no. 3, 116-125.
- SHERA, JESSE H. 1970. *Sociological Foundations of Librarianship*. New York: Asia Publishing House.

TERCERA PARTE



El secreto de los “reglamentos bibliotecarios”

6 • *En busca de los reglamentos perdidos*

• *Introducción*

LA CUESTIÓN DE los reglamentos bibliotecarios reviste una problemática de complejo discernimiento. Varios hechos disímiles y, sin duda, ambivalentes, pautan esta situación. En un primer momento, ya en la génesis de los procesos bibliotecológicos modernos, se ha estructurado una serie de normativas estrictamente taxativas y formales, cuya finalidad consiste en regular el uso de los materiales bibliográficos y los modos de relacionarse con los registros impresos en el ámbito de una biblioteca. La formalidad se afianza, hasta el día de hoy, en un conjunto de pautas que articulan un contrato social de funcionamiento legal, tanto interno como externo, en las prácticas que ejercen los bibliotecarios y los usuarios en el momento de apropiarse del universo textual.

En este contexto, los reglamentos son para los bibliotecarios estatutos contractuales que establecen los límites, o las reglas de juego, entre aquello que se puede hacer y lo que no se puede llevar a cabo en el ámbito bibliotecario. Conocer el reglamento y, por consiguiente, aplicarlo en la instancia oportuna, es un mandato profesional incuestionable. Estas normativas, en muchas ocasiones, se transforman en una especie de credo que no admite discusión alguna, salvo aquella que lleva a modificar o cambiar un reglamento por otro.

Pero en una segunda instancia, estos estatutos señalan otros aspectos. Dichas peculiaridades están dadas por la omisión. Lo que omite una normativa implica, también,

una toma de posición entre lo permitido y lo prohibido. Un aspecto clave en las ordenanzas lo constituye, entonces, su clamoroso silencio sobre algunos temas. Detectar “lo no dicho”, por intermedio de diferentes aproximaciones cualitativas o a través del método indiciario (Ginzburg, 2004), no es otra cosa que recuperar los discursos encubiertos de los individuos que organizaron una colección de libros para su empleo público.

El tercer elemento se centra en la necesidad de una relectura de los reglamentos, pues detrás de sus monótonas instrucciones burocráticas subyace la pregunta siguiente: ¿cómo y en qué condiciones se pensaban los servicios bibliotecarios en los distintos períodos históricos? Rastrear estos testimonios es incursionar en un proceso de larga duración acerca de las representaciones en las bibliotecas y, por añadidura, de los modelos de los lectores. Así, muchos de los artículos de estos documentos no hacen más que acentuar las diversas “construcciones del lector ideal”, en tanto instrumentaciones que intentan dar una respuesta a las necesidades de instrucción o recreación sociales.

Otra condición a tener en cuenta, en parte como un desprendimiento de lo anterior, se centra en el hecho de que los reglamentos son fuentes documentales de primera mano (Buckland, 1997). Esto significa que, gracias a ellos, es factible analizar el pensamiento bibliotecario retrospectivo en su ejercicio cotidiano y, por ende, reconstruir un relato de las prácticas bibliotecarias en el momento de implementar una Historia del Libro, de las Bibliotecas y de la Lectura en la Argentina. Gracias a esta propiedad estrictamente documental en el registro de los materiales culturales impresos,

las reglamentaciones se transforman en objetos de estudio de indudable valor. Su capacidad de “reducir la escala” para adentrarse en temas aún no tomados en cuenta por el historicismo clásico, los convierte en fuentes insoslayables para las investigaciones propias de la Microhistoria (Ginzburg, 2010 y Levi, 1996) y, específicamente, en el área de la Microhistoria bibliotecaria.

Antes de analizar algunas características “olvidadas” de los reglamentos en la historia y desarrollo de la Bibliotecología en la Argentina, es necesario reflexionar sobre ciertos aspectos teóricos de estos documentos; conceptos que, en sentido amplio, pueden revestir ciertas contradicciones para los bibliotecarios.

• *Aspectos teóricos*

¿Qué son los reglamentos? Dentro del ámbito jurídico el *Diccionario de la lengua española* establece la acepción siguiente: “colección ordenada de reglas o preceptos, que por la autoridad competente se da para la ejecución de una ley o para el régimen de una corporación, una dependencia o servicio” (RAE, 2001: 1311). Esta concepción, que tiene su origen en la teoría general del Estado y es propia tanto de la regulación de la Administración Pública como de la gestión privada, extiende su aplicación al universo de las bibliotecas. Domingo Buonocore afirma que el reglamento de una biblioteca es el “conjunto ordenado de reglas o preceptos que sanciona la autoridad competente de una biblioteca con el fin de regular sus servicios y los derechos y obligaciones de quienes concurren a la misma para utilizarlos” (Buonocore, 1976: 369).

Cabe rescatar, por otra parte, ya en un desarrollo de génesis lingüística y en un proceso histórico, la intencionalidad de índole castrense que presentaba en el siglo XVIII dicha expresión en el diccionario de “voces de ciencias y artes” de Esteban de Terreros y Pando: “orden prescrito por los superiores... en particular se dice *reglamento* de los que tienen los militares en orden á sus ejercicios y derechos” (1786-1793). Una concepción que nos interesa particularmente, pues varios reglamentos que han llegado hasta nosotros, en el marco de la historia de la profesión, fueron redactados a fines de esa centuria y durante el siglo XIX.

Pero al aproximarnos a estas disposiciones bibliotecarias se impone la urgencia de su relectura. Detrás de la articulación de las ordenanzas hay otros discursos que es oportuno tener en cuenta. Los reglamentos no solo establecen el contexto legal y necesario para una convivencia racional entre los libros, en tanto artefactos culturales, y los usos que hacen de ellos los bibliotecarios y los lectores sino que, además, constituyen una *representación del tiempo bibliotecario en una época determinada*. Al confeccionar un reglamento se traslada a la escritura el inventario de ideas y de prácticas que se posee del uso de una biblioteca; esas representaciones ideales se materializan en “el deber ser” de una colección de libros y los modos de apropiarse de ella. El conjunto de reglas evoca “el lado formal” que vincula al lector con la lectura y no, precisamente, el informal. Los reglamentos, en esta instancia, se preocupan más por las formas impuestas a los usuarios que por el fenómeno de la lectura en su total albedrío. Cada artículo que involucra a una normativa es una “formalidad” (un encorsetamiento) de las apropiaciones del acto de leer.

¿Por qué sucede esta situación? Porque los espacios gregarios de manipulación pública requieren de normas para su funcionamiento. Pero estas normativas, en todos los casos y las bibliotecas no son una excepción, establecen un itinerario de restricciones.

El sociólogo Siegfried Kracauer, en el primer tercio del siglo xx, planteaba que las “discretas expresiones superficiales” de una sociedad nos permiten un análisis más profundo de la realidad (Kracauer, 2008 [1963]: 51). Al recurrir a su pensamiento, es posible tomar los reglamentos bibliotecarios como un paradigma de dichas expresiones superficiales. Por intermedio de su lectura se puede recuperar el mundo perdido de las relaciones bibliotecarias, en esa dialéctica, ya citada, entre lo que dicen taxativamente sus artículos y lo que omiten, sea consciente o inconscientemente. El corolario al cual podríamos arribar es el siguiente: los reglamentos poseen una formalidad retórica que los transforma en “ornamentos” cargados de significación solapada (Kracauer, 2008 [1963]).

Los reglamentos son un producto del ordenamiento que se llevó a cabo en la configuración del Estado moderno. A mediados del siglo xviii emergen, con un impulso ya irrefrenable, los espacios urbanos como centros de intercambio ciudadano (Habermas, 1988 y 2006). En esa época también se materializa un hecho de importantes consecuencias: la aparición de la lectura extensiva como complemento o superación de la intensiva (Darnton, 1996: 188-189). Esta “revolución de la lectura” (*leserevolution*) implicó el advenimiento de un nuevo público lector. Como consecuencia de ello, la tipología de las bibliotecas se enriqueció en proporciones

antes inimaginables. Aparecieron las bibliotecas de academias, las bibliotecas circulantes, las bibliotecas de los gabinetes de lectura y las bibliotecas particulares de los nuevos sectores sociales ascendentes, entre otras muchas. Poco a poco, en este contexto de secularización de los libros, la biblioteca pública hizo su arrolladora irrupción a lo largo del siglo XIX.

Los reglamentos bibliotecarios responden a la necesidad de disciplinar a los lectores en los espacios sociales de empleo comunitario, de igual forma que todas las legislaciones y estatutos administrativos relacionados con las gestiones de gobierno. Esto no implica la ausencia de reglamentos para las bibliotecas anteriores al siglo XVIII. Dichas ordenanzas, sin duda, existieron, pero su regulación sistemática, ante las masas lectoras, es un fenómeno que surge frente a la presión que estos grupos realizaron para apoderarse de los textos. El tema de la necesidad de los reglamentos no es un tópico menor en nuestra temprana literatura bibliotecológica del último tercio del siglo XIX: basta recorrer las páginas del *Boletín de las Bibliotecas Populares* para saber la importancia que las autoridades daban a dichas normativas (1872).

Pero no se debe olvidar que los reglamentos en su condición indubitable de controlar y organizar las reglas sociales de uso y convivencia social entre los libros y los ciudadanos, del punto de vista filosófico y epistemológico, pueden convertirse en elementos que limiten la accesibilidad a la cultura impresa. Las ordenanzas son un contrato de límites con raíces etimológicas castrenses. En consecuencia, estas fuentes históricas “menores” necesitan, además, una lectura propia del materialismo dialéctico. En este punto algunas ideas de

Walter Benjamin constituyen un aporte inestimable. Para intentar comprender la estructura textual de los reglamentos es necesario puntualizar su “aura auténtica”, es decir: “el aquí y ahora del original constituye el concepto de su autenticidad” (Benjamin, 2011: 33). Sin duda, las ordenanzas son documentos originales cerrados en su “aquí y ahora” histórico y, por lo tanto, factibles de una aproximación a la que Benjamin interpretaría como “cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 2011: 80).

Estas reflexiones sobre los reglamentos no apuntan a su abolición; por el contrario, constituyen un llamado de atención para que los bibliotecarios tengan conciencia del orden que trazan los reglamentos sobre los libros. Es necesario flexibilizar estos límites, siempre dentro de los márgenes que implican la preservación y la conservación de dichos objetos culturales, para responder plenamente a los derechos de los ciudadanos. En definitiva, el derecho a preguntarse sobre el aspecto restrictivo que subyace, racionalmente, en los reglamentos. Sin este marco de pensamiento crítico ante las reglamentaciones bibliotecarias, no es posible la construcción de una democracia más plena en el uso de la civilización impresa. Los bibliotecarios, en tanto intelectuales, deben pensar estos aspectos que se articulan, aunque sean elementos de gestión administrativa, en un marco político relacionado con las instancias de poder y dominio (Bourdieu, 2000).

• *Los reglamentos reencontrados: cuatro búsquedas*

Podríamos establecer varios itinerarios posibles para rescatar el poder evocador y documental de los reglamentos

bibliotecarios en la Historia de la Bibliotecología en la Argentina. Los primeros en reparar en su importancia, a comienzos de la década de 1950, fueron Frédéric J. Finó y Luis A. Hourcade, en un trabajo clásico sobre el desarrollo de los estudios bibliotecarios en nuestro país (1952). Recientemente, el interés por dichas normas ha tenido un nuevo enfoque, tanto para estudiar el origen de la Biblioteca Pública de Buenos Aires como para determinar su gravitación en la instrumentación de la Bibliotecas Populares establecidas a instancias de Domingo Faustino Sarmiento (Parada, 2009 y Planas, 2012).

Durante mucho tiempo los historiadores bibliotecarios han dejado de lado estas fuentes. Es necesario, pues, analizar las voces soterradas que aún perviven en ellas. En las bibliotecas argentinas y en sus archivos existe una gran cantidad y variedad de reglamentos que esperan a un investigador que quiera desempolvarlos para iniciar un diálogo desconocido. Una conversación que permita que su nueva expresión se transforme en un reencuentro mutuo. Pero para que esto suceda, hay que iniciar una serie de búsquedas que permitan reconstruir la especificidad única de sus artículos.

PRIMERA BÚSQUEDA. Uno de los temas que aparece con mayor recurrencia en los textos fundacionales de nuestra literatura profesional en el siglo XIX y que, inequívocamente, está presente, en forma solapada, en el primer reglamento de la Biblioteca Pública creada por la Junta de Mayo en setiembre de 1810, es el tópico de la Biblioteca de Alejandría y los reyes Ptolomeos. Un giro temático que a lo largo de la Historia del Libro y de las Bibliotecas, con una tendencia

universal insoslayable, surge como motivo propiciatorio y de mención obligada en el momento de inaugurar una biblioteca o de recordar su historia. Propio de la retórica bibliotecaria en su datación historiográfica, su citación trasunta la materialización de la larga tradición que relaciona a una nueva biblioteca con la más emblemática de estas instituciones.

La remembranza de la Biblioteca de Alejandría, en su íntima esencia, no es más que su imbricación con el mito de una legendaria colección de libros de la Antigüedad; una simbología mítica que recorre más de dos milenios en este caso específico, pero que también involucra el afán del hombre en su necesidad de construir todo tipo de mitologías (Barthes, 1980).

En efecto, en el famoso artículo titulado “Educación” aparecido en la *Gazeta de Buenos Ayres* el 13 de septiembre de 1810, cuya redacción es de impronta morenista, y que debe de considerarse como el acta de fundación de nuestra primera biblioteca pública independiente, el flamante secretario de la Junta escribía:

Estas seguras ventajas [los beneficios del uso público de los libros] hicieron mirar en todos tiempos las Bibliotecas públicas, como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento. Repútese enhorabuena un rasgo de loca vanidad la numerosa Biblioteca de Ptolomeo Filadelfo: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de Ptolomeo Soter, y la nueva colección del templo de Serapis, no se destinaron tanto a la ilustración de aquellos pueblos, cuanto a ser una demostración magnífica del poder y sabiduría de los Reyes, que los habían reunido. Así los fines de

esta numerosa colección correspondieron a el espíritu, que le había dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandría con los libros, que habían escapado del primer incendio ocasionado por Cesar, y el fuego dispó ese monumento de vanidad de que los pueblos no habían sacado ningún provecho” (*Gazeta de Buenos Ayres*, 13 de septiembre de 1810).

Esta cita a la mayor biblioteca helenística del mundo antiguo cuando se funda la Biblioteca Pública de Buenos Aires, ha sido reproducida y analizada, en otro contexto sociológico, por Horacio González en su libro *Historia de la Biblioteca Nacional: estado de una polémica* (2010). Dicho autor, puntualiza, con claridad, varios aspectos que habían pasado inadvertidos hasta entonces: sus reminiscencias mitológicas, la utopía de poseer y controlar la totalidad del saber, y el tema del universo de los libros como destrucción/aniquilamiento y resurgimiento/renacer (González: 21-23).

Aunque Moreno apela y articula el trágico fin de la Biblioteca de Alejandría al concepto de “una loca vanidad”, propia de soberanos distantes del pueblo y ajenos al uso social de los libros, al estructurar su discurso intuye con claridad que, en el fenómeno que implica la modernidad de la Revolución de Mayo, la Biblioteca Pública de Buenos Aires debe aspirar a contener la mayor cantidad de obras, es decir, *el regreso al sueño alejandrino de una biblioteca universal*. Una aspiración que en 1810, no solo queda fuera del empleo exclusivo de una autoridad sino como patrimonio de bien público ciudadano. El “provecho” es, justamente, el pragmatismo utilitario de una vasta (y casi infinita) colección de impresos que representen

el conocimiento del mundo para manipularlos en provecho de la Revolución y la instrucción.

En este punto, es elocuente el concepto siguiente de Horacio González:

... Mariano Moreno estaba recordando los episodios de la gran fábula de Alejandría en relación a los libros y el fuego, para decir que una biblioteca debía servir a la ilustración pública, y si no lo hiciere, merecer el veredicto de las estufas de la ciudad... Ptolomeo Filadelfo le permite concluir [a Moreno] el escrito con la drástica contraposición entre las bibliotecas monárquicas y las bibliotecas revolucionarias (González, 2010: 22-23).

Esta visión política de Moreno (nos referimos a un Mariano Moreno con una manifiesta intencionalidad entrelazada entre la Biblioteca, las Ciencias Políticas y el poder) que se centra en aspirar al control bibliográfico mundial a través de la creación de una Biblioteca Pública, tuvo una paradójica e inesperada resonancia en un hombre con posiciones ideológicas disímiles al primer secretario de la Junta: Bernardino Rivadavia.

Mariano Moreno, sin duda, se hubiera asombrado de que la evocación a la Biblioteca de Alejandría en su texto “Educación” fuera retomada en el *Reglamento provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la Capital de las provincias Unidas del Río de la Plata*, redactado en 1811-1812 por el presbítero Luis José de Chorroarín, pero con algunos agregados de Rivadavia.

La historia de este primer reglamento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires ya se ha detallado en otra oportunidad (Parada, 2009: 158-187). Lo cierto es que estas ordenanzas fueron encontradas hace pocos años en el Archivo General

de la Nación. Cuando Armando P. Tonelli recopiló en 1939 los distintos reglamentos de la Biblioteca Nacional conocía, inequívocamente, su existencia, aunque se lamentaba de la pérdida de este documento (Tonelli, 1939). Sus conceptos sobre este tema son determinantes:

No habiéndose podido encontrar el primer reglamento de la Biblioteca Pública preparado por el canónigo Chorroarín, nos limitamos a publicar estas notas y proyecto de reglamento, luego sancionado por el Gobierno, en que se dan algunos detalles interesantes del funcionamiento de la institución en sus primeros tiempos (Tonelli, 1939: 5).

Nadie dudaba, hasta la fecha, que su autoría se debía a la pluma de Chorroarín (Levene, 1938). No obstante, los papeles originales donde se asientan las reglamentaciones vienen de la Secretaría de Rivadavia y llevan su rúbrica de aprobación (AGN. Período Nacional. Gobierno. Sala X. Legajo 22-2-4). En realidad, se trataba de una copia de las ordenanzas elevada a Chorroarín por Rivadavia el día 2 de marzo de 1812 que se basaban —en casi todos sus puntos— en “los apuntes” (Levene, 1938: 110) que había redactado el presbítero durante su compleja gestión bibliotecaria para lograr la apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Pero en ellas hay un artículo que indudablemente no pertenece a Chorroarín, sino que responde a una necesidad de Gobierno mayor que excede a la esfera del religioso y se instala como textualidad de Rivadavia:

El Administrador de la Aduana avisara al director de la Biblioteca todas las veces q.^e se introduxesen notas de libros á venta, expresando el dueño á q.^e se corresponden[.], dexando

al arbitrio del otro Bibliotecario el pasar á revisarlos, y separar los q.^o considere utiles y falten en la Biblioteca, satisfaciendo su justo valor á los interesados (Archivo General de la Nación. AGN. Período Nacional. Sala X. Legajo 22-2-4).

Como es sabido, los soberanos Ptolomeos instrumentaron una medida confiscatoria de los libros que llegaban a los muelles de Alejandría para incrementar, de este modo abusivo y perentorio, los fondos de la gran biblioteca helénica. A estos rollos de papiro se los denominaba, debido a su procedencia, “de los barcos” (*ek ploiôn*), y constituyó una de las prácticas más habituales en la obtención de las obras que enriquecieron sus extraordinarios fondos (Casson, 2003; MacLeod, 2001 [2000] y Parsons, 1952).

La presencia de esta ordenanza en el Reglamento de 1812, de cuño rivadaviano, no es ni arbitraria ni una fortuita coincidencia, pues ya había sido identificada por Zuretti al sostener “por pedido de Rivadavia se ocupó [Chorroarín] de dictaminar acerca del carácter de los libros que llegaban a la Aduana” (Zuretti, 1972: 181). Este artículo de confiscación moderada, pues se establecía en ella que los libros provenientes del puerto de Buenos Aires debían ser abonados “a su justo valor á los interesados”, se articula con la primera mención morenista de una biblioteca universal. Rivadavia, sin duda, conocía el texto “Educación”. Al seguir la tradición —inaugurada por Moreno— del tópico de la Biblioteca de Alejandría, retoma, en forma consciente o inconsciente, el mito de esa evocación e implanta una medida de retención de libros en el puerto de Buenos Aires similar a la que ejercían los reyes Ptolomeos.

Pero la idea de una biblioteca con reminiscencias alejandrinas en la ciudad de Buenos Aires volvería a aparecer pocos meses más tarde, aunque en una forma más velada e indirecta. Juan Luis de Aguirre y Tejeda retornaría a este tópico recurrente, a mediados de 1812, en su *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta Capital*:

[el invento del papel] ha hecho por su felicidad, y ahorro de costos, olvidar en todo el mundo los demás modos de escribir á excepción del noble y subsistente del pergamino, que se inventó en Pérgamo, quando Tolomeo enemigo de las ciencias, y de las glorias de sus predecesores, arruinó todos los papeles y libros [rollos de papiro] de Egipto” (Aguirre y Tejeda, 1812; Parada, 2009: 298).

Aguirre y Tejeda reconfigura lo mitológico pero ahora desde el punto de vista del libro como bien de producción material y, en consecuencia, como base indispensable para un futuro desarrollo de las bibliotecas en toda la América del Sur. Igual que Moreno, pero desde el “fomento” de la industria, la producción del papel en todos los “pueblos” (ciudades) americanos sería, en definitiva, una garantía para el triunfo de la Revolución. Otro punto en común se presenta con Moreno: se critica a los soberanos Ptolomeos en la retórica discursiva pero, en el fondo, se intenta emular sus glorias bibliográficas.

En definitiva, el Reglamento de 1812 y su artículo de retención de libros en el puerto de Buenos Aires (del cual se ignora hasta la fecha si se implementó en la práctica) oficia e identifica una idea constante y de larga duración en los inicios de nuestra primera Biblioteca Pública: el intento de plasmar en la realidad una mitificación de la Biblioteca de

Alejandría. El tópico de la inmensa colección alejandrina también debería impulsar otro tipo de reflexiones, pues se trata de un concepto enciclopédico de la Ilustración pero también inmerso en aspectos del Neoclasicismo del Antiguo Régimen y, en este sentido, reforzaría la idea de un pensamiento político con fuentes complejas y con construcciones diferentes, propios de las elites del Río de la Plata de fines del período colonial (Chiaramonte, 2007: 44 y 103).

Moreno, Rivadavia y Aguirre rememoran, pues, una y otra vez, un motivo deseado y con anhelos utópicos: hacer de la Biblioteca Pública de Buenos Aires una digna heredera de la Biblioteca de Alejandría, aunque alejada de una concepción monárquica como corresponde a una institución social hija de la Ilustración. El artículo del Reglamento de 1812 que expresa esa especie de “confiscación teñida de legalidad”, en realidad, sería la clave para plasmar en una ordenanza administrativa y gubernamental este deseo. Los reglamentos, entonces, no son tan inocentes: están cargados de significados ocultos y se vinculan con otros documentos administrativos o ensayos periodísticos de la época que, de hecho, estos últimos, oficiaban como un marco legal de difusión de los actos de gobierno, como sucedió con la *Gazeta de Buenos Ayres* y su famoso artículo “Educación”.

SEGUNDA BÚSQUEDA: Por otra parte, los reglamentos encubren realidades bibliotecarias de diversa índole. Una de ellas es la pugna, desde mediados de siglo XVIII, por el uso público de los libros frente a los aspectos restrictivos de su empleo estrictamente particular. Esta problemática ya se planteó, en forma explícita, en una de las ordenanzas sobre

el régimen de una biblioteca que nos ha llegado en forma completa hasta la actualidad. Se trata del reglamento de la Biblioteca del *Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu*, que data del año 1757. En sus artículos 6, 7, y 9 plantea lo siguiente:

6. En otro catálogo, divididos también los temas por secciones, sean inscriptos aquellos libros que fueron concedidos para uso de los Nuestros fuera de la biblioteca; los cuales se prestan con la obligación de devolverlos verdaderamente dentro de los ocho días, que se anoten en una tabla adherida a la pared para este uso: una vez devueltos los cuales, que se borren los que hayan sido escritos. 7. No entregará ningún libro de la biblioteca a nadie sin permiso especial o general de un superior. Y advierta que nadie se lleve un libro sin que él mismo lo sepa.... 9. Si se prestaran algunos libros acomodados fuera de la Casa, que aplique su diligencia para que se recuperen en su momento, y entre tanto anotará en algún lugar cuáles libros son aquellos y a quiénes los entregó” (*Catálogo de la librería jesuítica*, 1943: xviii-xix e *Index*, 2005: 135).

Si bien una de estas disposiciones, en especial la sexta, implica el préstamo de los libros dentro de ese centro de estudios, medida claramente expuesta en la expresión “para uso de los Nuestros”, la entrada séptima y novena plantean una circulación posible fuera de la institución de enseñanza. Así pues, en un segundo caso, queda abierta la posibilidad de obtener las obras por permiso del Superior; y, en un tercer momento, ya es indudable que algunos libros (no sabemos cuántos) se prestaban “fuera de la Casa” (Benito Moya, 2012 y Rípodas Ardañaz, 1999). La novedad de este artículo, no radica en el hecho de que los impresos pudieran salir con

cierta facilidad de muchas congregaciones religiosas durante el período hispánico, una situación que ya ha sido señalada en otras ocasiones, pues en varias bibliotecas conventuales y colegios oficiaban como “cuasi públicas” (Rípodas Ardañaz, 1999). El acontecimiento bibliotecario de real magnitud es que la existencia de este párrafo dentro de un articulado formal e institucional, sin duda, demuestra que esta práctica era una constante habitual y, por lo tanto, el Reglamento de 1757 representa un sólido documento sobre la circulación de los libros fuera de las congregaciones que los custodiaban.

Pero tal como hemos visto con la recurrencia del motivo de la Biblioteca de Alejandría, los reglamentos bibliotecarios están íntimamente relacionados a otros documentos redactados con distintos fines pero, no obstante, similares en su estructura discursiva a estas disposiciones. Para este fin, es posible tomar los casos de Facundo de Prieto y Pulido, y el del obispo Manuel de Azamor y Ramírez, ya que ambos dispusieron el uso público de los libros de sus “librerías”. El primero, al donar su biblioteca conjuntamente con su esposa, al Convento de la Merced en 1794, en uno de los principales puntos del legado, establece:

Que ademas de aber servir [los libros] para el Estudio delos Religiosos de dicho Convento hade ser [(franqueada)] al publico, para que pueda ocurrir el que quiera á aprovecharse dela lectura que le convenga, en los dias y oras q.e el Prelado designe” (Levene, 1950: 33).

Posteriormente, el Comendador del Convento de ese entonces, Francisco de Paula Gorostizu, se hizo responsable de la donación y difundió mediante un “Aviso al Público”, los

horarios y días de su funcionamiento. En consecuencia, la biblioteca comenzó “a estar franca... para que sirba en beneficio” de los habitantes de Buenos Aires en mayo de ese año (Levene, 1950: 34 y Parada, 2009: 137-141). El documento, entonces, en el cual el matrimonio Prieto y Pulido establece sus condiciones de donación y las medidas tomadas, en referencia a estos requerimientos por Gorostizu, constituyen, en esencia, los lineamientos generales del reglamento de la Biblioteca Pública del Convento de la Merced. Un establecimiento que alentaba el empleo gregario de los libros pero bajo la tutela “de los Religiosos de dicho Convento”; esto es, una biblioteca conventual de acceso libre.

Una situación similar sucede con el testamento del obispo de Buenos Aires en el año 1796, Manuel de Azamor y Ramírez, cuando propone su colección de libros “para que... con ellos... se forme y haga una librería pública que sirva para utilidad y decoro de la misma Santa Iglesia y fomento de las ciencias” (Rípodas Ardanaz, 1982). Esta biblioteca, lamentablemente, nunca logró establecerse por diversas razones y, en efecto, de haberse inaugurado se hubiera tratado de una biblioteca pública catedralicia. Lo interesante, además, del punto de vista bibliotecológico, es que el reglamento, de haber existido, habría contemplado esta disposición testamentaria.

En este contexto histórico favorable al uso de los impresos por los habitantes del territorio argentino durante el período hispánico y sin contar otros antecedentes en favor del empleo público de los libros (Bravo, 1872; *Documentos*, 1924; Furlong, 1969; Rípodas Ardanaz, 1999 y Torre Revello, 1965) es necesario analizar el Reglamento de 1812 de

la Biblioteca Pública de Buenos Aires, ya que Luis José de Chorroarín, su principal redactor, no podía permanecer ajeno a esta realidad en el momento de redactar las ordenanzas.

Varios fragmentos del articulado de dicho reglamento, en efecto, plantean en forma clara y contundente el uso social, sin ningún obstáculo, de las obras. Un ejemplo de este incremento de la manipulación comunitaria de las ordenanzas de Chorroarín y de Rivadavia que supera, inequívocamente, el tímido y casi furtivo préstamo del texto cordobés de 1757, es el siguiente:

La Biblioteca se franqueara al publico todos los dias del año... Habran en la Biblioteca meses y asientos á proporcion del numero y capacidad de las piezas, algunos atriles, tinteros y salvaderas... y los concurrentes [lectores] seran atendidos con prontitud y agrado. La Biblioteca ministrara [a los lectores] tinta y arenilla, plumas... á los q.^e quieran hacer algunos extractos ó apuntes... [Los bibliotecarios] dirigiran á los dependientes [empleados] demodo q.^e sirvan bien á los concurrentes (Archivo General de la Nación. AGN. Período Nacional. Sala X. Legajo 22-2-4).

Sin duda, Chorroarín, un presbítero fuertemente relacionado con el movimiento bibliotecario del último tercio del siglo XVIII y primeros años del XIX, y conocedor del acervo bibliográfico de la biblioteca Real del Colegio de San Carlos, era un hombre con la suficiente experiencia como para dotar al Reglamento de 1812 de esta *impronta de continuidad y de incremento del empleo ciudadano de la cultura impresa*. Hay, en este caso, un punto de unión entre el reglamento cordobés de 1757 y el porteño de 1812: esa articulación está dada por la figura de Chorroarín, en tanto religioso y

hombre de libros. No se debe olvidar que el ámbito de gestión de las bibliotecas coloniales pertenecía al universo de las órdenes religiosas; y que, en consecuencia, la Primera Junta debió de optar por hombres provenientes de estas congregaciones hasta que logró nombrar al primer laico al frente de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: Manuel Moreno.

Por lo tanto, dichas disposiciones no hacen más que expresar esa tendencia ya incontenible de que debía existir una Biblioteca Pública centrada en la consulta libre de los libros. En esta ocasión, no se trataba ya de una iniciativa particular, como los casos de Prieto y Pulido o el del legado de Azamor y Ramírez. Ni se centraba en el aval o en el “visto bueno burocrático” del Virrey Arredondo para autorizar la apertura de la Biblioteca Pública de los padres mercedarios en 1794. Ahora la lectura pública era una decisión gubernativa con una intencionalidad política y revolucionaria. Sin embargo, la decisión de fundar una Biblioteca Pública en Buenos Aires, según lo manifiestan los reglamentos u otros documentos similares existentes, refuerza la idea de que el uso público del universo impreso poseía una larga y rica tradición —como se ha señalado en el ensayo “Biblioteca y Revolución”— en el antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Por otra parte, la única prohibición del Reglamento de 1812 se centraba en el préstamo domiciliario: una lucha que se plasmará en las ordenanzas de las bibliotecas populares de la década de 1870. Nuevamente, en esta ocasión, los reglamentos demostrarán que el debate por la apropiación textual del ámbito tipográfico aún continuaba y, por ende, faltaba otro capítulo por cerrar.

Son varios los reglamentos que se redactaron como consecuencia de la Ley de Bibliotecas Populares a partir de 1870. Pero la esencia de muchos de sus artículos se explaya en la impostergable necesidad de llevar las obras a los hogares; es decir, en focalizarse en el centro mismo de la esencia de una biblioteca pública moderna: el préstamo extramuros, fuera de la biblioteca. Un buen ejemplo de la pujanza que tomó el préstamo domiciliario, y las diversas condiciones con las que se reguló, es factible de seguir, aún en sus detalles más mínimos, en el *Boletín de las Bibliotecas Populares: publicación periódica dirigida por la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares* (1872). En sus páginas figuran varios Reglamentos, tales como los *Estatutos de la Biblioteca Popular del Club-Casino de Catamarca* (*Boletín de las Bibliotecas Populares*: 1872: 102-107), el *Estatuto de la Sociedad Protectora de la Biblioteca de Chivilcoy* (*Boletín de las Bibliotecas Populares*: 1872: 107-111), etc.

Esta situación manifiesta un aspecto insoslayable: los reglamentos suelen convertirse en “los indicadores textuales” que identifican una constante sobre la necesidad y el incremento creciente por el uso social de los impresos, desde el Reglamento de 1757 en Córdoba hasta el préstamo domiciliario propiciado por las bibliotecas populares. Hay una tendencia, casi una regularidad incontrastable, para el empleo de los libros (de los registros de información) sin condicionamientos algunos.

El uso de los libros por mayores sectores sociales antes postergados, no solo se relaciona exclusivamente con los procesos de urbanización y alfabetización, además implica un sesgo económico-comercial que hasta la fecha permanecía

postergado: el progresivo abaratamiento de la cultura impresa. El libro ya no es un objeto propio de ciertas elites y comienza a corporizarse en una pluralidad material de muchos y más variados ejemplares. Los Reglamentos no solo ocultan o velan aspectos de tradición clásica y mitológica (hacer de una humilde Biblioteca Pública algo similar a la Biblioteca de Alejandría), o demuestran el afán físico de las obras por circular libremente en distintos lugares y sin aprisionamientos que limiten la lectura (tal como se observa en la evolución a favor de su “uso tipográfico por todos”), los estatutos también reflejan una realidad económica y de producción del libro: son objetos físicos que se duplican y abaratan año tras año gracias a la incorporación de nuevas masas de lectores. Cada Reglamento, en este marco, corresponde a una realidad: el de 1812, a su manipulación ciudadana —en una Sala de Lectura comunitaria— como instrumento de realización revolucionaria y como acto simbólico de la propia Revolución; los de la década de 1870, son reglamentos que apuntan a otra realidad: la necesidad de que la mayoría de los ciudadanos sepan leer e incorporen la práctica de la lectura como un hábito de civilidad y de progreso.

TERCERA BÚSQUEDA: Empero, los reglamentos presentan otras sorpresas inesperadas y propias de aspectos bibliotecológicos impensados para la época en la cual fueron confeccionados. La noción del control bibliográfico sobre los impresos producidos en una nación, sin duda, es un concepto contemporáneo, instrumentado en la Época Moderna. Por lo tanto, el ejercicio de este control exige una estructura gubernamental desarrollada y, por sobre todo, de una marcada

conciencia política, pues su objetivo implica saber lo que producen las prensas de una geografía determinada. En ese contexto, esta información se convierte en un producto de planificación estratégica. La lectura detallada del Reglamento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires de 1812, nos presenta un antecedente de depósito legal:

El administrador de la Imprenta deberá pasar a la biblioteca un ejemplar de cada una de las gazetas, reglamen.^{tos}, reimpressiones de libros, y de todo quanto se imprima, cuidando el bibliotecario de dar cuenta á esta Superioridad, si se advierte alguna falta de cumplimiento de esta orden superior” (AGN. Período Nacional. Sala X. Legajo 22-2-4).

Este artículo, al igual que la orden dirigida al Administrador de Aduanas en el mismo Reglamento, inequívocamente, también pertenece a la pluma de Bernardino Rivadavia y no a la de Chorrarín, pues no hay que olvidar que el Reglamento de 1812, si bien fue redactado en su mayor parte por el presbítero, es un texto construido a dos manos.

Vale la pena detenerse en el contenido de su redacción, pues implica una noción de “amplio control del universo impreso”, ya que el responsable de la Imprenta estaba obligado a depositar en la Biblioteca “todo quanto se imprima”. En consecuencia, había una intencionalidad del Gobierno por conocer y registrar todo lo producido por la Imprenta conocida como de los Niños Expósitos, la única, hasta ese entonces, que funcionaba en la capital del ex Virreinato del Río de la Plata (la segunda imprenta se estableció en 1815 a instancias de Manuel José Gandarillas).

En esta oportunidad, el Reglamento de 1812 nos brinda un dato de primera mano y de relevancia ineludible: antes de que se proclamase la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ya existía una intencionalidad manifiesta sobre el concepto moderno de “depósito legal”. De hecho, la Biblioteca Pública de Buenos Aires era reconocida como depositaria de toda la producción impresa editada a partir de dicha reglamentación. No sabemos hasta que punto se implementó esta disposición, o si se cumplió durante algún tiempo en forma parcial o completa. Sin embargo, este grado de concienciación de legislar el control del mundo de lo impreso en nuestro territorio, es el principal antecedente que existe sobre la Ley de Propiedad Intelectual en la Argentina (Ley 11.723) de 1933 y su correspondiente actualización del 14 de octubre de 1998 (Ley 25.036), donde se establece en el artículo 57 que los editores deben depositar cuatro ejemplares como requisito de depósito legal, los que serán destinados a la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso, el Archivo General de la Nación y la Dirección Nacional del Derecho de Autor. En consecuencia, este artículo del Reglamento de 1812 se caracteriza por su novedad y, por sobre todo, por su condición visionaria del universo tipográfico desde el área del control en la gestión gubernativa.

Asimismo, hay un elemento que enlaza a este artículo con el referido a la retención y compra de libros que debía llevar a cabo el “Administrador de Aduanas”: ambas entradas ya no figurarán en los reglamentos posteriores de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En efecto, estas disposiciones han sido eliminadas en las ordenanzas del 9 de diciembre de 1850, bajo la dirección de Felipe Elortondo y

Palacio (Tonelli, 1939). La supresión es realmente relevante y, por cierto, muy significativa, ya que esta nueva reglamentación constituye prácticamente una copia del Reglamento de 1812. La misma situación vuelve a repetirse en el Reglamento vigente durante la dirección de Vicente G. Quesada y que fuera aprobado el día 2 de diciembre de 1871 (Tonelli, 1939). Todo parece indicar la imposibilidad de instrumentar dichos artículos, ya sea por falta de medios, por desidia desde la esfera del Gobierno en cuanto a la concreción de dichos artículos, o por otras razones que hasta la fecha no se han podido identificar. No obstante, la supresión de estos tópicos, que fueron fundamentales durante los primeros años de la Revolución de Mayo, demuestran, al menos en parte, una falta de interés en el control de la producción bibliográfica de las imprentas de nuestra vasta geografía. Una falta de interés que se prolongaría por muchos lustros pero que, inequívocamente, pudo justificarse con el advenimiento de las guerras civiles y en la proliferación de nuevas imprentas haciendo, en la realidad, imposible su registro ante este complejo panorama.

Pero las ideas que preconizaban estos artículos ya estaban sembradas. Los reglamentos y la documentación que gira en torno a ellos nos deparan una nueva sorpresa dentro de este universo de “Microhistoria bibliotecaria”. Ahora será el turno de San Martín, otro hacedor de bibliotecas, el que nos brindará la clave para rastrear y rescatar dichas disposiciones en el decreto de regulación de la “Biblioteca Nacional del Perú”, fechado en Lima el 31 de agosto de 1822, en cuya reglamentación se incluyen los artículos siguientes:

Art. 18. El Administrador de la Aduana remitirá a los bibliotecarios copias de todas las facturas de libros que vengan para venderse en el estado, a fin que ellos vean si deben tomarse algunas obras, sin que por esta diligencia se paralice el despacho de dichas facturas.

Art. 19. Los impresores del territorio del Estado estarán obligados a remitir con preferencia a los bibliotecarios, dos ejemplares de todo lo que se dé a luz en las respectivas imprentas, y podrán ser requeridos al efecto por dichos bibliotecarios (Zuretti, 1950: 153-154).

Es posible sostener, con poco margen de incertidumbre, que San Martín conocía el reglamento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires redactado por Chorroarín y Rivadavia en 1812. No cabe duda que el artículo 18 y el 19 de la Biblioteca Nacional del Perú se inspira en las mismas entradas de dichas ordenanzas. Puede aducirse, por el contrario, que se trata de un pensamiento bibliotecario propio de esa época. No obstante, la similitud y las coincidencias discursivas son obvias y rotundas. En esta instancia, los reglamentos nos patentizan ciertas constantes culturales relacionadas con el mundo impreso que saltaban por encima de las posiciones políticas. Los universos ideológicos de Chorroarín, de Rivadavia y de San Martín fueron disímiles y, en varias ocasiones, antagónicos. Existe, entonces, una especie de horizonte cultural tipográfico común a todos ellos y que, ciertamente, aflora en documentos considerados hasta ahora como menores.

CUARTA BÚSQUEDA: Los reglamentos poseen imbricaciones complejas e inesperadas, pues no se encuentran aislados del tono textual de la época de su gestación. Cuando se

estudia una ordenanza bibliotecaria es necesario relacionar sus recursos filológicos con otras producciones que, necesariamente, no son reglamentos, pero que, en forma soterrada, se presentan, directa o indirectamente, en los articulados de funcionamiento de una Biblioteca. Los reglamentos se encuentran encabalgados con estas producciones y, lo que es más importante, evocan ciertos conceptos que es significativo rescatar como un *continuum* de pensamiento bibliotecario en la Argentina.

Tal es el caso de los dos textos fundacionales de nuestra literatura bibliotecológica a los que ya nos hemos referido: los artículos “Educación”, de muy probable autoría de Moreno y, sin duda, la *Idea liberal* de Aguirre y Tejeda. La pregunta que debemos hacernos, además de las interpretaciones formuladas durante el presente ensayo, es detectar, en particular, ¿dónde se manifiesta el nexo de articulación entre este conjunto de textos? La respuesta se afinca, casi en forma inesperada, en la presencia de un pensamiento de continuidad narrativa de la Historia del Libro y de las Bibliotecas en varios de sus apartados medulares.

Este punto está revestido de un significado no menor. Cuando Mariano Moreno, tal como se ha observado, rescata la remembranza de la Biblioteca de Alejandría en el marco de la fundación de una Biblioteca Pública revolucionaria, no solo lo establece desde el impulso y el aliento mítico de toda gran empresa que aspira albergar la totalidad del conocimiento impreso sino que, además, manifiesta otro tópico de real interés para la Historia de la Lectura. Moreno nos dice, a través de un camino interpretativo e indiciario, que sus lecturas abarcaban un saber apropiado en los relatos

históricos de esta legendaria biblioteca helenística. Es más, para fundamentar la presencia de un establecimiento de lectura gregaria e instructiva de todos, esboza y reafirma su práctica personal de “Moreno lector” de la Historia de las Bibliotecas. Entretanto, Aguirre y Tejeda también recurre a sus lecturas para reconstruir la representación de la misma temática en su famosa *Idea liberal*. Gran parte de su ensayo publicado en *El Grito del Sud*, en cierta medida, es una narración de los acontecimientos históricos más relevantes del papel y de los libros a lo largo del tiempo.

De modo que la presencia de la Historia del Libro y de las Bibliotecas fundamenta y da razón de ser a los dos trabajos iniciales de nuestra Bibliotecología. Esta presencia, de alguna manera, debía de manifestarse en el Reglamento de 1812 de la Biblioteca Pública de Buenos Aires y, posteriormente, tener sus ecos en los artículos de la Biblioteca Nacional de Lima de 1822. En consecuencia, los aspectos nodales del control bibliográfico en las Aduanas de Buenos Aires y Perú responden a una tradición de prácticas y apropiaciones de lecturas históricas sobre la Historia del Libro en varias figuras relevantes de la Revolución de Mayo y de las Guerras de Independencia.

- *Recapitulación a modo de conclusión*

Los reglamentos nos muestran que algunos de sus artículos responden a una idea de continuidad tópica de ciertos pensamientos bibliotecarios en los orígenes de la Bibliotecología en la Argentina. La idea morenista de una gran Biblioteca Pública con capacidad bibliográfica universal, como

una construcción ilustrada ciudadana, es retomada y nuevamente puesta en articulación en el reglamento de 1812, pero ahora a través de “una especie de confiscación atenuada” de los libros en el puerto de Buenos Aires. Estos conceptos se refuerzan con las reflexiones de Aguirre y Tejeda. De modo tal que, desde los inicios de la Biblioteca Pública de Buenos Aires existía, lo que podríamos denominar el “paradigma de la Biblioteca de Alejandría” que debía encauzar y desarrollar las futuras gestiones de la Biblioteca. Así, el Reglamento de 1812, sirve para manifestar, ahora en el campo del Gobierno, la necesidad de satisfacer la demanda universal de libros. Dicho paradigma será el germen, en 1884, de la nacionalización de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, pues solo una Biblioteca Nacional puede aspirar a poseer una importante representación del conocimiento mundial tipográfico. Lo realmente interesante es que al pensar Moreno en la más grande biblioteca de todos los tiempos en el momento de la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, está sentando las bases de una colección que terminaría, en prospectiva, transformándose en la futura Biblioteca Nacional de la República Argentina; es decir, el rol mítico de Alejandría, estructurado en una especie de “profecía impresa”, se convirtió en una aspiración real de deseos. Esta idea fuerza demostraría, o al menos abriría la hipótesis, de la fuerte concienciación de Moreno acerca del acervo universalista y rector que tendría, en un futuro aún lejano, la modesta Biblioteca Pública fundada por la Junta de Mayo.

El pasaje de lo mítico a la realidad, pues, en este contexto, parece salvarse con una sólida visión del papel que debía

ocupar la Biblioteca Pública en la instrucción de los ciudadanos y en la propagación de los ideales revolucionarios.

Los reglamentos guardan en sus entrañas discursivas estos secretos que esperan ser develados por futuras investigaciones. En sus humildes articulados, o en sus relaciones con otros documentos de la época, nos manifiestan las intencionalidades culturales y bibliotecarias de aquellos que los confeccionaron. Algunos, tal el caso de Moreno, recurren a la Biblioteca de Alejandría para implementar su fuerza mítica en el momento de crear una biblioteca pública. Además, y esto es realmente lo más relevante, cuando esta concepción metafórica no es suficiente, otros individuos, como Chorroarín, Rivadavia y San Martín, retoman la idea y la llevan a la realidad en ciertas ordenanzas que retienen, incautan o compran los libros en los puertos, reconfigurando, de hecho, una antiguo *modus operandi* alejandrino.

Pero toda esta masa propia de la “Microhistoria bibliotecaria” delata la presencia de muchos aspectos que han pasado desapercibidos hasta el presente. Los investigadores deberían reparar que estos textos, en apariencia burocráticos, por ejemplo, subsumen el principal antecedente revolucionario del Depósito Legal en lo que luego sería la Argentina. En cuanto a los antecedentes de la Historia de la Bibliotecología en nuestro territorio, la deuda es aún mucho mayor. Falta un análisis panorámico y sistemático de los reglamentos producidos durante nuestra rica historia bibliotecaria. Sin duda, el relevamiento de estos últimos nos permitiría reconstruir buena parte del pensamiento bibliotecológico de la Argentina desde el período colonial hasta nuestros días. Por otra parte, este estudio revelaría la importancia

insoslayable de los reglamentos para construir las imágenes y las prácticas de la lectura y la escritura de cada época. El caso de la Historia del Libro y de las Bibliotecas es aleccionador, ya que los textos fundacionales de nuestra temprana literatura bibliotecológica, nos manifiestan, inequívocamente, que esta materia no solo estuvo presente en los inicios de la nuestra profesión, sino que desempeñó un rol determinante en el momento de fundar e inaugurar nuestra primera biblioteca pública.

Finalmente, es necesario tener la audacia de estudiar los reglamentos en su estructura filosófica y teórica, tal como se ha intentado delinear al principio de este ensayo, pues las ordenanzas poseen un doble discurso: ordenan y facilitan la consulta en el espacio público, pero también pueden convertirse en un obstáculo para acceder al uso irrestricto de los libros. Estos conceptos no son ociosos. Los reglamentos que hemos citado, a modo de ejemplos ilustrativos, señalan la fuerza y la pujanza que posee el material impreso para su libre consulta. Si pasamos revista, siempre en ascenso, a las ordenanzas de 1757 y 1812, y a los reglamentos de la década de 1870, emerge ese *continuum*, necesario e indispensable, de una mayor consulta de los libros por los ciudadanos. La larga tradición de uso público nos muestra una tendencia: el incremento de la accesibilidad de los impresos con las menores restricciones posibles. En este punto, acaso en una emergencia insospechada hasta entonces, los reglamentos nos señalen, desde el fondo de la historia, el uso libre de las textualidades virtuales modernas.

A esta altura se plantean dos preguntas inevitables: ¿es posible seguir dejando a un lado a estos documentos para

interpretar nuestro pasado bibliotecológico? O, en caso contrario, y ya con mayor osadía: ¿los reglamentos, desde el ámbito de lo pretérito, acaso no evocan con cierto clamor silencioso, el relato textual y cotidiano de las prácticas bibliotecarias del presente?

• Referencias bibliográficas

AGUIRRE Y TEJEDA, JUAN LUIS DE. 1812. “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta Capital”. Este artículo se publicó en *El Grito del Sud*, en las entregas siguientes: No. 7, martes 25 de agosto de 1812, p. 54-56; No. 8, martes 1º de septiembre de 1812, p. 57-61; No. 9, martes 8 de septiembre de 1812, p. 65-68; y No. 10, martes 15 de septiembre de 1812, p. 73-76.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. AGN. Período Nacional. Sala X. Legajo 22-2-4.

BARTHES, ROLAND. 1980. *Mitologías*. México-Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

BENITO MOYA, SILVANO A. G. 2012. Bibliotecas y libros en la cultura universitaria de Córdoba durante los siglos XVII y XVIII. En *Información, cultura y sociedad*. No. 26, 13-39.

BENJAMIN, WALTER. 2011. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Boletín de las Bibliotecas Populares. 1872. Publicación periódica dirigida por la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares. No. 1.

BOURDIEU, PIERRE. 2000. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

- BRavo, FRANCISCO JAVIER. 1872. *Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el Reinado de Carlos III*. Madrid: Establ. tip. de J. M. Pérez.
- BUCKLAND, MICHAEL K. 1997. What is a *Document*? En *Journal of the American Society for Information Science and Technology*. Vol. 48, no. 9, 804-809.
- BUONOCORE, DOMINGO. 1976. *Diccionario de Bibliotecología*. 2a. ed. aum. Buenos Aires: Marymar.
- CASSON, LIONEL. 2003. *Las bibliotecas del Mundo Antiguo*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Catálogo de la librería jesuítica*. 1943. Introducción de Juan B. Echenique. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Biblioteca Mayor.
- CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS. 2007 [1997]. *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Emecé.
- DARNTON, ROBERT. 1996. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 177-208.
- Documentos para la Historia Argentina: tomo XVIII. Cultura. La enseñanza durante la época colonial (1771-1810)*. 1924. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas. Fuente citada en: Archivo General de la Nación. Gobierno Colonial. Temporalidades de Santa Fe. Legajo 1, expediente No. 15.
- FINÓ, FRÉDÉRIC Y LUIS A. HOURCADE. 1952. Evolución de la Bibliotecología en la Argentina: 1757-1952. En *Universidad*. No. 25, 265-301.
- FURLONG, GUILLERMO. 1969. *Historia social y cultural del Río de la Plata: 1536-1810: El trasplante cultural: arte*. Buenos Aires: TEA. Vol. 1. p. 1-80.
- Gazeta de Buenos Ayres*, 13 de septiembre de 1810.
- GINZBURG, CARLO. 2004. Huellas: raíces de un paradigma indiciario. En *Tentativas*. Rosario: Prohistoria. p. 69-113.
- GINZBURG, CARLO. 2010. Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. En su *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 351-394.

- GONZÁLEZ, HORACIO. 2010. *Historia de la Biblioteca Nacional: estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- HABERMAS, JÜRGEN. 1988. *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- HABERMAS, JÜRGEN. 2006. *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: G. Gili.
- Index librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu: Anno 1757*. Edición crítica, filológica y bibliográfica. 2005. Estudio crítico: Alfredo Fraschini. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- KRACAUER, SIEGFRIED. 2008 [1963]. El ornamento de la masa. En su *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa 1*. Barcelona: Gedisa. p. 51-78.
- LEVENE, RICARDO. 1938. *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- LEVENE, RICARDO. 1950. Fundación de una biblioteca pública en el convento de la Merced de Buenos Aires, durante la época hispánica, en 1794. En *Humanidades*. Tomo 32, 27-51.
- LEVI, GIOVANNI. 1996. Sobre microhistoria. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. 2a. reimpr. Madrid: Alianza Editorial. p. 119-143.
- MACLEOD, ROY, ed. 2001 [2000]. *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*. London-New York: I. B. Tauris Publishers.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PARSONS, EDWARD ALEXANDER. 1952. *The Alexandrian Library: Glory of Hellenic World: its Rise, Antiquities, and Destructions*. Amsterdam-London-New York: The Elsevier Press.
- PLANAS, JAVIER. 2012. *Libros, lectores y lecturas: las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1876*. MS – Inédito.

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 2001. *Diccionario de la lengua española*. 22a. ed. Madrid: Espasa.
- RÍPODAS ARDANAZ, DAISY. 1982. *El obispo Azamor y Ramírez: tradición cristiana y modernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- RÍPODAS ARDANAZ, DAISY. 1999. Libros, bibliotecas y lecturas. En Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina: 3. Período español (1600-1810)*. Buenos Aires: Planeta. p. 247-279.
- TERREROS Y PANDO, ESTEBAN DE. 1786-1793. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid: Impr. de la Viuda de Ibarra.
- TONELLI, ARMANDO P. 1939. *Reglamentos de la Biblioteca Nacional: algunos antecedentes*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- TORRE REVELLO, JOSÉ. 1965. Bibliotecas en el Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812. En *Revista de Historia de América*. No. 59, 1-148.
- ZURETTI, JUAN CARLOS. 1950. *El general San Martín y la cultura*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Didáctica "San José de Calasanz".
- ZURETTI, JUAN CARLOS. 1972. *Nueva historia eclesiástica argentina*. Buenos Aires: Itinerarium.

CUARTA PARTE



Los lectores muestran sus prácticas
bajo la mirada bibliotecaria

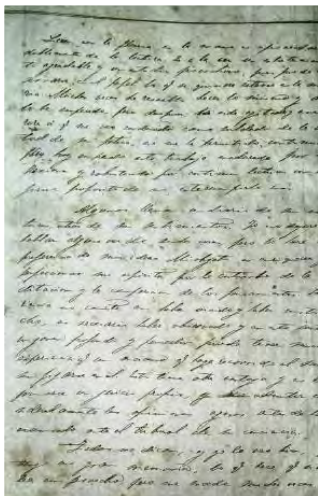
7 • *Representaciones y prácticas de la lectura en “El diario de la juventud de Mitre”*

BARTOLOMÉ MITRE FUE un lector voraz. Existen numerosas citas, en palabras de Valéry Larbaud (1925), referidas al *vice impuni* de la lectura que Mitre practicó hasta la saciedad y el embeleso. Tales los casos, por ejemplo, de sus lecturas juveniles en la Banda Oriental (Mitre, Conde Montero y Farini, 1947; Pagés Larraya, 1943: 18), o en 1836 cuando apenas era un muchacho y su padre, Ambrosio Mitre, lo llevó a la estancia “El Rincón de López”, de propiedad del hermano de Juan Manuel de Rosas, don Gervasio, y poco tiempo después éste reclamó, en forma perentoria y sin dilación, su retiro porque no trabajaba y se sentaba a leer bajo la sombra de un árbol (De Marco, 1998: 25 y Labougle, 1960: 11).

El clímax de su pasión lectora, no obstante, se encuentra fielmente registrado en un escrito temprano: *El diario de la juventud de Mitre* (1936). Este *Diario* juvenil fue redactado, en gran parte, en Montevideo entre septiembre de 1843 y febrero de 1846, cuando Mitre tenía aproximadamente de veintidós a veinticinco años y se encontraba acantonado como capitán artillero en esa plaza (Farini, 1964: 16 y Gandía, 1939: 16), cuyo nombre evocaría el famoso sitio que dio origen a una ficción y a múltiples lecturas europeas y americanas,

bajo el título de *Montevideo, ou une nouvelle Troie* (1850), de Alexandre Dumas.

Pero ¿en qué consiste, en realidad, este *Diario*? Como con precisión lo ha señalado Enrique de Gandía fue una obra “que el autor nunca pensó dar a publicidad” y que era



“propiamente un diario de lecturas” (Gandía, 1939: 16). Esta guía constituye, ante todo, una fuente de primera mano para incursionar en uno de los temas más importantes de la llamada Nueva Historia Cultural (Hunt, 1989): el estudio de las prácticas de lectura y, en este caso, aplicado a Bartolomé Mitre durante su juventud. Desde el punto de vista de la Historia de la Lectura (Cavallo y Chartier, 1998; Manguel, 1999), el valor del *Diario* se centra en un hecho realmente

significativo: no se trata de un conjunto de “posibles lecturas”, tal como puede ocurrir con los libros de una biblioteca particular o el catálogo de una librería, sino que, por el contrario, nos hallamos ante un cuaderno de bitácora de *lecturas realmente efectuadas*. Ya otros autores han reparado en el valor de este tipo de documentos para conocer las estrategias

de asimilación de los textos por parte de un individuo o de un grupo de lectores (Certeau, 2007 [1990]; Chartier, 1991, 1993, 1995 y 2008; Darnton, 1998a y 2003; Ginzburg, 1999 y 2010).

Dentro de ese contexto, ¿cuáles son las intencionalidades de Mitre al redactar estas memorias? El *Diario* se inicia con las palabras siguientes:

Leer con la pluma en la mano es aprovecharse doblemente de la lectura. Es, a la vez, un entretenimiento agradable y un estudio provechoso, pues puede conservarse en el papel lo que se quiere retener en la memoria. Muchas veces he resuelto hacer lo mismo y aun lo he empezado, pero después, la vida agitada y aventurera a que me veo condenado como soldado de la libertad de mi patria no me ha permitido continuarlo. Hoy emprendo este trabajo madurado por la reflexión y robustecido por continuas lecturas, con el firme propósito de no interrumpirlo más (Mitre, 1936: 11).

Este es un punto de especial interés, ya que para Mitre la lectura tiene sentido en su estrecho vínculo con una “noción instrumental de la escritura” (Wasserman, 2005: 388). Lo escrito emerge como un elemento material para apropiarse, con más beneficio, de lo leído. Detrás de esa materialidad aparece, además, otro aspecto: la lectura en él tiene una finalidad pragmática y utilitaria. La mano y la pluma resultan extensiones del ojo lector. Para Mitre la lectura y la escritura son elementos sinónimos, herramientas para capturar los textos en forma aprehensiva. Pero también hay un anclaje en la memoria: se lee con la pluma para impedir la fugacidad de las ideas, para evitar y poner un tope a un destino signado por la pérdida inevitable. Entonces “leer con

la pluma” constituye colocar un vallado al olvido. La pluma es la prótesis concreta y corpórea de la memoria. De este modo, la apropiación textual de Mitre incluye varios conceptos de real significación: enlave instrumental, lectura, escritura, memoria, olvido, materialidad de los usos lectores.

Pero, ¿con qué objeto? Para superarse, para la construcción de su ser intelectual y para el aprendizaje de un conjunto de modos y usos de la lectura.

Algunos llevan un diario de sus aventuras, otros de sus sentimientos. Yo no dejaré de hablar alguna vez de ambas cosas, pero lo haré con preferencia de mis ideas. Mi objeto es enriquecer y perfeccionar mi espíritu por la costumbre de la meditación y la comparación de los pensamientos... Esto tiene otra ventaja y es la de formarse un juicio propio y no admitir las opiniones ajenas antes de haberlas examinado en el tribunal de su conciencia (Mitre, 1936: 11).

Lo curioso es que Mitre no duda, ya en 1843, en señalar sus lecturas con un vocablo moderno, definido por el quehacer *práctico*, al afirmar, inequívocamente, que “un libro de esta especie [su *Diario*] es un tratado práctico de filosofía moral” (Mitre, 1936: 14). Mitre, a pesar de su generación romántica, no es un idealista ni un sentimental. Es un animal lector que apunta, sin titubeos, a una apropiación salvaje de los textos que elige para formarse su futura materialidad tipográfica. Esta corporeidad del acto de leer posee un corolario: la necesidad de controlar lo temporal. Dominar la lectura con la pluma y la habilidad manual tiene, además, otro ámbito: ahorrar el paso de las horas. Al sostener que “otras de las ventajas de este diario es el aprender a emplear bien su tiempo” (Mitre, 1936: 14), Mitre reflexiona sobre su

coyuntura personal de artillero, una situación signada por la movilidad constante, por las rutinas castrenses, por la falta de espacio en su proyecto de lector y de escritor. Sus lecturas, pues, requieren de ciertos procedimientos no librados al azar. Su *Diario* es, en este sentido, un plan fuertemente estructurado, donde el tiempo, el cansancio y las horas libres deben de tener también su cabida, aunque estas sean circunstancias menores. Mitre edifica así su propio mundo textual a través de la lectura y, desde esta óptica, trata de gobernar su existencia de soldado apoyado (y ayudado) por el mundo impreso, por la solidez de la imposición de las letras de molde. La lectura y la pluma serán la contrapartida dialéctica de su circunstancia y de su entorno guerrero.

Sin embargo, ¿qué técnicas empleaba para apropiarse de los textos por él elegidos? Una frase es ilustrativa: “Leamos, apuntemos y después meditemos” (Mitre, 1936: 45). Todo un esquema basado en un conjunto de técnicas del trabajo intelectual. En primer término, elegía las obras de su interés, fundamentalmente títulos de historia; luego aplicaba la técnica del extracto de las ideas principales que más le interesaban; finalmente, procedía a la crítica histórica y literaria del material leído. Esto no era en él una novedad, pues ya lo había intentado hacer en otra oportunidad. Lo que ahora nos lega con su *Diario* es la metodología de trabajo, la forma de apoderarse de los libros de su interés y la voluntad de afirmar el mundo “concreto” de sus lecturas, acaso más real que la realidad de su vida de soldado.

Este modo de trabajar se relaciona íntimamente con el problema de la “autoidentidad” de su *Diario*, esto es, cómo definía lingüísticamente su proyecto lector. En este punto

aparecen ciertos aspectos dubitativos, ya que Mitre oscila en el momento de la definición de su empresa. Pero no se detiene ante los conceptos indecisos. Cuando habla consigo mismo y escribe sobre su texto, lo señala como “diario”, “apuntes”, “trabajo”, “memorias íntimas”, “libro” o “notas”. No obstante, no se trata de una irresolución amparada en la heterogeneidad de la guía de lecturas. El *Diario* de Mitre es un estudio iniciativo, un modelo de construcción a futuro, donde el joven escritor aspira a elaborar su propio estilo discursivo, su propia “identidad de prácticas lectoras”. Lo medroso, lo irresoluto radica en la arquitectura textual que está elaborando para toda su vida. En esta instancia, el *Diario de juventud* prefigura los usos y las formas de representación del trabajo intelectual que implementará Mitre durante su plenitud adulta como escritor y lector. En cierto sentido, Mitre casi ya es Mitre, aunque en forma modesta, en este temprano y revelador escrito.

Es importante ahora detenerse en sus lecturas comentadas, ya que estos *Apuntes* también pueden ser vistos, detrás de la prosa cuidada y de la metodología de apropiación del mundo impreso, como un conjunto articulado de *reseñas bibliográficas*. Entre varios de los libros que estudió y que abarcan casi la totalidad del *Diario*, señalaremos los siguientes: *Précis de l'histoire moderne*, de Jules Michelet; *Histoire de Cromwell*, de Abel François Villemain; *Histoire du règne de l'empereur Charles-Quint*, de William Robertson; *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, de Voltaire; *Histoire de la chute de l'empire romain et du déclin de la civilisation de l'an 250 a l'an 1000*, de Jean-Charles-Léonard Simonde de Sismondi; *Vida de Agrícola*, de Tácito; *Discours sur les révolutions de la surface*

du globe et sur les changements qu'elles ont produits dans le règne animal, de Georges Cuvier; *Livre des orateurs*, de Louis-Marie de Lahaye, vicomte de Cormenin; *Histoire de la République de Venise*, de Pierre-Antoine-Nöel-Matthieu-Bruno Daru; *Études de critique et d'histoire littéraire*, de Jean-Marie-Napoléon-Désiré Nisard; *Historia del emperador Napoleón*, de Paul Mathieu Laurent de l'Ardèche; *Manual general del servicio de los estados mayores generales y divisionarios en los ejércitos*, de Paul-Charles Thiébault; *Vida de españoles célebres*, de Manuel José Quintana; *Las memorias del diablo*, de Frédéric Soulié; *Histoire de France depuis le 18 brumaire jusqu'en 1812*, de Louis-Pierre-Edouard Bignon; *Los misterios de París*, de Eugène Sue; *Philosophie chimique, ou Chimie expérimentale et raisonné*, de Édouard Robin; *Impresiones de viaje*, de Dumas; *Histoire de la révolution française depuis 1789 jusqu'en 1814*, de François-Auguste Mignet, etcétera.

Pero estas obras, especialmente signadas por la lengua francesa, abarcan otras lecturas anteriores que sirven como bagaje o sustrato lector previo. Una prueba de ello es la gran cantidad de autores que cita con el mayor conocimiento y familiaridad, tales como Tocqueville, Vico, Bossuet, Rousseau, Planché, Plutarco, Montesquieu, Lista, Byron, Lamartine, Dante, Milton, Nodier, Homero, Ercilla, Camoens, Newton, Galileo, Larra, Las Casas, Dumas, Victor Hugo, Chateaubriand, entre otros.

La selección temática de estos libros se apoya en una clara determinación: "Mis apuntes tenderán con preferencia a la historia de estos países, y muy especialmente de su inmortal revolución" (Mitre, 1936: 15). Pero Mitre fue un hombre implacable en materia de libros. No dudaba de que su principal

inclinación era los asuntos históricos y la Revolución de América del Sur, como tampoco titubeaba en ampliar sus lecturas a diferentes tópicos. Otros de sus grandes intereses en esa época eran la Geología, la Química, las Ciencias Militares (especialmente la Artillería) y la Biografía. En su *Diario*, dentro de este contexto, es común hallar expresiones como la siguiente:

He amado siempre el estudio de la geología, porque esta ciencia está estrechamente ligada con la química, ciencia que contribuye inmensamente a desarrollar las potencias intelectuales y la más aplicable a nuestro desarrollo industrial. Los viajes que he hecho visitando mi país, sus producciones naturales, las piedras de sus ríos, las conchas, los caracoles, todo ha despertado en mí el deseo de cultivarla (Mitre, 1936: 30-31).

Habiéndome destinado el general Paz en [sic] 4 de abril a mandar la artillería de la isla de la Libertad y excitado por la tranquilidad del lugar y la necesidad de perfeccionarme en mi arma, me entregué exclusivamente al estudio de los autores de artillería... (Mitre, 1936: 58).

En el orden y la clasificación de los libros, Mitre es un hombre con cierta deuda con el Romanticismo en boga, pero a lo largo de su vida nunca abandonará su espíritu signado por “lecturas redituables”. Es necesario incursionar, pues, en textos fuertemente pragmáticos, que impulsen “a desarrollar las potencias intelectuales” y que sirvan al “desarrollo industrial”. En sentido amplio, Mitre domineó parte de su romanticismo con aspectos propios de la Ilustración. No obstante, siempre se reserva su dosis de idealismo para las lecturas biográficas, acaso su elección preferida, como lo demostrarán sus trabajos sobre Manuel Belgrano y José de San Martín.

En forma soterrada, bajo el fluir de la Historia, el modelo por seguir será la Biografía.

Nadie puede imaginarse todo lo que puede formularse en la narración de la vida, ninguna paleta presenta más colores para adornar un cuadro, ninguna relación presenta más lecciones para los hombres ni contribuye más a la educación moral de un pueblo. ¡Cuantos grandes hombres ha producido Plutarco!... La vida es un cuadro que puede encerrar en sí todo cuanto hay de imaginable... (Mitre, 1936: 22).

Luego de esta apología del género biográfico, su racionalidad lo lleva a poner alguna distancia a las exaltaciones. Como teme alejarse de los estudios serios pautados por los grandes ensayos históricos, como la famosa *Historia de Cromwell*, de Villemain (uno de sus modelos), se apresura a decir que la Biografía también es una lectura de entretenimiento.

Así es que anoche y esta mañana me he entretenido en leer biografías, entre ellas las de Hobbes, Helvetius, Henri IV, Jhonson (Mitre, 1936: 20).

Días continuos de servicio al frente del enemigo... no me han permitido entregarme al estudio. Me acostaba cansado, y para dormirme leía antes un artículo de la *Biografía Universal*... (Mitre, 1936: 23).

Para comprender el universo lector de Mitre, es importante tener en cuenta estas reflexiones, pues los estudios biográficos fueron vitales para él y, lo que es más, jamás los abandonó. Las *Vidas paralelas*, de Plutarco, y la *Vida de Agrícola*, de Tácito, tal como lo testimonian las prácticas impresas

en su *Diario*, fueron, en esta etapa, los libros determinantes para su formación como escritor.

Pero, a todo esto, ¿cómo leía Bartolomé Mitre en su juventud montevideana? Pues lo significativo no subyace precisamente en los libros que leyó, cuya lista nos legó en este texto de juventud, sino en la búsqueda de aquello que Carlo Ginzburg denomina “actividades y comportamientos” de un individuo o de una colectividad, en este caso, de Mitre, ante el misterio de la lectura (Ginzburg, 2003 [1989]: 13). La respuesta a esta pregunta también se encuentra en su *Diario*. Es posible reconstruir sus jornadas de lector solitario y metódico, ya que en general, en materia de obras, nada dejaba librado a la suerte ni fuera de un esquema concebido. Sabemos que contó tanto con días ociosos como con otros signados por una frenética actividad en su calidad de artillero. Su contacto con la letra impresa se trasluce con claridad en la lectura que realizó, por ejemplo, del *Discours sur les révolutions de la surface du globe*, de Cuvier. La práctica lectora consistía en extraer los “pensamientos” más importantes; luego, motivado por la recopilación de estas ideas principales, emprendía el comentario de lo leído (Mitre, 1936: 32-41). En muchas oportunidades, preferentemente cuando se abocaba a las lecturas sobre “autores de artillería”, llevaba los extractos en “un libro especial” (Mitre, 1936: 58), distinto al *Diario*.

Al instrumentar este uso de lo escrito, Mitre se remontaba a los viejos cuadernos de extractos o bibliotecas de “lugares comunes”, que alcanzaron un auge importante durante el Renacimiento (Blair, 1996; Chartier, 2005: 124-125; Jardine y Grafton, 1990). Solía leer con el lápiz en la mano, señalando los pasajes que serían, en un segundo paso, ahora con la

pluma, volcados al *Diario* o al “libro especial”. Él mismo nos comenta una experiencia de señalamiento de un texto que luego no se materializó, pero que demuestra el tipo de lectura intensiva (relecturas constantes) que llevaba a cabo:

Cuando leí a Nisard, había rayado con el lápiz una porción de pensamientos para trasladarlos a este libro [Diario], pero los he vuelto a leer. ¡Ya no me han parecido dignos de conservarse ni en el papel ni en la memoria! (Mitre, 1936: 57).

De modo que Mitre apelaba a este conjunto de hábitos prácticos para apoderarse de los textos: lecturas intensivas, subrayados, extractos y, finalmente, la escritura “con la pluma en la mano”. Mitre leía en toda ocasión, sin distinguir si las circunstancias le eran propicias o no. Su esquema de trabajo, aunque a veces incurría en excepciones, consistía en sesiones de lectura por la noche, tanto sentado como en la cama; las mañanas, por el contrario, estaban destinadas a las tareas de redactar y de comentar lo extractado: “Son las ocho de la noche, voy a acostarme y a leer a Voltaire; mañana escribiré lo que haya leído” (Mitre, 1936: 20).

Al revisar el *Diario* podemos responder varias de las preguntas que sobre los hábitos lectores se hacen hoy día los principales historiadores de la lectura (Darnton, 1993), lo que patentiza el valor de este documento, tales como ¿qué leía Mitre?, ¿dónde y cuándo lo hacía?, ¿cómo lo llevaba a cabo?, y ¿qué prácticas de lectura implementaba para apropiarse de los textos? El *Diario* además es interesante en la red invisible de los lectores y en sus modos de llegar a los libros. Los impresos circulaban profusamente entre la elite montevideana: existían buenas bibliotecas particulares, las

obras se intercambiaban y prestaban, los nuevos títulos se comentaban en los salones y tertulias. Un ejemplo de ello son los comentarios siguientes:

El otro día *me prestaron* una obra de Cuvier titulada *Discours sur les révolutions de la surface du globe*. El interés que siempre me ha inspirado esta clase de estudios me lo hizo leer con gran placer (Mitre, 1936: 30).

Estoy leyendo *Le livre des orateurs*, de Cormenin. Deseaba con ansia leerlo *porque según lo que de él me han dicho* [Cursiva propia]... (Mitre, 1936: 41).

Sin embargo, aún resta una pregunta: ¿cómo vivía instrumentalmente el fenómeno de la lectura en la intimidad? El libro, más en Mitre-lector, se encuentra ceñido por una estricta materialidad. En una definición despojada de eufemismos, el impreso es un artefacto para ser leído, una maquinaria tipográfica; esto es, en términos kantianos, “un producto artificial corporal” (*opus mechanicum*) (Kant, 1993 [1797]). Mitre, imbuido por su autoformación intelectual, apelaba a los libros como “instrumentos” para tensar sus “resortes”. Tomaba la lectura, intuitivamente, en su doble juego de abstracción y corporeidad. Cuando leía, lo hacía en forma silente o bien se proyectaba físicamente con gestos, murmuraciones y lectura en voz alta. Era todo un esfuerzo retórico y gestual con una finalidad definida: *la aprehensión textual*. Un fragmento de su *Diario* es elocuente en este aspecto.

A pesar de mi amor al estudio y de mi fortaleza por el trabajo, yo pierdo mucho tiempo, unas veces por desidia, otras por falta de tensión en los resortes; necesito de un instrumento que los ponga en este estado y ninguno más a propósito que los puntos

de mis lecturas y de mis meditaciones. Yo conozco que esto me servirá mucho, porque mi imaginación se excita con facilidad y hay veces en que, teniendo muerta la imaginación basta para despertarla el leer en alta voz algunos buenos versos; pero es más frecuente que la historia bien escrita o un libro de filosofía me pongan en un estado febril... (Mitre, 1936: 13).

La última cita también se vincula con otra temática ya esbozada: la íntima relación de Mitre entre lo tangible y la lectura-escritura. Para él, el acto de leer posee una dimensión definida por la experiencia y la sensibilidad cotidiana (despertarse, leer, el ejercicio en las armas, combatir, dormir, escribir), pues la lectura no es otra cosa que vivir más plenamente. Por ello para Mitre la existencia misma es un imbricado dédalo donde se desarrolla la interminable decodificación del discurso textual. Ese proceso de realidad discursiva se afirma cuando sostiene, como si susurrara una plegaria: “la palabra dicha, luego escrita, luego leída, después meditada y vuelta a pronunciar” (Mitre, 1936: 15). Esta sucesión discursiva y procelosa de relaciones con la letra impresa es la vida realmente verdadera que intentaba construir el joven Mitre.

Pero el *Diario* aún nos depara otra sorpresa. En cierto sentido, una confesión abrupta e inesperada. En el párrafo titulado “Opinión sobre la influencia de la lectura”, Mitre sostiene, en un primer momento, “que la lectura asidua hace perder al hombre pensador mucho de su originalidad” (Mitre, 1936: 30). ¿Cómo llega a esta conclusión, luego de sostener, a lo largo del trabajo, lo contrario? Aparentemente, se trata de una crisis que sufre el 20 de noviembre de 1843. Agotado, sin tiempo ni lugar físico para instrumentar sus tareas intelectuales, ocupado en un sinfín de labores y

quehaceres como artillero, decide seleccionar con mayor rigor sus lecturas y destinar las horas de la mañana a la escritura. Ante esta perspectiva reorganiza su pequeño taller de lector: escribe a partir de las cinco de la mañana porque “tengo más frescas las ideas de la noche, que es cuando leo más, aunque estas ideas que nacen de la lectura de los libros no sean las más fecundas” (Mitre, 1936: 30). Por ello, en esta encrucijada de su vida, que se debate entre el cansancio, los deberes y su vocación, es entonces cuando afirma que la lectura constante sustrae el vigor de lo original. Nos hallamos ante una crisis de identidad de Mitre como creador, frente a un individuo con características de “homo typographicus” que se siente asediado por la coyuntura política adversa a sus intereses. Su *opinión de la lectura*, en este marco, es una *conmoción lectora*, una inestabilidad que cercena aquello que más ama en esta etapa de su vida: anegarse en la totalidad de la cultura leída, escrita e impresa.

En otra oportunidad, el 13 de diciembre de 1844, con pesar y acongojado, exclamaba: “Se lee algo, ¿pero qué se puede escribir en esta borrasca en que nos agitamos, en esta fiebre lenta de la revolución que devora la vida y no nos deja un solo momento de tranquilidad?” (Mitre, 1936: 59). No obstante, este estado “febril” (una palabra que el joven Mitre conjuga en el texto en varias oportunidades) es pasajero. A poco de cuestionar la capacidad generadora de la lectura, no duda en sostener: “...pero con todo es preciso leer. Más tarde, cuando mi existir no sea tan precario como ahora, pensaremos y acometeremos más grandes obras con más grandes fuerzas” (Mitre, 1936: 30).

La crisis ha pasado. Una inestabilidad que tuvo su epicentro en el corazón mismo de la lectura: nada menos que en aquello que había motivado la redacción de su *Diario*.

En otras oportunidades, ya en una posición estrictamente racional, se lamentaba de una lectura recomendada que no colmaba sus expectativas y que, en consecuencia, se convertía en una especie de “lectura negativa”:

Estoy leyendo *Le livre des orateurs*, de Cormenin. Deseaba con ansia leerlo porque según lo que de él me han dicho su plan se toca mucho con el que yo he adoptado en mis biografías. He leído el libro de los oradores y me ha sorprendido no encontrar en él la profundidad que yo esperaba de un hombre tan eminente como Cormenin. Es un libro de circunstancias, lo que explica la boga que ha tenido en Francia (Mitre, 1936: 41-42).

Al repasar por última vez este trabajo de juventud, y cuando se piensa que el *Diario* es elocuente en los modos de leer de su autor, se presenta una nueva incertidumbre: ¿cuál fue el modelo de lectura que siguió Mitre? Nos referimos a las influencias que recibió de ciertos libros sobre los hábitos y usos lectores, es decir, acerca de su práctica impresa en ese período juvenil. En este punto existe un ejemplo paradigmático en su novela *Soledad* (Mitre, 1847): el influjo de *Julie ou La Nouvelle Héloïse*, de Jean-Jacques Rousseau. Varios autores (Anderson Imbert, 1997 y Garasa, 1990), por otra parte, ya han señalado la presencia intertextual de la obra del ginebrino en este “folletín” y, sin duda, su valor entre los textos iniciales de la literatura argentina (Verdevoye, 1997a, 1997b y 2002: 19).

El autor de *Julie* estableció en esta novela epistolar el modelo de lector y de lectura que requería su libro. Robert Darnton ha puntualizado ese “leer modélico” que se

demandaba en *La Nouvelle Héloïse*, esbozado por Rousseau en sus conocidos prefacios y en la obra misma, y que era similar al que practicó Jean-Jacques con su padre cuando era un niño (Rousseau, 1959: 8-9). En este punto Darnton señala: “Los personajes en la gran novela de Rousseau, *La Nouvelle Héloïse*, se entregan a la lectura con... desenfreno... La vida no puede distinguirse de la lectura” (1998b [1984]: 212). Era necesario, pues, leer y meditar intensamente los textos para digerirlos en su totalidad y lograr así una mayor influencia en el mundo interior del lector. Una influencia que no era tal, pues en esa asimilación el individuo adquiriría una importante autonomía crítica, una autoformación por la meditación. Esto es, un ejercicio lector con una activa participación de quien leía y con un afán de empatía reflexiva con el autor de la obra para apropiarse de los textos elegidos.

Este escenario nos hace recordar, inequívocamente, el paradigma de Mitre en sus lecturas. No en vano, en su exilio boliviano, a pocos meses de la última anotación en el *Diario*, escribe el conocido capítulo quinto de *Soledad* titulado “La Nueva Heloisa”. Los personajes de *Soledad* no solo constituyen una recreación sentimental de Julie y de Saint-Preux, los protagonistas del libro de Rousseau (Anderson Imbert, 1997 y Zó, 2007) o una transposición amorosa de la novela *Indiana*, de George Sand (Curia, 2007 y Rípodas Ardanaz, 1965), sino que en esta instancia Mitre lleva a cabo una representación del prototipo de lectura por él practicado. Cuando Eduardo sorprende a Soledad leyendo *La Nouvelle Héloïse*, Mitre, sin dudar, se adhiere al programa rousseauiano de lectura:

En la página [sic] señalada se encontraba precisamente una de las cartas mas tiernas y amorosas de Saint-Preux. Eduardo se puso a leerla con todo el fuego, con toda la melodía de su voz y la acción animada de que estaba dotado por la naturaleza... (Mitre, 1928: 132).

A lo largo del texto de *Soledad* existen numerosas referencias y guiños furtivos al lector de una profundidad mucho mayor, como recientemente se ha demostrado (Molina, 2011; Unzueta, 2005 y 2006). Pero el punto de mayor interés nos lo depara el capítulo octavo, el “Diario de Soledad”. En él, Mitre deja traslucir el vínculo sutil y a la vez transparente, que existe entre la redacción de su propio *Diario* y el que escribe Soledad. Mitre inserta las técnicas de elaboración de su *Diario* (por ejemplo, el empleo de extractos) en el *Diario* ficticio de su personaje novelesco. De modo que el autor no titubea en utilizar los mismos modelos de lectura y de escritura, tanto en uno como en el otro. Las representaciones de la lectura, indistintamente, participan de ese mundo que comparte lo real y lo narrativo. En este sentido, el joven Mitre ha seguido, aunque sea parcialmente, las recomendaciones sentimentales o románticas que había solicitado Rousseau a sus lectores, creando así una nueva imagen alegórica del acto de poseer las letras impresas.

Sería un error ver a Mitre fuera de este contexto definido por el asedio a los textos. Durante toda la vida, a pesar de los múltiples y ubicuos quehaceres, se mantuvo fiel a su dimensión estrictamente lectora. Es más, en una especie de parábola final, en esa estrecha y casi inverosímil relación que tuvo entre “las palabras y las cosas” (Foucault, 1998 [1966]), entre la arqueología de la escritura y sus inesperadas relaciones con

la realidad, en 1901, al festejarse el jubileo de sus ochenta años, se transformó en un emblema de la cultura impresa, cuando su nombre y retrato, ya incorporado a la modernidad, circulaba en la vida diaria bajo la forma de marcas de cigarrillos y licores (De Marco, 1998; *Homenaje*, 2006: [171-172]).

Una y otra vez, pues, las referencias de lecturas cruzadas nos llevan a Mitre. Un precoz escritor con mucho de rousseauniano en sus habilidades para capturar el mundo tipográfico. Un joven con una gran capacidad para adueñarse de la cautivante otredad que plantean los textos. Inmerso en esa delicada dialéctica que implica el misterioso intercambio entre lo individual y la búsqueda de lo ajeno, del otro. Pero en él este itinerario es forzosamente expropiatorio, pues sus lecturas adquieren un alto grado de intensidad práctica cuyo valor, si bien no es extraño, al menos hoy, nos resulta de compleja interpretación. Mitre se convierte, en cierto sentido, en una especie de “quimera lectora”, de vorágine por el acto de leer en la elección estricta y sigilosa de sus libros. Sus lecturas, amplias o ceñidas, confirman un hecho rotundo: no existen varios tipos de lectura, ya que hay tantas lecturas como libros leídos.

Curiosamente, este hombre polifacético, historiador, político, presidente, lingüista, bibliógrafo, hoy enaltecido o criticado, al prologar sus *Rimas*, en 1854, maldijo a Rosas por apartarlo de su verdadera vocación literaria. A este respecto sus palabras son elocuentes:

Yo tengo otra razón más para odiar a Rosas, y la publicación de estas *Rimas* es mi venganza. Odio a Rosas no solo porque ha sido el verdugo de los argentinos, sino porque a causa de él he tenido que vestir las armas, correr los campos, hacerme

hombre político y lanzarme a la carrera tempestuosa de las revoluciones sin poder seguir mi vocación... Si fuese rey del mundo, pasaría mi *vida haciendo versos* [Cursiva propia]. Y sin embargo, es probable que en el resto de mi vida no haga ni siquiera una docena de versos! (Mitre, 1854: 36).

Sin duda, al escribir estas oraciones, remembrara con nostalgia aquel humilde destino de artillero juvenil en Montevideo, donde la lectura era un horizonte tan infinito como la pampa... y su íntima y postrera imagen, la representación de él mismo bajo un ombú umbroso, con un libro en la mano, lejos de los antagonismos políticos y fraticidas.

Pero más allá de esta imagen algo bucólica y embargada por la melancolía, es necesario dilucidar la íntima vinculación que posee con su *Diario de la juventud*, pues nos manifiesta, gracias a la Historia de la Lectura y de las prácticas lectoras, que su enfrentamiento con Rosas no solo implicó un avatar político, sino que además constituyó, tal vez en mayor medida, una redención personal por el fracaso de su verdadera vocación. La última frase del prefacio de las *Rimas* (Mitre, 1854: 36), dirigida a Domingo Faustino Sarmiento, fortalece esta palpitante frustración:

Adiós, mí querido Sarmiento: sea Ud. poeta.

Bartolomé Mitre

• **Referencias bibliográficas**

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. 1997. Relectura de la *Soledad* de Mitre. En *Revista del Museo Mitre*. 2a. época. No. 10, 43-48.
- BLAIR, ANN. 1996. Bibliothèques portables: les recueils de lieux commus dans le Renaissance tardive. En Baratin, Marc y Christian Jacob, dirs. *Les pouvoirs des bibliothèques: la mémoire des livres en Occident*. Paris: Albin Michel. p. 84-106.
- CAVALLO, GUGLIELMO Y ROGER CHARTIER, dirs. 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- CERTEAU, MICHEL DE. 2007 [1990]. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- CHARTIER, ROGER. 1991. Las prácticas de lo escrito. En Ariès, Philippe y Georges Duby, dirs. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus. Vol. 5. p. 113-161.
- CHARTIER, ROGER. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- CHARTIER, ROGER. 1995. *Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación*. México: Instituto Mora.
- CHARTIER, ROGER. 2005. Escritura, oralidad e imagen en el Siglo de Oro. En su *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia. p. 117-131.
- CHARTIER, ROGER. 2008. *Escuchar a los muertos con los ojos*. Buenos Aires: Katz.
- CURIA, BEATRIZ. 2007. Miguel Cané, (1812-1863), primer novelista argentino. En *Decimonónica*. Vol. 4, no. 1: 23-35. <http://www.decimononica.org/VOL_4.1/Curia_V4.1.pdf> [Consulta: marzo 2011].
- DARNTON, ROBERT. 1993. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- DARNTON, ROBERT. 1998a. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- DARNTON, ROBERT. 1998b. [1984]. Los lectores le responden a Rousseau: la creación de la sensibilidad romántica. En su *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 200-240.
- DARNTON, ROBERT. 2003. *El coloquio de los lectores*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DE MARCO, MIGUEL ÁNGEL. 1998. *Bartolomé Mitre: biografía*. Buenos Aires: Planeta.
- FARINI, JUAN ÁNGEL. 1964. *Cronología del general Mitre*. Buenos Aires: Ministerio de Educación y Justicia, Museo Roca.
- FOUCAULT, MICHEL. 1998 [1966]. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI Editores.
- GANDÍA, ENRIQUE DE. 1939. *Mitre bibliófilo*. Buenos Aires: Institución Mitre.
- GARASA, DELFÍN L. 1990. Lo que leen los personajes. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Tomo 55, no. 217-218, 255-258.
- GINZBURG, CARLO. 1999. *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik.
- GINZBURG, CARLO. 2003 [1989]. *Historia nocturna: las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Ediciones Península.
- GINZBURG, CARLO. 2010. *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Homenaje a Bartolomé Mitre. Centenario de su fallecimiento (1906-2006)*. 2006. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- HUNT, LYNN, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley: University of California Press.
- JARDINE, LISA Y ANTHONY GRAFTON. 1990. Studied for Action: How Gabriel Harvey Read His Livy. En *Past & Present*. No. 129, 30-78.
- KANT, IMMANUEL. 1993 [1797]. ¿Qué es un libro? En su *La metafísica de las costumbres*. Traducción y notas: Adela Cortina Orts y Jesús Conill Sancho. Barcelona: Altaya. p. 114-115.
- LABOUGLE, ALFREDO. 1960. *La vida de Mitre en el Uruguay: influencia del medio en su formación espiritual*. Buenos Aires: Academia de Ciencias Económicas.
- LARBAUD, VALÉRY. 1925. *Ce vice impuni, la lecture...* Paris: Albert Messein.

- MANGUEL, ALBERTO. 1999. *Una historia de la lectura*. Bogotá: Norma.
- MITRE, ADOLFO; MANUEL CONDE MONTERO Y JUAN A. FARINI. 1947. *Apuntes de la juventud de Mitre y Bibliografía de Mitre*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- MITRE, BARTOLOMÉ. 1847. *Soledad: novela original*. Paz de Ayacucho [La Paz]: Imprenta de La Época.
- MITRE, BARTOLOMÉ. 1854. *Rimas*. Con un prefacio del autor. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- MITRE, BARTOLOMÉ. 1928. *Soledad*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina.
- MITRE, BARTOLOMÉ. 1936. *El diario de la juventud de Mitre: 1843-1846*. Buenos Aires: Institución Mitre.
- MOLINA, HEBE BEATRIZ. 2011. *Como crecen los hongos: la novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires: Teseo.
- PAGÉS LARRAYA, ANTONIO. 1943. *La iniciación intelectual de Mitre: trabajos literarios de 1837*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina.
- RÍPODAS ARDANAZ, DAISY. 1965. *Soledad*, la novela de un historiador. En *Trabajos y Comunicaciones*. No. 13. La Plata: Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata. [22] p. [Separata].
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES. 1959. *Œuvres complètes. I: Les confessions*. Édition publiée sous la direction de Bernard Gagnebin et Marcel Raymond. Paris: Librairie Gallimard "Bibliothèque de la Pléiade".
- UNZUETA, FERNANDO. 2005. Escenas de lectura: naciones imaginadas y el romance en la historia en Hispanoamérica. En *Araucaria*. Año 6, no. 13 <http://institucional.us.es/araucaria/nro13/monogr13_3.htm> [Consulta: julio 2011].
- UNZUETA, FERNANDO. 2006. *Soledad* o el romance nacional como folletín: proyectos nacionales y relaciones intertextuales. En *Revista Iberoamericana*. Vol. 72, no. 214, 243-254.
- VERDEVOYE, PAUL. 1997a. Introduction. En *L'Abattoir (1849) d'Esteban Echeverría. Soledad (1847) de Bartolomé Mitre: deux textes*

fondeurs de la littérature argentine; traduits et présentés par Paul Verdevoye. Paris: Éditions L'Harmattan. p. 3-25.

VERDEVOYE, PAUL. 1997b. Oralidad e historia en la literatura: dos preocupaciones de Echeverría y Mitre. En *Palabra y Persona*. Año 1, no. 2, 5-13.

VERDEVOYE, PAUL. 2002. *Literatura Argentina e idiosincrasia*. Prólogo de José Isaacson y Beatriz Curia. Buenos Aires: Corregidor.

WASSERMAN, FABIO. 2005. Escritura, política e historia en el discurso de la generación de 1837. En *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*. Año 5, no. 5, 385-401. <http://www.cehsegreti.com.ar/archivos/FILE_00000094_1287010379.pdf> [Consulta: noviembre 2011].

ZÓ, RAMIRO ESTEBAN. 2007. Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX. En *CILHA*. Año 8, no. 9, 79-97.

8 • *Cuando ellas dicen presente*

Las mujeres y sus imágenes de la lectura y la escritura
en la revista *Fray Mocho* (1912-1918)

• *Introducción y marco teórico*

EL ADVENIMIENTO DE la Nueva Historia de la Cultura tuvo como principal consecuencia la extraordinaria ampliación de los horizontes culturales. Territorios del conocimiento que usualmente estaban considerados desde una importancia relativa, por no decir menor y desdeñable, pasaron a una categorización académica antes insospechada (Geertz, 1990 y Hunt, 1989). Así, en pocos años, con los aportes de investigadores que incursionaron en estas zonas “periféricas o marginales”, rápidamente, surgieron (o están en vías de hacerlo) otras disciplinas o ámbitos de estudio: la Historia y la Sociología de la vida privada y cotidiana (Ariès y Duby, 1990-1992; Certeau, 2000 y Heller, 2002), la historia de la Cultura Popular (Bajtin, 1990 y Burke, 2001), la Historia de la Lectura (Bouza Álvarez, 1997; Cavallo y Chartier, 1998; Chartier, 1993, 1996, 1999, 2006 y 2008; Darnton, 1993, 2003a, 2003b, 2008 y 2010; Manguel, 1998 y 2007; Roggero, 2009), los enfoques modernos sobre la imprenta, los tipógrafos, el libro y su difusión (Eisenstein, 1994; Escarpit, 1968 y 1981; Torné, 2001), el análisis del lenguaje y el discurso (Foucault, 1987 y 1998), las relaciones entre la Antropología y el relato (Ginzburg, 2003 y 2010), las investigaciones

sociogenéticas y las teorías de la modernidad (Elias, 1987; Frisby, 1992 y Gadamer 1993), la irrupción de los estudios subalternos (Guha, 2002 y Sharpe, 1993), la filosofía de la cultura (Simmel, 2002), el nuevo papel de las Ciencias Sociales (Habermas, 1988), la Microhistoria (Burke, 1993 y Levi, 1993), los vínculos entre escritura y sociedad (Petrucci, 1999 y 2003), las relecturas de la estética y la recepción de las obras (Jauss, 1992 y Warning, 1989), la descripción de la fisiología de la lectura (Littau, 2008), la literatura y las mujeres en la lengua española (Kirkpatrick, 1991), los análisis sobre investigación cualitativa (Denzin y Lincoln, 2000), la importancia de los espacios públicos (Guerra, 1998), la narratividad histórica (Ricoeur, 1999), la sociología textual (McKenzie, 2005), la Historia Oral (Havelock, 2008; Moss, et al, 1991; Necochea Gracia y Pozzi, 2008; Ong, 1993), las mutaciones de los soportes de escritura (Vandendorpe, 2003), entre otros numerosos tópicos.

Estos cambios que, en definitiva, constituyen una discusión y reinterpretación sobre el modo de abordar la producción de los registros de información, tuvieron su correspondencia en la Argentina generando, de este modo, una primera aproximación a esta nueva sensibilidad de las Humanidades y las Ciencias Sociales (Ares, 2010; Armus, 1990; Batticuore, 2005; Bombini, 2004; Cucuzza, 2002 y 2007; Devoto y Madero, 1999; Goldman, 1988; Gutiérrez y Romero, 1995; Lander, 2003; Parada, 2007, 2008 y 2009; Piglia, 2005; Prieto, 1988; Saítta, 1998; Sardi, 2006 y 2011; Sarlo, 1988, 1989 y 2000 [1985]; Zanetti, 1997 y 2002).

La Bibliotecología no ha permanecido ajena a estas innovaciones. Varias de sus instrumentaciones pueden aplicarse,

al menos en su aspecto de estructuras formales, en los estudios culturales. Entre los procedimientos bibliotecarios estrictamente profesionales, es factible citar los sistemas de clasificación del conocimiento. Este punto, en particular, se encuentra interrelacionado con lo que se ha denominado “la institucionalización del conocimiento” (Burke, 2002). De tal forma, que los modos de construcción de las tipologías y, también, de las taxonomías de los distintos saberes constituyen, con sus divisiones temáticas, las formas materiales en las cuales los lectores recibirán y se apropiarán de la esfera tipográfica. La Historia de la Lectura debe atender e identificar a estas construcciones artificiales, pero no menos reales, que establecen el “orden de los libros” (Chartier, 1996) en las bibliotecas y, en definitiva, influyen en las respuestas de los lectores ante los textos (Darnton, 1993: 180).

En este contexto, es posible tomar como objeto de estudio a *Fray Mocho*, un *magazine* prototípico de la época, e intentar imbricar estas nuevas metodologías culturales a través de una mirada bibliotecológica que establezca su centro gravitacional en establecer una tipología clasificatoria de las prácticas de lectura y escritura implementadas por las mujeres en esa revista. Los bibliotecarios dedicados a esta clase de investigaciones, pueden articular sus técnicas para agrupar sistemáticamente, en un primer momento, las formas de leer y de escribir, y, a posteriori, intentar su interpretación cualitativa. Como se ha comentado en la Introducción de esta obra, lo importante se asienta en distinguir las resignificaciones entre la Historia Cultural y el porvenir de la Bibliotecología.

El presente ensayo se encuadra en el horizonte de esos nuevos estudios sobre los registros o artefactos culturales, en el dominio móvil y polimórfico donde se entrecruzan la Historia de las Imágenes (Burucúa, 1992 y 2006; Malosetti Costa y Gené, 2009; Szir, 2007, 2009a y 2009b), las apropiaciones textuales y, particularmente, en el caso puntual de las mujeres y sus representaciones lectoras y escritas desde 1912 a 1918. Para ello se ha elegido una revista contemporánea de *Caras y Caretas: Fray Mocho*.

El contexto histórico y social, desarrollado bajo las presidencias de Roque Sáenz Peña, Victorino de la Plaza e Hipólito Yrigoyen, es el que se denomina como la época del Centenario, un momento de gran efervescencia intelectual e ideológica (Altamirano y Sarlo, 1987; Gutman y Reese, 1999; Salas, 1996).

La masiva difusión que tuvieron los *magazines*, las revistas literarias y, posteriormente, las *novelas semanales*, fue un acontecimiento urbano determinante para la configuración de las nuevas prácticas de lectura (Eujanian, 1999; Lafleur, Provenzano y Alonso, 1968 [1962]; Pereyra, 1993; Pierini, 2004; Rogers, 1998; Romano, 2004 y Sarlo, 2000 [1985]).

Por otra parte, no es la primera vez que se estudian las imágenes que aporta *Fray Mocho* para analizar aspectos de la cultura popular y subalterna e, incluso, de lo femenino (Piñeiro y Sotolano, 2001), pues se trata de una revista con una extraordinaria riqueza documental para rastrear las diversas apropiaciones del público al cual estaba dirigida. Un público, en líneas muy generales y sin entrar en definiciones sectarias, típico de clase media, aunque con contactos diagonales hacia otros segmentos.

En dicho marco se han relevado 348 números de este *magazine* (“festivo, literario, artístico y de actualidades”), cuya primera tirada fue el 1º de mayo de 1912, bajo la dirección de Carlos Correa Luna (su redactor era Luis Pardo y José M. Cao, uno de los principales dibujantes), con la finalidad rescatar el universo de las mujeres en un ámbito minimalista o propio de la Microhistoria. Esto es, soslayar las figuras y cánones femeninos más conocidos de esa época para centrarse en las estampas y pasajes de otras visibilidades de *ellas* poco divulgadas, pero no por ello menos significativas.

En una primera aproximación, al recorrer al azar las páginas del *magazine* o semanario ilustrado *Fray Mocho*, durante el período 1912-1918, surge un complejo y ubicuo conglomerado de la presencia femenina en la sociedad de ese entonces (Cicerchia, 2001). Esta complejidad se torna aun más heterogénea, múltiple y dispersa en el caso de las mujeres en su relación con las imágenes de la lectura y la escritura. El horizonte del género, pues, en el momento de identificar dichas representaciones, se caracteriza por su profundo sesgo asistemático y casi lindante con lo caótico. No obstante, si se repara con cierto análisis en ese mundo de la mujer signado por la multiplicidad especular es posible sistematizar, aunque en forma muy modesta, algunos de los temas que aparecen con frecuencia y tenaz recurrencia.

• *Tipologías lectoras desde el ámbito bibliotecario*

Una pregunta se presenta, ante todo, determinante por su importancia: ¿cuáles eran los tipos de lecturas femeninas reproducidos en las ilustraciones y en los textos de *Fray Mocho*?

La variedad de esas situaciones es de tal magnitud que no solo se impone una selección, sino, sobre todo, la necesidad de establecer su tipología mediante una breve descripción. El inventario de estas representaciones, entonces, permite conocer parte de ese universo lector. A continuación se detallan los modelos de lecturas identificados.

Lectura ociosa

La *lectura ociosa* se manifiesta tanto en la vida privada como en la pública. La imagen de una mujer leyendo al aire libre, en la naturaleza, con evocaciones rousseaunianas, es muy asidua. En general los dibujos y las fotografías aso-



cian a la lectura femenina con el universo floral. Tal el caso de la nota titulada “El jardín de las rosas”. Se trata de una excursión periodística al famoso rosedal del Parque Tres de Febrero. Allí observamos a una mujer sentada en un banco con una revista en su regazo. Como se encuentra asediada por las rosas, el epigrafista del artículo, Jorgito Cabral, nos comenta la imagen: “Un banqueto muy mono y una lectora *très charmante*” (*Fray Mocho*. No. 185,

12-nov.-15); es decir, la remembranza de un discurso donde ocio, lectura y belleza comparten una compleja entidad definida por la mirada masculina erotizada.

La amplia blusa, de mangas largas, estampada con delicados medallones, posee en la cintura un delicado conjunto con flecos rematados en perlas. La imagen nos la presenta sobre un diván atiborrado de cojines, al mejor estilo oriental. Un brazo lánguido, como ajeno al mundo tipográfico, nos depara una sorpresa: ella acaba de interrumpir la lectura, pues tiene un libro abierto en su mano... en este momento observa lánguidamente a través de la vidriera de una ventana que, acaso, también sean unos suntuosos jardines de Persia (*FM*. No. 308, 21-marzo-18).

Lectura asistencial

Pero no todo es placidez y ensoñaciones lectoras, pues la realidad social del cosmopolitismo de las ciudades produce el desplazamiento de las imágenes idílicas de unos pocos al ámbito, menos simpático y más urticante, de la supervivencia de muchos. Un ejemplo de ello es la *lectura asistencial* (tanto en un marco escolar como en otro de beneficencia institucional). En una ciudad como la de Buenos Aires, signada por una ingente masa inmigrante y, por consiguiente, por la visibilidad de amplios sectores des-



poseídos, es muy común la presencia de imágenes donde se manifiestan las precarias soluciones que intentan paliar una pobreza siempre creciente y, a veces, descontrolada. La

orfandad y la marginalidad, pues, no suelen estar ausentes de las páginas de *Fray Mocho*.

Una nota resume estas inquietudes. La escena se desarrolla en el “asilo-fonda” de la asociación “La Obra de la Patria”, en la Escuela No. 12 (Consejo 5), de la Boca. Los alumnos pobres, en una apretada fila, esperan su plato de comida. Las leyendas que comentan las distintas fotos hacen alusión directa a la alimentación y no precisamente a la enseñanza: “una pebeta de cinco años, comiendo su menestra (la imagen de una pequeña niña mostrando, con la cabeza gacha, su plato), “comiendo en el patio por falta de sitio en el salón” (los alumnos sentados en el suelo en un desapacible día otoñal), “niños que antes de la fundación de la ‘Sopa Escolar’ vagaban por las calles durante las horas del almuerzo. Ahora comen con apetito mientras sus padres trabajan en las fábricas”. Súbitamente, dentro de este cosmos nutricional, donde parecería que todo ya ha sido dicho y que no queda lugar ni siquiera para el aprendizaje, la foto de una niña huérfana, inmersa en una voraz lectura junto con sus hermanitos (*FM*. No. 5, 31-mayo-12). Una representación utilitaria pero eficaz: la apropiación de lo impreso, en el mundo de miseria de la niñez femenina, como elemento arrojado al futuro con la esperanza de la movilidad social.

Otro caso similar, en marzo de 1915, ahora en la Escuela del Parque Lezama (*FM*. No. 151, 19-mar.-15). Los “niños débiles”, provenientes de los conventillos de la zona, son atendidos en sus más diversas necesidades: comida, deporte, recreación. Luego, nuevamente, la imagen lectora recurrente: la maestra de esta escuela, la señorita Aurelia Solari, lee un texto de J. Alfredo Ferreira, en voz alta, a una niña que está

“patio de su casa”. La imagen es elocuente: El diario apoyado en un barril, ella sentada en una silla destartada y rodeada de cachivaches, la mirada perdida en la lejanía, en una postura no menos válida aunque haya sido solicitada. No obstante, lo que no puede ser artísticamente armado es el comentario del autor de la nota, que no se priva de un sarcasmo de discriminación impresa: “Agueda, la propietaria de los gatos, tomando el sol en su sala de lectura” (*FM*. No. 26, 25-oct.-12).

Dentro de este marco de apropiaciones lectoras de los excluidos sociales, también hacen una fugaz aparición las mujeres de “las víctimas de la Ley Social” (*FM*. No. 10, 5-jul.-12). Nos referimos al mundo de miseria y de abandono en el cual permanecían las familias de los anarquistas y ácratas deportados. Una nota de Juan José Soiza Reilly nos muestra la imagen del poeta Alberto Ghiraldo, director de *Ideas y Figuras*, en el momento que visita a la madre del expulsado José Borovio. La escena es muy convincente. La mujer apenas posee los medios para su elemental subsistencia... pero sobre la mesa en la que recibe a Ghiraldo se encuentra, en primer plano, un volumen impreso. Un lugar donde la lectura y la supervivencia femenina se vinculan íntimamente con la realidad de la militancia política.

*Lectura pública de compromiso y lectura
fotográfica de pose social*

La variedad de las maneras de apropiarse de los textos, sin bien no constante, es muy abundante en *Fray Mocho*. Otro modo de leer de la mujer muy común en ese período, es la *lectura pública de compromiso*. Es un uso que se presenta pre-

ferentemente en los primeros pasos por la igualdad de los derechos políticos, en algunos actos políticos, o en las conferencias sobre un tema determinado. En general, aunque en un número significativamente menor a la presencia masculina, se trata de mujeres leyendo un discurso manuscrito, de pie y en voz alta, ante un público femenino (*FM*. No. 34, 20-dic.-12; *FM*. No. 70, 29-ago.-13; *FM*. No. 114, 3-jul.-14; etc.).

La lectura más habitual —en buena medida, tratándose de un *magazine* con preferencia por las crónicas de la vida urbana— es la *lectura fotográfica de pose social*. Estas imágenes que nada tienen de espontáneas, recurrentes hasta la repetición monocorde, reproducen a la familia en el momento de “posar” ante la lente de la cámara fotográfica. Se trata de un momento “armado” que retrata, en general, al mundo y a las aspiraciones de la clase media ascendente. De ahí que el libro aparezca en su faceta sacralizada en las manos de mujeres o de niñas que simulan leer concentradamente (*FM*. No. 1, 3-mayo-12); o en las conocidas “notas estudiantiles”, donde las jóvenes peritas mercantiles egresadas de la Escuela Superior de Comercio de la Capital posan ante el objetivo con un gran libro en la mano... sus miradas, sus sonrisas y la disposición corporal que adoptan nos dicen, en particular, que el libro es un objeto de valor que garantizó su formación cultural, pero que en esta ocasión lo que menos importa es el acto de leer (*FM*. No. 93, 6-feb.-14).

Lectura artística y lectura de retiro espiritual

También aparecen escenas de lecturas aparentemente antagonicas pero no por ello menos excluyentes de la presencia

de la mujer en la civilización impresa, algunas más mundanas y otras de índole recolecta, como en los casos de la *lectura artística* y la *lectura de retiro espiritual*.

La primera es característica del auge de los espectáculos teatrales y de las conferencias en Buenos Aires, donde las imágenes reproducen a las actrices leyendo su papel o estudiando bajo la tutela del “profesor de lectura artística”. Una muestra de esta forma de leer, cuya moda se había extendido por todo el país, se manifiesta en el éxito de Angelina Pagnano, directora del Conservatorio Nacional de Arte Escénico y profesora “diplomada” de recitación y lectura artística (*FM*. No. 64, 18-jul.-13).

Un ejemplo de *lectura espiritual* se manifiesta en las monjas de clausura del Buen Pastor (Jujuy), en la que una fotografía reproduce a una hermana “junto a la hiedra, leyendo a Santa Teresa de Jesús” (*FM*. No. 26, 25-oct.-12).

También se manifiesta una variante de los usos lectores espirituales por intermedio de las imágenes de la *lectura devota*; esto es, todas aquellas formas de leer relacionadas con la liturgia de la Iglesia Católica, las que se encuentran ampliamente ilustradas en varios *magazines* de la época, preferentemente en Semana Santa. Un caso curioso, por su novedad, es la conocida “mamita de los indios”, la señorita lituana Constanca Zukas, quien en Chubut instrumentó una serie de obras de beneficencia para las aborígenes de la zona. Matías Juncal, el autor del artículo, la ha fotografiado en su reclinatorio personal, junto a un crucifijo, con el libro de oraciones en su mano, bajo el siguiente epígrafe, algo criollista: “Mamita, rezándole un poco a Tata-Dios” (*FM*. No. 63, 11-jul.-13). A continuación, otra fotografía identifica a la “mamita de los

indios” en el momento de escribir su “Himno a la belleza”. Se observa así un círculo que se estrecha dialécticamente —con cierta ambivalencia extraña y nutriente— entre una práctica de lectura sacra y una escritura mundana.

La lectura del mediador lector

La lectura del mediador lector es un uso empleado con frecuencia. Fue una figura muy importante en los períodos de inmigración masiva, cuando ofrecía sus servicios a los compatriotas que carecían de las habilidades para leer el español ante una solicitud laboral, entre otros muchos casos. Pero las imágenes del mediador femenino suelen ser más abundantes en la vida cotidiana.



dantes en la vida cotidiana.

En varias oportunidades se reproduce a jóvenes leyendo en voz alta a distintos miembros de la familia, como si ellas fueran las voces de la alteridad. Tal el ejemplo de la nota de Félix Lima, en la que la nieta de Julián Ávila, el “decano de los socialistas”, lee a su abuelo de 97 años (*FM*. No. 168, 16-jul.-15).

En la leyenda que ilustra la fotografía, ambos sentados en un patio interior, armados de sendos abrigos, el “viejecito” le dice al retoño femenino: “Seguí, mi nieta, leyéndome ese

escrito de *La Vanguardia*. ¡Siguro lo ha di haber aliniaio el doctor don Justo!”.

Lectura célibe y lectura mortuoria



Además se presentan modelos del acto de leer que identifican ciertos estados de la cotidianidad de las mujeres. Algunas de estas situaciones se manifiestan en lo que podríamos llamar, muy genéricamente, la *lectura célibe* o, en

otros casos, la *lectura mortuoria*. Ambas experiencias lectoras están relacionadas con la esfera del matrimonio y la conclusión de la vida gregaria vinculada con el desamparo de la viudez: dos condicionantes que constreñían y pautaban el destino femenino. Un mundo donde el ideal masculino estaba centrado en el ámbito del gineceo reproductor.

La *lectura célibe*, pautada por la impronta de “las solteronas”, es un tema recurrente a lo largo de la historia familiar. En este punto, las páginas de *Fray Mocho* no son una excepción. En todas las instancias la muchacha que pasó a la triste gracia “de vestir santos” (un tema constante que motiva bromas y sarcasmos de mal gusto) no solo se encuentra cercada por la fealdad o la acritud intolerante del carácter, sino que el

tópico que acompaña y define a la célibe femenina es el libro y su apropiación textual. Abundan, pues, los ejemplos de este tipo. Un artículo del 9 de marzo de 1917 (*FM*. No. 254), firmado por Daniel José Stockdale, con dibujos de Luis Macaya, nos brinda la posibilidad de conocer en detalle los tres tipos de mujer de la época según la mirada del periodista-varón. La nota se titula, a secas, “Tríptico”. Las tres chicas que reconoce son: “la romántica” (una joven en un prado florido), “la coqueta” (ahora sensualmente vestida ante su tocador), y... “la solterona”. Esta última aparece en la sala de estar de su casa,



ataviada con un largo y adusto vestido, de pie ante una pequeña mesa y, como no podía ser de otro modo, leyendo. “La solterona”, entonces, la mayoría de las veces, por propiedad conmutativa, tiene como consuelo de su estéril celibato la oportunidad de leer hasta el hartazgo, como si el mundo ti-

pográfico fuera un amante sustituto.

Dentro de este tópico, en mayo de 1914, el escritor Pedro Miguel Obligado compone un poema dedicado a “La institutriz” (*FM*. No. 106, 8-mayo-14). El dibujo que ilustra este soneto libre es elocuente: una delgada mujer, ya marchita por los años, con el rostro hombruno y agrio, en un

aula, leyendo a sus alumnos con un libro en su mano. Unos versos, elegidos al azar, nos ilustran sobre su desafortunada situación:

Mapas, cuentas y libros, gravemente inocula
 en los ojos absortos de los niños, y muestra
 tal indiferentismo, que parece siniestra:
 aunque está junto a todos con nadie se vincula...
 Y cuando no la miran, como una imagen tétrica,
 lagrimea en el fondo de un oscuro rincón...
 Y por eso se sabe que tiene corazón.

Nos encontramos, sin duda, ante un epítome de la soltería femenina, constantemente circunscripta a la “imagen tétrica” de una mujer mustia y rodeada de textos impresos. Soltería y lectura, sin equívocos, son dos momentos punitorios de la vida de estas agrias institutrices, que van de la mano, solidarios entre sí, en el universo de las damas “destinadas a vestir santos”.

La *lectura mortuoria*, en cierto sentido, como se ha señalado, es una variante de la última mencionada. Se presenta al final de la vida de casada, bajo la forma de la viuda lectora. Muchas señoras de negro, compungidas y con ojos lacrimosos,



son reproducidas por los cronistas de *Fray Mocho*. No obstante, existe una visualización que resume a la mayoría. Se trata de una fotografía, aparentemente en el cementerio de Chacarita o de Recoleta, en la que aparece una mujer sentada en la escalinata de mármol que da acceso a una gran bóveda familiar. Ella está totalmente de luto, con una cesta de mimbre al costado, como si hubiera llevado algunos alimentos en esta gira funeraria... y, por supuesto, se encuentra leyendo un libro. La leyenda de la foto puntualiza la intencionalidad de este homenaje en el día de los difuntos: “La oración por los muertos” (*FM*. No. 132, 6-nov.-14).

• *Publicidad e imágenes de lecturas femeninas*

Dentro de este panorama minimalista de las distintas apprehensiones de los textos por parte del público femenino, *los avisos* desempeñaron un papel de gran valor. Su repetición en *Fray Mocho* adquiere tal magnitud de ilustraciones lectoras que es oportuno identificarlas, en este marco, con la denominación de *lectura publicitaria*. Una abundante presencia de anuncios sobre este tópico da cuenta de su importancia. En líneas generales, como es lógico y previsible, los avisos muestran a las mujeres y sus libros en el contexto del consumo y del *comfort*.

Estos anuncios puntualizan *la otra dimensión* de la sacralidad de los impresos: su materialidad y su prestigio en el momento de vincular los bienes materiales con los espirituales. Así, sin mediar alguna sutileza, las jóvenes aparecen leyendo ante el tibio calor de “una estufa a alcohol de La



de la decoración del hogar, por ejemplo, en el momento de consultar la folletería para elegir una alfombra (*FM*. No. 158, 7-mayo.-15); a continuación, en medio de las tareas de cuidar y vigilar a los niños, una joven criada o tal vez una madre, se aboca a una rápida lectura (*FM*. No. 294, 13-dic.-17).

Empero, los laureles en materia de promociones publicitarias, en su íntima relación con ellas, se lo lleva la alimentación y la cocina en el ámbito familiar. Estos avisos son sumamente frecuentes y nos manifiestan lo femenino y su imbricación con “lo nutricional”: una muchacha con una lata de aceite de oliva “T-Tortosa” en un dedo y, a continuación, con el anular de la otra mano, señala una obra con las virtudes impresas de ese notable óleo (*FM*. No. 204, 24-mar.-16); una jovencita, en un amplio y cómodo sillón de mimbre, capturada en el momento en que lee, sin duda, una novela y nos convence, con su placidez y leve sonrisa, de degustar los “Bizcochos Canale” (*FM*. No. 105, 1-mayo-14); una dama elegante, ataviada a la moda, con un sombrero tenue y alado, leyendo en su butaca con dejes rococó, que presenta la sugestiva e irresistible leyenda: “Chocolate por correo para las señoras lectoras de *Fray Mocho*” (*FM*. No. 117, 24-jul.-14); una niña que se inicia en el mundo culinario: tiene seis o siete años, está tocada por un enorme gorro cocinero y tiene en

su mano el extraordinario libro *La cocina moderna* —un antecedente del que sería el mayor *best seller* editorial argentino: *El libro de Dona Petrona* (Alonso, 2011)— que posee cientos de recetas en sus 486 páginas, y que será remitido por correo a “todo lector (léase, lectora) que nos envíe 0,20 centavos en estampillas” (*FM*. No. 219, 7-jul.-16).

En otras ocasiones se producen cruzamientos entre los distintos tipos de lectura ya identificados, como es el caso de la lectura mortuoria con la publicitaria. Una muestra de ello es la publicidad de la conocida casa “Los Lutos”, ubicada en Carlos Pellegrini al 400, donde las viudas podían adquirir una gran variedad de vestidos en el complejo proceso de pasar de un “tapado de primer luto” a otros menos rigurosos. Un clásico aviso de este necrófilo asunto representa a una delgada y bella mujer con un sobrio vestido negro, impregnada por el hálito funerario desde el sombrero hasta los zapatos, pero ensimismada en la lectura de un folleto con los distintos modelos con que sobrellevará la ausencia de su esposo (*FM*. No. 34, 20-dic.-12).

De modo que los anuncios son más significativos de lo que parecen en una primera aproximación. Las escenas de lectura de las mujeres se encuentran fuertemente pautadas por



la moda, las tareas del hogar, la educación de los hijos y las habilidades de la cocina. La cultura tipográfica que aparece en las imágenes de *Fray Mocho* responde fielmente a estos modelos. Los hombres, por añadidura, suelen presentarse con “obras serias” (gruesos volúmenes, en general, encuadernados); en cambio, las lecturas de ellas son pragmáticas y se ciñen a “la utilidad hogareña” (signadas por la constante referencia a los catálogos), en una atmósfera de apropiaciones lectoras menores, casi imbuidas de cierta subalternidad, como acompañando el canon femenino de entonces. Es interesante señalar esa compleja ubicuidad entre economía doméstica, consumo capitalista y prácticas de lectura femeninas en el momento del paradigma social de la publicidad.



Si bien este inventario identifica algunos hábitos en la Microhistoria de la lectura femenina en el período 1912 a 1918, es necesario completarlo con otros aportes del *magazine* que, en un rico panorama, abordan los modos lectores desde otras ópticas. Siguiendo, pues, con el rubro publicitario, un aviso publicado el 13 de febrero de 1914 (*FM*, No. 94) responde al discernimiento de las prácticas de las mujeres en el momento de leer. Se trata de una propaganda del comercio “La Cooperativa Nacional de Consumos”, donde el anunciante, no sabemos por qué razón, ha optado por difundir sus productos de indumentaria (blusas, sacos, pantalones, vestidos, impermeables) con dibujos de hombres y mujeres leyendo. El epígrafe central de su difusión presenta

el lema siguiente: “Todos leen con avidez nuestros anuncios”. Lo interesante de esta publicidad es la división de la lectura por sexos. Pero esta división, al menos en el aviso, no es taxativa. Hombres y mujeres, prácticamente al unísono, leen lo mismo: en primer término, la prensa periódica (*La Nación*, *La Razón*, etc.); las niñas, por su parte, se abocan a la lectura de *PBT*.

• *Nuevas tipologías*

Los novios como celadores de la lectura

También existen propagandas que poseen cierta estructura narrativa. Discursos que elaboran una diminuta ficción o prosas costumbristas que, en alguna medida, preanuncian algunos aspectos de la amplísima difusión de las futuras novelas semanales. Tal el caso del tópico del novio que guía y fomenta las lecturas de su muchacha (Sarlo, 2000 [1985]).

Un ejemplo de esta situación se titula “La carta del novio”, en una publicidad del famoso jabón *Reuter* (*FM*. No. 211, 12-mayo-16). La esquila comienza contando las experiencias que vive en Buenos Aires un joven (“Chicho”) que



está cursando allí sus estudios universitarios. Su novia, junto con una amiga, está sentada en un banco mientras lee la carta, indudablemente, en una zona rural acomodada. Él le comenta acerca del ambiente cultural capitalino y, entre otros acontecimientos, sobre el éxito de la obra *Mamá Culepina*, de García Velloso. A pesar de su confesada animadversión por la escritura (“¡el odio que le profeso a la tinta!”), él no elude, como si fuera algo menor y propio de la liviandad del sexo débil, asumir el papel de proveedor de lecturas al comentarle:

Te mando por este mismo correo el primer número de la nueva Ilustración mensual, que ha resultado, como tú misma juzgarás, una preciosidad. Con ese paquete donde va, además, la novela del día *El mal metafísico*, de Manuel Gálvez, te envío la caja del jabón Reuter...

De modo que en este noviazgo el varón está estableciendo los modelos de lectura de su novia: una bella revista mensual y el éxito novelístico del momento, es decir, aquello que es aceptado como lectura recomendada para jóvenes casaderas.

El travestismo lector

Pero el mundo de la cultura impresa es complejo y mutable. La lectura, como se ha observado, puede estar asociada tanto a la inocencia virginal, la castidad o a las escenas eróticas. La yuxtaposición de mensajes polisemánticos instala lo ambiguo y dudoso como una norma de las prácticas de lectura. Una nota curiosa nos plantea un ejemplo sobre este

hecho. El artículo se titula “Las sorpresas del objetivo o la cortina insidiosa” (*FM*. No. 197, 4-feb.-16). La fotografía reproduce lo que el cronista señala como una posible “actitud comprometedora”:



la imagen de un hombre y una mujer con los pies entrelazados, en una actitud de obvio encuentro pasional. No obstante, la parte superior del cuadro, hasta la altura de las rodillas de ambos, se encuentra cubierta por una cortina negra. Al dar vuelta la página caemos en la cuenta de nuestro inocente equívoco: la señora y el señor, con una mutua y alarmanamente prescindencia, están leyendo. Lo curioso de la imagen es la aceptación del travestismo, pues el hombre se encuentra vestido con medias de mujer y ella con pantalones y calzado masculino. En cierto modo, la apelación a la lectura como algo puro y espiritual, fuera de lo meramente terrenal y carnal, no hace más que acentuar la validez casi sexual de esta escena fotográfica.

El horizonte gráfico y el amor

En otras instancias, el mundo del amor y del flirteo convive con el de las imágenes gráficas que ya invaden la cotidianidad. En el artículo dedicado a los modos y usanzas de “El dragoneo” en Buenos Aires (*FM*. No. 1, 3-mayo-12), se presenta una serie de fotos con escenas de “abordaje” masculino.

Una de ellas habla por sí misma: un hombre casi arrinconado a una muchacha en un exiguo pasillo. Ella se encuentra apoyada contra una vidriera donde se exponen revistas y fotografías, como envuelta por un horizonte tipográfico. La leyenda que ilustra la imagen es elocuente: “Las puertas de los dentistas y las exposiciones de las fotografías preferidas para los paliques amorosos”. Las representaciones del amor establecen sus lazos con aquellas de la vida cotidiana, y la pareja en el pasillo se vuelve una alegoría que alimentará, a su vez, con su diseño, a otras imágenes.

• *Los libros en venta para ellas*

Las lecturas políticamente correctas

Otro rubro de real interés son los libros ofrecidos en venta al segmento femenino. Por intermedio de estos ofrecimientos es posible inferir, aunque sea con prácticas indirectas, cuáles eran las lecturas especialmente recomendadas a las damas. Las obras de referencia ocuparon un lugar especial en la bibliografía de distribución comercial en los hogares, pues muchos de sus anuncios estaban dirigidos para toda la familia, sin distinguir los sexos. No obstante, la publicidad reconocía la influencia decisiva de las señoras en su selección ya que ellas, en cierto sentido, regulaban las lecturas de los hijos. Una obra que alcanzó amplia difusión en los avisos de *Fray Mocho* fue la *Historia del mundo en la Edad Moderna*. En varias ocasiones, los promotores optaron por elegir niñas en edad escolar para su divulgación gráfica. Dos imágenes

son muy sugestivas. Una chica sentada en un banco de plaza, rodeada por plantas, a la vera de un jardín, y mientras vuelve su faz hacia el objetivo de la cámara se apoya en varios tomos de la *Historia* (FM. No. 74, 26-set.-13). En otro aviso, una niña más pequeña, aparece en la cima de dos grandes columnas de libros que, sin duda, se trata de nuestra *Historia* (FM. No. 84, 5-dic.-13). Aunque se reproduce un texto de Carlos Ibarguren en el que sostiene que este título “cooperará al fomento de la ilustración general en forma tan apreciable como la apertura de una biblioteca popular”, la finalidad práctica de estas lecturas es inequívoca.

La obra no solo servirá para transformar a estas niñas en mujeres versadas en temas históricos; su pragmatismo es tan laxo y difuso que relaciona, sin ambages, el concepto de formación educativa gracias a la lectura con los aspectos estéticos y materiales de poseer un libro de esta calidad gráfica. Por eso no se duda, al sostener su utilitarismo lector, en afirmar que “esta obra embellecerá su hogar... y dará una idea de su cultura”. Así reaparece, nuevamente, el concepto de *consumo del acto de leer*, pero ahora en un marco que avala y garantiza a las mujeres del futuro, con una mediación consumista que iguala el pragmatismo estético con la esfera cultural.



En otra ocasión, este esteticismo útil se presenta con un grabado que ilustra a una joven leyendo en voz alta a una dama mayor, esta última suntuosamente vestida: la lectura, para ser cabalmente instructiva, amerita una elegante indumentaria (*FM*. No. 72, 12-set.-13). Los epígrafes que acompañan a la reproducción no hacen más que afirmar esta realidad: “una obra que debe estar en todos los hogares”, “la mejor obra de consulta”, “útil para las señoras”, “útil para los niños”, “un monumento bibliográfico al alcance de todas las fortunas”.

Además, la utilidad debía tener una praxis en la cotidianidad y no una mera abstracción para un posible beneficio en el futuro hipotético. De ahí la propaganda de una obra fundamental para la salud de la familia: *La mujer: médico del hogar*, de Ana Fischer-Dückelmann (*FM*. No. 108, 22-mayo-14). Son las *lecturas concretas y objetivas*, aquellas que tendrán una manipulación y un empleo real (no virtual) en las faenas domésticas. No es ocioso recalcar el nombre de la empresa comercial que vendía este título: “La cultura práctica universal”.

En ese entonces, tal como ya se ha señalado, muchas de las lecturas femeninas se encontraban ceñidas por el culto a la “practicidad hogareña”. Ser una esposa eficaz, según los cánones de ese período, implicaba esta clase de apropiaciones impresas indispensables para gobernar un hogar. El anuncio, entre muchas de sus frases laudatorias, era muy explícito en estos conceptos al sostener: la obra “es una indispensable prenda en el ajuar de toda mujer, y resulta el más apreciado regalo de boda que se pueda hacer a una señorita”.

Es interesante observar, del punto de vista del análisis de discurso, la íntima equiparación material de los libros a los vocablos “prenda” y “ajuar”, como si la obra se identificara con una corporeidad más propia del mundo de los objetos que del ámbito gráfico.

Las lecturas políticamente “incorrectas”

Pero fomentar solo el criterio de “utilidad lectora” opacaría y, en cierto sentido, ocultaría otros usos que alcanzaron una amplia difusión. En este ámbito, existió una gran variedad de lecturas, en su mayoría dirigidas a las mujeres, que podríamos denominar *esotéricas o paracientíficas*. Los avisos en *Fray Mocho* sobre este tópico son muy abundantes. Los temas que abarcan, siempre presentados al público formado por damas y señoras, son los siguientes: la nigromancia, el espiritismo, la quiromancia, el ocultismo, el magnetismo, la interpretación de los sueños, la conquista de la felicidad y del éxito, el culto al naturalismo, la cartomancia, lo enigmático y misterioso, entre otros. A modo de ejemplo ilustrativo se mencionarán algunas de estas publicidades:

1. Un libro gratis de reputación universal con el que se alcanzarán salud, fortuna y belleza. Gratis podéis conseguir el libro que os enseñará a prosperar en los negocios, vencer dificultades, inspirar confianza, captar cariños y amores... (*FM*. No. 32, 6-dic.-12).
2. La magia y el ocultismo. Los que quieran conocer a fondo los grandes secretos de la Magia y Ciencias Ocultas...

pidan sin demora... el interesante libro *Para abrirse camino en la vida* (FM. No. 159, 14-mayo-15).

3. Importante Libro gratis... para triunfar en la vida, saber gobernarse... triunfar en los amores... (FM. No. 95, 20-febr.-14).
4. Gratis completamente se remite a cualquier punto de la república... un hermoso libro de gran importancia, el cual enseña el NATURALISMO... no debe faltar en ninguna casa de familia (FM. No. 69, 22-ago.-13).
5. SE PROHIBE LEER a los que disfrutan de placeres y dichas *Tres llaves de la fortuna*. ¿Desea usted también acabar con las penas, hacer su vida feliz, tener suerte en todo...? Pida sin retardo el libro *Las tres llaves de la fortuna*... (FM. No. 91, 23-ene.-14).
6. El secreto de la felicidad. Los que tengan dificultades, los que sufren, los que no tienen suerte, los que aman y desean ser correspondidos, los que dudan y son desengañados... Gratis, remito un interesante folleto *Los secretos de la naturaleza*, que explica las virtudes de la PODEROSA PIEDRA IMÁN.... Suerte, salud, felicidad (FM. No. 268, 15-jun.-17).
7. CINCO MARAVILLOSOS REGALOS. Regalamos tres juegos mágicos con misteriosos secretos y sus instrucciones completas, para ejecutarlos entre sus relaciones; es el único secreto para que una persona sea querida y respetada por todas. Remitimos también EL MISTERIOSO ALMANAQUE DE LOS SUEÑOS... Gratis también, se remite un interesante y curioso libro, nunca visto, para triunfar en todas las empresas de la vida...y conseguir SALUD,

FORTUNA, AMOR, FELICIDAD, EMPLEOS (*FM*. No. 268, 15-jun.-17).

8. No lea Ud. si nada desea. Acaba de aparecer y es de sensacional acontecimiento solo para los que aspiran a dicha, alegría, salud, negocios, juegos, lotería, amores, simpatías o que quieran contraer RÁPIDOS Y VENTAJOSOS MATRIMONIOS.... su vida se le hace cargosa e insoportable... y recibirá *Las tres llaves de la fortuna* (*FM*. No. 170, 30-jul.-15).
9. Regalamos gratis para Ud. un interesante libro... [para] ser correspondido por la persona amada y obtener salud, amor, fortuna, empleos. Todo lo conseguirá con este precioso libro (*FM*. No. 219, 7-jul.-16).
10. Regalamos gratis para Ud. un hermoso almanaque perfumado, de gran utilidad para Señoras, Señoritas... Basta guardarlo en cualquier sitio para que deje un perfume muy delicado y de mucha duración (*FM*. No. 219, 7-jul.-16).

Estas apropiaciones del acto de leer, aparentemente prototípicas de las mujeres —nos referimos a las presentaciones *pragmáticas y paracientíficas*— establecen una división de género en la Historia de la Lectura en la Argentina de esos años. No obstante, no debe pensarse que fueron de uso exclusivo femenino. Sin duda, estaban pensadas para *ellas* dentro de su rol de economía doméstica y, en particular, por sus ensoñaciones de una vida más idealizada y con una trascendencia que trataba de superar su limitada realidad. Muchos hombres solos, en búsqueda de pareja, también apelaron a esta compleja y dispar bibliografía “ocultista”, demostrado así, nuevamente, que los horizontes lectores cruzan

diagonalmente a los géneros y a la aparente inmovilidad de los sectores sociales.

- *Bibliotecas y mujeres*

Otro espacio donde la participación de la mujer manifiesta un incremento muy notorio es el campo de la lectura femenina en las bibliotecas. Lamentablemente, se carece de la documentación indispensable para un estudio sistemático de su presencia en las salas de lectura durante el siglo XIX y, en especial, por la ausencia de las reproducciones visuales que surgirán posteriormente con el auge de la fotografía (Benjamin, 2011 y Kracauer, 2008), aunque es sabida la significativa concurrencia masculina en las bibliotecas hasta el último tercio de esa centuria, cuando Domingo F. Sarmiento impulsó la creación de las bibliotecas populares y así se amplió el horizonte genérico. Las lecturas de las señoras decimonónicas, en líneas muy generales y salvo excepciones, eran de “puertas adentro”, propias del ámbito familiar o de pequeñas tertulias o salones, tal como se retratan en numerosas novelas latinoamericanas de ese período (Batticuore, 2005 y 2011; Zanetti, 2002). La aparición de los semanarios ilustrados, a partir de 1890, nos permite recuperar las representaciones de esas lectoras y, lo más importante, su visibilidad en el ámbito de la cultura impresa. *Fray Mocho*, en este punto, no es una excepción.

A lo largo de sus páginas aparecen varias fotos que reproducen las salas de lectura de distintos tipos de bibliotecas. Su interpretación permite distinguir tres escenarios: a) la escasez de imágenes donde predominen exclusivamente los varones (cuando aparecen suelen posar ante la cámara con las

estanterías como telón de fondo) (*FM*. No. 115, 9-jul.-14; *FM*. No. 181, 15-oct.-15); b) la abundancia de ilustraciones en las que las mujeres, en cuanto a concurrencia en las bibliotecas, se encuentra a la par de la asistencia masculina (*FM*. No. 94, 13-feb.-14; *FM*. No. 133, 13-nov.-14; *FM*. No. 262, 4-mayo-17; *FM*. No. 272, 13-jun.-17); c) y la tendencia a la exclusividad masculina en las gestiones directivas de las bibliotecas, tal el caso de “la comisión de la nueva biblioteca Juan Bautista Alberdi” de San Luis (*FM*. No. 181, 15-oct.-15), no obstante la notable participación femenina en la atención al público, ya que esa función laboral, como la del magisterio, eran las más aceptadas por la sociedad para los trabajos de ellas “puertas afuera”.

De modo tal que estas representaciones visuales de lectoras en los ámbitos bibliotecarios señalan la apertura y, por qué no, la conquista del espacio público, urbano, gregario y coral (Haberma, 2006), donde las mixturas de género cohabitan tangencialmente con los diversos modos de apropiarse de los registros culturales en los ámbitos de las bibliotecas.

• *La escritura femenina*

Téjer, leer y escribir

En el momento de abordar las imágenes de las mujeres y la escritura en *Fray Mocho*, y como introducción a esa temática, es oportuno mencionar una promoción que llevó a cabo el semanario en enero de 1915 donde se abordaba un tópico vinculado con el mundo femenino y la historia de las

representaciones culturales: la lectura y la escritura en concordancia con las labores del tejido. Estudios recientes han llamado la atención sobre las correlaciones entre el acto de “enhebrar” las letras al formar un discurso textual y la tensión de la trama y la urdimbre en la elaboración de un tejido (Chartier, 2006). En este punto *Fray Mocho* nos brinda un interesante ejemplo cuando anunció el regalo a sus lectoras de “un artístico álbum de labores primorosamente impreso”. En las imágenes del aviso aparecen varias amas de casa bordando en la tranquilidad de su hogar. Dos recreaciones son, en especial, ilustrativas. En primera instancia, una flamante esposa cosiendo con el álbum de labores encima de la mesa: su esposo, de pie, como alejado de esos menesteres ajenos a su sexo, la observa con gran aprobación y beneplácito. En un segundo momento, una representación casi inesperada de integración conyugal: el marido hojea el álbum y ella, mientras borda, estira su cabeza para leer al mismo tiempo que él (*FM*. No. 144, 29-ene.-15).

En cierto sentido este aviso condiciona fuertemente a la mujer dentro de un universo cerrado en cuanto a sus relaciones con la civilización impresa de la época, ya que las labores de bordado y tejido no hacen más que afirmar sus vínculos *operativos y subalternos* con dicha civilización. Pero además, como se observará en otras notas del *Fray Mocho*, el mundo de la “costura doméstica”, será el punto de partida de un conjunto de temas que abordará el segmento femenino de esa década en el momento de la difusión de sus textos, tales como: los consejos hogareños, las “notas femeniles”, la moda, la estética del cuerpo, el cuidado de los niños, la administración de la casa, la alimentación, las “notas sociales”, la poesía barrial, la participación en concursos mediante el envío de

textos por correo, entre una gran variedad de construcciones discursivas.

*La prensa barrial: un pequeño gran laboratorio
para la producción de textos*

¿Cuáles eran, por otra parte, los horizontes textuales de la feminidad en las páginas de *Fray Mocho*? La prensa barrial fue uno de los lugares donde las mujeres comenzaron a participar en las prácticas de la escritura. Los periódicos locales habían alcanzado un significativo desarrollo y, en este contexto de expansión gráfica iniciado a fines del siglo XIX, la mayoría de los barrios de Buenos Aires, así como las cabeceras de partido aledañas a la Capital, poseían un pujante periodismo. Los *magazines* se hicieron eco de esta realidad y, por consiguiente, de la aparición de la mujer como redactora de algunos de sus artículos. Es muy interesante, en este tópico, una nota de Eduardo E. Maggio, titulada “Feminismo literario: notitas de Belgrano” (*FM*. No. 183, 29-oct.-15). Gracias al artículo es posible rastrear un conjunto de diarios y semanarios —*La Prensita de Belgrano*, *La Libertad*, *El Heraldito*— donde un nutrido grupo de “señoritas” son las redactoras de los “suplementos sociales” o, en el caso de las más osadas, de algunos de los “vuelos literarios” de sus páginas. El cronista no solo reproduce sus fotos (instantáneas escenificadas que simulan lecturas) sino que además identifica sus nombres y su condición social de jóvenes acomodadas de Belgrano: Carmen y Candelaria Corvalán, Stella y María Antonio Torino, Ema Ruiz Ovejero, Sara y Delia Casellini,

Albertina Agrelo, Herminia Pini, María Antonia Bernés, Luisa Doufourq, Isabel d'Etchessarry (directora del *Ladie's Review*), Rosa C. Warren Cabral.

Sin embargo, lo significativo no es el mundo de la escritura en el cual se encuentran circunscritas por la división laboral del trabajo impuesta por sus jefes, es decir, por los hombres, abocadas a la articulación textual de los pequeños avatares de la esfera social o de algunas poesías. Lo sobresaliente y, en particular, aquello por lo que las mujeres debieron luchar para conquistar su *libertad de creación discursiva*, se centra en los juicios socarrones e irónicos del autor de la nota. Una selección de estas opiniones demuestra esta “graciosa condescendencia” masculina por la escritura femenina:

Y los lectores aplauden ese entusiasmo literario que trasunta una encomiable actividad espiritual. Manejar la pluma como una aguja de bordar o la tenacilla de los rizos, es una preocupación amable de muchas niñas de Belgrano.

La redacción de la nota social, el *flirt* de la amiguita, la gacetilla sobre la moda... bulle en sus espíritus, y ese esfuerzo ha hecho simpática y esperada con interés la publicación semanal en que colaboran.

Es cierto que el catecismo de la señora Gramática se incomoda a ratos, porque no siempre las manos femeninas la tratan con la suavidad requerida, ¿pero acaso muchas veces no hay que maltratar al árbol para arrancarle una flor?

Algunas niñas ensayan vuelos literarios: vuelan sobre el mar, sobre las nubes, cerca de los picos de las montañas, donde todo es diáfano y etéreo... Y así cumple su misión de aves, cosas

aéreas, impalpables, como las llaman los chicos, en sus divagaciones literarias...

Estos conceptos, desde nuestra óptica arcaicos y discriminatorios, nos brindan la ocasión inmejorable de conocer los *cánones de escritura* (de exposición textual pública) permitidos a las mujeres: las notas de “sociedad”, los vuelos líricos “diáfanos y etéreos”, las primicias escandalosas en el mundillo de la “gente bien”, los enredos amorosos o *flirts* del momento, y la siempre presente y caprichosa tiranía de la moda. Otros temas estaban vedados y eran propiedad exclusiva del ámbito varonil. E incluso, estos pequeños y tímidos aportes de “las niñas” en el territorio de la escritura barrial —pues el vocablo “mujeres” se torna esquivo— son vistos con “simpatía” y como incursiones afablemente toleradas, a pesar de que “la señora Gramática se incomoda”. Se tiene la sospecha, en definitiva, de que nos encontramos ante el “favor de escritura expuesta” dado por los hombres al sexo débil. No obstante, gracias a estas primeras incursiones sería posible, en un futuro, conquistar los temas de escritura explícitamente masculinos, donde la condescendencia cedería ante la competencia y la habilidad de ellas en las prácticas de la pluma.

En otro caso, también identificado con la prensa barrial, existe una contribución o relato costumbrista de L. Larguía en la que se narra una temática de especial interés: la posibilidad de conocer cómo escribían las chicas de barrio y, por añadidura, cuáles eran los usos de la escritura que tenían de ellas otros sectores letrados o semiletrados, en este caso, el periodista responsable de la crónica. En el texto en cuestión, titulado *Corazón suburbano*, abundan los fragmentos sobre “la sección literaria de los periódicos parroquiales”, escritos

por jóvenes de ambos sexos. Veamos el itinerario de Violeta, una joven vecina de los suburbios de Buenos Aires, donde en el anonimato literario femenino, florece entre madre selvas, antiguas rejas y el dulce olor de los paraísos en noviembre.

Las niñas –pues las niñas escriben– firman: Violeta, Myosotis, Rosa Te y otros apellidos de jardinería: Llegan hasta firmar La Dama Azul, cosa contraproducente. Se dedican especialmente a la nota compasiva: ‘la pobre Esther abandonada’, víctima definitiva del amor y otros accidentes afines, y de la niña que pasó del palacio a la choza, o viceversa. Lágrimas, muchas lágrimas, a todas horas... Y, sin embargo, toda esa literatura explosiva, ¿qué es sino poesía salvaje e instintiva, una violenta fuga sentimental que quiere escaparse de la vulgaridad atroz del barrio cursi? ‘Violeta’, estoy seguro, es una niña que estudia los primeros pasos de solfeo, gusta de los perritos de yeso y adorna su repisa con papel de barrilete. Loca por el cinematógrafo... En su casa no se habla sino del precio de la seda, de la faya, de la cinta, del precio de los comestibles. Pero he aquí que una buena noche de luna late en ella por un instante el corazón de Dido, e impreca e implora al Destino como la reina antigua. ¿Con qué palabras? Con las palabras de la novela cursi que fue su única visión de arte en el medio vulgar en que vive; pero aquello que ha escrito es la más alta, la más honda vibración de esa visión de arte que pasó por su espíritu atado a lo cotidiano, como en el agua muerta pasa el reflejo de un pájaro que alza el vuelo (*FM*. No. 238, 17-nov.-16).

Lo realmente importante en estos párrafos (aún imbuidos de esa condescendencia masculina ante la escritura femenina) es su testimonio narrativo, casi antropológico, pero no por ello menos contundente y aleccionador, de la escritura en la vida cotidiana de una mujer suburbana en una gran

metrópolis. Sin duda, estas “niñas” que ahora ejercen el acto de escribir tienen sus remotos orígenes, tanto por la temática como por las imágenes que evocan, en las mujeres románticas de siglo XIX; pero también es preciso señalar que, a lo largo de ese siglo, ya habían cumplido una significativa trayectoria en el rol femenino diseñado para ellas por Alberdi y Sarmiento (Batticuore, 2005). El marco de ficcionalización costumbrista de la escritura de la mujer, además, es una nueva prueba de la íntima relación entre las lectoras y su imbricación con las concepciones morales y sociales de cada época (Zanetti, 2002).

*Los concursos de poesía femenina:
el relato poético de las amas de casa*

Pero la “poesía doméstica” de las mujeres no solo se limitaba a la extraordinaria difusión de la prensa “parroquial”. Gracias nuevamente a las publicaciones —ese pujante laboratorio de la civilización impresa donde se vinculan economía/comercio y escritura/lectura— es factible rescatar una multitud de prácticas textuales femeninas. En *Fray Mocho* abundan estos casos y su elección, en consecuencia, es



arbitraria y azarosa. Sin embargo, la propaganda del concurso organizado por el “polvo graseoso [sic]” de LEICHNER, nos brinda una oportunidad inmejorable para identificar la producción de estos discursos. Las bases del evento eran las siguientes:

Los propietarios del afamado Polvo Graseoso Leichner, queriendo agradecer el constante favor que las damas vienen dispensando a su exquisito producto, han resulto obsequiar \$ 4.650 m/n. de c/l., distribuidos en 1.287 premios,...

La condición para obtener el codiciado monto de dinero era “remitir una cuarteta haciendo referencia al Polvo Graseoso Leichner, la que debe ser escrita en castellano”. Las poesías, escritas con la liviandad de las mínimas circunstancias que exigía el tenor romántico de un polvo de belleza, eran, en líneas generales, de este tenor:

Al divino Dios debo mi ser,
y mi rostro tan hermoso
lo debo al polvo Leichner,
que es fino, adherente y delicioso.

Soy un poco coquetona
y un todo de presumida
y desde que uso el polvo Leichner
soy en todo más querida.

El día que yo nací
le oí decir a mi madre:
‘Si no usas los polvos Leichner,
no conquistarás a nadie’.

Lo significativo de ese ejercicio de “poesía doméstica comercial” se centra en el hecho de que la escritura de las mujeres ya jugaba un papel importante en la rutina de sus vidas, ya que estos ejercicios textuales constituyen el resultado de las primeras campañas de alfabetización y escolarización y, por sobre todo, del explosivo desarrollo gráfico y urbano. Esto se confirma porque ellas no solo firmaban con sus nombres las cuartetas, en un intento de salir del anonimato y estampar su autoría y propiedad, sino que identificaban sus lugares geográficos de procedencia, construyendo así una topografía de “la escritura de ellas” en la Argentina. En este contexto, muchas son oriundas de Capital, pero también las hay de Oliveros (F. C. S. E.), Mercedes, Colón, La Colina, Rosario, Lanús, Bragado, San Jorge (F. C. S.), Mercedes, San Pedro, Chivilcoy, entre otras localidades (*FM*. No. 345, 3-dic.-18; *FM*. No. 346, 10-dic.-18; *FM*. No. 347, 17-dic.-18; *FM*. No. 348, 24-dic.-18).

Las cartas de amor

Otro rubro de antigua presencia en la escritura popular femenina y masculina, de gran incidencia y difusión durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX fueron, sin duda, “las cartas de amor” para formalizar una pareja. Esta “escritura amorosa o pasional”, en varias ocasiones, señala el grado de alfabetización de muchas mujeres de los segmentos humildes y medios de la Argentina de ese entonces. Los errores de composición, las faltas gramaticales, la estructura de la frase en sus discontinuidades son los elementos identificatorios de esa tensa y dramática lucha por expresarse



y dominar, aunque sea elementalmente, el idioma. Una nota redactada bajo el amoroso nombre de “Cupido López”, con el título de “Cartas de amor”, presenta un conjunto de misivas amatorias, tanto de varones como de señoritas (FM. No. 39, 24-ene.-13).

El artículo reproduce, en forma facsímil, varias de las epístolas y las fotos de muchos de los aspirantes; está adornado, en los márgenes de sus páginas, por pequeños corazoncitos atravesados por una flecha. En el ángulo superior el cajista tipógrafo ha colocado el dibujo de un pequeño niño cupido leyendo los textos de los amantes. Una breve selección de las cartas de las jóvenes nos ilustra sobre este punto:

Apreciable señor

Remitolé el retrato como una prueba fehaciente de que ... en mi alma jóven abrigó la esperanza verdadera, [de] formar un nido de amor porvenir [sic] haciendo la felicidad de un hombre como yo pienso, serio en sus tratos como hacendoso. Me pedi dátos [sic]? – No sé –agregaré son [sic]: trigüenita –gruesa –regular estatura –pelo un algo castaño –mui de mi casa i alejada del tocador –partidaria de la verdad –enemiga de la mentira. Yo también exijo de su fotografía, mas datos. En caso de serle mi retrato feo i antipático devuelvámelo en el acto para sepultarme en el silencio de la muerte. (Debo advertir que mis ultimas fotografías son mui Grandes...

Habiéndonos enterado por su aviso en La Argentina que deseaban mantener relaciones con fines matrimoniales con señoritas de 16 a 20 años de edad ... podran apersonarse a las 5 de la tarde en la calle Almagro de Honduras... señas particulares para distinguirlos deverán [sic] llevar una flor blanca en el ojal del saco y corbatas punzó o celeste.

Señoritas O. S. y P. F.

Palermo.

Usted disculpe caballero pero lo correcto para mi persona sería que Usted hablase con mi señor papá o mi Sra. Mamá, no es que desconfíe de Usted [sic] pruebas me ha dado de su amor. Disculpe la letra y las faltas pero escribo sobresaltada con el temor de mamá.

Son de particular interés los comentarios del autor de este trabajo, ya que constituyen una radiografía de las prácticas de escrituras de muchas porteñas entre los años de 1912 a 1918. Por otra parte, en el artículo periodístico se hace una especial mención a aquellos elementos que actuaban como *soportes* o artefactos de ayuda material en el momento de escribir: los famosos *epistolarios amorosos* o *manuales de carta de amor* (Sierra Blas, 2003).

Estas recopilaciones de misivas “pretextualizadas” según los cánones sociales y morales establecidos, compartían una larga y compleja familia de antologías sobre diversas temáticas (cartas de presentación, de solicitud laboral, de felicitaciones, de pésame, de índole comercial, etcétera). Fueron fundamentales para establecer y enlazar el mundo de las relaciones humanas con la complejidad de la civilización escrita e impresa. En este contexto, surgen dos elementos insoslayables en la Historia de la Escritura: el individuo que

actuaba como mediador por su destreza en el acto de escribir, representando a aquellos que carecían de esta habilidad; y el objeto-libro-manual, en este caso los *epistolarios amorosos*, a los que se recurría como ayuda indispensable cuando se deseaba elaborar un discurso determinado.

Ese proceso de articulaciones sociales y sus necesidades discursivas de expresión mediante las apropiaciones de los textos amorosos en los *epistolarios*, está claramente expuesto por el responsable de la crónica “Cartas de amor”; el periodista, además, señala un hecho de interés: el comienzo de la decadencia de estas recopilaciones por las sustitución gradual de las prácticas propias, ya en un contexto de franca escolarización urbana que prefiere la creación individual a la ajena-mediadora.

Las cartas de amor son, sin duda alguna, un arte difícil, pero, no obstante, al alcance de las multitudes. No existe en el mundo un ser... que no haya escrito una misiva amorosa, pues hasta los analfabetos... se hacen enseñar aquellas palabritas de práctica en esta índole de correspondencia... Pero no son los más aquellos que privados de toda noción de escritura y lectura, leen o escriben, sin embargo. La generalidad posee esas nociones, aunque deficientes, pero la ortografía no tiene nada que hacer en estos asuntos. Faltará gramática, forma, redacción correcta, pero siempre habrá poesía en esas cartas de amor... Empero, estas dificultadas las salvan ellos, apelando a un ‘Epistolario amoroso’. De este modo sus cartas ganan a la vez en elocuencia y galanura de estilo. Eligen la epístola más abundante en términos desconocidos para ellos, y al buzón... Pero en estos tiempos que corren, los epistolarios han pasado de moda. Cada pinche de escritorio o cadete de tienda, lleva en su sesera un algo de poeta. Gracias a tales dones, pueden ellos propios sin

ayuda ninguna [se refiere a ambos sexos], escribir su declaración amorosa...

Diversidad en las expresiones de escritura

Fray Mocho, tal como se ha señalado, presenta numerosas imágenes de escritura y de producciones de textos femeninas. La publicidad, sin equívocos, constituye un lugar común para identificar varias de estas escenas.

Al retomar los avisos del jabón *Reuter*, dentro de este tópico, es posible rescatar un anuncio que se titula “Las primeras letras” (*FM*. No. 180, 8-oct.-15). La ilustración es sencilla: se reproduce un aula escolar en el momento en que una niña escribe la palabra *Reuter* en el pizarrón, ante la mirada algo sorprendida de la maestra. El texto que acompaña la representación posee varios elementos de interés. En primera instancia, se expone una breve síntesis de la evolución de la escritura en el ámbito de la escuela:

Ha cambiado mucho la cartilla, desde aquellos buenos tiempos en que el abecedario empezaba por ‘Cristo’. El sistema actual, más que ideal, es práctico, y más que práctico, impresionista.



La mente del niño es una placa fotográfica; hay que sugerirle desde temprano ideas que condigan con el reglamento primordial de su vida. No importa que empiecen o no por el conocimiento de las letras. ¡Ya las aprenderán con el tiempo!

Luego el aviso continúa con su discurso y relaciona la higiene de los niños con el jabón *Reuter*. El interés de esta exposición radica en que manifiesta, dentro de la esfera comercial de la publicidad, la profunda secularización de la escritura en la enseñanza formal y en la sociedad, pero ahora a través de un bien de consumo. Esta breve historia que abarca del catecismo colonial a los manuales escolares de la segunda década del siglo xx, posee un plus de mayor significación: “la mente del niño es una placa fotográfica”, es decir, existe una concienciación del poder de las imágenes como un lenguaje gráfico a la par del impreso. El anuncio, en su concepción alegórica, establece la íntima relación que existe en la modernidad entre el texto y su representación.

Finalmente, el relato publicitario concluye con un diálogo, jocoso y equívoco, de la docente con la niña: la maestra le dictó la palabra ‘jabón’ y la alumna escribió *Reuter*. La escritura, en este punto, se vincula —en una fuerte articulación al servicio del consumo— con un artículo específico. Varias ideas dispares, entonces, giran alrededor de la escritura de las niñas que, posiblemente, se presenten en su vida de mujeres adultas bajo otras apariencias disímiles, pero a la vez similares.

Por otra parte, una escenificación muy común en *Fray Mocho* fue, sin duda, las representaciones de “las admiradoras”. ¿Quiénes eran, pues, las que se escondían bajo este nombre? Eran las damas que escribían a los varones famosos.

Esta figura de escritura de las mujeres era, la mayoría de las veces (por no decir, todas) motivo de sarcasmos por parte de los hombres. Ellas suelen aparecer, en varias notas del *magazine*, escribiendo a sus “ídolos” con mirada soñadora y perdida. El 15 de mayo de 1914 (*FM*. No. 107), en una de sus portadas más importantes, *Fray Mocho* ilustró a una mujer en el momento que escribía a su “admirado”. El dibujo lleva una falsa leyenda femenina (se trata de una redacción masculina):

Señor Martín Gil: Entusiasta admiradora de la ciencia que usted cultiva, de esa ciencia que consigue hacer de un hombre un dios, le pido quiera impedir que llueva el 25 de mayo, porque tengo un vestido que he recibido de París.

De este modo, cuando ellas escriben desde la posición de “admiradoras”, para muchos hombres, lo hacen en el ámbito de una textualidad menor y subalterna. Un acto de escritura digno de burlas livianas, pero siempre, en su sutil trama, de discriminación ante la superioridad —en el acto de escribir— de los hombres.

• *Las artes gráficas y las mujeres*

Una impresora modelo

La participación de la mujer en un segmento laboral de complejidades técnicas, como el caso de las artes gráficas, es uno de los tópicos más inesperados de la visibilidad femenina en una profesión estrictamente varonil hasta principios del siglo xx. La imprenta, pues, y la reproducción mecánica

de la escritura a través de la imposición tipográfica no fueron ajenas a las actividades de las mujeres. Una prueba de ello fue la extraordinaria labor que llevó a cabo, en el diario *Bahía Blanca*, Laura Allende, esposa del director del periódico, Francisco C. Cordero y Urquiza (*FM*. No. 32, 6-dic.-12). En el artículo titulado “Un matrimonio de periodistas”, el semanario *Fray Mocho* reproduce un conjunto de fotografías, donde la señora Allende se hace cargo, literalmente, de la composición, la diagramación, las planchas y la impresión del diario, al transformarse, de hecho, en la apropiadora total de ese universo de imposición tipográfica. El cronista comenta el acontecimiento con los conceptos siguientes:

[ella] redacta, compone a máquina, corrige pruebas, elabora fotograbados, administra. ¡Toda una nota!... En el teclado de una ‘typograph’... arreglando y componiendo el servicio telegráfico de Buenos Aires... la heroína de nuestra nota. Nos recibió con una sonrisa y con estas palabras: ‘Mis últimas puntadas al servicio telegráfico del día’.

No sabemos si el vocablo “puntada” en ese contexto de habilidades y pericias gráficas, expresado por la señora Laura Allende, acaso incorporaba un comentario irónico a la manida rutina del bordado doméstico de las damas, en esa íntima relación entre tejido y escritura, pero lo cierto, sea mordaz o no, es que en las entrelíneas discursivas retumban los ecos de una reivindicación de género.

Una tipógrafa siria

Pero el conocimiento y la manipulación de la materialidad técnica dentro de la prensa gráfica por parte de las mujeres, en una capital cosmopolita como Buenos Aires, también se explayaba a otras comunidades de emigrantes. El periodismo sirio porteño, en un ámbito de herencia cultural donde aparentemente las jóvenes estaban excluidas, es un buen ejemplo de visibilidad tipográfica de la mujer. El diario de la tarde *Azzaman* (*La Época*), cuyas oficinas estaban ubicadas “en la calle Santa Fe entre las de Paraguay y Tres Sargentos”, era una pequeña y pujante empresa periodística, a cargo de la familia de Miguel Samra. En este pequeño emprendimiento editorial las mujeres, nuevamente, llevaban a cabo sus labores a la par de los hombres. Luisa Samra (“tipógrafa y minervista”) era, nada menos, la responsable de imprimir en la “minerva” la tirada del periódico, y aparece retratada junto a la impresora “pinza en mano y corrigiendo una forma”. La “señorita Ángela Samra”, junto con su hermano Salvador, se encargaba “de doblar y empaquetar” los ejemplares de *Azzaman* para su distribución en todo el territorio argentino (*FM*. No. 52, 25-abr.-13).

• *La pasión por las Bellas Artes y la conquista de las imágenes*

Entre las tareas modélicas que se esperaba de las mujeres y, fundamentalmente, en el disciplinamiento social de sus vidas y profesiones (maestras, amas de casa, profesoras de piano y dibujo, etc.) existe un quehacer colmado abrumadoramente

por la participación activa femenina: las alumnas regulares de la Academia de Bellas Artes. Este rubro no es una cuantificación menor, pues en cierto sentido las artes plásticas manifiestan “una meta imagen” de las representaciones de las mujeres a través de la gestación especular de ellas mismas.

Resulta de particular interés que en esa pugna por conquistar los *espacios de dominio gráfico*, (zonas fundamentales en futuros discursos contestatarios), tanto visuales como textuales, hasta hace no mucho territorios de exclusividad masculina, ellas opten por dominar una de las herramientas fundamentales para afirmar su identidad de género: *el cosmos polisemántico de las imágenes*. Es decir, ese universo que desde principios del siglo xx, y con la aparición de los *magazines* en la Argentina, constituía una abigarrada mixtura de lecturas cruzadas de textos y reproducciones visuales (Szir, 2007).

Hay un artículo en *Fray Mochó*, titulado “En la Academia de Bellas Artes”, donde el cronista, un hombre bajo el seudónimo de Sakia Muni, al comentar algunos aspectos de esta institución, cae súbitamente en la cuenta que casi todo el alumnado son “niñas” (*FM*. No. 56, 23-mayo-13). Sus reflexiones y preguntas bien pueden tomarse como una metáfora de esa situación ambigua, indeterminada y ambivalente de comprender el misterio de la alteridad en un momento en que se perfilaban grandes cambios en las relaciones de género.

... tampoco sospechaba... que en esa multitud de alumnos las niñas estuvieran en mayoría absoluta... Sin embargo, así es. Pero, me preguntaba, ¿por qué esa mayoría?... Y además, ¿por qué estaba ahí esa multitud de niñas?... ¿Qué móvil presidía

esa concurrencia femenil? ¿Qué pensamiento ocupaba esas cabecitas tan atentas...? Pregunto, pues, a una de esas niñas: ¿Ama usted mucho la pintura, señorita?... —‘Es verdad, señor; me agrada mucho’. Era preciso creerlo, y cree en su amor a la pintura, en su amor a lo bello... Pero aún me asaltaba un temor. ¿Podría decir que este caso no fuera excepcional? ¿No se cumpliría en otros casos un precepto mundano...? ¿No se buscaría en muchos una ampliación de los adornos del espíritu, un simple refinamiento de la cultura de los sentimientos?

El autor de la nota de actualidad, en ese imperio visual de las mujeres, está confuso, algo anonadado. No solo se trata de un problema de comprensión de la dimensión de otredad, ya que no puede salir de su pura mismidad y se encuentra en la situación habitual que padecen “las niñas”: se halla en inferioridad de predominio numérico y ya él no establece las normas de exclusión gráfica y discursiva. La respuesta que obtiene también le es indiscernible: hay un gusto femenino del “hacer por el hacer mismo”, fuera de las normas utilitarias y de pragmatismo doméstico que les impone la civilización impresa a muchas mujeres y, por añadidura, la aceptada por los hombres.

• *Otras articulaciones de la cultura impresa*

Un “juguete de actualidad”

La civilización impresa constituye, además, un sutil entramado de escrituras donde emergen hechos inesperados pero no por ello menos interesantes y que, inequívocamente,

demuestran la versatilidad de los discursos en los espacios urbanos. Un ejemplo de esta visibilidad textual es el curioso “Juguete de actualidad” que se incluyó dentro del ejemplar de *Fray Mocho* el 6 de diciembre de 1912 (*FM*. No. 32). En realidad, se trata de un antecedente material de lo que hoy se denomina genéricamente como “artefactos culturales”. El objeto consistía en un aro de cartulina con un orificio en su centro, similar a una ancha pulsera. En uno de sus lados tenía las instrucciones para su empleo: “Enróllese el ejemplar de FRAY MOCHO y colóquese el ala del sombrero”. Al parecer estos “juguetes tipográficos”, una especie de divertimentos para el lector en el ámbito de la creciente circulación laboral ciudadana, estaban pensados más para el uso masculino que para el transporte femenino, pues sin duda pocas señoras los usaron como un motivo alado en su indumentaria. En un sentido amplio, aunque las niñas y las mujeres los hayan usado de diversas formas, el juguete era un artefacto cultural instalado desde la manipulación de los varones y, de esta manera, establecía cierta discriminación a partir de la materialidad impresa.

Los reclames “caminantes”

En otras situaciones, sin embargo, como en algunos anuncios publicitarios y en los famosos “reclames”, la participación femenina en el universo de la *circulación* o *movilidad impresa* era muy activa. Un dibujo de la “Tintorería APRAT” nos brinda la ocasión de observar a un conjunto

de niñas caminando hacia su horizonte de immaculada limpieza, donde cada una lleva una enorme letra en la mano que reconstruye el nombre de la firma comercial (*FM*. No. 19, 6-sept.-12). En otro caso de “avisos caminantes”, siempre en el rubro de la publicidad, una niña porta un gran cartel sujetado a sus hombros, en el cual se publicita que La Favorita “es la mejor harina para cocinar” (*FM*. No. 30, 22-nov.-12).

Erotismo y lectura

Existe un conjunto de escenificaciones muy habitual en *Fray Mocho*: la promoción de la lencería femenina. En una de estas publicidades la modelo está ceñida por un coqueto y tenue corsé, sentada ante la luna del espejo de su tocador; tiene los codos apoyados en la mesa: en medio de su vaporosa intimidad lee, con gran concentración, un libro (*FM*. No. 58, 6-jun.-13). En otros anuncios similares, muchas veces acompañadas por libros (*FM*. No. 105, 1º.-mayo-14), el lector tiene una sensación inequívoca: las observamos en el momento en que, aparentemente, están por desprenderse de esa prenda

intima de lencería (*FM*. No. 189, 1º.-dic.-15).

En la reproducción gráfica hay varios elementos en juego. Por un lado, el habitual uso del erotismo en la venta de un bien de consumo: el imaginario, pues, de que la obtención



del artículo significa la posesión del cuerpo ofrecido. Sin embargo, el cuadro admite otro acercamiento. Y se presenta la pregunta siguiente: ¿por qué está el libro tan próximo a esa sensualidad comercial? Siempre se ha hablado de la histeria femenina como un lugar donde confluyen una serie de represiones psicológicas. Pero la presencia aquí de los textos impresos encubre otra perspectiva: la relación íntima entre la liberación del corsé y la accesibilidad a la movilidad social que implicaba apropiarse de los discursos tipográficos.

En este plano estrictamente simbólico se reformula la nueva interrogante: ¿la atribuida condición histérica de las mujeres, en la vorágine de la civilización impresa, no es una máscara de la masculinidad para camuflar su propia histeria ante las posibilidades futuras que se les abren a ellas en su dominio de las textualidades? Estos acercamientos deben ser tenidos en cuenta en el momento de reflexionar sobre la lectura y su infinita literatura bibliográfica, pues el acto de leer también implica una complicidad o una tensión compartida y, a la vez, discontinua, a partir del género, es decir, de las instancias sexuales del cuerpo y de lo biológico (Littau, 2008).

- *Reflexiones finales*

Los “magazines” y el universo femenino

Es necesario observar la importancia de la mujer en su rol, cada vez mayor, como público destinatario de muchos *magazines* de la época. *Fray Mocho*, por ejemplo, poseía dos secciones dedicadas a ellas: “Notas femeninas” y “Entre nosotras”.

Sin embargo, por propiedad transitiva, es indudable que otras entradas estaban diseñadas mucho más para la mujer que para el hombre, tales los casos de los apartados “De provincias”, “Sociedades”, “Casino” y las numerosas notas sobre el teatro, el cinematógrafo, el hogar y la moda.

Además, un rubro las incluía especialmente: el incipiente universo de la publicidad gráfica. Este fenómeno ya ha sido identificado por estudios anteriores y, en un sentido amplio, responde a las características siguientes: a) los *magazines* (como *Caras y Caretas*, *PBT*, *Fray Mocho*, etc.) constituyen un antecedente discursivo de las novelas semanales, cuyo auge se dio en el período de 1917 a 1927; b) existe una tendencia, tanto en esos semanarios como en las “novelas barriales”, de conquistar el horizonte femenino (por su temática sentimental, por su estructura narrativa, por su difusión en el hogar); c) los *magazines*, además, debido a su diagramación gráfica en distintas secciones y por la facilidad de su transporte en la ciudad, mutaron las formas y los modos de leer, ya que diseñaron el uso de “apropiación fragmental” de la lectura que, inequívocamente, sería una característica de muchas novelas semanales; d) el auge de estos “semanarios festivos” se enmarca dentro del contexto de los procesos de escolaridad y urbanización y, en particular, por la aparición de una economía de consumo y por un hecho antes desconocido: el desarrollo del ocio, que trajo como consecuencia el advenimiento de una sensibilidad “más depurada”; e) este proceso, donde los sectores poco letrados (y la presencia femenina fue fundamental) ganaron un amplio terreno ya conocida en el criollismo un importante antecedente de literatura popular; y f) los cambios que introducen los *magazines* en las formas

de apropiación textual, de hecho, manifiestan una reforma radical en las prácticas de lectura (Pierini, 2004; Prieto, 1988; Romano, 2004 y Sarlo, 2000 [1985]).

En este panorama surge una nueva pregunta, ¿qué mujeres leían estas revistas? A través de sus páginas *Fray Mocho* reconstruye esta variopinta galería femenina: amas de casa, niñas y adolescentes, jóvenes señoritas, damas maduras (solteras y viudas), costureras y planchadoras, maestras, profesoras de música y dibujo, docentes secundarias, recitadoras, obreras, mujeres de la clase media, etc. Una heterogénea iconografía de ellas que se resuelve en una mixtura de complejo asedio e interpretación, donde la espiritualización de las madres de familia se liga con el erotismo, la frivolidad y la voluptuosidad; en la que la realidad de la vida enlaza las tareas del bordado con los sueños y las idealizaciones del sentimiento; donde se preconiza una mujer con tonalidades acrílicas y superficiales junto a la activa militancia de las sufragistas y las luchadoras sociales.

Una ciudad, como Buenos Aires, en la que las socialistas pugnaban por su propio territorio (*FM*. No. 69, 22-ago.-13; *FM*. No. 157, 30-abr.-15; *FM*. No. 266, 1º. Jun.-17); donde doña Manuela Zulema Dorronzoro obtuvo el primer “brevet” de “conductora de automóvil-taxímetro” (*FM*. No. 139, 25-dic.-14), y en la cual María Luisa González de Muñoz se ganaba la vida como “canillita” (*FM*. No. 247, 19-ene.-17). E incluso donde muchas mujeres se vestían con ropas masculinas (travestidas) debido sus necesidades de competencia laboral, movilidad de empleo u otras inclinaciones sexuales y a las que se designaba, peyorativamente, como “machitos”

o las que “visten pantalones” (*FM*. No. 46, 14-mar.-13). Este conjunto de elementos iconográficos, que refuerza la certidumbre de sensibilidades aparentemente contradictorias, merecen una aproximación detenida, pues sus propiedades de resolución icónicas manifiestan una metáfora de lo femenino frente al imperativo masculino.

Las tipologías lectoras y sus características generales

A través de esta breve selección taxonómica de las representaciones femeninas en *Fray Mocho* es posible inferir una serie de conjeturas preliminares y aproximativas que pueden señalarse con las peculiaridades siguientes: la abundancia de “imágenes indirectas” de las apropiaciones tipográficas de las mujeres (las damas y las jóvenes aparecen, en general, como “acompañando marginalmente a la cultura impresa” en su materialidad rutinaria, pero no en su participación de uso pleno, reservado para las representaciones masculinas); la íntima y estrecha relación lectora entre *ellas*, el hogar, el consumo indumentario y la estética personal; la conspicua erotización del acto de leer por medio del empleo de la belleza corporal; la bipolaridad casi histérica del discurso social del hombre que, inequívocamente, ciñe las prácticas textuales de *ellas* a la familia o, por el contrario, a la sensualidad liviana de sus “composiciones” ergonómicas; la mixtura entre esas “lecturas livianas” (catálogos, libros de cocina, folletos, novelas “menores”), próximas a las ensoñaciones sentimentales, con los quehaceres pautados socialmente por la cotidianidad (labores domésticas, manualidades, tejido, costura, etc.) y su complementación de género (esposa diligente, madre

ejemplar, viuda devota); el creciente vínculo de los *magazines* (*Caras y Caretas*, *PBT*, *Fray Mocho*) con las mujeres, ya que gran parte de sus artículos estaban destinados, con especial cuidado, para un público femenino, como si esa lectura de la actualidad y su ubicua presencia diaria fuera, ni más ni menos, la requerida y necesaria para *ellas*; y, coronando estas características, la certidumbre, sin duda, de que las imágenes de las mujeres leyendo en *Fray Mocho* eran una construcción impuesta por la mirada masculina, en una especie de pastiche entre la frivolidad sensualista, la apetencia sexual, la amante soñada y la mujer ideal, cuyas lecturas oscilaban en estas esferas yuxtapuestas pero, no obstante, rígidamente reguladas por las normativas morales de la época.

En este contexto, hay una nota costumbrista de Félix Lima que sintetiza algunos de los aspectos mencionados, principalmente las lecturas de las mujeres y su relación con el mundo lector de los hombres que ejercen el periodismo (*FM*. No. 114, 3-jul.-14). El artículo lleva el encabezamiento “Hilvanando...”, y la imagen que lo ilustra es un dibujo de cinco señoras, indudablemente casadas, en una sesión compartida de corte y confección alrededor de una mesa redonda, donde el autor reproduce los diálogos de las damas.

Lo interesante de la nota radica en su parcial abolición de los sexos en la lectura, pues se comentan y comparten, sin ningún equívoco, los gustos lectores de un periodista-masculino (¿acaso el propio Lima?) que lee a Marcel Prevost, lo cual lleva a afirmar a una de las costureras que “también es mi autor favorito”. Y luego otra agrega: “Seguro que los cronistas sociales leen a Prevost para estudiar nuestros corazones. Tan psicólogos que son, ¿no?...”. Finalmente, no dudan

en afirmar que “los cronistas sociales” leen hasta el hartazgo todo tipo de folletos: “Y de los catálogos de las grandes tiendas y modistos... ¿No enfocaste la pila de catálogos sobre el escritorio de ‘Lalo’?”

De modo que esta “reunión de costura” nos llama la atención sobre la necesidad de ser más laxos en el aparente y estricto régimen de lecturas femeninas: un ámbito en que los varones, en muchas ocasiones, compartían y participaban activamente, inmersos en esta especie de tejido conjuntivo “hilvanado”—como un ovillo— por la civilización impresa que, en definitiva, tiende a igualar las prácticas tipográficas.

*Tras el sueño del “cuarto propio”:
un espacio para escribir y leer*

Por último, una representación casi inexistente en el *magazine*, al menos en los años analizados: las imágenes, en el espacio íntimo de los lugares con bibliotecas de uso exclusivo femenino. Estos no-lugares del anonimato de ellas son de gran importancia para la igualdad de género (Augé, 1993).

Dicha carencia o presencia mínima, pues, es un vacío que clamaba por su corporeidad futura. Todos conocemos la importancia de la “habitación propia” para manipular y domeñar los usos de la lectura y la escritura en su plenitud, tal como lo demostró Virginia Woolf en un ensayo clásico o Jane Austen mediante sus padecimientos por carecer de un sitio “suyo” para elaborar sus novelas (Tomalin, 1999), por citar dos ejemplos de grandes escritoras. Esta iconografía, en la mejor de las situaciones, está solapada y resulta prácticamente

inexistente en *Fray Mocho* (FM. No. 270, 29-jun.-17). Era una causa, entonces, por la cual valía la pena luchar con el objetivo de ganar una mayor movilidad social. Esa imagen en pocos años se iba a revertir. Una revista femenina de la década del 30, *Chabela* —predecesora de *Claudia*—, en cierto sentido, remediaría este silencio sonoro, pues incluyó en uno de sus números un artículo dedicado a las bibliotecas en el ámbito doméstico de las mujeres (*Chabela*. Año 5, no. 43, jun.-39).

Sin embargo, es importante señalar una excepción: la fotografía de Carolina Muzilli, publicada en el artículo *Mujeres socialistas* de Félix Lima (FM. No. 157, 30-abr.-15). La militante por los derechos de la mujer aparece sentada en un sillón, en “su ambiente propio” —en una “instantánea” similar a la de otra ilustre colega, Alicia Moreau de Justo (FM. No. 266, 1-jun.-17)— con una enorme biblioteca al fondo de la imagen. El comentario al pie de la fotografía es muy ilustrativo e incluso hay un dejo de asombro masculino por las habilidades mecanógrafas de la socialista: “La señorita Carolina Muzilli, directora de *Tribuna Femenina*, periódico semanal. En un rinconcito de su habitación de trabajo (Escribe a máquina)”.

En definitiva, a pesar de las marcadas imposiciones de género que opacaban la visibilidad del mundo femenino y lo sometían a pautas predeterminadas —en particular, cuando se ligaba en un solo destino la realidad y el imaginario de aquello que se esperaba de ellas— las mujeres estaban plenamente inmersas en esa urdimbre compleja, proteica e ingobernable, que caracterizaba la vertiginosa expansión de la civilización impresa. Un universo cuyo espacio vital, en pleno

desarrollo, se extendía por primera vez a todas las actividades humanas. Muchas veces sometidas a censuras, discriminaciones, mutilaciones y apropiaciones arbitrarias de los usos de la lectura y la escritura desde el ámbito de la masculinidad. No obstante, todas pugnaban por obtener su tajada en este banquete tipográfico (unas pocas, gracias a la impronta de sus privilegios; la mayoría, por el afán de salir de su condición de subalternas). Si sus prácticas y destrezas impresas fueron suficientes para conquistar ese universo, si resultaron, al final del camino, dulces, amargas o agridulces, sin duda, eso forma parte de otra historia, de una gran historia por escribirse.

• Referencias bibliográficas

- ALONSO, DAMIANA. 2011. El libro de cocina: un estudio teórico-descriptivo de *El libro de Doña Petrona*. En *Información, cultura y sociedad*. No. 24, 109-122.
- ALTAMIRANO, CARLOS Y BEATRIZ SARLO. 1997. La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En su *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*. [2a. ed.]. Buenos Aires: Ariel. p. 161-197.
- ARES, FABIO EDUARDO. 2010. *Expósitos: la tipografía en Buenos Aires (1780-1824)*. Buenos Aires: Dirección de Patrimonio e Instituto Histórico.

- ARIÈS, PHILIPPE Y GEORGES DUBY, dirs. 1990-1992. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus. 10 v.
- ARMUS, DIEGO, comp. 1990. *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- AUGÉ, MARC. 1993. *Los no-lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- BAJTIN, MIJAIL. 1990. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- BATTICUORE, GRACIELA. 2005. *La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa.
- BATTICUORE, GRACIELA. 2011. *Mariquita Sánchez: bajo el signo de la revolución*. Buenos Aires: Edhasa.
- BENJAMIN, WALTER. 2011. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- BOMBINI, GUSTAVO. 2004. *Los arrabales de la Literatura: la historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; Miño y Dávila.
- BOUZA ÁLVAREZ, FERNANDO J. 1997. *Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Media (siglos XV-XVII)*. Madrid: Síntesis.
- BURKE, PETER, ed. 1993. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- BURKE, PETER. 2001. *La cultura popular en la Europa Moderna*. Madrid: Alianza.
- BURKE, PETER. 2002. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Paidós.
- BURUCÚA, JOSÉ EMILIO, intr. 1992. *Historia de las Imágenes e Historia de las Ideas. La escuela de Aby Warburg: A. Warburg, E. Gombrich, H. Frankfort, F. Yates, H. Ciocchini*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- BURUCÚA, JOSÉ EMILIO. 2006. Aplicaciones del paradigma indiciario al retrato de Lucía Carranza de Rodríguez Orey. En su *Historia y ambivalencia: ensayos sobre arte*. Buenos Aires: Biblios. p. 159-166.

- CAVALLO, GUGLIELMO Y ROGER CHARTIER, dirs. 1998 [1997]. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- CERTEAU, MICHEL DE. 2000. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes del hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- CHARTIER, ROGER. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- CHARTIER, ROGER. 1996. *El orden de los libros*. 2a. ed. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 1999. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, ROGER. 2006. *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires: Katz.
- CHARTIER, ROGER. 2008. *Escuchar a los muertos con los ojos*. Buenos Aires Katz.
- CICERCHIA, RICARDO. 2001. Argentinas entre siglos: madres de la modernidad. En *Clarín. Suplementos: Zona*, Buenos Aires, 09/09/2001. <<http://edant.clarin.com/suplementos/zona/2001/09/09/z-00501.htm>> [Consulta: agosto 2011].
- CUCUZZA, HÉCTOR RUBÉN, dir. 2002. *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina: del catecismo colonial a La razón de mi vida*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- CUCUZZA, HÉCTOR RUBÉN. 2007. *Yo argentino: la construcción de la Nación en los libros escolares (1873-1930)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- DARNTON, ROBERT. 1993. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- DARNTON, ROBERT. 2003a. *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Madrid-México: Turner; Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, ROBERT. 2003b. *El coloquio de los lectores: ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, ROBERT. 2008. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- DARNTON, ROBERT. 2010. Primeros pasos hacia una Historia de la Lectura: En su *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 165-199.
- DENZIN, NORMAN K. E YVONNA S. LINCOLN, eds. 2000. *Handbook of Qualitative Research*. 2nd. ed. Thousand Oaks: Sage Publications.
- DEVOTO, FERNANDO Y MARTA MADERO, dirs. 1999. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus. 3 v.
- EISENSTEIN, ELIZABETH L. 1994 [1983]. *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal.
- ELIAS, NORBERT. 1987. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: F.C.E.
- ESCARPIT, ROBERT. 1968. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza.
- ESCARPIT, ROBERT. 1981. *Teoría general de la información y de la comunicación*. 2a. ed. Barcelona: ICARIA.
- EJUNIAN, ALEJANDRO C. 1999. *Historia de revistas argentinas, 1900-1950: la conquista del público*. Buenos Aires: Asociación de Editores de Revistas.
- FOUCAULT, MICHEL. 1987. *El orden del discurso*. 3a. ed. Madrid: Tusquets.
- FOUCAULT, MICHEL. 1998 [1966]. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las Ciencias Humanas*. México: Siglo XXI.
- FRISBY, DAVID. 1992. *Fragmentos de la modernidad: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid: Visor.
- GADAMER, HANS-GEORG. 1993. *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- GEERTZ, CLIFFORD. 1990. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GINZBURG, CARLO. 2003. [1989]. *Historia nocturna: las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Península.
- GINZBURG, CARLO. 2010. *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GOLDMAN, NOEMÍ. 1988. *El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno*. Buenos Aires: Hachette.
- GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER; ANNICK LEMPÉRIÈRE, et al. 1998. *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas. Siglos*

- XVIII-XIX. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos; Fondo de Cultura Económica.
- GUHA, RANA HIT. 2002. *Las voces de la Historia: y otros estudios subalternos*. Prólogo de Joseph Fontana. Barcelona: Crítica.
- GUTIÉRREZ, LEANDRO H. Y LUIS ALBERTO ROMERO. 1995. *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GUTMAN, MARGARITA Y THOMAS REESE, eds. 1999. *Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital*. Buenos Aires: Eudeba; Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Arquitectura y Urbanismo (UBA).
- HABERMAS, JÜRGEN. 1988. *La lógica de las Ciencias Sociales*. Madrid: Tecnos.
- HABERMAS, JÜRGEN. 2006. *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: G. Gili.
- HAVELOCK, ERIC A. 2008. *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- HELLER, ÁGNES. 2002 [1970]. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- HUNT, LYNN AVERY, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press.
- JAUSS, HANS ROBERT. 1992. *Experiencia estética y hermenéutica literaria: ensayos en el campo de la experiencia estética*. 2a. ed. corr. y aum. Madrid: Taurus.
- KIRKPATRICK, SUSAN. 1991. *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid: Ediciones Cátedra; Universitat de València, Instituto de la Mujer.
- KRACAUER, SIEGFRIED. 2008 [1963]. *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa 1*. Barcelona: Gedisa.
- LAFLEUR, HÉCTOR RENÉ, SERGIO D. PROVENZANO Y FERNANDO P. ALONSO. 1968 [1962]. *Las revistas literarias argentinas: 1893-1967*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LANDER, MARÍA FERNANDA. 2003. *Modelando corazones: sentimentalismo y urbanidad en la novela hispanoamericana del siglo XIX*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

- LEVI, GIOVANNI. 1993. Sobre microhistoria. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 119-143.
- LITTAU, KARIN. 2008. *Teorías de la lectura: libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.
- MALOSSETTI COSTA, LAURA Y MARCELA GENÉ, comps. 2009. *Impresiones porteñas: imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- MANGUEL, ALBERTO. 1998. *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza; Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- MANGUEL, ALBERTO. 2007. *La biblioteca de noche*. Bogotá: Norma.
- MCKENZIE, D. F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.
- MOSS, W; A. PORTELLI Y R. FRASER, et al. 1991. *La Historia Oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- NECOECHEA GRACIA, GERARDO Y PABLO POZZI. 2008. *Cuéntame cómo fue: introducción a la Historia Oral*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- ONG, WALTER J. 1993 [1982]. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2007. *Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2008. *Los libros en la época del Salón Literario: el Catálogo de la Librería Argentina de Marcos Sastre (1835)*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- PARADA, ALEJANDRO E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PEREYRA, WASHINGTON LUIS. 1993. *La prensa literaria argentina: 1890-1974: Los años dorados: 1890-1919*. Buenos Aires: Librería Colonial. Vol. 1
- PETRUCCI, ARMANDO. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.

- PETRUCCI, ARMANDO. 2003. *La ciencia de la escritura: primera lección paleográfica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PIERINI, MARGARITA, coord. 2004. *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PIGLIA, RICARDO. 2005. *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- PIÑEIRO, PATRICIA Y GUSTAVO SOTOLANO. 2001. El semanario *Fray Mochó* y lo popular. En *Historia de las revistas argentinas: tomo IV*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas. p. 259-289.
- PRIETO, ADOLFO. 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- RICOEUR, PAUL. 1999. *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós; I. C. E. Univ. Autónoma de Barcelona.
- ROGERS, GERALDINE. 1998. *Caras y Caretas: la lógica de la integración*. En *Orbis Tertius*. Año 3, no. 6, 53-66.
- ROGGERO, MARINA. 2009. *Los escritos plenos de sueños: textos y lectores en la Edad Moderna*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- ROMANO, EDUARDO. 2004. *Revolución en la lectura: el discurso periódico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos; EL Calafate editores.
- SAÍTTA, SYLVIA. 1998. *Regueros de tinta: El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SALAS, HORACIO. 1996. *El centenario: la Argentina en su hora más gloriosa*. Buenos Aires: Planeta.
- SARDI, VALERIA. 2006. *Historia de la enseñanza de la Lengua y la Literatura: continuidades y rupturas*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- SARDI, VALERIA. 2011. *Políticas y prácticas de lectura: el caso Corazón de Edmundo De Amicis*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- SARLO, BEATRIZ. 1988. *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- SARLO, BEATRIZ. 1989. Lo popular en la Historia de la Cultura. En *Punto de Vista*. Año 12, no. 35, 19-24.
- SARLO, BEATRIZ. 2000 [1985]. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Norma.

- SHARPE, JIM. 1993. Historia desde abajo. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 38-58.
- Sierra Blas, Verónica. 2003. *Aprender a escribir cartas: los manuales epistolares en la España contemporánea (1927-1945)*. Gijón: Trea.
- SIMMEL, GEORG. 2002. Sobre la filosofía de la cultura. En su *Sobre la aventura: ensayos filosóficos*. Epílogo de Jürgen Habermas. Barcelona: Península. p. 317-422.
- SZIR, SANDRA M. 2007. *Infancia y cultura visual: los periódicos ilustrados para niños (1880-1910)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- SZIR, SANDRA M. 2009a. De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX. Colección Biblioteca Nacional. En Garabedian, Marcelo H.; Sandra M. Szir y Miranda Lida. *Prensa argentina siglo XIX: imágenes, textos y contextos*. Buenos Aires: Teseo-Biblioteca Nacional. p. 53-84.
- SZIR, SANDRA M. 2009b. Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas (1898-1908)*. En Malosetti Costa, Laura y Marcela Gené, comps. *Impresiones porteñas: imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa. p. 109-139.
- TOMALIN, CLAIRE. 1999. *Jane Austen*. Barcelona: Circe.
- TORNÉ, EMILIO. 2001. La mirada del tipógrafo: el libro entendido como una máquina de lectura. En *Litterae: Cuadernos sobre Cultura Escrita*. No. 1, 145-177.
- VANDENDORPE, CHRISTIAN. 2003. *Del papiro al hipertexto: ensayo sobre las mutaciones del texto y la lectura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- WARNING, RAINER, ed. 1989. *Estética de la recepción*. Madrid: Visor.
- ZANETTI, SUSANA. 1997. Lectores, lectoras, lectura en la novela de entresiglos (1880-1920). En Zanetti, Susana, comp. *La novela latinoamericana de entresiglos*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. p. 125-141.
- ZANETTI, SUSANA. 2002. *La dorada garra de la lectura: lectoras y lectores de la novela en América*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

• Origen de los textos

1. “*El libro antiguo y lo conjetural*”, en una versión abreviada, se presentó como disertación en la Biblioteca Nacional de la República Argentina, en el I Encuentro Nacional de Instituciones con Fondos Antiguos y Raros, realizado del 25 al 28 de abril de 2011, en el Auditorio Jorge Luis Borges. Posteriormente, se editó en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Tomo 75, no. 311-312 (septiembre-diciembre de 2010 [c2011]), pp. 705-725.
2. “*Una relectura del encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura*” se publicó, en primera instancia, en *Información, cultura y sociedad*, Revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, INIBI, Buenos Aires. No. 23 (2010), pp. 91-115. Una segunda reimpresión apareció en *Páginas de Guarda*. No. 12 (primavera 2011), pp. 87-113.
3. “*Microhistoria bibliotecaria*” [Texto inédito].
4. “*Biblioteca y Revolución*” se editó en *Textos, autores y bibliotecas: 190 años de la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba / Comps. Rosa M. Bestani... [y otros]*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Biblioteca Mayor, 2011, pp. 27-50. Otra versión del presente artículo, titulada “*Biblioteca y Revolución: el encuentro del ámbito colonial y el tiempo revolucionario. El caso de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*”, al momento de la publicación de este libro, se encuentra en proceso de edición en *El libro en circulación en la América colonial: producción, circuitos de distribución y conformación de bibliotecas en los siglos XVI-XVIII / Idalia García Aguilar y Pedro Rueda Ramírez, coords.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.
5. “*La Revolución, el bicentenario y la Biblioteca Pública*” se editó en *Revista Espacios de Crítica y Producción*. Facultad de Filosofía y Letras-UBA. No. 44 (2010), pp. 42-49.

6. “*En busca de los reglamentos perdidos*” [Texto inédito].
7. “*Representaciones y prácticas de la lectura en El diario de la juventud de Mitre*”, en una primera versión, se publicó en *Homenaje a Bartolomé Mitre: centenario de su fallecimiento (1906-2006)*. Buenos: Academia Argentina de Letras, 2006. pp. 107-122.
8. “*Cuando ellas dicen presente. Las mujeres y sus imágenes de la lectura y la escritura en la revista Fray Mocho (1912-1918)*”, en una primera aproximación abreviada, se editó en *Mora (versión On-line)*. Vol. 17, no. 1 (2011). <www.scielo.org.ar>

- *Imagen de tapa*

“Laberinto”: grabado del libro *La Ulyxsea* de Homero, traducción del griego en lengua castellana por el secretario Gonzalo Pérez. Venetia, en casa de Francisco Rampazeto, 1562.

“Representación de la niña”: aviso de “La Cooperativa Nacional de Consumos”, publicado en *Fray Mocho* (No. 94, 13 de febrero de 1914).

PUBLICACIONES

DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIBLIOTECOLÓGICAS

Últimos números de los Cuadernos de Bibliotecología

- 17 *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*
~ Alejandro E. Parada. 1998.
- 18 *Índice de Inicial: Revista de la Nueva Generación* ~ Martha J. Barbato. 2000.
- 19 *Publicaciones periódicas argentinas*
~ Elena Ardissonne. 2001.
- 20 *Itinerarios bibliográficos en la Literatura Argentina* ~ Susana Romanos de Tiratel. 2005.
- 21 *Cuando los lectores nos susurran*
~ Alejandro E. Parada. 2007
- 22 *Revistas argentinas de Humanidades y Ciencias Sociales* ~ Susana Romanos de Tiratel y colaboradores. 2008.

Otras publicaciones

Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826) ~ Alejandro E. Parada. 2009.

Información, cultura y sociedad: revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (semestral). N° 1-26, 1999-2012 (en curso).

Índice de publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras (desde 1998) http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi_nuevo/home.html

Mucho se ha reflexionado y escrito sobre la estrecha relación entre teoría y praxis, sobre un vínculo de reciprocidad ineludible, de retroalimentación constante, tanto para quien investiga como para quien ejerce una disciplina.

Alejandro E. Parada en esta colección de ensayos va pautando, en forma muy inteligente y perspicaz, los niveles más abstractos de reflexión teórica alrededor de lo que el autor denomina la Nueva Historia del Libro y de las Bibliotecas, con la explicitación minuciosa y ejemplar, en el sentido de presentar el entramado donde se entretajan el marco teórico, los métodos y las fuentes más productivas para desentrañar y otorgar nuevos significados a esa historia en nuestro país.

